



**Centro de Estudios Sociológicos
Doctorado en Ciencia Social con Especialidad en
Sociología**

Promoción XVII

**Ciudad Cuauhtémoc: Violencia y
cotidianidad en la producción social de
espacios urbanos**

**Tesis para optar al grado de Doctora en Ciencia Social con
especialidad en Sociología que presenta:**

Ana Verónica Flores Castillo

Director: Dr. Nitzan Shoshan

**Comisión Lectora:
Dra. Verónica Crossa Neil
Dra. Ana Paulina Gutiérrez Martínez**

México, D.F.

Diciembre 2021

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis está dedicada a la gente de Ciudad Cuauhtémoc, a las personas que con mucho coraje han fundado no sólo una colonia, sino también la esperanza de una mejor vida. Se la dedico principalmente a Diana, a sus amigas, a todas las mujeres y hombres que he conocido en este trayecto; a Mariana, a Perla, Juanita, Vicky, Flor, Oliva, Manuela y muchas otras personas que me compartieron parte de su vida. Se las dedico especialmente porque sus historias me enorgullecen y me dan siempre un motivo para continuar haciendo ciencias sociales.

Agradezco también al comité lector que me orientó durante el proceso de escritura de esta tesis, a las profesoras Verónica Crossa y Ana Paulina Gutiérrez (por supuesto todo lo escrito queda bajo mi responsabilidad); al Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología (Conacyt) por el financiamiento otorgado, sin éste estudiar un posgrado simplemente hubiera sido imposible; al Colegio de México por el apoyo económico otorgado en los últimos meses, sin él hubiera sido muy difícil concluir este trabajo en un contexto de pandemia; a Rosa Nieves y Juan Bermúdez por ayudarme a no desistir: por escucharme, por padecerme, de verdad muchas gracias.

El paso por el Doctorado de El Colegio de México ha sido una experiencia importante en mi biografía, por los compañeros, los profesores y las características institucionales que hacen a este programa. Sé que a partir de aquí me desarrollaré con una perspectiva de investigación distinta a la que tenía cuando llegué; inicio una nueva etapa que estoy segura no tiene otro destino que mejorar.

Sólo me queda agradecerle Nitzan, por todas las veces que me leíste, por tu infinita paciencia, por todo tu apoyo y solidaridad, por ser un gran mentor en esta época tan complicada ¡Mil gracias!

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	6
1. La relación entre violencia y espacio urbano	15
2. La violencia como recurso polivalente:	18
3. Dimensiones de análisis	20
4. Los capítulos.....	26
CAPÍTULO 1. LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO.....	29
1.1 Un espacio producido al filo de la era industrial	30
1.1.1 Ciudad Cuauhtémoc y los reacomodos del mercado inmobiliario	37
1.1.2 Ciudad Cuauhtémoc y sus características.....	40
1.1.3 Los habitantes y su origen	42
1.2 El proceso de ocupación territorial	44
1.2.1 Compra, invasión y construcción informal en el cerro.....	50
1.3 Dinámicas permanentes.....	56
1.3.1 La Ampliación Magdalena.....	56
1.3.1.1 Gestionando los servicios	57
1.3.1.2 Del problema de la vivienda al problema de la seguridad.....	59
1.4 Conclusión.....	61
CAPÍTULO 2. MEMORIA, ESPACIO Y COTIDIANEIDAD	64
2.1 Las memorias de lo vivido	65
2.1.1 Venir a vivir al cerro Chiconautla	67
2.1.2 Redes de relaciones sociales y apropiaciones del espacio	73
2.2 La casa: el pequeño cosmos en expansión	78
2.2.1 La cotidianeidad.....	83
2.3 El espacio público	87

2.3.1 La calle y lo público.....	89
2.4 Conclusiones	94
CAPÍTULO 3. VIVIENDO ENTRE PERROS CHICOS Y GRANDES.....	97
3.1 La irrupción de la guerra contra el narcotráfico	98
3.1.1 La violencia vista desde la producción social del espacio urbano ...	101
3.2 Efecto de lugar.....	108
3.2.1 Negociando la presencia en el espacio público: El Einstein	111
3.3 Practicar el espacio: la necesidad de un nuevo Switch	115
3.3.1 Relecturas de la cotidianeidad: entre la precaución y la acción.....	122
3.3.2 Viejas formas de negociación	125
3.4 Conclusiones	127
CAPÍTULO 4. ENTRE LA PUBLICIDAD Y EL ESTIGMA.....	130
4.1 De la informalidad a la violencia y la delincuencia	130
4.1.1 Tácticas oficiales de control.....	134
4.1.2 Estrategias de prevención	138
4.2 Actores estigmatizados.....	143
4.2.1 Entre vagos, ex reclusos y extorsionadores	145
4.3 Entre la sospecha y la publicidad.....	152
4.3.1 Movilizando el estigma.....	158
4.4 Conclusiones	161
CAPÍTULO 5. EL GÉNERO Y LA CONQUISTA DEL ESPACIO PÚBLICO	165
5.1 La participación femenina en la consolidación de la localidad	168
5.1.1 La subordinación de lo femenino	170
5.1.2 Estrategias de reposicionamiento femenino	174
5.1.3 Espacios comunitarios para públicos específicos.....	178
5.2 Entre la violencia de género y las calles	180
5.2.1 El cuerpo femenino como blanco de la violencia criminal.....	185

5.3 Conclusiones 194

CONSIDERACIONES FINALES..... 197

BIBLIOGRAFÍA 210

INTRODUCCIÓN

Desde la primera mitad del siglo XX en Ecatepec se han propagado las viviendas levantadas en asentamientos irregulares; creciendo primero alrededor de las zonas industriales y posteriormente avanzando sobre las zonas protegidas de resguardo ambiental, así como sobre los terrenos ejidales o comunales de pueblos tradicionales. De tal forma que hacia el inicio del siglo XXI Ecatepec se ha convertido en un lugar de refugio para algunos sectores expulsados de las zonas centrales de la Ciudad de México; mismos que en algún momento se vieron desplazados por un mercado inmobiliario que acapara de manera voraz los espacios dedicados a la vivienda.

Al mismo tiempo, en los últimos años, el municipio de Ecatepec de Morelos ha visto cómo se dispersa sobre su territorio un fenómeno de violencia que suele asociarse con la presencia de nuevos grupos criminales, pero que se engarza con los problemas cotidianos de sus habitantes: la sobrevivencia económica, los ejercicios de apropiación del territorio y la falta de servicios públicos básicos, entre los que se incluye la seguridad. En esta tesis me propongo realizar el estudio de caso de una localidad dentro de este municipio. Sobre todo me interesa analizar a la violencia, no sólo como un fenómeno destructivo, sino como un elemento más en la producción social del espacio urbano. Me pregunto fundamentalmente ¿cuál es el rol que juega este fenómeno tanto en la vida cotidiana de los habitantes, como en el proceso de consolidación y desarrollo de una localidad específica?

Según la Organización Mundial de la Salud la violencia puede definirse como: “El uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona, un grupo o comunidad [...]” (Organización Mundial de la Salud, 2002:5). En esta definición la idea clave es que se trata de “el uso deliberado” de unos atributos que suelen estar distribuidos de manera desigual en la sociedad. Como fenómeno social la violencia se puede clasificar de maneras innumerables, un buen ejemplo de ello es el trabajo de Clara Jusidman (2016) y la gran cantidad de manuales que se producen con distintas finalidades, no obstante, la violencia encuentra mayores probabilidades de

incidencia ahí donde las relaciones de poder o fuerza están arraigadas en grandes inequidades tales como la pobreza, la marginación, la segregación de sectores sociales, pero también en las relaciones de género e incluso ahí donde la legitimidad del Estado y sus usos de la fuerza no están del todo claros.

Si bien, el trabajo que aquí presento se interesa por el fenómeno de la violencia lo hace desde el punto de vista del espacio urbano, sus procesos de cambio, sus dinámicas permanentes y la forma en que los habitantes lidian con los conflictos de la vida cotidiana: lo que pueden decir de su situación como habitantes, las prácticas que llevan a cabo en el día a día y las expectativas que tienen con respecto a “su lugar” o “su localidad”¹. El principal objetivo es identificar el rol que juega el “uso deliberado de la fuerza física o el poder en grado de amenaza o hecho efectivo” en los procesos de producción social de un espacio urbano local.

Abordo este tema desde el estudio de caso de Ciudad Cuauhtémoc, una localidad de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) ubicada en el municipio de Ecatepec de Morelos. Al menos cuatro razones justifican la selección de este estudio de caso. En primer lugar parto de un criterio de practicidad, ya que retomo este trabajo después de haber realizado una tesis de maestría en esta localidad (Flores 2014) por lo que cuento ya con un conocimiento previo de sus dinámicas internas. En segundo lugar, hay un señalamiento constante por parte de la administración pública que clasifica a Ciudad Cuauhtémoc como uno de los lugares con alta incidencia delictiva y violencia dentro su municipio (Ayuntamiento Constitucional de Ecatepec de Morelos 2013)². En tercera instancia, esta localidad representa una de las zonas más dinámicas de Ecatepec; de ella muchos

¹ Sigo a Arturo Díaz (2019:10) al considerar que la noción de lo local tiene que ver más con un sentido de apropiación y pertenencia que con una definición acabada que marca límites y fronteras predeterminados. Lo local como aquello que se opone a “la generalidad de los ajeno”. Se trata de una definición no acabada, llena de subjetividad que se negocia permanentemente.

² En los últimos 15 años Ecatepec se ha convertido una de las entidades con los índices de homicidio más altos dentro de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (Véase Guerrero, 2011). Por otro lado, es uno de los municipios donde se discute de manera recurrente el tema de la violencia de género, el secuestro y la extorsión. En ese sentido, el señalamiento que la administración municipal hace sobre Ciudad Cuauhtémoc como lugar de alta incidencia delictiva no es menor.

trabajadores salen todos los días hacia distintos destinos dentro del municipio y de la ZMCM en general. Hacia 2013 ya el Programa Municipal de Desarrollo Urbano identificaba a Ciudad Cuauhtémoc como una de las localidades más densamente pobladas del municipio que producía hasta el 56% del total de los flujos de movilidad interna (Ayuntamiento Constitucional de Ecatepec de Morelos 2013 a). Sin embargo, el cuarto criterio, a mi juicio el más importante, es que se trata de un espacio urbano que describe muy bien las características de algunas localidades de la ZMCM donde la precariedad, la segregación y la violencia parecen converger de manera continua.

El término “producción social del espacio urbano” que se utiliza en esta tesis tiene una influencia importante del trabajo de Lefebvre (2013 [1974]), dado que considera al espacio urbano no sólo como una realidad física sino también como resultado de procesos sociales específicos; de las experiencias y prácticas conscientes e inconscientes de sus habitantes y de las distintas formas de apropiación del territorio. De esta manera, los fenómenos de violencia que interesan a este trabajo son aquellos que tienen alguna incidencia en la forma en que se organiza el espacio físico, que marcan distancias sociales, que condicionan interacciones cotidianas y que tienen gran influencia en el modo en que las personas se apropian de su entorno de residencia.

Siguiendo la lógica del concepto “producción social del espacio urbano” que ofrece Lefebvre³, el análisis de la violencia que se propone aquí considera tres grandes dimensiones: 1) Aquellas expresiones o fenómenos de violencia que están claramente imbuidos en la secuencia de eventos y sucesos con los que se consolidó la localidad. Un poco más adelante veremos que como en muchos otros casos de la ZMCM, Ciudad Cuauhtémoc se desarrolló a partir de una serie de asentamientos precarios, resultado de la venta informal de terrenos y de la invasión de tierras comunitarias pertenecientes a pueblos rurales tradicionales que se incorporaban rápidamente a la dinámica de la metrópoli. 2) Los fenómenos de

³ Con respecto al concepto “producción social del espacio urbano”, además de la obra de Lefebvre (2013[1974]), dos trabajos esclarecedores para identificar sus dimensiones fueron Baringo (2013) y Torres (2016)

violencia que forman parte del conjunto de prácticas y usos que los colonos tuvieron que institucionalizar para habitar y administrar el espacio y que aún se encuentran vigentes en la vida cotidiana de los habitantes más recientes; 3) Finalmente, los fenómenos de violencia que se pueden observar desde los ejercicios de resignificación y apropiación del espacio físico que realizan algunos de los actores más vulnerables que habitan en esta localidad; en este caso seleccionamos sólo los ejercicios que realizan algunos jóvenes y mujeres que tienen largo tiempo viviendo en Ciudad Cuauhtémoc.

Evidentemente, retomar los sucesos y eventos con los que se desarrolló Ciudad Cuauhtémoc implica identificar procesos sociales más amplios que han dado forma a los distintos espacios urbanos de la ZMCM. En tal situación nos encontramos con propuestas como la de Duahu y Giglia (2008), quienes desmenuzan la complejidad de la metrópoli a partir de una estrategia metodológica que propone la construcción de tipos ideales. Con esta herramienta los investigadores identifican tipos de órdenes socio-territoriales que coexisten en la diversidad de la ZMCM y que funcionan como modelo de clasificación para los distintos espacios urbanos ubicados dentro de la metrópoli.

A partir de esta estrategia de análisis una localidad como Ciudad Cuauhtémoc quedaría clasificada bajo el rubro de los “espacios urbanos negociados”, cuya principal característica es que se trata de localidades que emergen en la dinámica de la “ciudad autoconstruida”, es decir, localidades que inician su desarrollo en la informalidad y que poco a poco se van ordenando y legalizando (Duhau y Giglia 2008, 329-360). El calificativo de “negociado” proviene de las observaciones de campo en las cuales los investigadores encontraron que en este tipo de lugares hay una débil presencia de los representantes de Estado, por lo cual gran parte de las dinámicas que rigen la organización del espacio reconocido como jurídicamente público dependen de arreglos entre los habitantes. Por esta razón, el espacio que queda abierto al acceso de todos tiende a ser un “espacio colectivizado” que es administrado a partir de equilibrios frágiles (Duahu y Giglia, 2008). Sin embargo, al partir de esta clasificación saltan de inmediato las

preguntas: ¿por qué la violencia no estalla más a menudo? ¿Cuáles son los mecanismos que permiten evitar su alcance?

La respuesta que nos ofrecen los autores es que la violencia encuentra su equilibrio en “un sin número de acuerdos consuetudinarios” que constituyen un orden alternativo y que son fundamentalmente las situaciones de desconfianza las que hacen aparecer el conflicto y la violencia. Sin embargo, lo consuetudinario nos remite a la imagen del acuerdo basado en la costumbre, dejando de lado la constante transformación que es evidente en este tipo de localidades. En esta tesis me cuestiono si en estos acuerdos locales la violencia, o por lo menos su presencia intermitente, no juega un rol más activo. Asumo que las preguntas que se plantean Duahu y Giglia encuentran respuesta una vez que se comprende cuál es el rol que juega la violencia tanto en la vida cotidiana de los habitantes como en el proceso de consolidación y desarrollo de la localidad. Por tanto, habría que cuestionarse si lo que entendemos por violencia va más allá de los estallidos de agresiones físicas y si comprende otras formas de amenaza y control mucho más sutiles que pueden estar presentes de manera intermitente en el ejercicio cotidiano de habitar el espacio.

Desde el punto de vista de las autoridades municipales Ciudad Cuauhtémoc es una localidad constituida por un grupo de colonias populares de “autoconstrucción progresiva”. Esto quiere decir que hay de manera permanente una dinámica en la cual la traza urbana es objeto constante de reordenamiento (en la infraestructura del agua, la luz, el encarpetao de las calles, la iluminación, entre otros). Por otro lado, también significa que (como en sus inicios) uno de los principales métodos de adquisición de propiedades y de llegada de nuevos habitantes a la localidad es la invasión de terrenos no legalizados o la compra informal entre propietarios privados, lo cual ocurre sobre todo en los espacios baldíos que aún se mantienen dentro de la localidad o en sus colindancias. Por esta razón, a pesar de los esfuerzos individuales o familiares (que pueden verse por ejemplo en el mejoramiento de las viviendas, la proliferación de negocios o el desarrollo de instituciones específicas como escuelas, centros culturales o de salud) buena parte de la población se mantiene en condiciones de precariedad,

situación que los obliga a negociar de manera prolongada y desventajosa la obtención de bienes y servicios básicos; ya sea con organizaciones políticas, con funcionarios de gobierno, intermediarios, vecinos, etc.

En consecuencia, los acuerdos tácitos de los que nos hablan Duahu y Giglia (2008) que organizan los usos del espacio urbano y que contienen los estallidos de violencia implican más que acuerdos entre vecinos. Se trata de una lógica que va más allá de la costumbre o la tradición, que incluye relaciones de subordinación o competencia entre autoridades, habitantes, organizaciones políticas y todo tipo de actores que de alguna manera reclaman para sí alguna posición dominante en la localidad. De tal forma que el uso intencional de la fuerza o el poder que se da de manera directa o como amenaza tiene manifestaciones que no sólo incluyen las agresiones físicas, sino también manifestaciones más sutiles que pueden ser el marco en el que se da la continua disputa de los habitantes por el acceso al agua, la recolección de basura, el uso de la banqueta con fines de tránsito o comerciales, el uso de los jardines que formalmente son públicos pero que generalmente requieren de cierta membrecía para tener acceso. Por ello es probable que no sólo nos encontremos con acuerdos que los habitantes aceptan de manera pasiva sino también con negociaciones donde son recurrentes las prácticas de competencia y dominio; lo que casi siempre significa estar expuesto al ejercicio constante de evadir o amedrentar al otro. Eso significa que algunas actitudes violentas también cuentan como un recurso que los habitantes utilizan para hacer saber a los otros su propia postura y tratar de dominar la lógica de la situación en la que están negociando.

En concordancia con lo anterior, hay que considerar también otro aspecto que forma ya parte de la historia reciente de Ciudad Cuauhtémoc y que implica una nueva etapa en la serie de eventos y sucesos que describen su proceso de desarrollo. Se trata de los fenómenos de violencia que han acontecido en los últimos años y que primordialmente se asocian con el campo de lo criminal. A partir de la estrategia de guerra contra el narcotráfico que se inició en 2006 con el

sexenio de Felipe Calderón⁴ las experiencias de extorsión y secuestro se volvieron cada vez más recurrentes en el municipio de Ecatepec. Quizá como efecto de la dispersión de grupos dedicados al crimen organizado o quizá también como efecto creador de la estrategia misma, pues, de pronto hubo una demanda de grupos empresariales que exigía mayor vigilancia y seguridad en el municipio. Por ejemplo, en ese momento, los camiones de reparto de productos comerciales regulares comenzaron a llevar consigo guardias armados.⁵

A nivel localidad dicha estrategia significó la puesta en marcha de algunas políticas de intervención en aquellos lugares que las autoridades municipales consideraron con altos niveles de incidencia delictiva. Bajo esta disposición, en Ciudad Cuauhtémoc se instaló una base de Operaciones Mixtas que coordinaba la participación del ejército, la policía estatal y federal. A raíz de ello se volvieron cotidianos los retenes y las revisiones en las principales avenidas de la colonia que detenían a todo aquel que (a ojos del policía u oficial de turno) pareciera sospechoso.

A la par de esta estrategia aparecieron en la localidad nuevos actores con una agenda violenta cuyo principal objetivos era dominar el entorno por medio del daño y la supresión del otro. Esto implicó un reacomodo entre los grupos delincuenciales que ya operaban en la localidad, por lo que hubo una disputa por el control, el ordenamiento y la subordinación de los distintos actores que habitan en Ciudad Cuauhtémoc. Durante esta nueva etapa los moños negros se convirtieron en un adorno común en las fachadas de pequeños y medianos negocios, pues, cuando los comerciantes se resistían a pagar una cuota al nuevo

⁴ La guerra contra el narcotráfico fue una estrategia que el gobierno federal, encabezado por Felipe Calderón, inició en 2006. El principal objetivo de esta estrategia fue el combate frontal de las fuerzas del Estado contra los grupos criminales organizados.

⁵ En este caso es importante mencionar el efecto mediático que tuvo la estrategia de combate contra el narcotráfico, pues, si bien hubo casos emblemáticos poco se hizo con los grupos delincuenciales que siempre han operado en el municipio. Como bien sugiere Fernando Escalante (2015) la lucha contra el crimen de ese entonces se convirtió en un discurso de ordenamiento social que fundamentalmente se enfocó en el combate al narcotráfico, pero no en el combate a los grandes capos sino a los pequeños movilizadores, a la economía de la calle en la que habita mucha población vulnerable.

grupo de extorsionadores que intentaba apoderarse del territorio ocurrían los asesinatos.

Bajo esta dinámica se hizo más frecuente el abandono de cuerpos humanos destrozados en la vía pública (a veces acompañados con mensajes o advertencias puntuales). Estas amenazas y daños se dirigieron sobre todo a las organizaciones de transportistas, a los comerciantes que tenían los negocios más boyantes dentro de la localidad y a los grupos delincuenciales rivales que también estaban intentando dominar el territorio. Aunque hay una intervención oficial que se traduce en más dispositivos de ordenamiento y control, en general los habitantes quedaron sujetos a viejas y nuevas expresiones de violencia, reorganizando así la forma en que experimentaban el espacio y la cotidianidad.

La llegada de las estrategias encaminadas a hacerle la guerra al crimen organizado se focalizó en el narcotráfico. Sin embargo, a nivel localidad hubo dos efectos tangibles. En primer lugar, se reforzó la idea de que la incidencia delictiva (como la extorsión, el secuestro, el robo, los delitos contra la salud, el narcomenudeo, entre otros) era la principal explicación de la violencia física que ocurre en las calles de Ciudad Cuauhtémoc. Esto se relacionó directamente con el aumento de los homicidios especialmente violentos que dejaron constancia en las calles de la localidad. Así, la implementación de los dispositivos de fuerza y control del Estado encontraron una justificación perfecta para mantenerse vigentes por mucho tiempo; incluso cuando los habitantes observaron de manera directa arbitrariedades o violaciones a sus derechos. Tal como sugiere Escalante (2015), una vez que estas representaciones de lo criminal y su lenguaje se asentaron, el Estado dejó de combatir los actos delincuenciales y se dedicó a combatir a la población misma, que dadas sus características asumió como delincencial.

El segundo efecto se desprende del primero, pues se acentuó la percepción de desconfianza que divide a los habitantes en dos grandes bandos: por un lado, aquellos a los que se les considera como delincuentes, que tras estas medidas se perciben como parte del mundo del narcotráfico y el crimen organizado y, por otro lado, aquellos habitantes que no se consideran a sí mismos como delincuentes y

que se describen como lejanos a ese mundo, pero expuestos por el contacto con la policía o algunos miembros de grupos criminales que les rodean.

Por supuesto, estas percepciones agudizan los niveles de desconfianza y mantienen limitado cualquier ejercicio de colaboración entre vecinos. En contraste, es un ejercicio de dominación que ordena a partir de la fragmentación social, lo cual no necesariamente implica un combate a la delincuencia o la criminalidad. Durante las primeras visitas que realice en 2013 se podía percibir el temor que ya había entre los vecinos, pues, circulaban rumores sobre nuevos extorsionadores o la instalación de casas de seguridad dedicadas al secuestro entre las viviendas de la localidad. Algunos habitantes con los que tuve contacto en ese entonces manifestaban una desconfianza enfática hacia algunos vecinos, pues, les parecía que entre ellos había quienes potencialmente podrían trabajar con algún grupo criminal. Sin embargo, hay que decir que en Ciudad Cuauhtémoc la desconfianza entre vecinos no es algo nuevo y que sobre todo está vinculada a la presencia del Penal de Chiconautla que se ubica en el límite de la colonia, ya que es muy común que entre los vecinos haya historias de familias con miembros reclusos en dicho penal y que luego se reincorporan a la vida en libertad. Lo que es nuevo es lenguaje con el que ahora se les puede relacionar; ya no asaltantes, pandilleros o drogadictos sino, extorsionadores, narcotraficantes o secuestradores.

Como puede verse, en Ciudad Cuauhtémoc la violencia (entendida como este uso deliberado de la fuerza o el poder como amenaza o hecho que daña al otro) es un recurso que se puede observar en distintos niveles: en las lógicas mismas que el Estado introduce con los dispositivos de orden y control; en los términos con los que pueden llegar a plantearse las relaciones que entre vecinos, que unas veces se asocian y otras entran en competencia; en las estrategias de protesta que se decantan por lógicas de confrontación con las autoridades; y en las relaciones de dominación que buscan establecer los grupos criminales, que hacen un uso especialmente nocivo de la violencia en los últimos años. Como acto deliberado o amenaza latente la violencia no es algo nuevo, es un elemento central en la vida social de Ciudad Cuauhtémoc que hoy se reviste en un nuevo ciclo. Siguiendo a Auyero y Berti (2013) se puede ver que también se trata de

pequeños acontecimientos que se eslabonan entre si y que tienen una función social que no sólo se relaciona con las prácticas delincuenciales.

1. La relación entre violencia y espacio urbano

El problema de la violencia en las ciudades es un tema clásico en ciencias sociales. Quizá una de las aportaciones más citadas es la de la Escuela de Chicago, en cuyo caso la violencia se presenta asociada a los problemas de criminalidad y delincuencia identificados entre las comunidades recién integradas a la vida de las ciudades en expansión (Azpúrua 2005). De ahí que su principal hipótesis fuera que la violencia urbana es resultado de un problema de desorganización social en el cual las personas se enfrentan a escenarios desconocidos, por lo cual les es difícil gestionar el conflicto. Si bien los trabajos identificados como parte de la Escuela de Chicago no establecen relaciones de causalidad, si identifican como precedente un problema de asimilación al orden social dominante. La propuesta más notable de esta tradición (que se sigue utilizando incluso en la actualidad) es la creación de modelos ecológicos que tienen como objetivo facilitar la identificación de espacios urbanos puntuales donde la violencia no sólo tiene diversas expresiones físicas, sino que frecuentemente está asociada a temas de delincuencia y criminalidad (Cajas 2009).

Otras vertientes retomarán la estrategia metodológica de tipos ideales propuesta por Merton (2013 [1949]) quien más que entornos señala “individuos divergentes”; un tipo de individuo con características específicas que frecuentemente tendrá conflictos para adaptarse al orden social dominante. Bajo esta propuesta la violencia está asociada con las condiciones estructurales de la sociedad que producen obstáculos que no permiten que algunos individuos alcancen las metas socialmente valoradas. Como resultado, la frustración individual encontraría uno de sus cauces en los actos criminales, que en muchos

casos tendrían asociados fenómenos de violencia⁶. De tal forma que esta serie de supuestos no sólo considera los problemas de integración comunitaria, sino también los problemas de socialización y adaptación individual que emergen desde un plano estructural de la sociedad; lo cual indica que no sólo habría que considerar los casos de comunidades recién integradas a las ciudades sino también todos aquellos casos en lo que los fenómenos de frustración-agresión tienen más oportunidad de aparecer.

Desde una postura muy normativa, estas propuestas contribuyen al retorno de la figura clásica de lo desviado-patológico (Cajas, 2009: 235-309) y puede facilitar el uso de categorías de etiquetamiento o incluso equiparar fenómenos de violencia y criminalidad con características de lugares donde reside población en condiciones de vulnerabilidad, exclusión o pobreza. Es tierra fértil para producir argumentos que proponen estrategias de uso excesivo de dispositivos de vigilancia estatal sobre territorios específicos; en algunos casos contribuyendo al fenómeno de criminalización de la pobreza (Arteaga, 2006). En este contexto, el modelo ecológico propuesto por la Escuela de Chicago es retomado frecuentemente como herramienta para tratar de contener la influencia de estos individuos desviados o de estas comunidades con problemas de integración, pues se asume que cuestionan los principios normativos del orden social.

Para Wacquant (2007) el etiquetamiento se confecciona desde la forma en que el estado se relaciona con la población, lo cual no sólo afecta la identidad de los sujetos, sino también a comunidades y espacios territoriales completos. Esto se debe principalmente a que la relación que el Estado sostiene con la población es meramente asistencialista y no busca el reconocimiento de derechos fundamentales de manera efectiva; lo que no le ayuda a mejorar las condiciones de vida de las personas y les mantiene en condiciones de subordinación y exclusión. Por tanto, se resalta la violencia asociada al delito y al crimen mientras

⁶ Aquí hay que decir que la teoría de la frustración-agresión ha generado una de las líneas de investigación más productivas. No obstante, si bien encuentra evidencias que le dan soporte en casos donde hay enorme desigualdad social, no alcanza explicar temas de delincuencia donde los principales agentes no corresponden con el tipo ideal de individuo divergente. En ese caso son emblemáticos los ejemplos de criminales de cuello blanco que regularmente distan mucho del individuo que esta teoría nos sugiere.

que la violencia estructural, esa que mantienen en condiciones de precariedad a las personas que habitan en estos territorios queda en las sombras. Se pondera así una lectura de la violencia que señala individuos desviados o divergentes pero que oscurece el mecanismo que los hace aparecer una vez que los dispositivos de orden y control se ponen en marcha (Azaola y Ruiz, 2009).

De tal forma que cuando hablamos de violencia en espacios urbanos no sólo es necesario asociarla con la delincuencia, hay que reconocer su dimensión política. Habría entonces que retomar otras perspectivas que busquen identificar a la violencia o sólo como un fenómeno que es necesario erradicar per se. En este caso pueden ser útiles algunos puntos de convergencia entre las posturas de Tilly (2006) Benjamin (1991) y Weber (2012), para quiénes la violencia es una parte fundamental de las organizaciones políticas modernas. Para Tilly (2006) la violencia es uno de los elementos fundacionales del Estado moderno occidental. Lo cual se vuelve evidente cuando se rastrean los orígenes históricos, mismos que identifican el inicio del estado occidental en una época en la que dominaban actores sociales como piratas, delincuentes y mercenarios. En ese contexto el negocio violento de la protección era central. En concordancia Weber (2012) nos dirá que la violencia está asociada con la fuerza que está siempre presente en las relaciones de lucha que existen entre los grupos en búsqueda del poder; de ahí que el monopolio legítimo de la violencia que detenta el Estado sólo es posible en la medida en que éste se ha consolidado como una organización política dominante y legítima sobre otras organizaciones.

Benjamin (1991) concuerda con Tilly y Weber en que la violencia es punto de partida del estado moderno, pero le reconocerá también otras dimensiones. Por un lado, como elemento central en la retención del poder, es decir, como estrategia conservadora predilecta del Estado una vez que se ha instalado y que con el pretexto de contener toda manifestación de fuerza que ponga en riesgo la estabilidad y tranquilidad social, mantiene estable su legitimidad como entidad dominante. Por otro lado, reconoce el papel de la violencia como recurso del que echan mano algunos grupos en sus intentos de emancipación o revolución, en ese

caso para Benjamin el uso de la violencia en la protesta es una forma de manifestación legítima.

Estas tres perspectivas sobre la violencia la identifican cómo un fenómeno que está siempre presente en la vida política de las sociedades modernas. Por tanto, en el caso de las urbes su presencia no debería estar sólo ligada al delito o a los problemas de integración social, problemas que son vistos como fenómenos residuales que es necesario contener. Como acto deliberado, la violencia interpersonal que hoy en día se observa en las ciudades no puede ser considerada simplemente como una evidencia de la fórmula teórica de la frustración-agresión, es también un recurso culturalmente situado que define las interacciones sociales y equilibra o disputa el orden establecido. En ese sentido Auyero y Berti (2013), por ejemplo, muestran cómo las interacciones que expresan violencia regularmente suelen ser parte de continuum de interacciones que se encadenan unas con otras y que de esa manera se eslabonan como una cadena que une el ámbito de lo privado y lo público. De tal forma que, la violencia como fenómeno social puede ser más que exclusivamente destrucción y amenaza y puede ser también un elemento que establece pautas a la organización de la vida cotidiana de las personas, jugar un papel en la especificidad de las construcciones culturales (Ferrandiz 2004).

2. La violencia como recurso polivalente:

Algunos investigadores como Arteaga y Arzuaga (2017) se centran sólo en el aspecto físico de la violencia, es decir, en “aquellas acciones que producen un daño físico al cuerpo humano y a las cosas”, sin embargo, tal como argumentan ellos mismos se trata también de una realidad compleja que incorpora una dimensión simbólica que convierte a la violencia en “un acto que expresa sentidos y significados sujetos a interpretación”. Es decir, mantiene un efecto polivalente al formar parte de los recursos que los actores despliegan para interpretar y definir la situación social que se está viviendo” (Arteaga, 2017:11-12). En este sentido es que la violencia tiene una dimensión simbólica que da pie a que las personas

interpreten la situación que están viviendo, donde hacen saber al otro que intentan mantener el control de la situación.

Para el trabajo que aquí presento la dimensión simbólica de la violencia es indispensable, pues alude inmediatamente a las relaciones de fuerza y poder, que si en un primer momento no se expresan como violencia física, si constituyen parte del sustrato que define a las distancias sociales, que por supuesto tendrá repercusión en la forma en que se concreta el espacio físico de la localidad. Para Bourdieu (1999) esta dimensión simbólica es el hilo conductor que une al espacio físico con la estructura del espacio social. De tal suerte que el espacio físico adquiere un “efecto de lugar” en la medida en que los agentes y las cosas que se sitúan dentro de él forman parte del juego de jerarquías y posicionamientos sociales donde se manifiestan los mecanismos de dominación (entre ellos la violencia) que justifican la sumisión de unos agentes hacia otros.

Siguiendo a Bourdieu (1999) asumo que cuando los agentes se apropian de un espacio físico también inscriben en él las jerarquías y distancias sociales de las que participan en los otros campos relacionales. Como resultado las estrategias de apropiación y dominación del espacio físico expresan también las dinámicas de yuxtaposiciones y posicionamientos sociales que componen al espacio social en el que participan los actores. En tales circunstancias, en casos como el de Ciudad Cuauhtémoc, el juego de competencias por la dominación del entorno nos deja ver los diálogos que las distintas expresiones de violencia mantienen con lo que se considera legítimo e ilegítimo, lo que debe ser tolerado o evadido y lo que se observa como naturalizado, que posiciona a unos pero que somete a otros.

En localidades como Ciudad Cuauhtémoc Bourdieu (1999) advierte sobre un “efecto de lugar” que implica una concentración de población excluida, aquella que no cuenta con suficiente capital (social, cultural, económico o simbólico) para jugar en las posiciones dominantes de los campos relacionales en los que participa. En tales circunstancias las carencias de infraestructura básica y falta de medios para acceder a mejores recursos que les permitirían trascender esta situación se vuelven endémicas. El dominio sobre los bienes escasos se vuelve objeto de confrontación, esto es claro si nos remitimos a los primeros años de esta

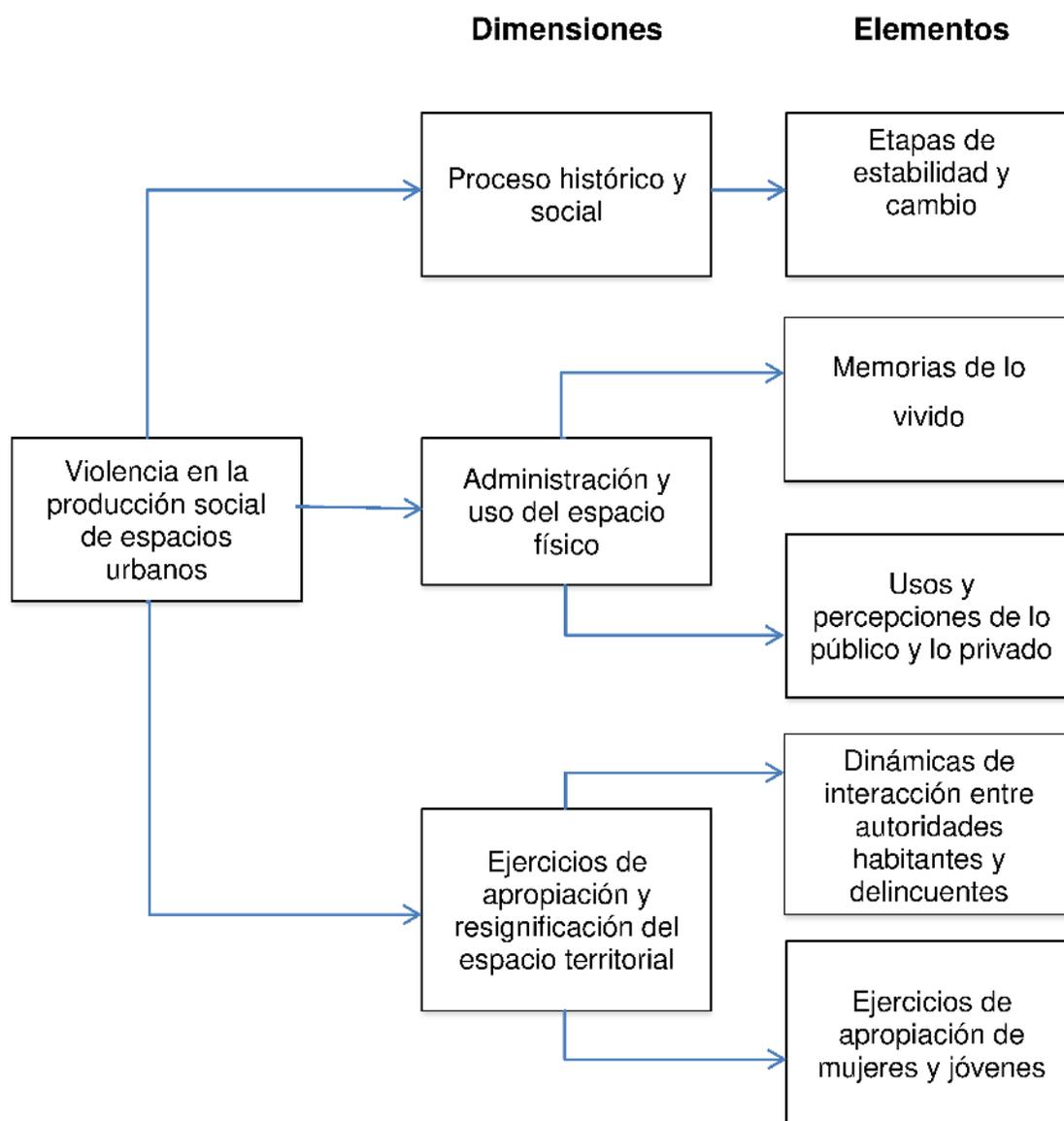
localidad, cuando los colonos se agremiaban en distintos modelos de organización de manera volátil, debido a que continuamente había que lidiar con las disputas internas entre líderes que buscaban mantener bajo su dominio personas, lugares y recursos. Por otro lado, esto también implicaba participar activamente en protestas llenas de actos performativos como cierres abruptos de calles o avenidas o marchas masivas hacia el centro municipal. En estos ejemplos, no sólo estaríamos observando los efectos de una violencia que se expresa de forma simbólica por la disputa del dominio sino también una violencia que se alimenta de condiciones estructurales de inequidad.

En la actualidad los habitantes ya no sólo lidian con la violencia política, simbólica y física que proviene de su relación con actores políticos en la búsqueda de bienes y servicios básicos, también lidian con la presencia de nuevos grupos que han encontrado en la ausencia de estado una excelente oportunidad para intentar establecer su dominio sobre la vida de las personas de esta localidad. Esto ha significado que el espacio público adquiera el papel de un escenario donde actores que buscan dominar el territorio se confrontan, y colocan a los habitantes como testigos, con una posibilidad abierta de ser víctimas colaterales. Quizá el ejemplo más claro de ello es el caso de los conductores de las rutas de transporte público que frecuentemente sufren en asedio de extorsionadores, quienes al no recibir la cuota que exigen suelen asaltar y secuestrar los autobuses.

3. Dimensiones de análisis

Para la realización de esta tesis los principales materiales fueron por un lado, el trabajo documental y por el otro, el trabajo etnográfico que se realizó en la localidad. Como hemos mencionado el trabajo de análisis está centrado en tres dimensiones que hacen a la producción social del espacio urbano: el proceso histórico y social por medio del cual se consolidó la localidad, los usos y prácticas con los que se administra y habita el espacio físico, y finalmente, los ejercicios de apropiación y resignificaciones que elaboran los habitantes a partir de estos aspectos (véase Diagrama 1).

Diagrama 1: Dimensiones de análisis



En esta tarea la etnografía tiene un papel central, ya que la violencia no se concibe desde una definición cerrada, puede ser leída incluso como parte de las estrategias que definen las jerarquías y disposiciones sociales, o como parte de ciertos códigos que definen las relaciones de la calle que se complejizan con la exclusión social en la que se desenvuelven los actores.

Por su lado, la investigación documental se complementó con las entrevistas realizadas, que estuvieron basados en el principio de la narrativa libre. Se retomaron fundamentalmente tres trabajos realizados en la década de los

noventa sobre Ciudad Cuauhtémoc: Álvarez (1997), Méndez (1997) y López (1997). Se realizaron 12 narrativas a distintos habitantes sobre el proceso de construcción del espacio físico de la localidad. La selección de informantes se realizó a través de la técnica de bola de nieve que se fue construyendo a partir de la práctica etnográfica. Si bien, el trabajo de campo se realizó en un periodo de 5 meses (de febrero a junio de 2019) también se recuperó material recolectado en otro periodo de octubre a diciembre de 2013.

Originalmente el trabajo se planteó en dos etapas, la primera dedicada a las entrevistas. Y también se consideraban dos bloques dentro de la entrevista, uno dedicado a la construcción de cartografías mentales y el otro a las imágenes de peligrosidad que los entrevistados tenían sobre la localidad. La intención de las cartografías mentales era reconocer las pautas con las que se organizaba la orientación espacial de los habitantes, además de identificar algunas imágenes que los habitantes tuvieran sobre los espacios locales. La segunda etapa de investigación estaría dedicada al ejercicio etnográfico y en ellas se buscaría explorar los elementos reconocidos sobre situaciones de violencia, riesgos y conflictos que los habitantes habían señalado en sus narrativas.

Con esta estrategia en mente se habían seleccionado 3 lugares para iniciar la investigación: en los negocios del tramo del principal Circuito vehicular conocido como “Laboratorios, el Centro de Atención Primaria en Adicciones (CAPA) y el espacio cultural de la Macroplaza Chiconautla 3000. El objetivo era integrarse a las prácticas y los usos de los espacios públicos de la localidad y confrontarlos con los discursos de peligrosidad que movilizaban tanto medios de comunicación como las narrativas oficiales sobre la localidad.

Sin embargo, al iniciar las primeras visitas con algunos informantes que previamente había contactado me encontré con un ambiente enrarecido. Si bien la violencia como tópico de conversación puede ser un tema delicado, difícil abordar con entrevistas semidirigidas, en este nuevo contexto parecía más complicado. La primera entrevista la realicé con un informante que conocí en mi último trabajo de campo en esta localidad en 2013 con motivo de la tesis de maestría. Al llegar a su casa la novedad fueron las rejas que se habían instalado; los nuevos candados y

cerraduras que ahora había que cruzar para llegar a la estancia principal. Este hecho era relevante porque a pesar del contexto de riesgo que los habitantes ya percibían constantemente en 2013, la casa de este informante siempre había sido un espacio abierto y relajado. Ya en la conversación me advirtió sobre una nueva situación. A su decir, no era buena idea entrar a la casa de las personas como antes porque estaban ocurriendo eventos para los que no tenía parámetros en su experiencia como habitante.

En ese sentido, los vigilantes voluntarios, algunos miembros de su organización política y otras personalidades con las que esperaba contactar al iniciar este proyecto se habían vuelto una opción difícil de retomar. Sobre todo porque en los últimos años se había asesinado a mujeres en distintos contextos y en algunos casos no se tenía una percepción clara de las razones por las que habían sufrido esta agresión. Esto provocó un ambiente de desconfianza y evasión, por lo que era comprensible que al recibirme para retomar las conversaciones sobre violencia en la localidad aparecieran largos silencios. Por otro lado, mis intenciones de recabar información integrándome a algunas actividades en vía pública como los mercados o el comercio informal que caracterizan al Circuito Cuauhtémoc tampoco parecía una forma segura para construir nuevas redes de confianza.

La experiencia con este informante se repitió en otras entrevistas, así que el primer reto que tuve que afrontar al iniciar este trabajo fue pausar las entrevistas y buscar nuevos canales para acceder a los usos del espacio físico de la localidad. Hubo que repensar cómo reconectar con la población, cómo rehacer vías para tener oportunidades de observar no sólo las dinámicas del espacio público sino también para conocer el punto de vista de los habitantes. Por otro lado, también había que aminorar el temor que no puedo negar adquirí durante estas primeras visitas.

Al principio parecía una ventaja tener familia en la localidad y conocer personas debido al trabajo de tesis anterior. No obstante, en este nuevo contexto estas mismas redes llegaron a volverse paralizantes. Por supuesto, mi interés por los temas de violencia en el espacio público era conocido por mi círculo más

cercano, lo que tuvo consecuencias poco favorables. El primer efecto fue una tendencia de mis anfitriones para intentar ocultar de mi vista ciertas realidades cotidianas que a su juicio era riesgosas, como hablar con gente que les parecía peligrosa por ejemplo. De esto me di cuenta en las primeras semanas cuando una conocida muy cercana comenzó a eliminarme de sus redes sociales y me citó fuera de la localidad para advertirme que era mejor no comentar mi principal interés con las personas que iba conociendo, que no revelara el lugar en el que vivía mientras estaba en la localidad y que no diera demasiada información personal.

De tal forma que el primer mes fue un constante crear rutinas y reconstruir confianza para quitar estos primeros velos que antes no había experimentado. La primera estrategia fue concentrarme en los temas de ocupación del territorio: reconocer las calles, hacerme una persona cotidiana en las tareas de la casa que me dio acogida, convertirme en alguien que diera confianza tanto para los vecinos como para mis familiares. Este trabajo fue el que más redituó en los siguientes meses, pues, al ser una persona de compañía pude observar dinámicas nuevas y actores de los que antes no me había percatado.

Para tener algún acceso a lugares de encuentro público me convertí en narradora de cuentos infantiles en espacios como la biblioteca y en los domingos de catecismo en los terrenos fraccionados de la nueva Ampliación Magdalena. Esa fue la mejor forma de encontrar lugares de interacción con otros habitantes que de otro modo eran inaccesibles para mí. El contacto con los niños fue un excelente vehículo para entrar en el flujo de la vida diaria, para interactuar con los adultos y en alguna medida con los temores y preocupaciones de todos los días. Muchos de los datos etnográficos que constituyen esta tesis vienen de las conversaciones que se dieron en este contexto y de las entrevistas que se realizaron con personas inmersas en estas dinámicas.

Por otro lado, me integre a las actividades de un grupo de vecinos, cuyos principales miembros son mujeres. Dicho grupo de vecinas había comenzado a reunirse a partir de la llegada del partido Morena a la presidencia municipal en 2018, pues en un primer momento se habían identificado porque querían proponer

mejoras para su comunidad. Este hecho fue sumamente afortunado, pues, no esperaba encontrar presencias tan activas, organizadas y abiertas en un contexto como este. El principal vehículo para llegar a ellas fue un grupo de yoga al que asistí al principio como alumna. Ante la falta de vínculos en un primer momento pensé incluirme en las actividades lúdicas y deportivas de instituciones como Macroplaza, una institución que había considerado desde el principio, y que ofrece servicios de salud, de recreación deportiva y cultural, o incluso en instancias del DIF que ofrecían cursos a la población en general. Desistí de esta idea no sólo por el largo trajinar de trámites que había que realizar, sino por la sensación de desconfianza que experimenté en estos primeros intentos.

Entendí pronto que, si bien las instituciones prestan un servicio importante que podría acercarme a la población local corría el riesgo de quedar atrapada en las dinámicas de movilización política que caracterizan a estas instituciones. En todo caso, tomar esta opción requería sostener un mayor esfuerzo en el tiempo y eso era algo que no tenía disponible. Además, instituciones como Macroplaza tenían una nueva administración por lo que había todavía una cierta desconfianza que no podría trascender en tan poco tiempo. En esta nueva administración había temor por acercarse a la comunidad, pues, en los primeros días de su llegada les habían dejado en una de sus entradas principales el cadáver de una persona, lo que de inmediato fue leído por el nuevo coordinador como una advertencia.

En esa medida conectar con el grupo de yoga no sólo me acercó a un grupo de vecinos que intentaba organizarse para hacer mejoras en su comunidad, también me acercó a otras formas de abordar el espacio público de la localidad. Este grupo se organizaba eventualmente para limpiar calles, plantar árboles en los jardines, hacer presentaciones públicas y crear dinámicas de soporte y apoyo entre sus participantes. Estas actividades al ser liderados principalmente por mujeres no sólo se ocupaban de mejoras en la comunidad sino de procesos de resignificación de sus propias historias personales y del modo en el que se presentaban en el espacio público de la localidad, que en los últimos tiempos, es famoso por la recurrencia de asesinatos de mujeres. A este ejercicio es que debo la última dimensión de análisis que presento en esta tesis y que me parece la

parte más fructífera pues le dio pie a los dos últimos capítulos de este texto.

La experiencia de vivir Ciudad Cuauhtémoc desde estas dinámicas fue un contrapunto con las actitudes tradicionales de resguardo que venía observando en la localidad desde mi llegada. Aunque formalmente se realizaron sólo 12 entrevistas, el material más valioso proviene de las notas de trabajo de campo, pues en ese contexto las interacciones se llevaban de manera más natural y desenfadada. Por otro lado, esta nueva perspectiva me permitió recuperar algunas notas y materiales recogidos en 2013, por lo que el lector podría encontrar algunas referencias a materiales recolectados en ese año a lo largo de esta tesis.

4. Los capítulos

Al abordar la secuencia de eventos que le dieron lugar a este espacio urbano exploramos un proceso social que se inició en la década de los ochenta. Dicho proceso implica un fenómeno de fragmentación urbana en un contexto en el cual la migración rural hacia la ZMCM se detenía y las zonas centrales expulsaban a los habitantes pauperizados que tradicionalmente habitaban en condiciones precarias en barrios o vecindades. Esto fue sobre todo importante para Ecatepec, pues, el municipio se convirtió en lugar de destino para buena parte de esta población. Por otro lado, en ese mismo proceso observamos el uso de estrategias que se habían consolidado como mecanismos de apropiación de territorios, principalmente impulsados por movimientos populares que exigían el derecho a la vivienda: mecanismos como la ocupación informal y la autoconstrucción. En esta dimensión exploramos el rol de la violencia, primero como una realidad estructural y luego como repertorio de acción para exigir derechos y resolver necesidades básicas. A estos temas dedicaremos el capítulo 1.

El capítulo 2 está dedicado a las formas de habitar y administrar el espacio que implementan las personas que viven en este lugar, además de abordar el modo en el que se organiza el uso y disposición de los espacios que se consideran públicos y privados. El capítulo se divide en tres grandes apartados: 1) las memorias de lo vivido, en donde recupero la experiencia de adquisición de la vivienda y las condiciones en las que los primeros habitantes una vez que se

instalaron en Ciudad Cuauhtémoc; 2) La disposición de las casas, entendida como la primera forma de apropiación del territorio y como lugar desde el que parte la vida cotidiana; y 3) el espacio público, como una parte de la realidad física y política que define a Ciudad Cuauhtémoc.

El capítulo 3 se ocupa de las estrategias que los habitantes utilizan para lidiar con la presencia de grupos criminales en la vida cotidiana. Lo cual también implica interactuar con la violencia de estado, con sus dispositivos de control como el ejército y la policía. Para este tema hemos reservado el capítulo 3, en el cual se resalta la forma en que algunos habitantes interpretan los acontecimientos funestos de su día a día; la lectura que le dan a cada muerte, evento violento o a las presencias sociales ominosas. De igual forma, me interesa la manera en que se integra la presencia cotidiana de los tres órdenes de gobierno a través del ejército, la policía federal, estatal y municipal. En ese sentido, el capítulo busca identificar cómo se han integrado las viejas dinámicas de ocupación del espacio con estos nuevos elementos emergentes.

Por su lado el capítulo 4 aborda la forma en que los habitantes se apropian del discurso que representa a Ciudad Cuauhtémoc como un “lugar de alta incidencia delictiva”. Retomo algunas posturas subjetivas que redefinen los términos con los que se interactúa en la localidad, lo cual permite a los actores volver a posicionarse y habitar la colonia desde otra postura. En esta dimensión nos encontramos, por un lado, con el carácter simbólico de la violencia, con el lado expresivo que permite a los actores proyectar la forma en que están leyendo la situación de su localidad. En este sentido la violencia se presenta como un acto abierto a la interpretación y en muchos casos como un fenómeno naturalizado que marca las expectativas de lo criminal entre los jóvenes.

El último capítulo explora la otra punta de esta dimensión, la capacidad de crear empatías y resignificaciones a la hora de habitar este espacio urbano, en cuyo caso retomamos las experiencias de lo femenino. Es importante señalar que tanto en Ciudad Cuauhtémoc como en todo el municipio de Ecatepec la violencia que impacta a las mujeres por su condición de género ha ido escalando en expresiones cada vez más violentas. Dicha violencia puede observarse tanto en

los espacios domésticos como en los espacios públicos. En este último caso la violencia contra las mujeres las proponen como objeto que se puede deshumanizar y que se puede utilizar como lugar de escritura para viejos y nuevos actores en su búsqueda de dominación del entorno. En este capítulo el objetivo es identificar las interpretaciones y dinámicas que fomentan la capacidad creativa de algunas mujeres para incidir en el afuera, en el encuentro cotidiano con la otredad, a través de nuevos liderazgos femeninos que buscan resignificar y potencializar el espacio local en el que habitan.

CAPÍTULO 1. LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO

El objetivo de este capítulo es presentar la historia y las narrativas del lugar donde se realiza esta investigación. Está hecho fundamentalmente con las primeras notas de campo y con la investigación documental que se realizó sobre el proceso de consolidación de esta localidad. Si bien, Ciudad Cuauhtémoc no es distinta al resto de las localidades que constituyen al Municipio de Ecatepec, su desarrollo si es representativo del proceso de urbanización de una gran proporción de localidades ecatepenses que emergieron a partir de la década de los ochentas.

Este capítulo abordará las distintas etapas y eventos que le fueron dando forma a esta localidad, a su espacio físico y a las relaciones entre los habitantes. Parto desde este aspecto y no desde los indicadores de criminalidad que convencionalmente reportan los periódicos o los organismos especializados sobre Ecatepec ya que considero que es la mejor manera de reconocer cómo es que esa otra realidad que afecta a todo el municipio se entreteje con los procesos, eventos y sucesos históricos específicos de este caso.

El primer apartado contextualiza el momento histórico en el que se encontraba el municipio poco antes de la aparición de Ciudad Cuauhtémoc. Para ello se hace un breve repaso sobre el modelo de desarrollo estabilizador y su declive; un periodo en el cual se fomentó el desarrollo industrial en México y que tuvo una incidencia importante en el caso de Ecatepec. De hecho la incorporación de este municipio a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) durante el siglo XX está moldeada por la instalación de infraestructura industrial en su territorio. Ello significó en primera instancia un paso abrupto del mundo de lo rural al mundo de las fábricas, los trabajadores y sus sindicatos. Cuando viene el declive de este modelo de desarrollo comienza un desmantelamiento parcial de las industrias⁷ en Ecatepec lo que hace que la oferta de trabajo se mude al sector

⁷ Investigadores como Sobrino (2011) identifican distintos tipos de desindustrialización en el país y sus efectos diferenciados a lo largo del país. En casos como el de Ecatepec podemos hablar de una desindustrialización parcial, pues, no hubo un desmantelamiento total de la planta industrial. Sin embargo, es indiscutible la pérdida de participación de este sector productivo en la generación de empleos.

de los servicios donde las formas de contratación suelen excluir las negociaciones sindicales.

Una vez hecho este recorrido, la segunda sección de este capítulo aborda el proceso con el que la población Ciudad Cuauhtémoc ocupó el territorio, la forma en que se fueron configurando los distintos barrios y secciones que componen a la localidad. Con ello se señalan los mecanismos que la población utilizó para adquirir sus viviendas (la compra, la ocupación y la invasión informal), así como el perfil que fue adquiriendo la presencia de los agentes de estado en estas operaciones.

Finalmente, el tercer apartado está centrado en las primeras notas de campo que realice en 2019, con ellas trato de dar una mirada a Ciudad Cuauhtémoc y a las dinámicas que se mantienen vigentes desde los primeros años de conformación de esta localidad. En este mismo apartado dejo plasmadas mis primeras impresiones con respecto al tema de la violencia, que en este caso están muy ligadas al mundo de lo delincuencia, ya que durante mis primeras exploraciones hubieron acontecimientos que no permitían dejar de mirar este fenómeno.

1.1 Un espacio producido al filo de la era industrial

Los datos geográficos oficiales del Plan Municipal de Desarrollo Urbano de Ecatepec de Morelos (2015) ubican a Ciudad Cuauhtémoc entre las muchas colonias populares de autoconstrucción progresiva que caracterizan al territorio. La definición de “colonia popular de autoconstrucción progresiva” es la forma en que las autoridades municipales designan a todo espacio urbano donde predominan los sectores populares, las condiciones irregulares de dotación de servicios, las viviendas de autoconstrucción, la falta de certeza jurídica sobre la propiedad privada y la necesidad permanente de reordenamiento urbano e integración constante de estos poblados a las vías de comunicación centrales.

En Ecatepec este tipo de asentamientos comenzaron a formarse con mayor frecuencia cuando el municipio se convirtió en un atractivo polo de migración para la población trabajadora debido a la oferta laboral que propiciaba la gran cantidad

de industrias que se iban instalando. Si bien, a nivel nacional esta etapa conocida como desarrollo estabilizador⁸ se identifica en el periodo que va de la década de los cincuentas hasta la década de los setentas del siglo XX, en Ecatepec este modelo de desarrollo comenzó a dar señales desde inició en la década de los cuarentas del mismo siglo con la creación de la Fábrica de Sosa Texcoco en 1943.

Mapa 1. Ecatepec de Morelos en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México



Fuente: Elaboración propia considerando 16 alcaldías de la Ciudad de México y 37 municipios del Estado de México

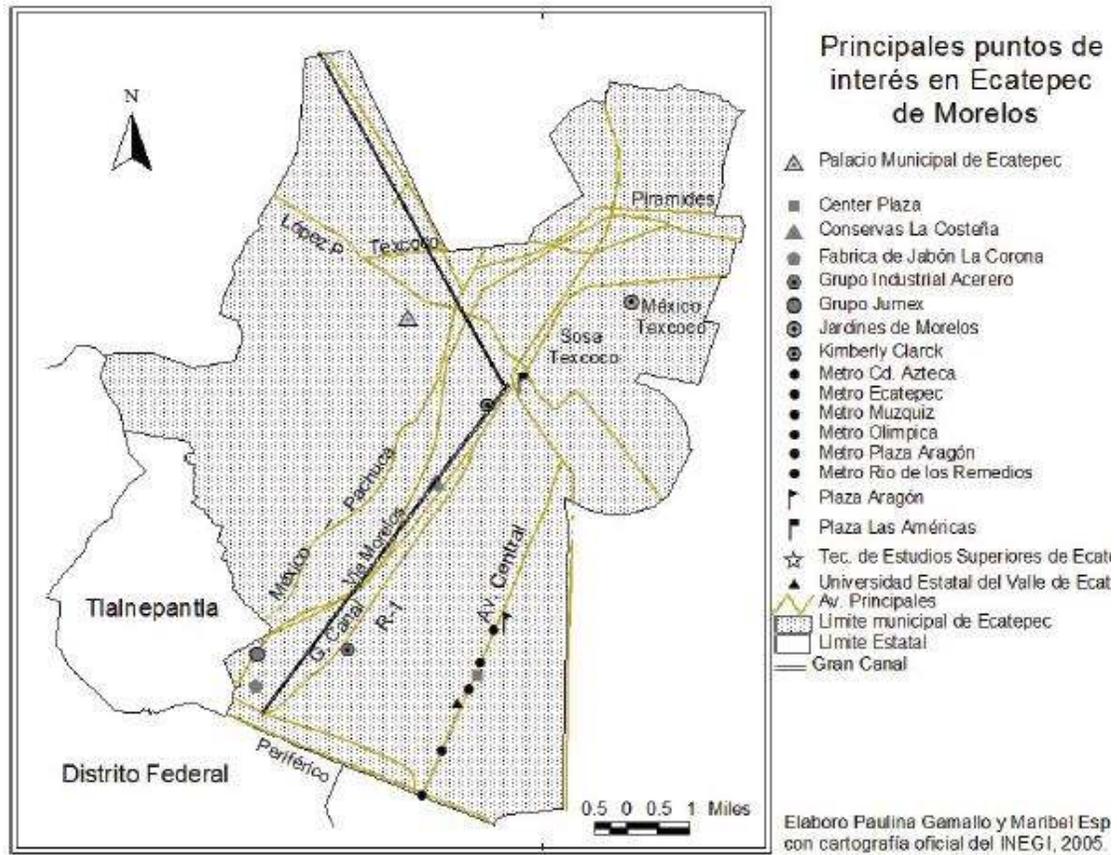
Entre las características más importantes de este modelo de desarrollo estabilizador estaba una política nacional de exención de impuestos a las industrias y la creación de grandes parques industriales (Bassols y Espinosa, 2011). Para Ecatepec esto significó la instalación de grandes naves fabriles entre las que destacan no sólo la Fábrica de Sosa Texcoco, sino también Aceros de Ecatepec, Química Hoechst, La Compañía industrial San Cristóbal, Basf Mexicana S.A., entre muchas otras (Espinosa, 2010: 68-69).

La zona donde se instalaron las primeras plantas industriales fue Xalostoc y aunque poco a poco las plantas se fueron extendiendo a lo largo de la Carretera México-Pachuca, este lugar se mantuvo como principal sede de la actividad industrial municipal incluso hacia el final del siglo XX. Prueba de ello es que hacia 2011 Bassols y Espinosa (2011) aún seguían identificando en esta zonas los

⁸ Véase Garrido (2002).

puntos más representativos del municipio entre los que aún se encontraban las plantas industriales de marcas reconocidas como “La Corona”, “La Costeña”, “Jumex”, entre otras (véase mapa 2).

Mapa 2. Principales puntos de interés en Ecatepec de Morelos a inicios del Siglo XXI

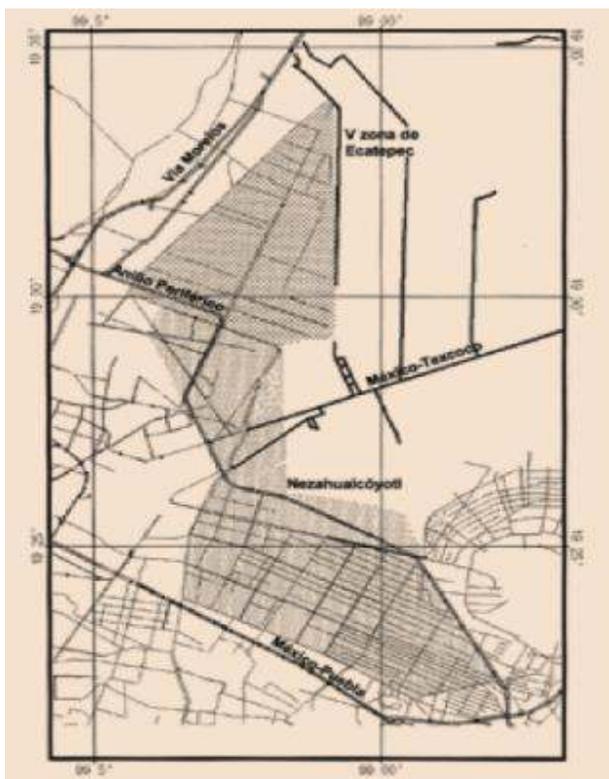


Fuente: Tomado de Bassols, M., & Espinosa, M. (2011), página 184.

Hasta antes de la industrialización Xalostoc permanecía con el crecimiento esperado de los pueblos rurales tradicionales que hasta entonces constituían a Ecatepec, sin embargo, con la ola de migración muy pronto las comunidades rurales comenzaron a ver la emergencia asentamientos irregulares en sus inmediaciones, fenómeno que se fue extendiendo a lo largo de todo el territorio municipal incluso después del declive de la etapa de desarrollo industrial (Espinosa, 2010). Como resultado, hacia el final del siglo XX Ecatepec de Morelos llegó ser el municipio con el territorio más urbanizado dentro de la ZMCM.

Esta integración acelerada a la dinámica de la ciudad se debió por una parte a su posición geográfica cercana al entonces Distrito Federal (capital del país), sin embargo había también unas características territoriales que facilitaron esta integración. Ya desde el siglo XIX el territorio del municipio se había ampliado debido a la desecación de lago de Texcoco, una técnica de drenado del agua del lago que se hacía para evitar inundaciones en la Ciudad de México, aunque cabe destacar que este tipo de terrenos no sólo se ubicaban en Ecatepec sino también en muchos otros municipios vecinos. Antes de que llegaran las industrias, mucho se había discutido sobre el uso o tratamiento que debía darse a estas grandes extensiones de terrenos que eran muy secos y salitrosos, por lo que provocaban grandes tolveneras.

Mapa 3. Territorio urbanizado en el desecado del lago de Texcoco. V zona de Ecatepec y Nezahualcóyotl.



Fuente: Elaboración de Lizbeth Guarneros y Maribel Espinosa, disponible en Espinosa (2008;18)

En el caso de Ecatepec parte de este recurso fue aprovechado con la instalación de la fábrica de Sosa Texcoco en 1943, no obstante, en los siguientes años una gran extensión de territorio aún quedaba baldía, lo que se denominaba V zona o región del Ex-Vaso de Texcoco (Véase Espinosa, 2008).

Hasta el primer tercio del siglo XX parecía que el mejor tratamiento para aprovechar los terrenos del desecado Lago de Texcoco era un proyecto de recuperación agrícola. No obstante, hacia la década de los cuarentas del mismo siglo, cuando el auge industrial arrancaba, aún

no se había consolidado ningún proyecto. De tal manera que debido la cercanía del municipio con la ZMCM y a la gran cantidad de empleo que ofrecían las industrias comenzaron a aparecer sobre estos terrenos asentamientos humanos improvisados, sin servicios y con la ausencia total de infraestructura urbana. De este modo, la V zona de Ecatepec comenzó un proceso de poblamiento que poco a poco se fue acelerando.

Un fenómeno muy parecido ocurría en el vecino municipio de Chimalhuacán donde también había terrenos que eran resultado de la desecación del lago de Texcoco. Tanto en Ecatepec como en Chimalhuacán el fenómeno del poblamiento informal comenzó con unos pocos fraccionamientos vendidos a particulares, pero pronto se aparecieron invasiones de grupos organizados de colonos que una vez asentados demandaron el derecho a la legalización de sus viviendas, la formalización servicios e infraestructura pública. En el caso de Chimalhuacán, la gran cantidad de pobladores y el peso político que tenían estos grupos de colonos ya asentados logró que hacia la década de los sesentas del siglo XX el territorio ocupado por esta población fuera reconocido como una nueva demarcación municipal, actualmente identificada como Nezahualcóyotl (véase Mapa 3)⁹.

Para la década de los setentas del siglo XX el fraccionamiento de lotes irregulares y la autoconstrucción de viviendas eran un fenómeno que podían observarse en todas las zonas metropolitanas del país. Para entonces distintas organizaciones de colonos se habían mantenido en contacto por lo que se había gestado un movimiento netamente urbano¹⁰, que trataba de fundar una organización que representara a la mayoría de las organizaciones de colonos que podía reconocerse a lo largo del país. Por supuesto, el principal interés era que se reconociera el derecho a la vivienda, que se reconocieran y regularizaran las condiciones de aquellos colonos que habían edificado sus viviendas de manera informal, que se les dotara de servicios e infraestructura urbana.

⁹ Vélez-Ibáñez (1983) hace una importante contribución sobre Nezahualcóyotl y los procesos con los que se instalan los colonos en este territorio.

¹⁰ Este fenómeno no sólo ocurría en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, sino también en otras ciudades del país, por lo que con el tiempo muchas de estas organizaciones se aglutinaron en una organización que se conoció como la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (Véase Moctezuma (1985) y Ramírez (1986)).

En Ecatepec, tanto el desarrollo de las industrias como la posibilidad abierta de conseguir una vivienda a bajo costo (así fuese inicialmente en condiciones de precariedad) provocó un crecimiento poblacional inusitado; el número de habitantes había pasado de 40,815 en 1960 a 784,507 en 1980, es decir, tan sólo en 20 años la población del municipio había crecido 19 veces (Cuadernos Estadísticos, 2018). Para ese momento, tanto en Nezahualcóyotl como en la V región de Ecatepec el movimiento urbano popular tenía ya una presencia irrefutable. Las organizaciones que se desarrollaron en esos espacios habían consolidado ya los servicios urbanos y las viviendas de varias colonias ya reconocidas y asentadas. Para inicios de la década de los ochentas del siglo XX, ya no sólo se trataba de unos cuantos habitantes disgregados en lotes fraccionados ilegalmente en un territorio de carácter federal. Habían emergido organizaciones, que como actores colectivos, estaban extendiendo esta dinámica de ocupación del territorio ya no sólo en reservas federales sino también tierras ejidales y comunales de pueblos tradicionales que hasta entonces habían permanecido intactos.

Por otro lado, durante esa misma década la Ciudad de México también estaba experimentado un vertiginoso crecimiento poblacional, lo que comenzó a presionar los viejos espacios urbanos centrales de la Ciudad dejándolos saturados y provocando que sobre todo la población menos favorecida comenzara a buscar vivienda barata en las delegaciones y municipios periféricos a la Ciudad [véase Salazar e Ibarra (2006) y Cruz (2000)]. En esa medida algunos los habitantes de las viejas vecindades y otras viviendas populares comenzaron a migrar, a lo que hay que sumar el impacto que tuvo el temblor de 1985 que destruyó buena parte de la Ciudad de México.

Aunque territorios como Nezahualcóyotl o la V zona del ex_vaso de Texcoco ubicada en el municipio Ecatepec ya se habían saturado, este último municipio aún conservaba una importante variedad de espacios territoriales que era posible continuar ocupando. Por esa razón, mientras que el crecimiento urbano en otros municipios comenzaba a estabilizarse, en Ecatepec los asentamientos irregulares siguieron avanzando, ahora centrándose en tierras

comunales y ejidales que hasta entonces permanecían ignoradas. Es por ello que hasta el año 2000 el crecimiento poblacional de Ecatepec por fin comenzó a estabilizarse, aunque ya para entonces se había alcanzado la exorbitante cantidad de 1, 622,697 habitantes. Para 2015 la tasa media anual de crecimiento poblacional con respecto al 2000 era ya sólo de 0.22 y la población del municipio apenas era de 1,677, 678 habitantes (Cuadernos Estadísticos, 2018). Así es como al concluir el siglo XX el municipio de Ecatepec se caracterizaba por una fuerte presencia de “colonias populares de autoconstrucción progresiva”.

A pesar de este continuo crecimiento urbano que pude observarse durante casi todo el Siglo XX en Ecatepec hay que identificar una etapa de quiebre durante la década de los ochentas. En ese periodo muchas de las grandes industrias que caracterizaban al municipio comenzaron a cerrar, los apoyos estatales comenzaron a frenarse y la ZMCM en general cambio su vocación hacia el sector de los servicios. En Ecatepec esto implicó que muchas naves de producción fabril se reconvirtieran en lugares de consumo y servicios. Aunque en 2021 aún se mantiene una presencia industrial significativa que puede observarse a lo largo de la Vía Morelos, lo cierto es que aquel desarrollo industrial que experimentó el municipio desde muy temprano y que había permitido a la población un estilo de vida obrero y en ocasiones sindicalista comenzó a decaer. La participación de sector industrial en el mercado laboral dejó de ser tan significativo como entonces y la población comenzó a ocuparse en principalmente en el pequeños talleres, en el sector servicios o en el mercado informal (Maffitt, 2014).

Es en este último periodo (las décadas de los ochenta y noventa) que Ecatepec presencié la emergencia de localidades como Ciudad Cuauhtémoc. Asentamientos humanos irregulares que heredaron los mecanismos de ocupación territorial que las anteriores experiencias colectivas habían probado, pero con una la capacidad de consolidar asociaciones u organizaciones que se quedó en el marco los modelos de cooptación partidista que ya los críticos del Movimiento Urbano Popular habían detectado en los primeros años (Legorreta y Sil, 1985). En casos como el de Ciudad Cuauhtémoc se replicaron prácticas jerárquicas, que muchos militantes percibieron como autoritarias. Una vez que se cumplieron los

objetivos básicos de la regularización de las propiedades estos intermediarios fueron cooptados por partidos políticos o ellos mismo comenzaron a funcionar en torno a esa dinámica; a pesar de ello continuaron funcionando como uno de los vínculos principales entre la población y el Estado.

1.1.1 Ciudad Cuauhtémoc y los reacomodos del mercado inmobiliario

Durante el periodo de industrialización también se construyeron conjuntos habitacionales y fraccionamientos de carácter popular en Ecatepec para ello se designaron organismos estatales como Incobusa o Fraccionadora Ecatepec que tenían como misión la planeación de vivienda urbana. Sin embargo, dado que los asentamientos irregulares crecían vertiginosamente¹¹ desde la década de los cuarenta del siglo XX las entidades administrativas de gobierno mantuvieron distintos procesos de regularización de estos asentamientos humanos, pero no fue sino hasta la década de los setentas del siglo XX que se llevó a cabo este cometido con mayor intensidad. Se crearon instituciones como el Instituto de Acción Urbana e Integración Social (Auris), la Comisión de regulación de la tenencia de la tierra (Corett) o Comisión para la Regulación del Suelo en el Estado de México¹².

En contraste, la vivienda dirigida a los trabajadores quedó a cargo de instituciones como INFONAVIT, FOVISSSTE, y el Instituto Mexiquense de la Vivienda Social, los cuales paulatinamente dejarían el trabajo de planeación en manos de constructoras privadas. De tal forma que un nuevo mercado de la

¹¹ Elías Huamán (2010) calculaba que hacía 1982 el 73.64% de la población que habitaba en municipios conurbados de la ZMCM lo hacía en asentamientos humanos irregulares.

¹² Según señala Tomas (1996) el esfuerzo de regularización más importante se inicia con la creación de Corett en 1973, un organismo dependiente de la Secretaría de la Reforma Agraria cuyo cometido será la regularización de estos asentamientos a través de la expropiación de tierras de carácter federal como el ejido. Para Tomas esta política de regularización con el tiempo no sólo implicará la reforma constitucional al artículo 27 que libera a los ejidatarios para poder vender este tipo de propiedad como si fuese privada sino que culminará con Programa Nacional de Solidaridad implementado durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Sin embargo, podemos ver cómo en el intermedio se crearon entidades locales como Cresem que se ocuparon únicamente de casos propios del Estado de México o Fineza una organización exclusivamente creada para dirimir los conflictos entre colonos y ejidatarios en el caso de Nezahualcóyotl. Por supuesto, en estos ejercicios se encontraron muchas contradicciones, como veremos más adelante en el caso de Cresem en Chiconautla, que se resolvieron de manera particular.

vivienda comenzó a configurarse, pues, por un lado se ampliaron zonas como Jardines de Morelos o se planearon nuevos fraccionamientos como las Américas, que eran propuestas de vivienda dirigidas a clases medias¹³. De forma paralela, se tomaron disposiciones varias para regularizar de las viviendas que se habían instalado de manera informal en terrenos federales, ejidos o tierras comunales, por lo que se le dio reconocimiento a muchos asentamientos irregulares.

Tanto en la venta de fraccionamientos dirigidos a clases medias como en la regularización de terrenos informales hubo complicaciones en cuanto a las condiciones de construcción o la dotación de servicios e infraestructura. Sin embargo, estas dos modalidades en la oferta del mercado inmobiliario comienzan a establecer nuevas formas de distancias sociales entre los distintos espacios geográficos del municipio. Mientras que los fraccionamientos como el de las Américas se ofertan bajo la imagen de fachadas asépticas, que lucen como sacadas de revistas, imágenes de lugares idílicos, que a veces están acompañadas de plazas o cadenas comerciales en sus alrededores, las colonias que se desarrollan a partir de asentamientos irregulares casi siempre están sujetas al reordenamiento constante del estado por lo que suelen mantener una imagen de colonias arenosas en construcción permanente.

Por otro lado, durante los primeros años del siglo XXI, por distintos motivos, se ha realizado una inversión público-privada para la construcción de una autopista de cuota (que atraviesa Texcoco, Nezahualcóyotl, Ecatepec y Zumpango) y un hospital general que en términos generales se conecta con mayor frecuencia con los proyectos habitacionales. Esto hace que los contrastes sean perceptibles en el tránsito diario que los habitantes realizan por las principales vías de comunicación, pues, Cotidianamente se enfrentan con los anuncios de inmobiliarias que los interpelan con frases como “eleva tu nivel de vida” o “¿tienes antojo de vivir mejor?” mensajes todos dirigidos a los clientes potenciales, sobre

¹³ Esta nueva estrategia de construcción de vivienda que se puede observar en Ecatepec se puede encontrar también en otros municipios como Chicoloapan y Valle de Chalco. Si bien se trata de vivienda de “interés social” que es fomentada desde el estado está planificada y ejecutada desde el sector privado. En la ZMCM el resultado ha sido la dinámica de una “ciudades dormitorio”, es decir, conjuntos de viviendas que se ubican lejos de las zonas de trabajo, que regularmente se ubican en el centro de la ciudad (Moreno-Sánchez, 2015).

todo trabajadores con derecho laborales, capaces de pagar una vivienda dentro de estos fraccionamientos. Incluso a pesar de que este tipo de fraccionamientos son la forma preponderante con la que se construye la vivienda para trabajadores es también un símbolo de ascenso social, depende de que tan exclusivo, cerrado y bien ubicado se presente.

Estas distancias sociales se pueden observar en espacios geográficos muy breves y son efecto de la forma en que Ecatepec se integró a la gran metrópoli, de la rapidez con la que creció la población dada la importante participación del municipio en el sector industrial durante el siglo XX. Pero también es efecto de la forma en que se reorganizó la metrópoli global, con sus nuevos criterios de ordenamiento dirigidas al consumo y los servicios.

Cuando la infraestructura de las grandes industrias se desmanteló el sector servicios se convirtió en la principal fuente de empleos. Los trabajadores que tenían experiencia en el segundo sector económico tuvieron que trasladarse al sector servicios o instalar pequeños talleres de tipo familiar, por lo que sus hijos no tendrían la perspectiva a futuro de trabajar en grandes empresas como obreros. Para 1990 la población ocupada en el sector servicios representaba ya el 61.9% de la población ocupada total (Vásquez, 2015). En este sentido, el espacio ecatepense se convirtió en un producto que responde al proyecto de la metrópoli globalizada y a los remanentes que dejó el proyecto por sustitución de importaciones. De ello son testigo las huellas de los grandes espacios industriales desocupados y la dinámica de los sectores populares que trasciende a los dos periodos.

Es así como a inicios del siglo XXI, retomando los datos Duhau y Giglia (2008), podemos decir que Ecatepec se presenta como un municipio de colonias populares, pueblos conurbados y conjuntos habitacionales, salpicado por unos pocos asentamientos residenciales de clase media. No obstante, la forma en que se jerarquiza el valor del espacio urbano ya no depende de la ubicación de las zonas industriales y sus trabajadores, sino de parámetros como el acceso al consumo en centros comerciales, el desarrollo de viviendas organizadas en

fraccionamientos multifuncionales, el acceso a redes viales translocales, entre otros (Espinosa, 2010).

Los modelos de construcción de tipo fraccionamiento, que privatizan los espacios públicos y levantan de murallas con vigilancia permanente, se han vuelto indicadores de estatus, un beneficio accesible solo para aquellos que pueden pagar un enganche y unas mensualidades fijas. En contraste, los sectores más empobrecidos habitan en más del 50% de los asentamientos en Ecatepec, y aún continúan con el proceso de regularización de la propiedad adquirida de manera informal. En los ejercicios de reordenamiento a veces se les otorga cierta asesoría técnica para la auto-construcción de la casa y la organización de los espacios públicos, pero nada más, la dotación de servicios queda en la confusión de si se trata de una responsabilidad del municipio o de aquel que fraccionó y vendió el terreno.

1.1.2 Ciudad Cuauhtémoc y sus características

En el caso de Ciudad Cuauhtémoc las huellas de la época del desarrollo industrial se encuentran en las dos entradas principales del Circuito Cuauhtémoc, ya que aún conservan en el nombre el recuerdo de dos de las principales actividades económicas que existieron en este territorio previo a las grandes invasiones: “Laboratorios” en honor a los laboratorios de la industria vidriera que se ubicaban en la intersección del Circuito Cuauhtémoc con la Carretera México-Pachuca y “Herrería” que es el otro tramo del circuito que rememora a los herreros que colocaron ahí sus pequeños talleres de trabajo. Como en todo el municipio estos espacios se reconvirtieron y en 2021 la entrada del tramo Laboratorios (justo donde se ubicaba la industria vidriera) se alberga a una sucursal perteneciente a una cadena de centros comerciales.

Según el Plan de Desarrollo Urbano de Ecatepec de Morelos (PMDU, 2015), Ciudad Cuauhtémoc tiene en general un uso de suelo habitacional de mediana densidad poblacional. A pesar de ello, una parte de su territorio se considera como uno de los centros urbanos característicos del municipio debido a que es uno de los más densamente poblados. Junto con otras localidades

Guadalupe Victoria, Tulpetlac, Jardines de Morelos, Ciudad Azteca y Aragón, esta sección de la colonia produce el 56% de los viajes internos que se realizan en el municipio (PMDU, 2015).

Su circuito vial principal es el Circuito Cuauhtémoc, el cual se conecta con la carretera México-Pachuca que es una de las arterias principales del municipio ya que lo atraviesa de norte a sur. En la intersección del Circuito Cuauhtémoc con esta carretera se ubican las estaciones del Mexibus, que es el sistema de transporte público mexiquense que conecta a esta zona de Ecatepec con el sistema de transporte colectivo metro, que es una de las principales vías de comunicación de la zona central de la Ciudad de México. Lo cual mejora la capacidad de movilidad de los habitantes de esta localidad, pues los comunica además con los centros urbanos más inmediatos que son Ojo de Agua y el centro municipal (San Cristóbal).

Ciudad Cuauhtémoc es una localidad donde permanentemente los habitantes padecen la irregularidad y falta de servicios básicos o infraestructura. Por ello las negociaciones entre habitantes, autoridades y organizaciones sociopolíticas son una dinámica que se mantiene desde su fundación. De ahí que en Ciudad Cuauhtémoc la presencia de organizaciones como Antorcha Campesina, la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata (UPREZ), el Frente Popular Independiente (FPI) y el Comité de Lucha y Defensa (COLUDE), entre otras, sea una constante en la ampliación y modificación de los espacios. Estas organizaciones se asentaron en este territorio en distintos momentos, algunas como UPREZ o el Frente Popular independiente acompañaron a los colonos desde los primeros años de poblamiento y sobrevivieron a pesar de las continuas rupturas internas; otras organizaciones como Colude se fueron formando precisamente a raíz de estas rupturas al interior de los grupos; y finalmente algunas organizaciones como Antorcha Campesina aparecieron como parte del rejuego político que se instaló en la localidad.

Mucho del carácter de “autoconstrucción progresiva” que tiene esta localidad depende de la intermediación política que estas organizaciones ofrecen

a la población cuando necesitan ejercer presión para la búsqueda de bienes y servicios puntuales. Esta mediación informal se institucionalizó a partir de los mecanismos de gestión urbana que la administración municipal implementó en la década de los ochenta. En ese entonces, todas las colonias irregulares debían implementar “prácticas participativas” por medio de las cuales los colonos también se responsabilizaban del espacio que ocupaban. Ello permitió que estas organizaciones partidistas se convirtieran en la principal herramienta para que vecinos y colonos organizaran sus actividades. Por ello no es extraño que en este siglo, los representantes de los Consejos de Participación Ciudadana sean precisamente militantes de estas organizaciones que muchas veces se encuentran ya asociadas a partidos políticos específicos.

1.1.3 Los habitantes y su origen

Según el análisis por AGEB que Duahu y Giglia (2008) realizan sobre la ZMCM la población de Ciudad Cuauhtémoc podría ubicarse en los estratos más bajos de ingreso, situación que se sostiene si se verifican los últimos diagnósticos que la administración municipal realizó en 2020¹⁴. Gran parte de la población tuvo una residencia anterior en la Ciudad de México, pero al no encontrar vivienda accesible en esa zona tuvo que instalarse en esta localidad. Una encuesta realizada en la década de los noventa entre las primeras personas establecidas señalaba que la población prioritariamente provenía de la delegación Gustavo A. Madero y de otras localidades dentro del propio municipio de Ecatepec. Aunque, el análisis de los lugares de nacimiento revela que hay un significativo componente rural en sus orígenes (Méndez, 1997: 54-59).

Por otro lado, una comparación entre datos poblacionales de los censos generales de 1994 y 2010 nos muestra que la población que se asentó en esa década no es muy distinta a la que hoy podemos encontrar. En primer lugar, hay

¹⁴ Tan sólo como dato muestra el último diagnóstico de esta región revela que el 90 % de la población no cuenta con buen acceso a una computadora o internet en sus hogares y que todavía existe un porcentaje de población sin acceso a drenaje o agua entubada, además de los problemas endémicos de escrituración de sus viviendas (véase https://mimexicolate.gob.mx/wp-content/uploads/2020/09/07_Sedatu_PTO_Ecatepec.pdf)

un bajo crecimiento poblacional, lo cual es consistente con la baja de las tasas de crecimiento intercensal del municipio (que pasó de 18.88 en la década de los setenta a sólo 2.5 en los noventa y a sólo 0.22 después del 2000). Si bien la población ha envejecido, hay un importante sector de gente joven (menor de 15 años) que se mantiene como una constante, además de una población en edades laborales que sigue representando más del 50% (Véase cuadro 1).

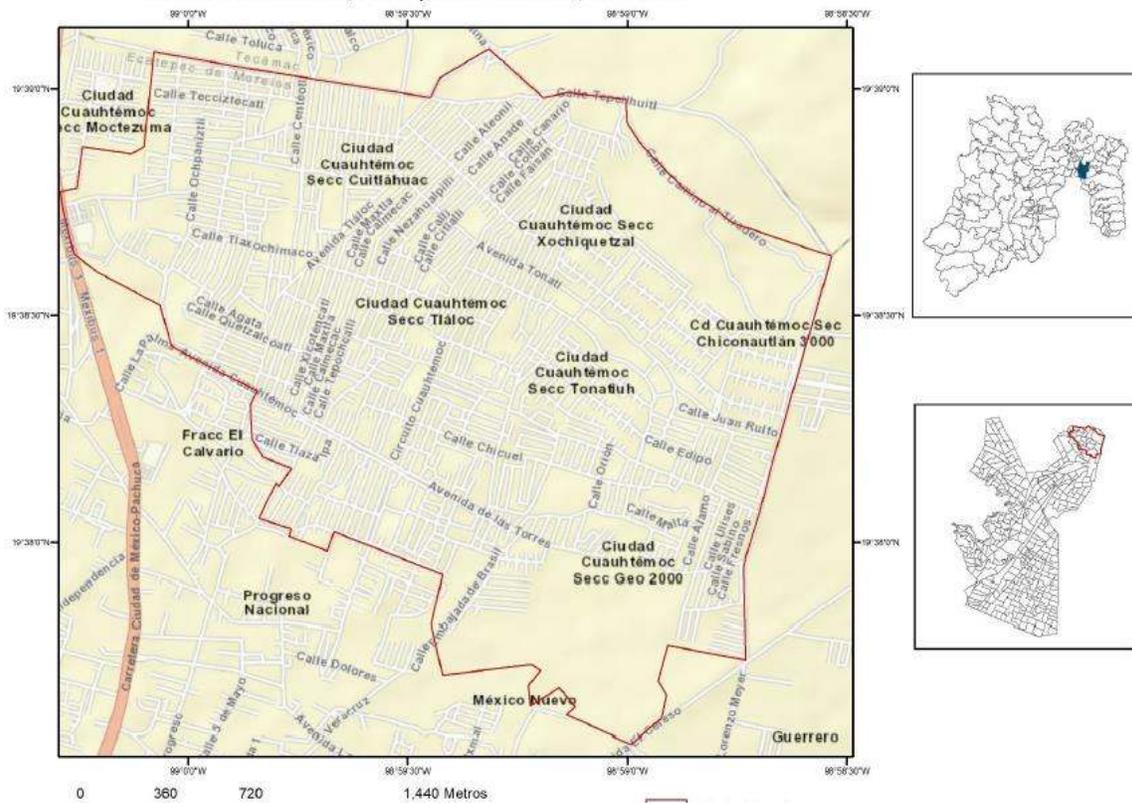
**Cuadro 1. Composición poblacional por grupos de edad
Ciudad Cuauhtémoc 1994-2010**

Grupos de edad	1994		2010	
	Menores de 15 años	27,066	45.41%	24,360
15-64 años	31,706	53.20%	51,869	65.8%
65 años y más	827	1.39%	2,627	3.3%
Total	59,599	100%	78,856	100%

Fuente: Elaboración propia con base en Méndez (1997) y Flores (2014)

Según el Censo General de 2010 la estructura familiar de la localidad tiene todavía una organización tradicional donde la jefatura masculina es preponderante, aunque hay un importante 24% de hogares que declaran tener una jefatura femenina. En cuanto a la educación, en 2010 el promedio de años escolares cursados en esta localidad es de 9, lo que indica que el promedio de población cubre sólo la educación básica. El contraste con los datos que Méndez (1997) presenta para la década de los noventa muestra que si bien los niveles de analfabetismo han bajado, no se puede hablar de un avance significativo en esta materia. En ese entonces se hablaba de exclusión por falta de infraestructura educativa, pero hoy, a pesar de que en la localidad se han construido opciones para la educación medio superior (como Conalep o la prepa oficial) la tendencia no ha cambiado.

**Mapa 4. Ciudad Cuauhtémoc,
Ecatepec de Morelos, Estado de México**



Fuente: Elaboración propia con base en información geográfica de Google Maps 2020

1.2 El proceso de ocupación territorial

Como hemos establecido en 1982 Ecatepec estaba dejando atrás su pasado agrícola, el reparto agrario posrevolucionario era ya sólo un recurso para acreditar la posesión de la tierra. Los pueblos originarios perdían cada vez más territorio ejidal y comunal en pro de la urbanización del municipio y el proyecto de sustitución de importaciones entraba en crisis. La población obrera ocupada en el sector industrial, que una vez fue característica de este municipio, daba paso a una nueva generación trabajadora que preponderantemente se dedicaba a los servicios. Dicha población difícilmente se organizaría en torno sindicatos u organizaciones para la defensa del trabajador (Bassols y Espinosa, 2011).

En ese entonces personas como Gabriel, un habitante originario del antiguo pueblo de Santa Clara (pueblo aledaño a la zona industrial de Xalostoc¹⁵) estaba dedicado a buscar vivienda. En esos años ya tenía una familia con 6 hijos en edades escolares. Aunque trabajaba en un banco, no había conseguido comprar una casa en la localidad en la que habitó desde que era un niño. La búsqueda comenzó en Ciudad Azteca, una colonia ubicada en los límites de lo que fue la V zonal del ex vaso de Texcoco, por lo que para 1982 se había saturado, lo cual contribuía al elevado el precio de la vivienda que también se justificaba por su cercanía con el entonces Distrito Federal. A Gabriel le interesaba que su nueva vivienda estuviera muy cerca del transporte público ya que en ese entonces su hija mayor estudiaba el bachillerato en la colonia Santa María Rivera en una escuela privada ubicada en la actual alcaldía Cuauhtémoc. Sin embargo, Gabriel sabía que su inversión no podía ser tan alta, ya que además este suelo (producto del desecado lago de Texcoco) se caracterizaba por la alta salinidad que afectaba permanentemente las construcciones que ahí se levantaban.¹⁶

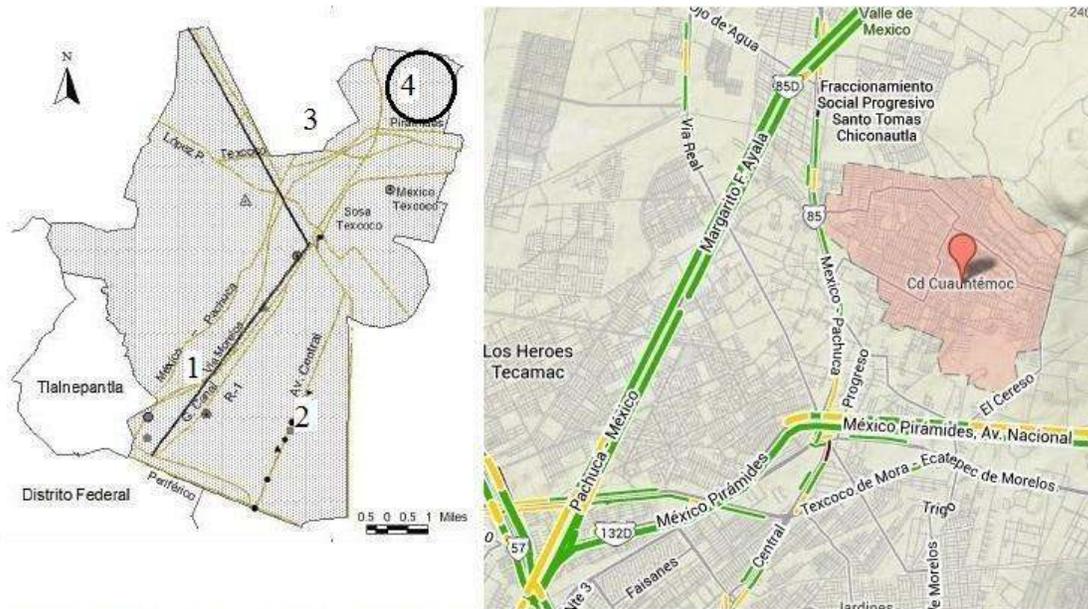
Ante las negativas, la búsqueda de Gabriel se fue recorriendo hacia el norte del municipio hasta llegar a Ojo de Agua, una localidad colindante con el municipio de Tecámac (véase Mapa 4). Hasta este momento el problema solía ser que le mostraban viviendas con malas condiciones en su construcción e infraestructura o que eran demasiado costosas para su presupuesto. Al poco tiempo, el cuñado de Gabriel le presentó a un amigo de Santo Tomas Chiconautla, una comunidad agrícola pequeña, cerca de Venta de Carpio, más allá de la V zona del ex-Vaso de Texcoco, casi en los límites del municipio (referencia 4 en el Mapa 3).

¹⁵ Según Bassols y Espinosa (2011), el proceso industrial del municipio inició en Xalostoc y luego se distribuyó a lo largo de la antigua carretera México-Pachuca, muy parecido a la orientación que sigue Gabriel en su búsqueda por vivienda.

¹⁶ A propósito de ello Maribel Espinosa (2010) comenta que uno de los efectos de estas condiciones es que las construcciones de esta región difícilmente pueden rebasar los tres pisos de altura sin padecer hundimientos o la corrosión de los materiales de fincado. Sin embargo, como la situación de estos asentamientos irregulares se prolongó por mucho tiempo, a pesar de los múltiples instrumentos legales para la regularización que implementó el Estado, la especulación se mantuvo como una constante provocando la urbanización acelerada de esta región.

Su cuñado le dijo que el papá de su amigo estaba fraccionando terrenos y que era una buena oportunidad de compra. Sin embargo, aunque los lugares que le mostraban estaban cerca del pueblo original (lo cual facilitaba la introducción de la luz y otros servicios), a Gabriel le gustó un pequeño terreno ubicado en una colina del cerro. Esto porque ya había visto en otros asentamientos parecidos que las inundaciones eran un problema constante. Además, al ser oriundo de un pueblo tradicional que se urbanizó muy rápido, conocía muy bien los problemas que pueden enfrentarse en los territorios que eran agrícolas y la negligencia con la que a veces los ingenieros de gobierno trazaban las calles, introducían el drenaje o encarpataban los caminos. Así fue como en 1982 Gabriel adquirió una propiedad en las tierras de común repartimiento de Santo Tomas Chiconautla, lugar que después se convertiría en Ciudad Cuauhtémoc.

Mapa 5. Ruta de Gabriel y ubicación actual de Ciudad Cuauhtémoc en el Municipio



1. Santa Clara de Caotitla 2. Ciudad Azteca 3. Ojo de Agua 4. Ciudad Cuauhtémoc

Fuente: Bassols y Espinosa (2011) y Google Maps (consulta mayo de 2019)

A diferencia del ejido, estas tierras de común repartimiento estaban divididas como propiedad privada entre las familias originarias del pueblo de Santo Tomas. Sin embargo, lo único que aseguraba la posesión de la tierra eran algunos

documentos elaborados por las autoridades comunales mismas (Méndez, 1997). Aunque dichos papeles estaban avalados por un notario público y sus disposiciones respondían a los usos y costumbres de la comunidad, no estaban acreditados frente al Registro Público de la Propiedad, por lo cual, la venta de las parcelas fraccionadas a compradores como Gabriel era una acción informal que se sustentaba solamente en relaciones de confianza.

Durante épocas precolombinas Santo Tomas y Santa María Chiconautla (ambas localidades vecinas de la actual Ciudad Cuauhtémoc), formaron parte de la misma comunidad. No obstante, se convirtieron en dos comunidades cuando Doña Leonor de Moctezuma heredó como encomienda el territorio del antiguo barrio de Santa María en la localidad de Chiconautla. Cuando la revolución concluyó pocos campesinos de Santa María se presentaron ante el censo para el reparto agrario y por ello contaron con poca tierra ejidal y comunal a lo largo del siglo XX. En contraste, los campesinos de Santo Tomas habían comenzado el litigio por el reconocimiento de sus tierras desde el siglo XIX, incluso durante el imperio de Maximiliano (Véase López, 1997).

Después de la revolución, a pesar de que el proceso cancelaba los certificados de posesión anteriores, los ejidatarios de Santo Tomas se empeñaron en mantener los documentos que los acreditaban como dueños de las tierras comunales, mismas que se habían fraccionado de manera particular para cada familia reconocida de la comunidad. Por otro lado, la revolución los había dotado de otros territorios en forma de ejido, entre ellos algunos de agostadero cerril ubicados en las alturas del cerro de Chiconautla. Tanto las tierras de común repartimiento como los ejidos de agostadero cerril de Santo Tomas Chiconautla terminaron cediendo ante la presión de la mancha urbana, pues con el tiempo estos territorios agrícolas se convertirán en lo que hoy se conoce como Ciudad Cuauhtémoc (Véase mapa 5). De tal forma que la comunidad de Santo Tomás aún subsiste pero sin gran parte de sus ejidos y tierras de común repartimiento.

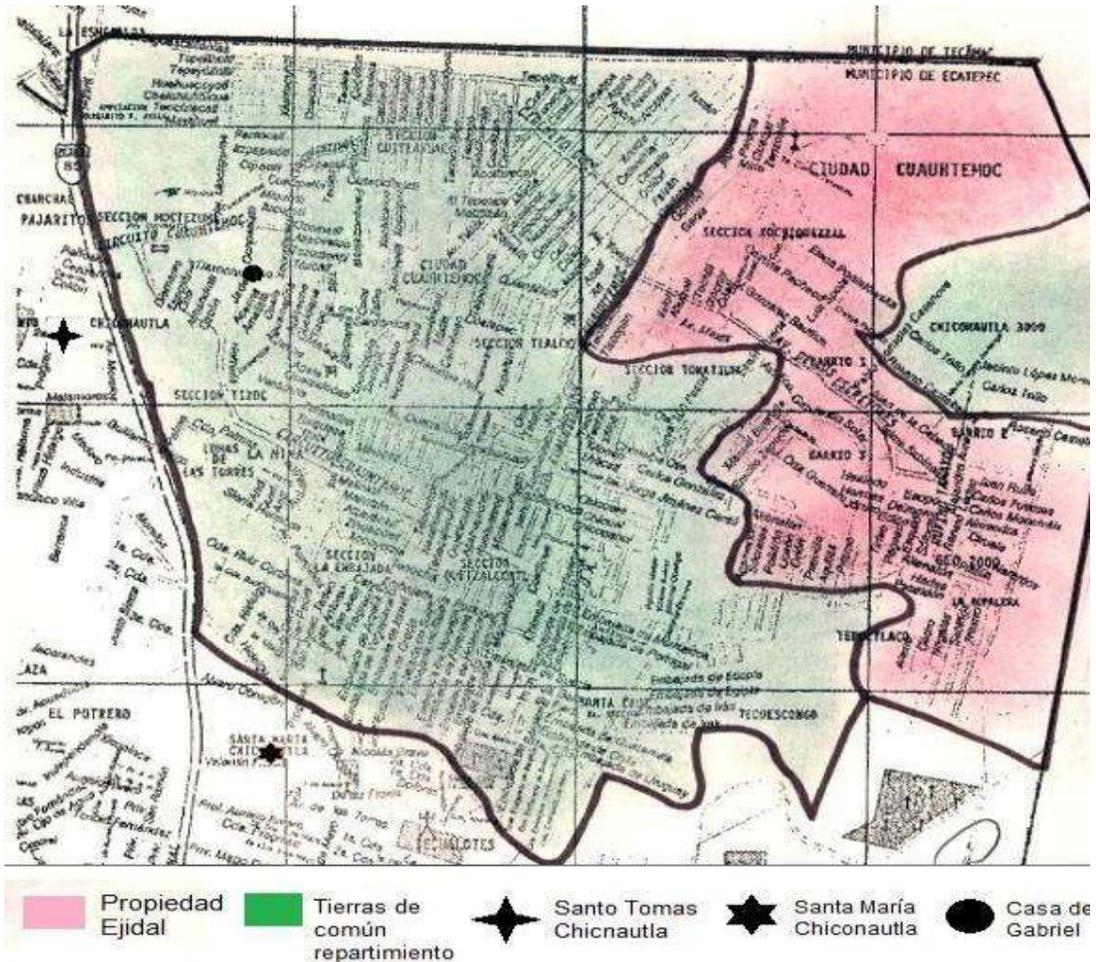
Hasta finales de la década de los sesenta el crecimiento poblacional en la zona de los Chiconautlas era el esperado de los pueblos originarios. No obstante, en la década que va de 1970 a 1978 comenzó la venta informal de algunos

terrenos en los alrededores de los pueblos. Tanto en Santo Tomas como en Santa María Chiconautla el crecimiento del área urbana por la venta y la invasión ilegal se volvió una constante. En los alrededores de estas comunidades surgieron colonias como Las Brisas, Ignacio Pichardo Pagaza, Potrero, Pajaritos, La preciosa, Santa Cruz, Casas Reales, Pirules de Bay, Brisas y Techalotes (Álvarez, 1997: 88). Sin embargo, ninguna de estas colonias conformaba aun lo que se conoce como Ciudad Cuauhtémoc.

A inicios de los ochenta, cuando Gabriel asentó su pequeña casa familiar, solamente percibía que poseía la cuarta casa ubicada en el cerro y que cerca de él únicamente vivía la vecina que después pondría su auto lavado, un señor de Santo Tomas que tenía un establo, y un jacalito donde se vendían chicharrones preparados. Después, durante cinco años, su familia fue y vino para visitar su terreno, porque había que cuidarlo de cualquier extraño que quisiera invadirlo. Tuvieron que mudarse a su terreno en el cerro porque un buen día el fraccionador llamó por teléfono a Gabriel para avisarle que los paracaidistas habían llegado y que se habían instalado a la mala en los terrenos. Empezó así la ardua tarea familiar de visitar todos los días la casa construida, y para 1988 la familia de Gabriel se había mudado completamente a esta localidad.

Para 1988 el cerro de Chiconautla había dejado de ser la imagen bucólica que Gabriel y su familia recuerdan, ya se habían consolidado al menos ocho secciones o agrupaciones de territorios fraccionados: Tizoc, Quetzalcóatl, Tonatiuh, Tláloc, Cuitláhuac, Embajadas, Moctezuma y Xochiquetzal. En casi todos los casos la propiedad se había adquirido de forma mixta; por medio de la venta clandestina de terrenos o de la invasión paracaidista; a excepción de la sección Embajadas donde el paracaidismo había sido dominante y la sección Tonatiuh donde dominó el fraccionamiento y la venta ilegal (Méndez, 1997). Paralelamente, en ese mismo año estaban en proceso de consolidación los Barrios 1, 2, 3 y la sección Chiconautlán 3000 (véase mapa 7).

Mapa 6. Tipos de propiedad sobre los que se estableció Ciudad Cuauhtémoc

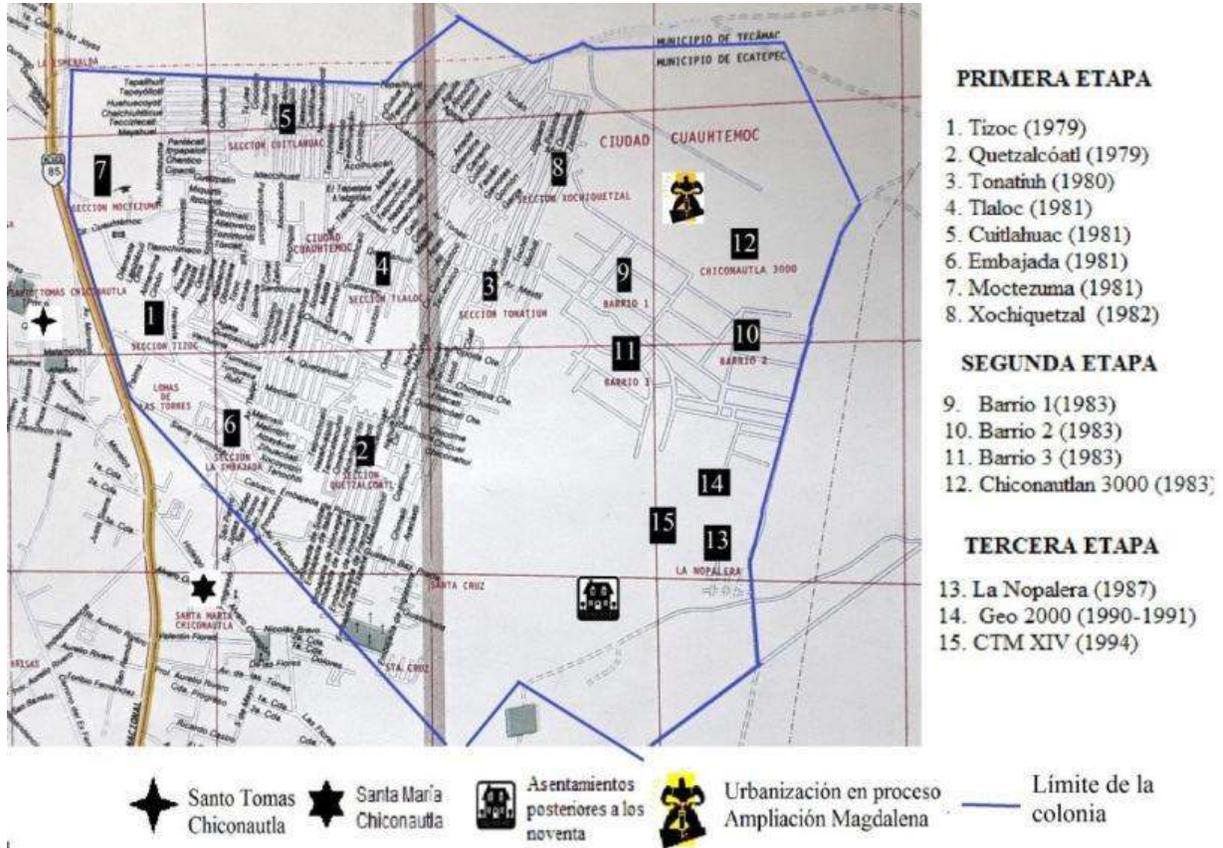


Fuente: Méndez (1997: 80)

El Circuito Cuauhtémoc comenzó a trazarse de manera oficial desde 1983, su ordenamiento fue razón para reubicar las viviendas que obstruían el camino. Se establecieron entonces los dos carriles que caracterizan hoy a este circuito. Esto permitió la entrada de transporte público para cubrir las necesidades de movilidad de la población que habitaba las secciones más alejadas (Álvarez, 1997). Como era de esperarse con la consolidación de las veredas principales y el crecimiento exponencial de la población emergieron los comercios. La familia de Gabriel ahora se dedicaba a la venta de comida y de artículos de abarrotes. Poco a poco fueron instalando la tienda y la ludoteca que los distinguiría como habitantes de la

localidad. Mientras tanto, Gabriel encontró un nuevo oficio incorporándose al negocio del transporte público que ahora daba servicio en la localidad.

Mapa 7. Etapas de consolidación de la colonia



Fuente: Elaboración propia con base en Guía Roji 1991, Méndez (1997:83) y Álvarez (1997)

1.2.1 Compra, invasión y construcción informal en el cerro

Si bien, en los primeros años Gabriel reconocía muy pocos asentamientos de otros vecinos cerca de su lote, con la llegada de los grupos paracaidistas la ocupación del territorio fue vertiginosa. Los trabajos de López (1997), Méndez (1997) y Álvarez (1997) nos muestran que la ocupación se inició primero en tierras de común repartimiento del pueblo originario Santo Tomas Chiconautla y posteriormente en tierras ejidales de agostadero cerril de la misma comunidad (Véase Mapa 6).

Durante la primera etapa (1979-1983) el fenómeno de asentamientos estaba asociado al fraccionamiento y venta informal que realizaban los mismos comuneros (de manera directa o a través de corredores). Méndez (1997) afirma que la venta de estos terrenos tuvo éxito gracias al apoyo de una asociación Priista que ayudaba a los comuneros a difundir la venta y a organizar los pagos de los colonos. Según los datos de Álvarez (1997) esta organización podría ser la "Asociación López Mateos" que tenía sus oficinas en la localidad de San Agustín dentro del mismo municipio y que contaba ya con experiencia en negocios de este tipo. Su principal función era ser vínculo con el gobierno, para facilitar la venta y contener los obstáculos operativos.

Tan sólo a un par de años de distancia (1981), ante la incapacidad de los fraccionadores de otorgar certeza legal sobre la posesión de la tierra, los colonos decidieron suspender los pagos que hasta entonces habían realizado. Esto produjo gran tensión entre fraccionadores y colonos. No obstante, nuevamente la organización Priista funcionó como un catalizador del conflicto, apoyando a los colonos en la invasión del territorio y funcionando como vínculo con los funcionarios de gobierno. En este contexto nace la organización "José María Morelos y Pavón" (Álvarez, 1997) cuyo principal objetivo era presionar a las autoridades para la regulación de la tierra.

La suspensión de pagos y politización del proceso de asentamiento provocó que más personas provenientes de diferentes lugares se unieran para obtener un terreno. Esta invasión le dará origen a la Ampliación Chiconautla, la primera etapa antes de que se reconozca a Ciudad Cuauhtémoc como localidad oficial. Este primer momento incluirá a la asociación de colonos en la lista de organizaciones que el MUP (Movimiento Urbano Popular) consideró en su etapa de recomposición en el Área Metropolitana de la Ciudad de México (Rodríguez, 1986:41-43).

Los líderes pronto vieron engrosar las filas de solicitantes de terrenos, pues en principio, lo único que se requería era demostrar que era gente de bajos recursos, que se tenía una familia, disposición para ocupar el terreno inmediatamente y la capacidad de pagar una cuota de \$100 al líder. En breve estos personajes se consolidaron como representantes de grupos de colonos

específicos, adquiriendo un rol como intermediarios entre el gobierno y los habitantes de la localidad. Según Méndez muchos de los líderes que identificó en 1997 tenían en su trayectoria personal experiencias de paracaidismo en otros lugares como la V región del ex vaso de Texcoco (Méndez, 1997). De tal forma que la mayoría de estos liderazgos vivía de las cuotas de los colonos.

En 1983 intervino la Comisión para la Regulación del Suelo del Estado de México (CRESEM) con el objetivo de llevar a cabo la formalización de la propiedad y el ordenamiento de los lotes fraccionados. Aunque para entonces ya había organizaciones federales para la regularización de la propiedad de la tierra como Corett¹⁷, en este caso se hizo a través de una organización del Estado de México. Esta Comisión, con el afán de evitar invasiones desordenadas, coordinó la expropiación de terrenos con el fin de vender a precios accesibles a los solicitantes de vivienda que se acumulaban cada vez más. El problema fue que la Comisión no reconocía los pagos hechos a los primeros fraccionadores, por esta razón los colonos tenían que volver a pagar una propiedad o lote por la que ya habían entregado un adelanto. De tal forma que para aquellos que habían hecho trato directo con el fraccionador y no se habían asociado con la organización de paracaidistas, el terreno terminó costando más que su precio original. De igual forma, no sólo debían volver a pagar sino que dependían de los líderes partidistas para gestionar no sólo la legalización de la propiedad de la tierra, sino también la introducción de servicios e infraestructura urbana.

La cooptación del partido oficial había frustrado la capacidad organizativa de los habitantes, por lo que, en ese mismo año (1983), muchos integrantes de la asociación "José María Morelos y Pavón" la abandonaron para crear la Unión de Comerciantes del Centro Popular Ciudad Cuauhtémoc; otros más crearon el Frente Cívico Femenino de Ciudad Cuauhtémoc (que subsistió sólo un corto periodo), y El Frente Unión de Colonos y Comerciantes de Ampliación Chiconautla (1985). No obstante, la experiencia de cooptación se repitió con estas

¹⁷ Comisión Reguladora de Tenencia de la Tierra.

organizaciones, por ello en la actualidad en las conversaciones con los vecinos se puede observar la decepción que aún guardan con estas experiencias.

La segunda etapa de formación de la colonia se extiende en el periodo que va de 1983 a 1996. En este lapso de tiempo, por iniciativa del gobierno estatal y a través de la CRESEM, se crearon la Sección Chiconautlán 3000, Barrio 1, Barrio 2 y Barrio 3. Con ello la Comisión buscaba adelantarse a la venta ilegal y el paracaidismo que se había dado en las secciones ya formadas y que se extendiera de forma desordenada por el cerro. En este periodo CRESEM realizó la venta de pies de casa en los terrenos ejidales de agostadero cerril de Santo Tomas Chiconautla ubicados en el cerro (véase Mapas 6 y 7).

La disposición de los lotes fraccionados por CRESEM en estos nuevos asentamientos fomentó una estructura que organizaba grupos de 17 viviendas alrededor de un patio común al que llamaban plaza. Dichas plazas se organizarían una junto a las otras de manera lineal organizando las calles de los nuevos barrios de Ciudad Cuauhtémoc. La intención de este nuevo trazo era lograr que el encuentro cotidiano entre vecinos fomentara la unidad y solidaridad entre los mismos.

Las familias que se establecieron en estos fraccionamientos fueron seleccionadas por CRESEM a través de solicitudes: los terrenos se entregaron desde 1983 hasta 1986¹⁸. Sin embargo, la venta de terrenos no consideraba la dotación de servicios de ningún tipo. Así lo recuerdan algunos vecinos de la época:

[...] Entonces, me dijo la licenciada Ana María, nos dijo, “vaya a su terreno y tome posición, porque si no va se lo vamos a quitar”. [...] Entonces, pasó así cuando aquí no había luz, agua, servicios, nada, nada...cerro pelón. Y nos dijo la licenciada Ana María, “no esperen que haiga agua, porque allá no va a haber, no va a llegar nunca allá al cerro, ¿están de acuerdo? ¿Aceptan?” “No, no, sí”. Nosotros éramos valientes, porque se piensa, “¿cómo no va a haber agua?, ¿entonces porque van a fraccionar o van a hacer el trabajo? Le van a entregar a la

¹⁸ A esto hay que agregar la presión de solicitudes que se incrementaron una vez que el sismo de 1985 y la explosión de los ductos de petróleo de San Juanico habían ocurrido.

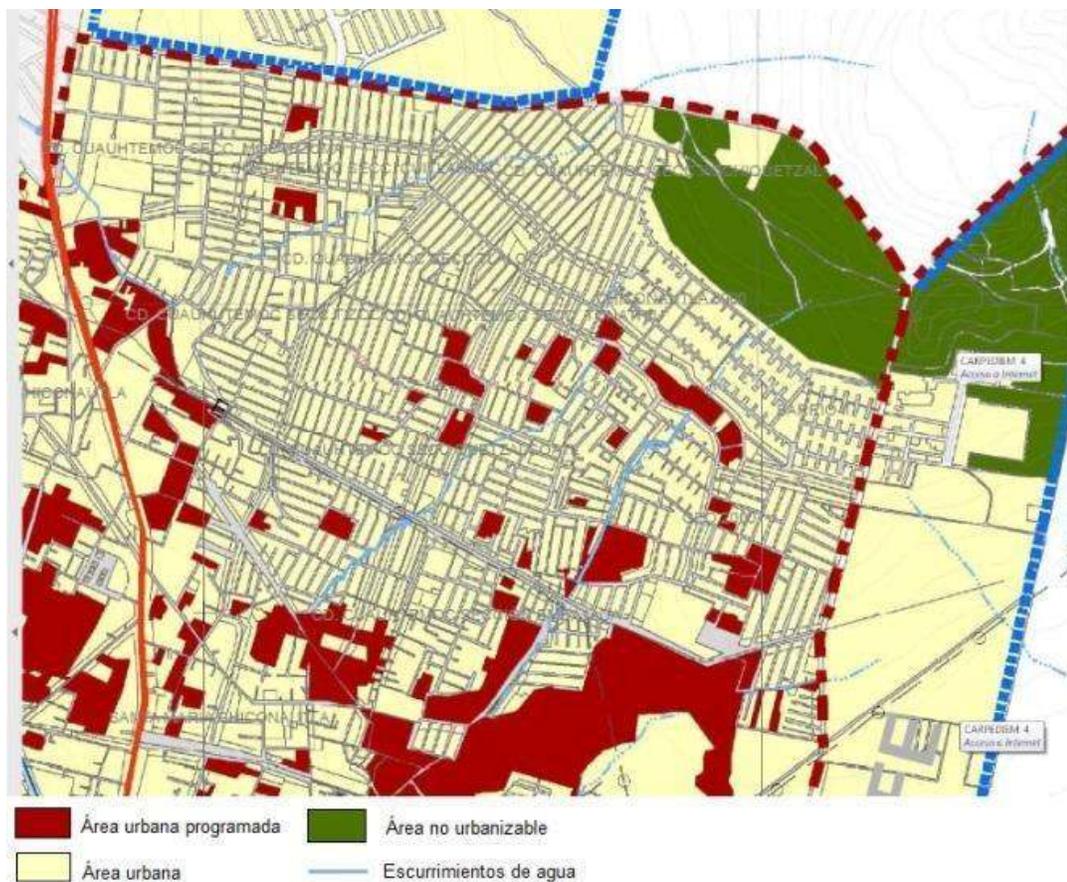
gente terreno, viviendas, y onde se aplasta una casa es porque va a haber agua". Y nuestro compañero, los dirigentes dijeron, "no tengan miedo, eso nomás es para que los espanten, los está nomás espantando. Ustedes acepten, poco a poco va a haber agua". Y así estamos ahorita. Entonces, lo tomamos en posesión. Y ya en 85 ya varios vecinos míos vivían ya...todo (Entrevista Humberto, miembro de UGOCM, noviembre de 2013)

Para los ejidatarios de Santo Tomas la venta que realizaba CRESEM sobre estos terrenos era una acción ilícita, porque recuérdese que antes de 1992 el ejido era invendible, y en todo caso era materia federal, por lo que consideraron iniciar un conflicto legal en contra de la comisión estatal, el cual culminará en 1985 con la expropiación de la tierra ejidales involucradas. En este nuevo escenario, una vez terminado el proceso, la Comisión (CRESEM) elevó el precio de los terrenos a pie de casa y de los materiales de construcción que hasta ese momento había vendido. Por esta razón, entre los habitantes de esta segunda etapa surgieron otros grupos de vecinos que se asociaron alrededor de algunas organizaciones populares ya consolidadas como la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM, organización simpatizante del PRD) y la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata (UPREZ), mismas que subsisten actualmente con algunas organizaciones como Antorcha Campesina.

Para 1987 se inicia la sección Nopalera, en esta sección especialmente se reubicó a población que provenía de otros lugares del Estado de México o la Ciudad de México que no pudieron integrarse en los espacios planeados por la Comisión. Bajo esta misma lógica, entre 1990 y 1991 se creó la sección Geo 2000 y en 1994 CTM XIV. A partir de entonces, y de manera más lenta, en los últimos 25 años, se han incorporado nuevas secciones territoriales como las secciones Nopalera 2, Tecuescongo, Tepetzingo, Tepoztlaco y recientemente, de manera informal, la Ampliación Magdalena. En todos estos casos el problema siempre es la legalización de la posesión de la tierra, la dotación de servicios e infraestructura urbana, porque a pesar de todo el proceso de urbanización del suelo sigue comenzando con el fraccionamiento informal y la venta ilegal.

En promedio los primeros asentamientos tardaron entre seis y siete años para la regularización de los servicios básicos. Una vez que esto se logró muchas de las organizaciones mencionadas se fueron desintegrando. Sin embargo, algunas redes de liderazgos permanecen, acaparando desde entonces la representación vecinal en los Consejos de Participación Ciudadana, replicando de manera sistemática las estructura de relaciones jerárquicas y autoritarias con las que emergió la colonia.

Mapa 8. Área urbana, urbanizable y no urbanizable (2015)



Fuente: Plan municipal de desarrollo 2015

Como puede verse en el Mapa 8, en los últimos años casi se han agotado las áreas urbanizables dentro de la localidad, razón por la cual los nuevos asentamientos irregulares comienzan a surgir en el área señalada como no urbanizable del cerro (es el caso de la Ampliación Magdalena). Según el

diagnóstico del Plan Municipal de Desarrollo Urbano de Ecatepec de Morelos 2015, los principales problemas de esta localidad son todavía la tenencia irregular del suelo, la falta de áreas de crecimiento para la población local, la diferencia de servicios urbanos entre secciones, el escurrimiento de las barrancas, las inundaciones, los problemas viales y de accesibilidad física, así como la contaminación del suelo y del agua.

Según este diagnóstico en el territorio que podría considerarse como la primera etapa de consolidación de esta colonia el principal problema que subsiste es la irregularidad de la situación jurídica de los predios. Sólo en el caso de los asentamientos ubicados en Chiconautlán 3000, Barrios 1, 2, y 3, Geo 2000 y las Nopaleras 1 y 2, se puede acreditar jurídicamente en casi todos los predios la posesión de la propiedad privada. En el resto de los asentamientos que nacieron a partir de 1996 también se conservan las mismas características de irregularidad jurídica que padecen las secciones de la primera etapa de consolidación de la colonia.

1.3 Dinámicas permanentes

1.3.1 La Ampliación Magdalena

Igual que cuando se inició la colonia en la década de los ochenta, un fraccionador informal en 2019 comenzó la venta de terrenos lotificados en el área no urbanizable del cerro de Chiconautla (véase Mapa 6). El enganche que se solicitó a los primeros compradores fue de 10,000 pesos y las mensualidades que por siete años pagarán los compradores serán de 2,000 pesos. Conforme los terrenos se han ido agotando el enganche se ha ido elevando a 12,000 pesos y la mensualidad a 2,500 pesos. Casi todos los terrenos fraccionados se han vendido, por lo que, actualmente un terreno en esta zona sólo se obtiene realizando un sólo pago de 120,000 pesos como enganche, con la promesa de liquidar el pago final en el menor tiempo posible (3 años). La otra opción es gestionar un traspaso con algún comprador que no desee continuar.

Como puede verse la adquisición de un terreno para vivienda en esta colonia sigue siendo muy accesible para los sectores populares; en promedio 200 mil pesos (9,711 dólares) si todas las promesas se cumplen, más el costo de la construcción de la vivienda. El único problema es que ninguna de estas transacciones cuenta con más aval que la confianza entre las partes. En lo que toca a los fraccionadores la confianza está basada en la experiencia, pues, a decir de algunos compradores con los que pude conversar, son las mismas personas que promovieron la venta de terrenos en la mayor parte del cerro. Pero sobre todo, se les tiene confianza porque se les identifica como comuneros del pueblo de Santa María Chiconautla.

1.3.1.1 Gestionando los servicios

Aunque recientemente se marcaron los límites de los lotes en la Ampliación Magdalena (y no hay luz, agua o drenaje) ya hay algunos vecinos que habitan en construcciones precarias de materiales perecederos. Caminando un poco por estos terrenos con una conocida de confianza le señalé a la distancia un poste improvisado de luz para preguntarle si eso es ya un servicio formal. Me respondió que no, pero que lo habían puesto los trabajadores de la luz:

“Así hacen ellos, pasan primero revisando los postes y colocando alambre recocado para evitar los “diablitos” (bajadas informales), pero al rato vuelven a pasar ellos mismos para poner las bajadas por 200 pesos” (Nota de campo, febrero 2019).

Igual que Gabriel en su momento los nuevos pobladores de la Ampliación Magdalena mantienen la posesión sobre su terreno a partir de la presencia. En algunos casos apenas se han construido los primeros pies de casa, pero ya se han instalado implementos para hacer más llevaderas algunas estancias cortas en el terreno: fogón, trastes y pequeñas construcciones de madera improvisadas. Hay además entre ellos un reconocimiento porque las familias que se han asentado aquí suelen estar emparentadas y acomodarse de manera más o menos cercana. Hijos, primos, tíos, hermanos procuran comprar juntos, no sólo para apoyarse en

el periodo de construcción, sino para tener lazos de protección por sí la esquina se vuelve conflictiva o las calles se vuelven peligrosas.

La primera casa construida aquí ya está habitada de manera permanente, es una construcción sencilla de dos cuartos de tabique gris sin remozar. En sus paredes puede verse una multitud de cruces blancas pintadas, los vecinos dicen que las han puesto porque al principio la oscuridad y la soledad de terreno espantaba a los habitantes y de esa forma ahuyentaron el temor. A un costado de la casa puede verse estacionada una pipa, pues esta familia ahora que hay más vecinos cercanos vende agua por tinaco, además de algunos productos básicos de abarrotes en pequeña escala.

Uno de esos días conversé con un vecino que trabaja en la Oficina de Obras Públicas del municipio, que viene a la nueva colonia todos los domingos porque trae a su hija al catecismo que se imparte en estos terrenos. Me comenta sobre la similitud de este lugar con sus memorias, sobre cómo comenzó la colonia: “Antes toda la colonia era como aquí. Íbamos a la escuela a las casas muestra¹⁹, cada quién llevando su banca”.

Para Rubén, como para muchos de los que se han asentado aquí, la carencia de servicios no es un problema porque están seguros van a ir llegando a la Ampliación Magdalena según vayan apareciendo líderes o representantes de vecinos que organicen a la gente para reclamar en las oficinas de gobierno. Le pregunté expresamente por asociaciones como UGOCM, UPREZ o Antorcha Campesina, pero me dice que no necesariamente son ellos quienes organizan. En su opinión ellos son útiles sólo porque tienen experiencia en presionar al gobierno a nivel regional pero que en lo inmediato la cosa depende de que algún vecino tome el papel de líder y busque cubrir la necesidad de los demás. Dependiendo de qué tan hábil sea para conseguir el agua o realizar los trámites que se van necesitando la gente lo seguirá. Así, cada tres años, según sea su popularidad,

¹⁹ La casa muestra era la construcción que CRESEM mostraba a las familias que compraban su terreno en los Barrios. Con el tiempo esas casas sirvieron para el beneficio público, ya sea como lugares para almacenar material de construcción que los partidos o las organizaciones donaban a los vecinos, o como escuelas improvisadas para los jóvenes que habían llegado a vivir aquí. Después, estas casas se vendieron o se adueñó de ellas el líder local del barrio.

este líder o lideresa se puede postular como representante vecinal y asociarse o no con algún partido político.

En otras conversaciones con los vecinos de esta nueva colonia se puede observar que, además de los servicios, una prioridad es instalar pronto las puertas y ventanas porque “los que rondan en la noche se pueden meter y robar o cometer algún crimen en el interior”. Uno de esos días corrió el rumor entre los vecinos de que apareció una muchacha muerta en los límites de la localidad, en la colonia San Juan, cerca del reclusorio. Nadie la identificó, por eso creen que la trajeron de otro lado y la tiraron aquí, “por eso es mejor cerrar lo más pronto posible la construcción para no tener problemas”. Cuando esto se hace es importante quedarse a dormir en la nueva construcción porque, aunque se corren riesgos, es la mejor forma de evitar que se roben la herrería antes de que se seque el concreto.

1.3.1.2 Del problema de la vivienda al problema de la seguridad

Cuando se sube en transporte público a la localidad por el Circuito Cuauhtémoc, justo en la primera barda se puede ver el dibujo de unas siluetas femeninas con frases dentro de ellas demandando seguridad y el alto a la ola de feminicidios. Un poco más adelante sobre el mismo Circuito está el módulo de vigilancia, abandonado y lleno de pintas. Pero poco antes, en el periódico mural de la secundaria “Juan Escutia”, una de las más prestigiosas de por aquí, las fichas oficiales de los jóvenes desaparecidos se acumulan y se maltratan. No todos los desaparecidos que se reportan en esas fichas son de por aquí pero todo parece indicar que aquí es dónde hay que buscarlos.

Otros días se pueden ver en fila los convoyes del ejército o de la policía federal. Mientras transitan por el Circuito principal para salir de la localidad, se les ve detenerse cada tanto para entrar y salir de los locales, haciendo revisiones y cateos entre algunos negocios. En 2008, los medios de comunicación difundieron la noticia de que ocho bandas criminales, “intocables” operaban en algunas colonias de Ecatepec entre las que se encontraba Ciudad Cuauhtémoc. A decir de los periódicos, la fuente era un informe oficial mencionado en una reunión entre

autoridades municipales, estatales y federales. Al poco tiempo, en 2013, el Gobierno del Municipio declaró esta localidad como zona roja de criminalidad y violencia. Desde entonces, el ejército ya no sólo realiza recorridos intermitentes, sino que ha establecido una base de operaciones mixtas en medio de las secciones, en el lugar que alguna vez estuvieron los lavaderos públicos. Hay temporadas en que el ejército acampa en estas instalaciones y hay otras en las que sólo realiza recorridos.

Imagen 1. Pintas en la principal vía de entrada a la localidad



Fuente: Fotografía tomada en la localidad (abril de 2019)

Sin embargo, la ola de violencia criminal no parece detenerse. En 2016, una serie de asesinatos entre los comerciantes locales puso en duda la efectividad de todas estas medidas punitivas. A decir de Laura, una psicóloga que da consulta en esta localidad, quizá el problema tiene su origen en que mucha gente que vive aquí tiene experiencia en el reclusorio que se instaló junto al basurero en la década de los noventa. Para la mayoría de las personas con las que converso o a las que entrevisto, la convivencia vecinal está fuertemente influida por este fenómeno.

Dice Lubina la hija de Gabriel, por ejemplo:

“A veces no sabes con quién hablas. Aunque lo conozcas, en realidad no sabes si se dedica a lo que dice o si no se dedica al robo, la extorsión o el secuestro” (Lubina, educadora, 50 años).

Aunque parece un fenómeno nuevo porque los medios difunden sucesos de este tipo de manera muy frecuente, casi todos perciben que la violencia se instaló en las calles a finales de la década de los noventa, cuando se consolidaron los asentamientos de la colonia. Lo curioso es que eso provoca que se recuerde, casi como una imagen bucólica, los días en que las bandas dominaban los espacios de tránsito, cuando los grupos de jóvenes en la calle defendían su zona.

1.4 Conclusión

Este capítulo presenta las características general de la localidad de estudio, sobre todo precisa el momento histórico en el que emerge. Esto es importante porque Ciudad Cuauhtémoc es parte de esas localidades que emergen en plena crisis, no sólo por el declive de un modelo de desarrollo industrial, sino también porque se convierte en una localidad que da refugio a una población expulsada de la Ciudad de México.

Podemos ver además cómo el espacio urbano que emerge de las distintas formas de ocupación del territorio está hecho de rutas diversas. Por tal motivo, esta localidad es inicialmente el conglomerado de muchas pequeñas comunidades, las cuales están hechas de redes de familiares y conocidos, que como en el caso de Gabriel se van jalando unos a otros como en un tejido que se extiende.

En lo que toca al papel del Estado podemos ver que su actuación es ambigua, porque no tiene una forma definida. Unas veces se presenta como autoridad organizadora bajo la imagen de CRESEM, pero luego parece desdibujarse cuando se trata de organizar y dotar servicios básicos. Por esta razón en Ciudad Cuauhtémoc son tan importantes los liderazgos locales, pues suelen intermediar la relación con el estado y en ocasiones atribuirse las funciones

administrativas mismas que le corresponden a éste. En esto se parece Ciudad Cuauhtémoc a muchas otras experiencias como las que documenta Akil Gupta (2005), pues los solicitantes tienen que hacer muchas negociaciones frente a personajes específicos que, si bien no forman parte de los funcionarios de gobierno, son el vínculo institucionalizado para acceder a él.

Esta experiencia de intermediación, además, se presenta de formas diversas pues cada espacio territorial que constituye a Ciudad Cuauhtémoc tiene dinámicas específicas. En tal caso, no es lo mismo negociar desde la organización de un grupo de paracaidistas que desde la organización de un conjunto de vecinos que se ha incorporado una vez que Cresem ha organizado el fraccionamiento y distribución de los lotes. Lo mismo ocurre con los compradores de la Ampliación Magdalena, que compran un lote amparados en sus relaciones de confianza con un ejidatario y saben que en algún momento tendrán que negociar con los representantes de estado para ser reconocidos como asentamiento poblacional formal. Mientras tanto la forma más tradicional que conocen para hacer suya una propiedad es construyendo y ocupando el territorio.

Por otro lado, el proceso de consolidación de esta localidad es un botón de muestra de cómo se constituyen en la actualidad los espacios urbanos de exclusión. Igual que en otros estudios [véase Bayón (2012) o Lindón (1999)] ya no sólo se trata de una población que migró del campo a la ciudad, sino de la consolidación de espacios sociales en los que después de la expulsión de los espacios dominantes de la ciudad, se arraigan comunidades en condiciones de exclusión permanentes.

Finalmente, podemos ver que aquellos rituales de la subordinación que en su momento Vélez-Ibáñez identificó en la experiencia de Nezahualcóyotl en las décadas de los setenta-ochenta, parecen haberse convertido en patrones de interacción que pueden observarse más allá de ese territorio. Son especies de performances que hay que repetir cada vez que se quiere acceder a un servicio, obtener un terreno o gestionar un trámite. Por eso en la cotidianidad de Ciudad Cuauhtémoc resolver las necesidades básicas se siente como un encadenamiento de favores extraordinarios y no como el ejercicio de unos derechos legítimos.

En este contexto, la violencia como discurso juega un papel fundamental. Con esto no sólo se justifica la necesidad de medidas punitivas en las calles de la colonia, incluso a pesar de que los cateos se llevan a cabo con extrema violencia, sino también se agudiza la sensación de exclusión.

CAPÍTULO 2. MEMORIA, ESPACIO Y COTIDIANEIDAD

Este capítulo está dedicado a recopilar las experiencias y prácticas de algunos vecinos de Ciudad Cuauhtémoc con la intención de reconocer la forma en que se lleva a cabo el ejercicio de habitar. Con ello buscó comprender qué tipo de memorias los acompañan, la forma en que ello influye al organizar la experiencia de la casa, la calle o los espacios públicos con el propósito de identificar el lugar que se le da a las distintas expresiones de violencia en la vida cotidiana.

Parto de una definición de violencia que la concibe como una realidad que daña, o amenaza con hacer daño, a las personas o las cosas, que se expresa de manera física o simbólica y que influye de manera decisiva en la forma en que los actores interpretan la situación o situaciones a las que se están enfrentando. En este capítulo me ocupo de las memorias que le dan sentido al espacio en el que viven las personas y si bien en ellas hay fenómenos que pueden catalogarse como violentos el capítulo no se centra en ellos, en todo caso los identifica como parte del flujo de la vida cotidiana de las personas. Aunque el rol que juega la violencia es objeto de nuestro interés este no es visible hasta que no se comprenden los procesos por los que se produce este espacio urbano. Dichos procesos pasan por vías, una serie de eventos y sucesos históricos que hemos abordado en el capítulo 1, y por un cruce de unos elementos simultáneos (como las memorias y las prácticas) que son los que observaremos en este capítulo.

El ejercicio de reflexión sobre el papel que juega la violencia en estos procesos queda reservado para las conclusiones de este capítulo, de tal forma que den pie a las discusiones de los capítulos subsecuentes que abordan de manera más directa las expresiones de violencia en la localidad. En consecuencia, este capítulo se presenta dividido en tres apartados: el primero, que recupera algunas memorias de lo vivido, el segundo, que se ocupa de la disposición de viviendas y sus distintas expresiones dentro de la localidad, y finalmente, un apartado que se dedica a la descripción de los espacios públicos y sus dinámicas.

2.1 Las memorias de lo vivido

En su trabajo sobre la experiencia espacial urbana, Alicia Lindón (1999) apunta que algunos elementos fundamentales de ésta son “la memoria regresiva de lo vivido y la imaginación proyectiva”. Dichos elementos son rescatados del trabajo de autores como Lefebvre (2013 [1974]) o Tuan (2001), quienes ya señalaban la importancia de la memoria para comprender cómo es que los sujetos retoman elementos de los distintos espacios urbanos en su experiencia cotidiana. De esta forma, tanto para Tuan como para Lefebvre la percepción del espacio está hecha en primera instancia de memoria, “del sustrato de lo pasado que no deja de estar”, de la experiencia vivida y seleccionada que, consciente o inconscientemente, contribuye al conocimiento de lo que llamamos presente (Lefebvre, 2013 [1974]). En consecuencia, la memoria, la experiencia de lo vivido, opera como un hilo de continuidad que conecta lo que fue con lo que se espera será. Es a través de ello que se dirige parte de la percepción y la orientación de las prácticas que se dan en el espacio.

En ese sentido, la percepción del espacio, la sensación de movimiento y libertad que lo caracteriza (Tuan, 2001), adquiere un estatus de lugar toda vez que los sujetos dotan de sentido a los elementos ahí reunidos y los convierten en elementos predecibles, tangibles o seguros. Lefebvre (2013 [1974]) nos dirá que en este proceso las experiencias subjetivas de lo vivido proveen parte de los esquemas básicos de acción que se ponen en marcha frente a las contingencias de la vida cotidiana. Por tal motivo, el recuento y la selección de vivencias a partir de las cuales los habitantes se posicionan a sí mismos frente al espacio físico es más que un simple compendio de aprehensiones subjetivas. Se trata de un proceso de identificación desde el cual los sujetos contribuyen a la producción social del espacio, convirtiendo a esta materialidad física en algo más que el resultado de fenómenos macrosociales o de abstracciones oficiales que intentan ordenarlo; lo traducen en memoria, percepción y práctica, integrándolo al proceso de identificación personal desde el cual los habitantes delinean los parámetros de legibilidad del entorno.

Para Duhau y Giglia (2008) estos elementos de la aprehensión subjetiva del espacio físico son el núcleo de lo que puede catalogarse como la experiencia urbana del habitar; la cual se distingue de la experiencia superficial de residir porque implica un ejercicio profundo de autolocalización de la subjetividad en un determinado espacio urbano. Con dicha autolocalización el habitante se posiciona a sí mismo trascendiendo las referencias geográficas del mapa, pues, como sugiere De Certeau (1996) al aprehender y recrear esta materialidad física “los practicantes del espacio son ciegos a la totalidad” ya que en general se apropian de una selección de elementos específicos (casa, cerro, farmacia, mercado, árbol, etc.) con los cuales organizan el espacio y dirigen su orientación.

Mientras que en el ejercicio de habitar las experiencias de lo vivido nos señalan un sustrato de emocionalidad, sentido e identidad personal, en el ejercicio de residir nos encontramos primordialmente con una percepción de direccionalidad y movimiento mucho más general. De tal forma que cuando un sujeto define su propia historia personal utilizando referencias de un espacio urbano concreto éste deja de ser un simple punto geográfico y se convierte en un “lugar” dotado de una serie de elementos simbólicos que nos hablan de su presencia personal, de los parámetros en los que enmarca su actuar cotidiano y de una amplia variedad de elementos que comparte con otros que considera próximos o ajenos. Por tanto, en el ejercicio de habitar las memorias de lo vivido nos presentan esas referencias sociales básicas en las que se posiciona al yo, al nosotros y al otro generalizado (Mead, 1934) y desde las cuales se establecen los esquemas mínimos de acción con los que los habitantes contribuyen a la producción social del espacio mismo.

Considerando este enfoque, en este apartado recuperamos algunas entrevistas y notas de campo que dan cuenta de algunas memorias, aquellas que mejor nos hablan del sustrato de pasado que aún se encuentra vigente, que forman parte de los procesos con los que se identificación de los habitantes, en los que se sitúan a sí mismos enmarcando sus historias personales, y que en esa medida funcionan como parte de la orientación en las prácticas y percepciones tanto del espacio local como del espacio metropolitano en general. En esa medida,

la memoria como experiencia íntima, personal, es el primer trazo que el sujeto imprime al espacio, al entorno que comparte con otros.

Por su puesto, existe una multiplicidad de miradas y experiencias entrelazadas, no obstante, en este apartado recuperamos sólo tres ya que describen buena parte de las percepciones y prácticas que durante el trabajo de campo se encontró entre los habitantes. Se trata en primer lugar de aquellas experiencias vividas que le dan soporte a una sensación de tranquilidad y seguridad al vivir en Ciudad Cuauhtémoc. En segundo lugar, aquellas experiencias que enfatizan expectativas de cambio y crecimiento (proyecciones con las cuales las personas se visualizan a sí mismas en horizontes de desarrollo). Finalmente, retomamos aquellas otras experiencias que rememoran un contacto marcado por un sentimiento de abandono y pérdida.

Los tipos de experiencias de lo vivido que se presentan en el siguiente apartado son algunas de las referencias más comunes que pude registrar sobre el modo en que las personas enmarcan su propia presencia en esta localidad. Con ello no sólo nos hablan de su historia personal, sino también de la posición desde la que se auto perciben. Si bien en este apartado presentamos las experiencias de lo vivido como distintas, en ocasiones se pueden encontrar los tres modos de auto posicionamiento en un mismo individuo, ya que pueden ser momentos distintos de una misma historia.

2.1.1 Venir a vivir al cerro Chiconautla

Como sugiere Andreas Glaeser (1998), una de las formas más directas de observar la incorporación de elementos del espacio físico en el proceso de identificación personal ocurre cuando las referencias espaciales del entorno se utilizan para describir al “yo” y su situación. Esto ocurre cuando los habitantes se refieren a Ciudad Cuauhtémoc como su lugar de tranquilidad, seguridad y refugio. Si bien, en un primer momento esta percepción podría leerse como una forma en que los habitantes naturalizan las condiciones de precariedad y conflicto es, sin embargo, una forma de expresar la satisfacción que sienten sobre el lugar que han

construido y consolidado; en contraste con otras experiencias metropolitanas que usualmente refieren a otros intentos de establecerse con poco éxito.

En este contexto aparecen frases como: “A mí me gusta aquí porque es tranquilo, si no te metes con nadie, nadie te molesta” o reflexiones tales como “Pobre gente la del centro, míralos, viviendo entre tanta contaminación y tan apretados”. No es que los habitantes observen las carencias o fallas en los servicios e infraestructura de manera pasiva o que los beneficios de habitar en las zonas centrales de la metrópoli les sean ajenos, se trata de un reconocerse a sí mismos en los niveles de bienestar y mejoría que se han alcanzado en su localidad. El contraste con otras experiencias el resto de la Zona Metropolitana esta lectura del espacio sirve para identificar en Ciudad Cuauhtémoc aquellos lugares tranquilos, donde la gente no se mete contigo de forma impredecible, además de dar oportunidades para evitar los problemas de hacinamiento y contaminación que en otras experiencias dentro de la ciudad es preponderante.

Un ejemplo de este caso es la percepción del entorno que sostiene Noemí. Ella se instaló con su familia en Chiconautla en 1980 cuando tenía apenas 8 años, su papá era panadero y su mamá ama de casa. Si bien su familia tenía orígenes rurales, hacía tiempo que trataban sin éxito de conseguir una vivienda en la Ciudad de México. El primer lugar que Noemí recuerda como hogar es un lugar ubicado en los límites de la alcaldía Gustavo A. Madero, en una zona de Cuauhtepec el bajo, Ciudad de México. El recuerdo más vívido que Noemí guarda de esa época es que una mañana abrió la puerta del dormitorio familiar y se encontró con un camión de carga “Torton” estrellado en la estancia de su casa. En su intento por subir la empinada pendiente el conductor había perdido el control y se había estrellado directamente en la vivienda, situación que no era poco común entre las casas de esa localidad.

Por supuesto, esto hizo que la familia buscara un nuevo lugar para instalar su vivienda. Noemí recuerda que después se asentaron en una localidad del municipio de Tizayuca, Estado de Hidalgo. En este caso la familia había comprado un terreno barato porque se trataba de una comunidad rural que apenas comenzaba a conurbarse. Sin embargo, todos los habitantes compartían vínculos

familiares, por lo que el hogar de Noemí era el único foráneo. Por esta razón ella y su familia eran vistos como indeseables y amenazantes, situación que se agravaba porque al venir de la Ciudad de México se les consideraba peligrosos. Esto ocasionaba que frecuentemente los vecinos les arrojaran piedras a la casa o los excluyeran de las reuniones donde se tomaban las decisiones comunales. Finalmente, ante tantas agresiones, el papá de Noemí decidió volver a mudar a la familia de lugar.

Imagen 1. Calles del nuevo asentamiento “Ampliación Magdalena”



Fuente: Fotografía tomada en la localidad (abril de 2019).

En esos años un primo había comprado un terreno en las tierras comunales de Santo Tomas Chiconautla, en las faldas del cerro del mismo nombre, en lo que hoy se conoce como Ciudad Cuauhtémoc. Entonces era un espacio poco transitado por la población de la comunidad original y por tanto era muy solitario. Cuando la familia de Noemí se instaló apenas se podía contar un puñado de casas, lo que fue un gran alivio ya que, a pesar de los largos trayectos que debían hacer para cubrir sus necesidades primarias, no había roces constantes con otros vecinos. De este modo, el recuerdo del primer contacto con este territorio es una experiencia de tranquilidad y silencio; un sentimiento de alivio, de no ser discriminados ni violentados, por lo menos en cuanto a su legitimidad como dueños de una casa y como habitantes de una localidad.

En contraste con otras experiencias, la familia de Noemí encontró las condiciones necesarias para establecerse de manera permanente, de tal forma que el sentimiento de seguridad y refugio se fue arraigando mientras se fue dando la oportunidad de consolidarse como habitantes legítimos, con los derechos plenos de cualquier otro vecino.

Otro tipo de memoria es la de aquellos habitantes que se definen a sí mismos desde las narrativas de la lucha colectiva por la vivienda. En este caso, más que identificarse como compradores pauperizados que se fueron consolidando, quienes suelen utilizar esta memoria se visualizan a sí mismos como colonizadores experimentados. De tal suerte que la naturaleza agreste y solitaria que les presentaba el territorio más que ser un elemento de refugio y seguridad es leída como materia prima para la transformación, para la puesta en práctica de lo aprendido en otras experiencias similares. En estos casos la memoria suele estar influida por el paracaidismo o por la militancia en alguna organización.

Para Mateo, otro habitante que se instaló en las faldas del cerro en los inicios de la localidad, para venir a vivir aquí había que demostrar que la familia tenía ciertas cualidades: “Aquí era para jodidos, había que demostrar que se tenía la necesidad”. Su familia, a diferencia de la de Naomi, llegó con el primer grupo de paracaidistas, un grupo especialmente grande que se asentó en una enorme depresión geográfica del suelo que era conocida como “el hoyo”.

Por entonces Mateo era un joven de 19 años y se había mudado desde otra colonia que, como Ciudad Cuauhtémoc, se había formado a partir de la posesión informal de los terrenos y de la autoconstrucción. Su familia se había desarrollado en ese proceso y una parte se había instalado con éxito en esa localidad, otros hermanos habían emigrado a Denver en Estados Unidos. En esta nueva oportunidad de colonizar un espacio nuevo, un territorio tan agreste como “el hoyo” era un reto para el cual Mateo siente que su familia estaba preparada, pues, tanto su papá, como sus hermanos siempre se habían dedicado al oficio de la construcción, el mantenimiento y otros servicios dentro del mismo sector. Por ello a pesar de la precariedad le parecía que su casa era percibida como la casa más

grande de ese grupo de paracaidistas.

Si bien hay convergencias con el relato de Noemí, la impresión que Mateo ofrece no subraya con tanta fuerza la condición de exclusión y resguardo, sino la capacidad de búsqueda activa y estratégica de los grupos familiares para asegurar y diversificar vivienda para las siguientes generaciones; de eso está hecha su experiencia metropolitana. De tal forma que en el relato de Mateo las etapas de colonización se empalman con las experiencias de madurez personal que los miembros de su familia van afrontando, pues, igual que sus padres muchos años después él mismo dedicó gran parte de su tiempo al trámite de formalización y adquisición de una vivienda en las colindancias de Ciudad Cuauhtémoc utilizando también estrategias colectivas de solicitud y presión. Tanto en su experiencia con Ciudad Cuauhtémoc como con otras localidades, el encuentro con el territorio agreste lo ha llevado a valorar cualidades como la resistencia, la capacidad de negociación pero sobre todo la fuerza, individual o colectiva, con la que se reclama el derecho a la vivienda.

Hasta aquí las experiencias vividas en esta localidad plantean escenarios resilientes frente a escenarios hostiles planteados en otras zonas de la metrópoli. Sin embargo, existe otro tipo de memorias que señalan una experiencia de aversión al territorio dentro de la localidad. Para estos habitantes el arribo es rememorado como un shock, como un castigo; después de haber vivido en las delegaciones centrales o en algún municipio urbanizado de la ZMCM; verse arrinconados en este espacio que carecía de los servicios más básicos a los que estaban acostumbrados. Este tipo de memorias relacionan la vida “en el cerro” con una sensación de agravio; que es en ocasiones una sensación que se convierte en permanente.

En este caso se pueden encontrar experiencias como la de Filiberto, un ayudante de la pastoral penitenciaria que se dedica a impartir cursos sobre religión dentro del penal de Chiconautla. Para él llegar a vivir a Ecatepec fue la última parada de una serie de eventos que él identifica como una tragedia personal que en última instancia lo dejaron sin familia. Entonces relata:

Cuando yo me vine, yo vivía por acá en Coyoacán en el Distrito Federal, [ahí] viví muchos años. De allá me vengo porque un amigo, compañero de trabajo me dice, “vete de aquí, no te conviene estar aquí”, “¿Por qué no?, dice, “te van a matar”, le digo “no”. Entonces mi hermana la mayor se vino a vivir ahí en la colonia donde estoy viviendo, ella compró un terreno. De ahí del distrito se vino a vivir para acá. A un lado tenían una casa grande que rentaban. Y me dice, “Beto, vete para allá y ahí nos cuidamos” y le digo, “no, tú estás loca, yo que voy a hacer en el Estado de México, está feo”. Estaba bien feo en ese tiempo, lodo, no, no. Y yo digo, “qué voy a andar”. En el Distrito Federal tú vistes bien, te arreglas bien, la vida es diferente, es diferente la vida. “Vivir acá -yo dije-, no para nada”. No, yo lloraba.

Esta experiencia de shock lo acompañó por mucho tiempo hasta que se convirtió en voluntario de esta pastoral que trabaja con la población carcelaria. La iglesia le dio un marco desde el cual negociar con esta sensación, pues, desde su punto de vista a él le corresponde trabajar ahí porque siente que muchas veces estuvo expuesto a caer en la cárcel y por tanto no se siente diferente a la gente que está adentro. Le interesan los reos porque se identifica con su experiencia de enojo y frustración.

Quizá la única diferencia con las otras rememoraciones antes mencionadas es que esta población no imaginó vivir en un lugar como Ciudad Cuauhtémoc y su llegada fue abrupta. Aunque con el tiempo gran parte de esta población se va adaptando, a veces se trata de una experiencia de aversión con la que hay que negociar continuamente. Un reflejo de este tipo de rememoraciones puede verse cuando encontramos habitantes que tienen gran aversión a caminar por las calles que todavía son de terracería o a recorrer espacios en obra negra. En esos casos predomina un sentimiento de pérdida o retroceso personal al residir en la localidad.

Otro grupo para el que estas experiencias también son significativas son aquellos habitantes que llegaron después de algún evento trágico como la explosión de los ductos de gas de San Juan Ixuatlán o del terremoto de 1985 que

destruyó muchas viviendas en la ciudad de México. Según recuerda Noemí, esta población era diferente a la del “Hoyo” porque no lograban ni siquiera construir casas de materiales precarios. No sólo venían con pocas pertenencias también venían heridos, algunos con marcas visibles de quemaduras.

Aunque siguen persistiendo algunas de estas experiencias de aversión que a veces también caracterizan a las generaciones más jóvenes. Son principalmente los hijos o hijas quienes experimentan con mayor fuerza este rechazo a la localidad, pues, no se sienten reflejados en los progresos de Ciudad Cuauhtémoc. Si bien suelen tener padres que ahora participan de una identidad como constructores o colonizadores de los primeros tiempos, para algunos de ellos continuar viviendo en Ciudad Cuauhtémoc implica continuar excluidos de la ciudad.

2.1.2 Redes de relaciones sociales y apropiaciones del espacio

Estas memorias de lo vivido también nos hablan de las redes de relaciones sociales que fueron desarrollándose a partir de estas primeras experiencias. Por ejemplo, en el caso de la familia de Noemí que se instaló por medio de una compra informal típica la red de relaciones sociales que los trajo a instalarse a Ciudad Cuauhtémoc está constituida principalmente por familiares y amistades cercanas, lo que podríamos llamar redes de lazos fuertes según el estudio clásico de Granovetter (1973). Aunque el trato de la compra se hace con un fraccionador o intermediario, la confianza en él se nutre de estos vínculos, por ello no es extraño que esta forma inicial de relacionarse se reproduzca también en la disposición de las viviendas, ya que los miembros de las familias casi siempre buscan instalarse en predios o barrios cercanos. Aunque no siempre se logra, la referencia a estos lazos es una de las primeras formas de crear lugares de confianza y certeza.

Si bien esta tendencia puede observarse entre las primeras viviendas consolidadas de la localidad, también puede percibirse en la distribución que van adquiriendo las viviendas informales que actualmente se construyen en el nuevo asentamiento de la Ampliación Magdalena que se encuentra en la parte más alta

del cerro. Es posible que, como ocurrió con los primeros pobladores, los cambios y crisis dentro de las propias familias modifiquen esta disposición del espacio, sin embargo, esta estrategia puede ser una ayuda para los nuevos habitantes en la tarea de apropiarse del territorio. De tal forma que muchos usos y prácticas familiares que hacen a la cotidianidad pueden reproducirse: la intercambio de trabajo entre vecinos para la construcción de la casa, la vigilancia constante de los terrenos en caso de que el dueño no se encuentre, el cultivo de algunas hortalizas y plantas comestibles para hacer presencia en el terreno, así como el mantenimiento de una red de información confiable que permita mantener un nivel mínimo de cohesión entre vecinos.

Por otro lado, dadas las condiciones de informalidad, un comprador promedio de terreno (tanto en la Ampliación Magdalena como entre los primeros colonos de los ochentas) suele establecer relaciones puntuales con líderes locales de organizaciones partidistas. Estas relaciones se visualizan como una estrategia temporal para conseguir gestiones de servicios básicos, así como facilitar la formalización de la propiedad. Este tipo de relaciones, que pueden clasificarse como de lazos débiles si seguimos de nuevo a Granovetter (1973) o como clientelares si consideramos sus dimensiones políticas (Tosoni, 2007), en ocasiones no son bien vistas por otros compradores potenciales dado el alto nivel de incertidumbre que hay que manejar. Por lo tanto, el hecho de que se tenga que recurrir a este tipo de estrategias como principal vía de regularización de la propiedad puede ser un factor que inhibe la participación de compradores mejor posicionados económicamente. Por esta razón, a pesar de los bajos costos del terreno es difícil que alguien con mejores condiciones económicas o sin relaciones familiares cercanas de confianza se establezca en estos terrenos fraccionados porque considera son “chuecos” y que no ofrecen garantías de posesión.

La situación se complejiza cuando la red social más importante para apropiarse del territorio se teje desde la militancia en organizaciones socio-políticas o en grupos de paracaidistas organizados. Si bien, otros estudios han demostrado que las redes familiares juegan un rol imprescindible en la base de estas organizaciones (Sevilla, 1992), (Paladino, 2014), la estructura de las mismas

organizaciones es la principal estrategia para ocupar el territorio. Ello es así porque la coordinación de actividades que proponen no sólo permite a la población obtener una vivienda, sino también distribuir las cargas de trabajo colectivo, así como establecer un frente común que tiene peso en la dinámica política de la localidad.

Ya sea como miembros, seguidores o líderes institucionalizados, muchos de estos militantes saben que su participación tiene efectos sobre la forma en que se moldean y administran los espacios dentro de la localidad. Por ejemplo, los miembros de UGOCM, una de las tantas organizaciones que surgieron en el área de barrios cuando CRESEM y reorganizó parte de los primeros asentamientos, suelen adjudicarse como logros la construcción de la primaria “Tierra y libertad”, la Casa Blanca (el lugar donde se discutía las necesidades colectivas), el jardín de “el columpio” (un terreno baldío convertido en parque con juegos), la preparatoria oficial 94, entre otros edificios de servicio público. A pesar de que en la actualidad esta organización ha perdido fuerza, algunos de sus militantes o ex militantes continúan activos como actores que intermedian las relaciones entre los pobladores, los políticos y las instancias de gobierno. Dejando además como aprendizaje que las técnicas de presión más efectivas para la búsqueda del mejoramiento barrial frente a las autoridades y los representantes políticos sigue siendo la confrontación directa como los plantones y los cierres de calles.

Otros habitantes, al referirse a los primeros años en que recibieron sus terrenos cuentan orgullosos que demandaron a la organización de gobierno que les vendió (CRESEM) porque no se hacía responsable de acreditar su posesión. Haciendo hincapié también en la estrategia que utilizaban para recolectar los pagos de la luz y organizar el trabajo colectivo con el que se construyó la escuela primaria o se arreglaron calles y espacios públicos. Para todo ello, los líderes se convirtieron en un recurso valorado, por ello no es casual que en la actualidad los compradores de la Ampliación Magdalena se den el tiempo para observar con cierto escrutinio a los políticos que les ofrecen apoyo y evalúen de son sus observaciones directas el tipo de liderazgo que podrían ejercer o las ventajas que les ofrecería colaborar con estos actores.

Su “creencia” en tal o cual corriente política depende de resultados directos, tangibles en la vida diaria. Por ejemplo, un habitante de la Ampliación Magdalena comentaba: “Yo no voy a creer en Andrés Manuel hasta que me regularice mi casa o me arregle los servicios”. De tal suerte que los colectivos de paracaidistas, militantes o compradores organizados se manejan en bloque hasta que mejoran sus condiciones como propietarios. Una vez consolidados los espacios, el sentimiento de pertenencia puede quedar arraigado en la memoria personal y ser un recurso que se utilizará de nuevo o se arreglan nuevas alianzas otros grupos.

Por otro lado, estos modelos de participación inicia pueden funcionar también como un recurso que se capitaliza futuro. En esos casos los militantes suelen presentarse a sí mismos como autores de espacios específicos, calles, jardines, canchas, entre otros. En toda la localidad se pueden encontrar personajes que se autodenominan como fundadores de tal o cual espacio, incluso algunos se adjudican el derecho legítimo de permitir o no las actividades que ocurren en ellos. Como han mostrado ampliamente los estudios sobre liderazgos clientelares (Tejera (2014); Auyero y Benzecry (2016)) parte de estas geografías de influencia pueden estar operando también de manera visible en épocas electorales, no obstante, en Ciudad Cuauhtémoc estas redes también se activan frente a la presencia de nuevos actores que tratan de intervenir en la vida cotidiana de la localidad, cosa que ocurre regularmente con funcionarios públicos o actores políticos.

Un caso interesante es el del director de una clínica médica local de carácter público. Cuando nos conocimos expresaba que en sus primeros días de gestión se presentaron frente a él de forma individual diferentes vecinas que se identificaban a sí mismas como las fundadoras de tal o cual sección o barrio, por lo cual exigían al funcionario que si deseaba acercarse a esa zona debía contactarlas primero. Por supuesto más de una se proclamaba a sí misma como representante de vecinos del mismo lugar, por lo que ya desde este gesto podía verse la disputa y el conflicto que existe el uso de los espacios abiertos denominados formalmente públicos y la presencia de más de una red de relaciones sociales que se organiza al respecto.

Finalmente, entre las personas que han experimentado el arribo a esta localidad como un shock, si bien es probable que existan relaciones parentales o de amistades previas, como en el caso de Noemí o Filiberto, suele ocurrir que estas redes de relaciones sociales no son demasiado densas, por lo que llegar Ciudad Cuauhtémoc suele experimentarse como una vivencia dolorosa. Como hemos con el caso de Filiberto, después del shock aparece la necesidad de integración, por lo que las instituciones locales tienen gran influencia. En el caso de Filiberto la iglesia toma este rol, sin embargo el mismo reconoce la importancia que tiene el Penal de Chiconautla en este tipo de experiencias. Por otro lado, además de la población que llegó después de 1984 y 1985, está también otra población que permanentemente se instala en Ciudad Cuauhtémoc o en sus alrededores no por elección sino por estar sujeta a la vida de los reos del penal de Chiconautla que se encuentra en el límite norte de la localidad ya que generalmente se trata de lazos familiares que quedan entrelazados con la dinámica interna del penal.

Esto tiene gran impacto en el desarrollo de la localidad por el complejo mundo de servicios de abogados, escritorios públicos u organizaciones de autoayuda que demanda esta población. La ruta cotidiana de estos habitantes en un circuito visible por lo que dada su asociación con el penal suelen ser percibidos en el marco de cierto estigma. Es común que entre las familias de Ciudad Cuauhtémoc haya experiencias de miembros que estuvieron reclusos en el penal, lo que provoca un efecto recelo frente a esta información. Aunque formalmente muchos habitantes argumentan que son como cualquier otra familia que habita en la colonia y que no tienen juicios al respecto. Utilizan referencias como “no se puede confiar en nadie” o se evitan las zonas donde se encuentran las dinámicas cotidianas de estas familias, por lo que este peso lo carga sobre todo la zona de los barrios y las zonas que se encuentran más cercanas al penal. En consecuencia, la confianza que la población establece con los distintos espacios de Ciudad Cuauhtémoc se construye a saltos, dependiendo de la red de relaciones que cada habitante sostiene; familiares, de amistad, laboral, pero difícilmente entre vecinos continuos de una misma calle, sección o barrio.

2.2 La casa: el pequeño cosmos en expansión

En las zonas que se organizaron primero, las viviendas suelen mostrar mejoras en el tipo de materiales de construcción y en la ampliación de sus espacios. En general las fachadas de los primeros barrios organizados develan las distintas etapas por las que se ha ido transformando la vivienda. En contraste con la oferta de los desarrolladores formales del mercado inmobiliario las casas en Ciudad Cuauhtémoc se mantienen como una obra viva en constante cambio, son la expresión material más fiel de las experiencias y las expectativas que proyectan los sujetos que llegan a vivir a esta localidad. Algunas exploraciones como la de Toledo (2017) argumentan que, desde un punto de vista estético creativo, la casa puede considerarse como el territorio de la existencia, de la identidad subjetiva. De tal forma que, es una entidad expresiva que dialoga con el entorno, que se abre o cierra, y que se mantiene simple o compleja según las necesidades de quienes la habitan. Ya sea porque la familia crece y necesita más espacio, porque los hijos requieren de un ala independiente para iniciar su propio hogar o simplemente porque se tienen mejores recursos y es posible hacerle mejoras o iniciar negocios.

La casa de autoconstrucción ha sido retomada en diversos estudios como logro de movimientos populares urbanos, como alternativa de políticas públicas para sectores populares o como catalizador de transformaciones sociales. En este apartado la casa de autoconstrucción se observa como una estrategia más en la tarea de aprehensión y recreación del territorio, como una de las primeras formas de colonización del espacio. Siguiendo a Tuan (2001), la casa es el primero punto de partida desde el que se desarrolla la capacidad de exploración de quienes la habitan, es el axis mundi desde el cual se realizan los primeros pasos cortos para luego aventurarse a las exploraciones más amplias. En ese sentido, la casa familiar y los vínculos sociales que se instalan en ella y alrededor de ella son el primer entorno desde el cual se enmarca el nuevo horizonte. Así, la casa, su forma y estructura son el lugar inicial desde el cuál se organizan los objetos dotados de sentido, que son útiles tanto en el espacio público como en el privado.

En Ciudad Cuauhtémoc podemos observar al menos tres procesos de construcción de la vivienda que influyen en el espacios y sus zonas de convivencia: 1) la reorganización las viviendas construidas de manera informal en lotes invadidos por paracaidistas y compradores informales, 2) las viviendas solicitadas y desarrolladas a partir de la participación de organizaciones, que atendieron a un diseño pre elaborado que el gobierno local implementó cuando se reorganizó la venta de los lotes y 3) las viviendas que se construyeron en una etapa posterior a la colonización inicial y que van surgiendo progresivamente con un fraccionamiento de lotes que no está a cargo del estado, ni de organizaciones de colonos sino en manos de vendedores privados.

En Ciudad Cuauhtémoc se puede observar que la autoconstrucción de la vivienda pasa por etapas. Al principio se trata simplemente de una construcción temporal de materiales precarios que no sólo sirve como hogar o refugio sino también como una declaración de posesión del espacio. Posteriormente, a través de las negociaciones y los reacomodos la posesión del lote se formaliza, es entonces que se inicia la construcción con materiales duraderos. Esta es al menos la ruta que siguieron los primeros colonos y que le da forma a los primeros asentamientos de la localidad que hoy se dividen en secciones. En este primer proceso de construcción de la vivienda se solía mantenerlas por largo tiempo con materiales precarios ya que en los primeros años es posible que se reasignase un nuevo lote en el ordenamiento.

Con el tiempo las viviendas pueden llegar a tener expresiones boyantes, integrando formas extravagantes con varios pisos de altura y ocasionalmente incorporando locales comerciales. Con estos rasgos se van distinguiendo las viviendas de los habitantes con progresos económicos más notables que en general se trata de comerciantes que fueron estableciendo sus negocios en la misma localidad con la venta de materiales de construcción, ferreterías, tiendas de abarrotes, zapaterías, panaderías, escuelas privadas, farmacias, etc.

En segundo lugar, están las viviendas que se desarrollaron a partir de un diseño pre elaborado que organizó la Comisión para la Regulación del Suelo del Estado de México (CRESEM) cuando fraccionó y vendió los ejidos de agostadero

Cerril de Santo Tomas Chiconautla. A este tipo de vivienda se le conoce popularmente como plaza porque organiza grupos de 17 viviendas alrededor de un patio común. El objetivo de era crear un espacio interno que fomentara que los habitantes se organizaran como pequeñas unidades. Dicho patio que podía funcionar como área de estacionamiento o de recreación, pero además es el paso obligado para acceder a la entrada de cada vivienda. Sin embargo, cuando las viviendas de las plazas comienzan a mejorar sus materiales de construcción y a crecer en pisos y dimensiones, la mayoría opta por limitar el acceso colocando bardas y una puerta principal que cierra el acceso hacia la calle.

Esto genera que en las plazas, a pesar de todo, se conserve un espacio colectivizado limitado a los 17 vecinos de la plaza, muy parecido a la idea de vecindad que se puede observar en otras zonas de la ciudad. En este espacio común se llevan a cabo los festejos importantes para las familias como las bodas, las primeras comuniones, los cumpleaños, entre otros. Ello contrasta con la disposición de las primeras viviendas regularizadas, en las que es frecuente que por la falta de patios internos se aún se organicen los eventos cerrando el paso de la calle. Por tanto, es común que, a diferencias de la zona de plazas, en las primeras secciones la calle juegue el papel de extensión del patio doméstico.

Sin embargo, a diferencia de los primeros lotes fraccionados, en las plazas no todos tienen acceso directo a la calle, lo cual limita a las familias para desarrollar locales comerciales. Sólo aquellos que tienen fachada hacia la calle desarrollan este tipo de comercios, sin embargo, por su localización se encuentran alejados de los principales circuitos de tránsito como el tramo “Laboratorios” o “Las Torres” (ambos segmentos del Circuito Cuauhtémoc), que son los principales lugares de comercio en la localidad. De tal forma que los vecinos que desarrollan un giro comercial en la zona de plazas se restringen al mercado interno vecinal.

Finalmente, un tercer tipo de construcción de vivienda es el que se ha desarrollado después del reordenamiento general de la colonia en la década de los noventas. En estos casos se trata de la venta de terrenos con pies de casas integrada, que no comparten patio con ninguna otra vivienda. En algunos de estos casos el proceso de regularización está mucho más sistematizado, por lo que sus

compradores suelen ser población de bajos recursos, pero que no necesariamente se encuentran en condiciones de supervivencia y precariedad como en los primeros años. A diferencia de los asentamientos irregulares del principio estas nuevas viviendas tienden a auto segregarse, constituyéndose como conjuntos cerrados, colocando puertas y murallas, privatizando las calles que los circundan.

El ejemplo más claro de este tipo de vivienda son los lotes fraccionados en la sección conocida como “los Llanetes”. Los vecinos de esta zona paulatinamente han ido cerrado las calles para controlar acceso a sus casas. Como grupo han buscado el apoyo de organizaciones políticas como Antorcha Campesina para que les mejoren la distribución de agua, se les construya un jardín para niños, así como pequeños locales comerciales que eventualmente quedarán encerrados entre las calles de sus viviendas para así evitar los riesgos de salir de noche, que es la hora en que la población teme sufrir asaltos o agresiones.²⁰ De tal forma que en este último ejercicio de construcción de vivienda se imitan algunas características de los fraccionamientos cerrados, pero se evitan los patios comunes con la estructura de plazas.

La forma en que se construye y se va desarrollando la casa es un indicador de cómo los habitantes se integran al entorno que los circunda. Por un lado, aquellas casas que se instalaron en las primeras secciones tienden a estar más integradas a espacios como la calle o los jardines públicos, incluso estos son los lugares donde celebran los acontecimientos familiares por excelencia. Por otro lado, también tiene un acceso muy directo las principales vías de tránsito locales, teniendo oportunidad no sólo de desarrollar giros comerciales sino también de expresar prácticas culturales de forma más directa en la calle. Ese es el caso de la fachada de los Makeihan, una familia que se distingue por ser el principal eje de organización de los distintos grupos de danzantes prehispánicos que practican en toda la localidad. La fachada de su casa familiar no sólo anuncia su vocación, sino que también rememora el centro inicial desde el cual se expandió el territorio

²⁰ Ejercicios similares se han registrado en muchas otras localidades de Ecatepec con altos índices de delincuencia. Un buen ejemplo de ello es la tesis de Ortega (2018)

habitado de esta localidad, de tal forma que la entrada de su casa ocasionalmente se vuelve patio de práctica ritual y danza.

Imágenes 2. Grandes emblemas religiosos ubicados en fachadas de casas ubicadas al interior de conjuntos tipo plazas



Fuente: Imágenes tomadas a través del visor Google Maps.

En contraste, las casas organizadas alrededor de las plazas tienden al resguardo, a la autocontención, debido a los portones que encierran sus propios espacios comunitarios. A primera vista, sus calles pueden parecer poco transitadas, no obstante, suelen ser espacios tensos por la intensa convivencia que se da al interior de las plazas. No es extraño que estas viviendas ostenten en sus fachadas símbolos de protección intimidantes de diversa índole, entre las que sobresalen las de tipo religioso (véase imagen 2). Estas pueden ir desde una cruz de diez metros de altura, hasta figuras religiosas de la Santa Muerte o San Judas Tadeo de tamaño natural; símbolos de poder y protección que parecen competir por dominar el pequeño espacio interno de los patios comunes. Es una suerte de dialogo interno entre vecinos.

2.2.1 La cotidianeidad

Vistas desde sus fachadas, cada casa familiar en Ciudad Cuauhtémoc nos hablan de distintas posturas: discrecionalidad, encierro, apertura o autodefensa. Idealmente, la casa funciona como una especie de búnker que no sólo hay que acondicionar, fortificar y cerrar por motivos de seguridad, sino que también debe tener características que le permitan almacenar recursos básicos como el agua que puede llegar a escasear por periodos de hasta un mes. Bachellard (1957) diría que la casa como espacio doméstico es también el contenedor del pequeño universo en el que habitan sus residentes a la vez que es el universo que los habita a ellos también. Es el lugar donde se encuentran los objetos con los que se construye la seguridad y la familiaridad tanto interna como externa. Por ello, entre los instrumentos que resguarda no sólo nos encontramos con la vida privada, sino también con las herramientas con las que se enfrenta la vida pública. Por esta razón, más allá de los materiales de construcción y de las fachadas, en este apartado nos ocuparemos de la cotidianeidad, de las rutinas y prácticas que sostienen al espacio doméstico de una familia originaria de Ciudad Cuauhtémoc.

La casa de Fátima es una construcción en obra negra. Si bien se han puesto los cimientos del edificio, sólo se ha construido la planta baja. El techo es de lámina de cartón y remata en una de las esquinas con un gran boquete que da acceso al techo de la casa. El sol se cuele por los pequeños hoyos que invaden la lámina de cartón, y desde el gran boquete se asoma Scott, el perro de la familia, que nunca baja y cuya principal función es cuidar que ningún extraño entre a la casa; incluso a pesar de la espiral de alambre de púas que rodea el techo. La casa tiene una puerta principal y, sin embargo, en su interior da la impresión de ser un espacio abierto por la luz del día que se cuele. Es un lugar de paso para una joven pareja que habita ahí con sus dos hijos.

Fátima tiene 38 años de edad, está casada y tiene dos niños pequeños que aún van a la primaria. Si bien es originaria de esta localidad, pasó un tiempo viviendo en Guanajuato, y cuando se casó estuvo rentando un departamento mejor ubicado dentro de este mismo municipio. El problema es que su esposo

quedó desempleado, justamente porque el trabajo de policía empezó a ser peligroso. Entre líneas Fatima da a entender que pudo ser por un problema de extorsión, pero casi no le gusta hablar de ello, sólo recordar esos tiempos en los que podía comprar más cosas que ahora. Así que venir a Ciudad Cuauhtémoc es una manera de mantenerse a salvo, lejos de esas dinámicas. Quizá por eso, a pesar de la risa estridente que la caracteriza, de vez en cuando se le puede ver una mueca de angustia. Su padre le ha prestado esta casa como una muestra de solidaridad ahora su la familia está en conflictos económicos.

Sus rutinas diarias están principalmente relacionadas con las actividades domésticas que exige la casa para mantenerse habitable: limpiar, lavar la ropa, ocuparse de los niños, llevarlos a la escuela, cocinar, hacer galletas y postres para vender en la tarde. A diferencia de muchos otros hogares en esta localidad Fátima casi siempre está luchando con el agua, no por la carencia, sino porque debido a la presión con la que llega esta se escapa de los grifos, empapándolo todo, por lo que continuamente el piso está encharcado. Esto ocurre porque la vivienda está ubicada en la intersección de dos sistemas de distribución y cuando se abren las válvulas la presión del agua es demasiada y comienza a escaparse por los grifo.

Para Fátima es una contradicción que en esta vivienda la abundancia de agua sea un problema, pues, es un recurso del que carecen muchas otras viviendas cercanas. Sobre todo en su zona, donde el agua puede faltar hasta un mes y donde en promedio un vecino debe gastar hasta 500 pesos mensuales para llenar sus tinacos. Es frecuente entonces que los habitantes busquen el servicio de una pipa o hacer tratos monetarios a cambio de agua con algún vecino de otra sección que recibe con más frecuencia el servicio. Sin embargo, según comentan otros vecinos, a veces es mejor tratar de conseguir el servicio con algún “amigo” de la pipa que agilice la distribución de agua, porque cuando se trata de negociar con el vecino se generan problemas con los habitantes de otras secciones. Ha pasado incluso que los vecinos entran en conflicto porque compartir el agua se considera como un acto de derroche por parte de aquel que la ofrece y un abuso de aquel que la solicita porque dispone de un recurso que pertenece a otra sección o barrio. Por estas razones Fátima prefiere mantener el tema del agua

fuera del conocimiento de los vecinos porque supone que esto puede traerle problemas, y porque como deduce ella: “la gente de aquí es muy envidiosa”.

Además de ello está el problema de los escurrimientos de agua potable que provienen de los pozos y que se derraman por toda la localidad. Por eso cuando las lluvias comienzan el problema se agudiza, las calles se inundan y si la casa tiene materiales precarios éstos se deterioran con mayor rapidez. En esos días, Fátima no sólo tiene que batallar con los escurrimientos de agua sino también con las plagas que se meten a través del techo de lámina con el agua sucia. Si por mala suerte las lluvias se combinan con alguna ola de calor del verano, entonces hay que lidiar con las infecciones intestinales que afectan a toda la familia, porque la enfermedad va rotando de miembro en miembro. A esta época del año tan recurrente en la que hay enfermedades estomacales se le llama cotidianamente “canícula” y se sobrelleva paleando la enfermedad simplemente con algunos antibióticos; aunque en realidad la infección que va de miembro en miembro de la familia no para, sólo se aminora cuando las malas condiciones van pasando, mientras tanto la familia se resigna a pasar una temporada con dolores de estómago y algunos episodios de fiebre.

En un día regular, cuando llegan las dos de la tarde Fátima salta de la mesa en la que ha estado haciendo la tarea con sus hijos pequeños y corre para llevarlos a la escuela. Esa es la primera oportunidad que tiene para vender algo entre las maestras que van llegando a su trabajo. Así que, junto con las mochilas prepara la charola con los postres del día. Ya de vuelta, comienza a enviar mensajes a parientes o amigos para preguntar cuántas rebanadas de panqué o galletas le van a comprar. En general, la venta es poca y depende mucho del carisma de Fátima, de las buenas relaciones que tiene con vecinos o amigos. La venta se inicia así (por mensaje o llamada) porque la calle es un territorio azaroso y Fatima no confía en que sea seguro, pues, es frecuente encontrar operativos de la policía, el ejército o detenciones de personas que le parecen conflictivas. Prefiere asegurar algunas ventas antes de aventurarse a salir, de todos modos Fátima sólo ofrecerá sus productos en negocios con gente que le inspira confianza porque los conoce o porque son parte de su red familiar y de amistades.

Cuando caminamos por los barrios le pregunto si no se siente más segura con los portones que se han puesto en cada plaza para controlar la entrada de extraños. Me responde que esas puertas no sirven de nada, porque dentro de las plazas viven los que roban. Casi siempre me cuenta historias de robos entre vecinos al interior de las plazas, para ella es muy evidente que las puertas no garantizan seguridad, sólo cierta privacidad para los que habitan dentro. Cuando conversamos sobre la calle, sobre los vecinos, sobre lo que observa todos los días me cuenta que le preocupan sus hijos porque todos los días ve muchas drogas, peleas y muertes. Casi siempre está diciendo a los niños que no sean como esos “piojosos perdedores de allá afuera”. En realidad, a Fátima no le gusta salir a vender a la calle, piensa que es peligroso, especialmente por sus hijos, pero tienen muchas deudas que cubrir. A ella le gustaría quedarse en su casa y hacer simplemente el papel de ama de casa, como antes cuando su esposo tenía un empleo más formal y podían pagar una renta en otra zona de Ecatepec.

Cuando los niños salen de la escuela, Fátima hace un último recorrido entre las tiendas y negocios que le parecen confiables. Los niños la acompañan conversando sobre lo que vieron en la escuela. De vez en cuando se les salen comentarios sobre cosas que han visto o escuchado en la tele, como historias sobre “el Señor de los cielos”. A este tipo de actitudes Fátima responde con un porrazo en la cabeza de su hijo diciéndole: ¡Nos van a dar un tiro en la cabeza si no te callas! Esto es así porque en el espacio abierto al tránsito nadie habla de violencia, de narcotráfico, de renteros o extorsionadores. Es algo que parece una regla general; tratar con normalidad a todos a pesar de lo que se sepa, de las historias personales que se conocen entre vecinos, de la evidente frecuencia de los muertos en las calles.

Frente a esta rutina de negociación constante por habitar el espacio un lugar de remanso para Fátima y su esposo es la iglesia de San Juan. Ambos son miembros muy activos de esta iglesia y desde muy jóvenes participan en casi todos sus eventos públicos; unas veces bailando, otras actuando o apoyando en la logística de la semana santa. La iglesia es un descanso para ellos porque les permite acceder a lugares de convivencia comunitaria en fechas especiales sin

tanto conflicto y negociación. De igual forma su participación los inserta en una red de amistades más amplia que la de sus familias. Es a esta red a la que acude Fátima cuando manda mensajes para sus ventas. Por ello, además de la escuela los niños participan mucho en eventos religiosos.

Como en el caso de Fátima, en Ciudad Cuauhtémoc es difícil que quien recorre el espacio público lo haga con el mero objeto de pasear. Casi siempre se trata de vender, comprar, vigilar, es decir, se hace con dirección previamente establecida, según lo marquen las exigencias de la vida privada. Por tal motivo, la experiencia de las cafeterías o los restaurantes es diferente a la de otros lugares, pues en esta localidad el consumidor no se puede abstraer para leer o simplemente para observar el entorno. Si bien las personas mantienen cierto nivel de anonimato como el que menciona Simmel (2011 [1908]) en sus encuentros con los otros desconocidos, no existe la oportunidad de “flâneur” aburguesado como el que señala Benjamin (1972). Parece que en esta localidad casi nadie tiene resueltos los elementos básicos para la vida cotidiana. Quienes tienen recursos suficientes para cubrir las necesidades básicas tienden a encerrarse en sus hogares, que suelen estar muy bien acondicionados, en algunos casos con circuitos de seguridad que incluyen cámaras y puertas fortificadas, lo que les garantiza cierta tranquilidad al poder observar siempre quién está en la entrada de su casa, pero en esos casos casi nunca se les encuentra caminando cotidianamente por la calle.

2.3 El espacio público

Para Duhau y Giglia (2008), el concepto contemporáneo de espacio público tiene una gran influencia del tipo ideal establecido durante la época industrial. Este tipo ideal distingue al espacio público de otros porque:

“[...] no está reservado a nadie en particular”, [...] es de libre acceso, [...] es un lugar donde los copresentes gozan legítimamente del anonimato”, [...] donde todos tienen derecho a estar presentes y a ser respetados en su integridad, intimidad y anonimato independientemente de sus características individuales [...] [y donde] el

ciudadino-ciudadano tiene la experiencia de convivir pacífica e igualitariamente con los otros diferentes, e incluso está en la predisposición de disfrutar el eventual encuentro con un extraño o la ocurrencia de lo inesperado” (Duhau y Giglia, 2008: 46).

A decir de Duhau y Giglia (2008) esta definición es resultado de distintos momentos históricos y tradiciones filosóficas que le han ido añadiendo atributos, por lo que en la vida cotidiana el espacio que se considera público no necesariamente cumple con las expectativas referidas. En su momento, intelectuales como Richard Sennett (1977) postularon la muerte del espacio público toda vez que los lugares de encuentro en las urbes (las plazas públicas) se habían convertido en lugares de paso, lugares contingentes, donde no había posibilidad de encuentro social entre diversos actores sociales. Sin embargo, para Sennett la crisis podría rastrearse desde la evolución y los cambios con los que la sociedad fue resignificando la dicotomía público/privado, pues estos cambios tuvieron gran impacto en los términos con los que se replantearon las interacciones sociales y las formas de observar la vida cotidiana.

Igual que Duhau y Giglia (2008), Sennett (1977) reconoce el fuerte impacto de la sociedad de mercado y de los valores burgueses sobre la forma como se observaba la copresencia de los individuos en el espacio considerado público, pues se deja de lado la posibilidad del encuentro e intercambio entre aquellos que transitan. Como puede verse en el ejercicio que realiza Fátima todos los días, en estos espacios que parecen ser residuales al desarrollo de la ciudad central, la idea de lo público es una discusión que se complejiza cuando es atravesada por la idea de lo que es o debería ser bien común para todos. El agua, la infraestructura, la disposición de la calle, son todos bienes que en teoría son de libre acceso para todos y sin embargo son motivos de negociación constante.

Para Nora Rabotnikof (1993) no sólo basta con identificar el impacto de la época industrial, hay también que identificar las influencias fundamentales de diversas tradiciones filosóficas sobre la dicotomía público/privado. Es importante reconocer al menos tres grandes facetas: lo público como aquello que es de utilidad común y que está estrechamente ligado a la razón de estado; lo público

como aquello que es accesible a todos y que debe estar jurídicamente reglamentado; y lo público como el espacio libre de la esfera de poder, es decir, como el lugar donde los distintos grupos pueden expresarse de manera libre. En la práctica estas tres dimensiones suelen estar íntimamente relacionadas, razón por la cual es frecuente encontrar que cuando se habla del espacio público como una realidad material, física, a veces también se está aludiendo a su faceta política, lo que puede estar referido o no de manera directa con el Estado.

Hasta ahora en este capítulo he utilizado la referencia de lo público simplemente como oposición a lo que se reconoce como privado. Hemos retomado elementos subjetivos como las memorias que enmarcan y dan sentido a las experiencias de habitar el espacio local, además del seguimiento de algunas prácticas domésticas que unen los entornos de la casa a la calle. En todos estos casos la experiencia de lo público se nos ha presentado como la experiencia de interacción con los otros. No obstante, la intención de este apartado es discutir como la dicotomía público/privado puede llegar a ser vista desde varias dimensiones en la vida de las personas e incluso llegar a colapsarse en determinadas situaciones.

2.3.1 La calle y lo público

Desde el punto de vista normativo, el espacio público idealmente implica un ejercicio de ordenamiento en el que se establecen los espacios que jurídicamente están dispuestos para el uso de todos. En Ciudad Cuauhtémoc este proceso comenzó cuando CRESEM regularizó los lotes para las viviendas y la Secretaría de Obras del Estado encarpetó las calles para formar las principales vías de acceso. El Circuito Cuauhtémoc dejó de ser una vereda muy transitada para convertirse en la principal vía para el transporte público. Debido a que los primeros asentamientos irregulares no necesariamente se colocaron en las cercanías de la carretera o a la orilla de caminos ya construidos, el Circuito Cuauhtémoc se constituyó siguiendo el contorno de los grupos de lotes regularizados. Por esta razón el Circuito describe bien las huellas del proceso de formación de la colonia;

que bien podría describirse como una gota de agua que al chocar con otro cuerpo se extiende en varias ondas concéntricas, siguiendo la huella del primer impacto.

En este proceso podemos observar cómo se fueron estableciendo los espacios de libre acceso para todos y se trazaron lotes, calles, jardines y espacios deportivos. Sin embargo, muchas herramientas para regular los flujos de tránsito en la localidad, como semáforos o señalamientos, quedaron pendientes. De igual forma, se dejaron las irregularidades en el tamaño y la estructura de las banquetas, así como los señalamientos de los cruces peatonales y en ocasiones incluso los nombres de las esquinas. Esto hace que en la vida cotidiana haya un uso creativo y en constante renovación de los espacios que formalmente son de libre tránsito para todos como la calle.

Un ejemplo claro son los lugares de comercio, los cuales a pesar de tener una planificación oficial que les ha designado lugares para crear mercados, se extienden grupos de comerciantes en forma de tianguis sobre distintos puntos del Circuito. De tal forma que, en distintos días de la semana con absoluta parsimonia, autos, peatones, comerciantes y perros compiten entre sí a la hora de transitar por las calles, sobre todo en los tramos emblemáticos del circuito, como Laboratorios o la avenida de las Torres. En consecuencia, el espacio público identificado como espacio abierto, dispuesto para el uso de todos, es en realidad un espacio donde se hacen ejercicios de negociación y competencia constante entre distintos actores.

Algunos como Fatima, para enfrentar esta complejidad deciden entretejer previamente puntos de confianza, para así transitar con más certeza. En ese caso la calle puede ser también vista como un lugar de encuentro con eventos o sujetos no deseados. En ese sentido, la calle es también un lugar en el que habitan los temores de la inseguridad: las drogas, las peleas, la muerte, el mal ejemplo para sus hijos. Aunque es un lugar abierto para el tránsito de cualquiera se utiliza de manera precavida y vigilante. Lo mismo para Fátima que para cualquier otro habitante que instala bardas o cámaras al exterior de su casa. De tal suerte que antes de ser lugar de encuentro en el que se propicia la interacción entre

diferentes actores en pie de igualdad nos encontramos como un lugar hostil en el que hay que interactuar de manera selectiva.

En cuanto a la dimensión política del espacio público nos encontramos con dos vertientes, por un lado, los espacios donde se debate la cosa pública y, por otro, los lugares donde los distintos públicos se manifiestan. En la primer vertiente están los esfuerzos oficiales para establecer espacios organizativos dedicados a los vecinos, como los patios centrales de las plazas en la zona de barrios. En ese caso el objetivo parece ser generar espacios comunitarios donde los vecinos puedan discutir las cosas que atañen a todos y que tienen que ver con el bienestar común de los que viven en las plazas. Sin embargo, al no mantener un seguimiento, ni un cuidado para garantizar que estos espacios se consoliden como espacio abierto para todos, en la práctica el parcelamiento que realizan los vecinos sobre este el patio común, termina con sus objetivos primarios.

No obstante, la discusión sobre las necesidades comunitarias es una necesidad que siempre está presente, aparece desde la época en la que los colonos se organizaron para la “n” cantidad de servicios e infraestructura básica que había que satisfacer y gestionar frente a alguna instancia de gobierno. En ese entonces, los espacios de encuentro donde se discutían las necesidades comunitarias eran aquellos que la CRESEM establecía: espacios para guardar materiales de construcción, lotes donde se edificaron escuelas, lecherías o lavaderos comunitarios.

El conflicto es que estos modelos de organización que establecían estos espacios comenzaron a ser invadidos por las prácticas de intermediación política. Entonces establecer líderes para tomar decisiones se convirtió en la dinámica de los militantes; líderes que los vincularan con partidos políticos o que mantuvieran los beneficios de organizaciones como UPREZ, UGOCM, Colude, Antorcha Campesina, entre otras. Con el paso de tiempo los espacios físicos que sirvieron como puntos de reunión se volvieron particulares o fueron reconvertidos en edificios de gobierno como el DIF, las clínicas de salud o las escuelas públicas. No obstante, muchos liderazgos de entonces se consolidaron en redes de actores políticos que sobreviven en la actualidad y que suelen organizar los procesos

electorales, consejos de participación ciudadana o incluso algunas juntas vecinales.

Integrarse al mundo de los partidos políticos supuso la pérdida de prestigio para algunos líderes que habían salido de las filas de los primeros colonos. Si bien su participación en estas redes de actores políticos sigue pareciendo útil a la población, porque funcionan como una especie de traductores del mundo de procesos y trámites burocráticos que hay que seguir cada vez que se realiza una solicitud o servicio, esto no significa que haya relaciones de confianza. Por tanto estos actores terminan jugando un doble papel: por un lado, como representantes de sus intereses privados, pero por otro como representan los intereses comunitarios. Fungen así como un vínculo entre los habitantes y el Estado, pero no tienen la suficiente legitimidad para ser los voceros de las necesidades colectivas que los habitantes identifican.

Imagen 3. Centro de atención médica en la colonia CTM Guadalupe



Foto: Tomada de la página oficial de la organización.

De tal forma que se institucionalizan la serie de prácticas que sirven para negociar, que se caracterizan por ser informales (aunque suelen vestirse de institucionales). Por ejemplo, para acceder a los beneficios de programas sociales específicos los habitantes tienen que “cooperar” con este tipo de líderes que les “ofrecen ayuda”, lo que se

traduce en que si se reciben beneficios es necesario estar a disposición de quien les ha ofrecido el apoyo.

Esta forma de organizar los temas comunitarios puede observarse inscrita incluso en las paredes de las calles. Por ejemplo, en las fachadas de los edificios públicos donde tradicionalmente se ostenta, junto a los símbolos oficiales de

gobierno, el logotipo de la organización política que intermedió para gestionar el servicio o bien colectivo. Por otro lado, en algunas secciones como Tizoc o Quetzalcóatl donde puede verse que en la esquinas de las calles, ahí donde debía haber una placa oficial que indique el nombre, hay en su lugar pintas hechas a mano que sustituyen esta función y suelen incluir los colores y el logotipo de organizaciones como Frente Popular Independiente, una organización filial del PRD presidida por un político local. Como resultado, una parte del espectro político que caracteriza a la definición de espacio público queda cooptada por grupos específicos que difícilmente lo traducen en lugares de encuentro accesibles a todos, por lo cual, si se desea participar activamente es necesario tener una membrecía o un contacto con en estas organizaciones.

Finalmente, en está la dimensión del espacio público que se define como lugar libre del poder, como el lugar donde los distintos grupos pueden expresarse de manera libre nos encontramos con distintos ejercicios de apropiación del territorio. Se trata de un juego intermitente que los habitantes han ido construyendo a partir de distintas formas colectivas de auto identificación: una veces como líderes vecinales, miembros de grupos culturales como danzantes, sonideros, clubes deportivos, comerciantes o grupos de vecinos. Estas formas de adscripción colectiva suelen promover prácticas que convierten a la calle (y a distintos espacios abiertos) en una extensión del espacio doméstico.

Tal como sugiere Susan Gal (2002) en estas prácticas el límite entre lo que se concibe como público o privado se colapsa. Los puentes que conectan a la vida doméstica con el espacio que jurídicamente se considera público dependen de la capacidad de los habitantes y sus redes para consolidar puntos de familiaridad y confianza en la vida cotidiana. De tal manera que transforman el espacio en temporalidades específicas: organizando procesiones religiosas, fomentando prácticas como la danza prehispánica de numerosos grupos de concheros, organizando ferias o eventos festivos.

Algunos de estos mecanismos de apropiación llegan incluso a irrumpir temporalmente en lugares en los que las relaciones de dominación obstaculizan la comunicación horizontal entre los habitantes de la localidad. Tal es el caso de los

espacios tomados por grupos delincuenciales que amedrentan a los habitantes, los cuales cotidianamente se repliegan a los ámbitos privados.

Sin embargo, a pesar de esta capacidad para extender parte de la confianza sembrada en la vida doméstica hacia los espacios públicos, en muchos casos se trata de fenómenos intermitentes. Tal como observa Maldonado (2013) en otras latitudes, en general la población tiende a negociar de manera particular o en pequeños grupos con los elementos de la violencia directa que se encuentran en su entorno. Por ejemplo, en algunas zonas es común observar en las fachadas de las casas y en las calles mantas iguales que intentan amedrentar a los posibles agresores. Al mismo tiempo se puede ver que en los espacios donde los acontecimientos violentos son más frecuentes los negocios y transeúntes suspenden sus actividades muy temprano. De igual forma se utilizan maniobras puntuales como las de Fátima, que establece estratégicamente puntos de confianza para mantenerse a resguardo cuando tiene que recorrer por mucho tiempo la calle.

Según Nora Rabotnikof (2003) son precisamente este tipo de aspectos los que dejan a la deriva la posibilidad de ensanchamiento de una sociedad civil, y con ello también se dejan de lado las condiciones ideales que pregona la visión utópica de lo público como parte de un sistema de participación igualitaria que le de soporte a una estructura de estado democrático. A esto hay que añadir que, igual que en los márgenes de las grandes urbes latinoamericanas, las prácticas políticas tiene un tinte clientelar, que al estar fuertemente atravesadas por intercambios desiguales (Auyero y Benzecry, 2016) tienden a erosionar la capacidad organizativa de los habitantes.

2.4 Conclusiones

En sus estudios sobre la paz Johan Galtung (2016) propone que la violencia puede ser entendida desde tres ángulos distintos que se entrelazan entre sí: la cultura, la estructura social y sus expresiones físicas directas. Según argumenta, no hay manera de separar estas tres dimensiones, a riesgo de quedar embebidos

en la punta del iceberg de un fenómeno que se sostiene en dimensiones profundas de la cultura y estructura social.

Como se puede ver a lo largo de este capítulo la primera expresión de violencia tangible a la que se han enfrentado los habitantes de Ciudad Cuauhtémoc está relacionada con los procesos de exclusión y segregación social a los que estuvieron expuestos como habitantes de la Ciudad. En esta medida, las distintas experiencias de arribo que quedan plasmadas en sus memorias develan itinerarios marcados por el estigma o por el shock de la pérdida, de tal forma que los habitantes realizan un ejercicio importante de reconstrucción de sus identidades personales una vez que se instalan en la localidad.

En este proceso podemos observar como aquellas disposiciones culturales que justificaban la exclusión y segregación que han padecido en sus experiencias anteriores, son elementos que también se han integrado en su forma de apropiación del espacio territorial. Entre estos elementos no sólo nos encontramos con las fachadas y el desarrollo de fronteras entre los conjuntos de casas sino también con las prácticas de señalar y recordar los lugares de origen como una forma de reproducir estos distanciamientos sociales.

Por otro lado, si bien las redes de relaciones sociales primarias como la familia juegan un papel muy importante en el proceso de apropiación del territorio, podemos ver que son las estructuras organizativas de corte político las que tienen mayor impacto. De ahí que el espacio físico producido al que se enfrentan los habitantes regularmente se encuentra marcado por emblemas que representan a este tipo de organizaciones. Esto indica que las formas organizativas que buscan el bien común por excelencia se caracterizan por relaciones verticales y desiguales. De tal forma que la participación de los habitantes queda subordinada a las dinámicas de este tipo de organizaciones y mediada por más de un intermediario local. Con ello se restringen de manera importante las capacidades organizativas de los habitantes para enfrentar problemas comunes como la inseguridad. En consecuencia, los esfuerzos vecinales se segmentan, por lo que la estrategia más recurrente es la autosegregación física de las viviendas y un distanciamiento de los vecinos que no forman parte de ese esfuerzo.

Todos estos elementos hacen que el ejercicio de transitar o utilizar los espacios formalmente públicos se convierta en una experiencia dividida, hecha a saltos, un constante ejercicio de ensombrecimiento del otro que funciona como estrategia de resguardo. De tal forma que la actitud *blasse* que describe Simmel, entendida como esa parte de la experiencia urbana moderna que culmina con un ejercicio liberador en el que cierto anonimato permite la heterogeneidad de los actores presentes en el espacio público, en Ciudad Cuauhtémoc se traduce en una estrategia de tolerancia y resguardo frente al otro peligroso.

CAPÍTULO 3. VIVIENDO ENTRE PERROS CHICOS Y GRANDES

Este capítulo está hecho con diversas fuentes de información, sin embargo, su principal insumo son las notas de campo recolectadas en Ciudad Cuauhtémoc durante 2019. Si bien, a lo largo de la tesis se resguardan los nombres e identidades de las personas con las que tuve contacto durante mi estancia en esta localidad, en este capítulo dicha práctica adquiere especial importancia ya que aquí se abordan algunas apreciaciones explícitas de los informantes sobre la irrupción de nuevos actores que parecen estar asociados con grupos organizados alrededor de la venta de droga, la extorsión y el secuestro.

El principal objetivo de este capítulo es identificar cómo las dinámicas de la violencia que ocurren en los espacios públicos de Ciudad Cuauhtémoc han cambiado paulatinamente de carácter. En primer lugar, como efecto de un modelo de desarrollo de una metrópoli cambiante que produce problemas de fragmentación social y que se reproducen incluso al interior de los espacios locales; a pesar de que donde desde un punto de vista estadístico la población tiene características homogéneas. En segundo lugar, como efecto de una política de lo criminal que se agudiza por la instalación de un centro penitenciario en los límites de la colonia, que afecta de manera directa las dinámicas familiares y sociales de los habitantes. En tercer lugar, como un problema agudo que se presenta de la mano de nuevos fenómenos de violencia, resultado de la dispersión de grupos criminales medianamente organizados, consecuencia de la política de guerra contra el narcotráfico que se implementó a nivel nacional desde 2006.

El capítulo está dividido en tres apartados principales, el primero dedicado a la irrupción de la guerra contra el narcotráfico en el municipio, el segundo al “efecto de lugar” que se produce en Ciudad Cuauhtémoc debido a la presencia del centro penitenciario y la política criminal del país y, finalmente un tercer apartado

dedicado a los cambios que los habitantes han tenido que realizar en sus prácticas cotidianas debido a este nuevo contexto.

3.1 La irrupción de la guerra contra el narcotráfico en Ecatepec

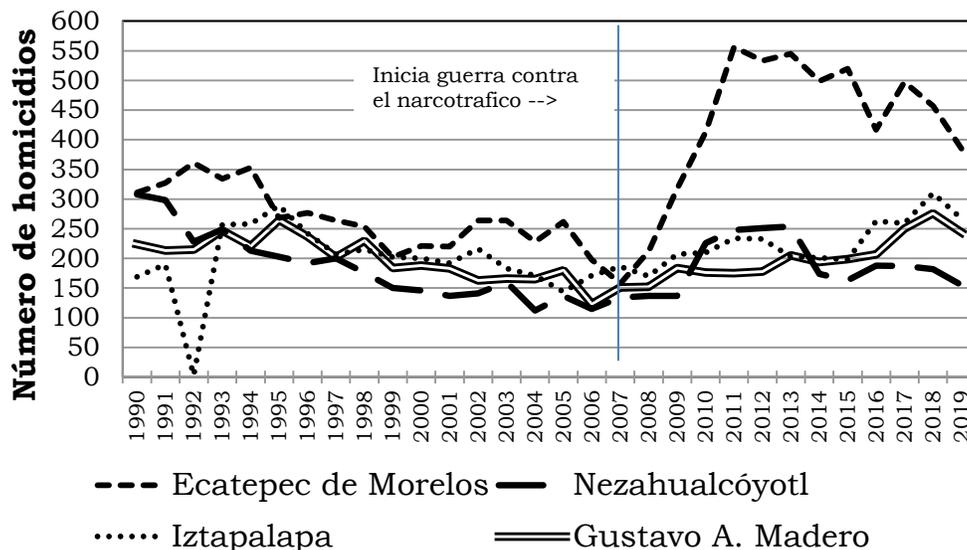
Si bien, la violencia es un fenómeno que tiene distintas dimensiones y diversas manifestaciones, el indicador que tradicionalmente se utiliza para medir su incidencia más evidente es el de las muertes por homicidio. En el caso de Ecatepec este indicador muestra un cambio significativo durante el periodo 2007-2011, mismo que corresponde a las administraciones municipales de José Luis Cureño y Eruviel Ávila. En dicho periodo el número de muertes por homicidio en el municipio pasó de 158 en 2007 a 556 en 2011, es decir, pasó rápidamente de una tasa de 9.3 homicidios por cada 100 mil habitantes a una de 32.6. Aunque el incremento sigue la tendencia del indicador nacional, que pasó de 7.8 en 2007 a 22.8 en 2011 (Mazzitelli, 2017; 31), se trata de un incremento notable con respecto a las otras entidades de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM). Esto puede apreciarse si se comparan los datos de Ecatepec con los de otras entidades cercanas como Nezahualcóyotl, Gustavo A. Madero e Iztapalapa, donde frecuentemente las tasas de homicidios son altas (véase gráfica 1).

Como puede apreciarse en la gráfica 1 este incremento vertiginoso tiene un descenso después de 2011. A partir de entonces el número de muertes por homicidio comienza a estabilizarse hasta llegar a 385 en 2019. A pesar de ello el indicador no vuelve a las tendencias que se registraban antes de 2007, por lo cual no es extraño que a partir de dicho periodo comenzaran a emerger preguntas del tipo “¿Por qué Ecatepec se volvió violento?” (Por hacer alusión a alguna publicación periodística de 2018)²¹. Es decir, aparecieron distintas narrativas intentando explicar los fenómenos de criminalidad y violencia en Ecatepec, sobre todo difundidas por los medios de comunicación. De tal forma que en la actualidad

²¹ Disponible en <https://www.eluniversal.com.mx/mochilazo-en-el-tiempo/por-que-ecatepec-se-volvio-violento>

se pueden encontrar al menos tres hipótesis clásicas sobre este tema que se relacionan de manera directa con el desarrollo urbano del municipio.

Gráfico 1. Número de muertes por homicidio (1990-2019)



Fuente: Elaboración propia con base en consulta interactiva de datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Registros administrativos, defunciones por homicidios, Entidad y municipio de ocurrencia. Disponibles en: https://www.inegi.org.mx/sistemas/olap/consulta/general_ver4/MDXQueryDatos.asp?#Regreso&c=

La primera hipótesis importante está basada en el argumento de la desorganización social, la cual se centra en las condiciones de intensa migración que hubo en el municipio durante el siglo XX, en ese caso adquiere gran relevancia el cambio abrupto de lo rural a lo urbano que se vivió en Ecatepec y que implicaba a nueva población que necesitaba adaptarse. Dicho fenómeno caracterizó al municipio sobre todo en la década de los cuarenta cuando una intensa migración se dirigió hacia las zonas circundantes de las plantas industriales del municipio. Logrando con ello que se multiplicaran los asentamientos populares en zonas que hasta entonces eran rurales, en algunos casos de forma organizada, pero en muchos otros de manera anárquica (Araiza, 2017).

Una segunda hipótesis propone el argumento clásico de la teoría de la frustración-agresión, la cual señala que el principal origen de la criminalidad y la

violencia es el desajuste en las expectativas que los actores padecen al no poder acceder a los bienes que son socialmente valorados. Es decir, hay un problema de integración a nivel de estructura social que afecta en el desarrollo social de ciertos individuos, lo cual hace que frente a la frustración que esta posición produce el individuo responda con actitudes agresivas rompiendo incluso la ley (Ramírez-de-Garay, 2016). En el caso de Ecatepec esta hipótesis es utilizada para hacer referencia al tema del crecimiento poblacional y la crisis económica que se experimentó entre las décadas de los setentas y ochentas. El argumento central es que la frustración entre los individuos que no lograban cumplir con las expectativas sociales terminaba llevándolos a cometer delitos violentos (Arriagada y Godoy, 1999); situación que según esta hipótesis se agudiza con las condiciones permanentes de precariedad y desigualdad social que subsisten en el municipio.

La tercera hipótesis es aquella que propone que la población que migró en el último tercio del siglo XX hacia Ecatepec ya no proviene necesariamente de zonas rurales sino de “colonias criminógenas” de la ciudad, razón por la cual se desarrollan pequeños nichos de crimen en las nuevas colonias. En este caso el argumento central es la invasión de un “sujeto patológico” que encuentra ventanas de oportunidad en la corrupción y la impunidad del municipio. Esta propuesta nos remite sin lugar a dudas a las viejas teorías positivistas del crimen (Cajas, 2009), por lo que no es extraño que las narrativas de la violencia basadas en esta hipótesis difundan las imágenes de “monstruos” como principales responsables de la violencia local.

No obstante, estas hipótesis sobre los fenómenos de violencia y criminalidad dentro del municipio no explican el incremento en los homicidios observados durante el periodo 2007-2011. De tal forma que una última hipótesis considera los efectos de la guerra contra el narcotráfico iniciada en ese periodo. En este caso el argumento principal es que con la dispersión de los mercados ilegales de la droga también se ha diseminado una violencia que comparte algunos rasgos con los métodos de las mafias hasta ahora conocidas. La principal característica es que se trata de una violencia que busca dominar no sólo el mercado de las drogas sino también otros mercados ilícitos en territorios

específicos, utilizando como principales herramientas el robo, el secuestro y la extorsión. De tal forma que algunos autores como Eduardo Guerrero (2011) han identificado que de diciembre de 2006 a marzo de 2011, tanto en Ecatepec²² como en otros municipios, los homicidios registrados por la prensa se caracterizan por el uso de mantas con advertencias intimidatorias que evidencian las confrontaciones entre grupos que buscan dominar territorios.

Otros investigadores como Mazzitelli (2017:36) sostienen que no basta con que la violencia de estos grupos criminales haya escalado en intensidad y que se haya diseminado hacia otros territorios u otros mercados ilegales para decir que se trata de una violencia cercana a la de las mafias. Es necesario además considerar los efectos sobre la población a fin de examinar si se han adoptado estos métodos violentos como modelos legítimos de interacción, si se ha cimentado un trasfondo ideológico, además de una infiltración significativa en las instituciones de gobierno (Mazzitelli, 2017:36). De tal forma que, a las distintas expresiones de violencia en Ecatepec y a las hipótesis que se han desarrollado a su alrededor a lo largo de todo el siglo XX, es necesario incluir explicaciones sobre el arribo de un nuevo tipo de actor violento, ya que se integra y relaciona con los distintos tipos de criminalidad y violencia que han dominado las interacciones sociales en el municipio.

3.1.1 La violencia vista desde la producción social del espacio urbano

La violencia, entendida como todo acto que daña o amenaza con hacer daño a las personas o a las cosas, es también un acto que expresa sentidos y significados que está abierto a la interpretación de los otros, cuya presencia no sólo se expresa en crímenes, delitos o interacciones sociales hostiles, sino también en las negociaciones cotidianas por la dominación del espacio. De tal forma que las distintas expresiones de violencia juegan un rol importante en el desarrollo y conformación de los espacios urbanos locales, no sólo como parte de la serie de condiciones macrosociales que van delineando la emergencia y

²² En Ecatepec al menos 218 asesinatos correspondían a este tipo de violencia, es decir el 19% de los homicidios registrados en todo el municipio durante ese periodo.

consolidación de un espacio local, sino también como parte de la serie de vivencias, percepciones y prácticas en la vida cotidiana de los habitantes.

Como propone Lefebvre (2013), el espacio urbano local puede ser entendido desde dos facetas, por un lado, como un proceso diacrónico y, por otro, como producto que es también resultado de una dinámica sincrónica. En tanto producto, como un territorio definido que asemeja una segunda naturaleza física, nos encontramos frente a un hábitat que tiene características específicas a las que se enfrentan cotidianamente los habitantes y que funciona como el espacio donde se traslapan las abstracciones de ordenamiento del Estado, las percepciones de quienes practican el espacio y el acervo de memorias de lo vivido con el que cada practicante cuenta. Por otro lado, en tanto proceso, el espacio urbano local se constituye también a partir de una serie de eventos y sucesos singulares, que son resultado de los cambios y permanencias históricas que operan sobre el hábitat.

En el caso de Ciudad Cuauhtémoc, desde una perspectiva macrosocial las distintas manifestaciones de violencia están mediadas por diversos fenómenos como la migración, el crecimiento poblacional, los mercados laborales, la especulación inmobiliaria, entre muchos otros. En contraste, desde una perspectiva microsocia podemos reconocer la presencia de diversas formas de violencia en las distintas etapas de consolidación de la localidad, fuertemente relacionadas con las formas en que las personas habitan y administran el espacio de manera cotidiana y realizan los ejercicios de apropiación y significación del mismo.

Desde el punto de vista de los procesos macrosociales se pueden reflejar inicialmente dos grandes etapas:

La primera, que corresponde a la emergencia de una metrópoli industrializada, que al fomentar el crecimiento de la planta de producción en el territorio municipal creó expectativas de integración laboral entre el conjunto de inmigrantes que se asentaron en condiciones desventajosas e informales en el territorio. En estos casos la violencia puede presentarse como una expresión de este conflicto. A decir de Espinosa (2010), una de las principales estudiosas de la región, en los primeros poblados:

[...] la falta de instituciones y de representantes legales exacerbó los conflictos sociales, la violencia, la impunidad y pauperización social. No fueron pocos los reportes periodísticos, de radio o televisión, que mostraban a Ciudad Nezahualcóyotl o a las colonias de la V zona [Ecatepec] como la tierra de nadie. La frase de “La historia negra de Nezahualcóyotl” se acuñó cuando a la luz pública se mostraron las carencias urbanas y la problemática social en la que vivían los pobladores del ex vaso de Texcoco: vandalismo, drogadicción, prostitución, violaciones tumultuarias, arbitrariedades de las autoridades, abuso de fraccionadores etcétera, era parte de lo que la población vivía en las viviendas, las calles, los transportes, los campos de futbol, las oficinas administrativas y demás lugares (Espinosa 2010; 161)

Otros investigadores como Maldonado (2003) han documentado también durante esta etapa el dominio y la violencia que se ejercía desde los liderazgos sindicales y sus relaciones de compadrazgos en el Estado de México y sus municipios. De igual forma, entre los sectores populares veremos emerger liderazgos de agrupaciones organizadas regularmente en torno a la obtención de vivienda. En esos casos las expresiones de violencia se presentarán como repertorios de acción alrededor de protestas e invasiones de territorios federales o comunales (Vélez-Ibáñez, 1983). Nos encontraremos con corredores informales, organizaciones afiliadas a partidos políticos, servidores públicos y organizaciones de colonos como los principales actores de enfrentamientos hostiles (Méndez, 1997). Entre las grandes experiencias de este tipo en la ZMCM hallamos los casos de la V región de Ecatepec y de Nezahualcóyotl (Espinosa, 2010; Vélez Ibáñez, 1983).

A grandes rasgos, el inicio de esta primera etapa de desarrollo de la metrópoli que impactó a Ecatepec podría considerarse a partir del asentamiento de las plantas industriales en la zona de Xalostoc; quizá el momento más emblemático fue la apertura de la fábrica de Sosa-Textcoco en 1943. Por otro lado, si bien el declive de esta etapa de desarrollo puede identificarse desde de la década de los ochenta (Duhau y Giglia 2008: 97-134), en el caso de Ecatepec los efectos son evidentes hacia el final del siglo XX. El momento emblemático de este

declive podría considerarse el fin del litigio de la huelga en la fábrica Sosa-Textcoco en 1999, en la cual los trabajadores perdieron el juicio, mientras que la infraestructura de la empresa comenzó a ser desmantelada (Martínez, 1999).

Una segunda etapa de desarrollo sucede en el marco de una metrópoli globalizada, que por un lado trastoca el horizonte de integración de los habitantes a un entorno laboral estable, capaz de garantizar el ascenso social, y por otro lado, es una etapa que resignifica lo que implica el disfrute e integración a la ciudad como un lugar de consumo. En esta nueva perspectiva de ciudad y de apropiación del espacio, los lugares dentro de la metrópoli se fragmentan según la capacidad de consumo de sus habitantes. A pesar de que las vías de comunicación y las grandes inversiones en infraestructura están orientadas a darle soporte a nuevos espacios formalmente abiertos a todo público, su disfrute queda restringido por la capacidad de consumo de cada individuo. Por lo tanto, en esta etapa, la fragmentación social será la principal característica.

Si bien no existen fronteras definitivas entre una etapa y otra, en Ecatepec la consolidación de la segunda etapa puede visualizarse con la construcción de las unidades habitacionales “las Américas” en 2003, justo en el mismo terreno que ocupó la fábrica Sosa-Textcoco hasta 1999. Con esta concesión para la inversión privada, el Estado no sólo consolidaba otra forma de integrar a los pobladores en el territorio municipal, sino que también dio paso a la construcción de Centros Comerciales como principales lugares de encuentro y consumo. Por ello las unidades habitacionales en las Américas fueron planeadas junto con un espacio distintivo de consumo para las clases medias. En contraste, la capacidad de ascenso de los sectores populares, si bien habían ganado la formalización de la vivienda, se estancó con la precarización del trabajo. Además, las carencias de infraestructura y servicios básicos se volvieron permanentes en la mayoría de sus asentamientos irregulares del municipio.

Justamente en el proceso de transición de estas dos etapas de desarrollo es que Ciudad Cuauhtémoc (1979-1994) se consolidó como localidad. Se convirtió en un lugar que en principio funcionó como refugio para aquellos habitantes que no habían encontrado un asentamiento estable en las zonas centrales de la

ZMCM. En esa etapa los grupos de habitantes se instalaron de manera atrincherada, a la defensiva, en busca de la formalización y legalización de su vivienda. Si bien al principio, en las dinámicas de lo cotidiano se establecieron distintos espacios de encuentro, éstos se fueron diluyendo cuando se introdujeron los servicios básicos y se oficializaron los límites de los predios, las calles y las principales avenidas. Casi de manera simultánea se instaló el penal de Chiconautla y los espacios de encuentro público como el cine, los lavaderos públicos o los lugares de baile se retrajeron. Entonces, nuevas distancias sociales entre los habitantes comenzaron a formarse, provocando un efecto de fragmentación interna que se caracterizó en principio por las distintas formas de asentamiento que se dieron en la localidad.

En cuanto al papel de la violencia, desde la llegada de los primeros pobladores podemos advertir los efectos de una violencia estructural que pesa sobre la población que fue arribando. Por un lado, como las experiencias de agresiones y amedrentamiento que experimentaron los nuevos habitantes en cada intento previo de establecer una vivienda. En este sentido, las experiencias de agresión se convirtieron en un marco desde el cual se resignificó al nuevo territorio como lugar de resguardo y refugio; a pesar de las carencias y de las prácticas de discriminación con las autoridades y los miembros de las comunidades cercanas.

Por otro lado, en este proceso también nos encontramos con una violencia simbólica que se presenta como estigma para los nuevos habitantes al ser acusados de “agresivos” debido a sus localidades de origen. Sin embargo, este mismo recurso simbólico funcionó como repertorio de acción, no sólo para exigir la formalización y legalización de la propiedad sino también para las interacciones cotidianas. Por supuesto, en tanto protesta, este repertorio estuvo también nutrido por las experiencias previas de organización que algunos habitantes tuvieron; principalmente en localidades de Nezahualcóyotl o de la V región de Ecatepec.

En un segundo momento del proceso de consolidación de la localidad, si bien la violencia en las interacciones cotidianas era ya parte de las formas de apropiación del territorio (como marco de resignificación, como repertorio de acción, como instrumento para la consolidación de una identidad subjetiva),

también se convirtió en un recurso que se potencializaba debido a la dinámica del penal de Chiconautla que en esta etapa ya refleja su presencia en las calles de la localidad. Hay ya entre los habitantes la impresión de que existen vínculos entre los reos, los negocios que se dan al interior del penal y la dinámica de las calles, por lo que hay lugares específicos en los que los acontecimientos de muerte se vuelven constantes.

Tanto a nivel local como a nivel metropolitano hacia el año 2007 con la implementación de la guerra contra el narcotráfico ocurrieron cambios significativos. Sin embargo, los efectos en el espacio local fueron contundentes después de 2011. Si bien, como demuestra Guerrero (2011) a nivel municipal el número de muertes por homicidio ya mostraba el impacto de la guerra contra el narcotráfico, a nivel local es hacia 2011 que esta hipótesis de la violencia mafiosa parece tomar cuerpo en Ciudad Cuauhtémoc (Guerrero, 2011; Mazzitelli, 2017). El indicador más claro de su presencia es la aparición de narcomantas, la recurrencia de los cuerpos sin vida, producto de homicidios ocurridos en las mismas calles de la colonia. Desde entonces las autoridades municipales tienen que lidiar con una demanda de seguridad permanente. Sin embargo, como describe Guerrero (2011), no se trata simplemente de la disputa por el negocio de la droga, se trata de una “violencia criminal depredadora, que se sustenta en el amedrentamiento y la confrontación sistemática entre actores rivales”. Por ello, hay en el espacio local un nuevo perfil entre los actores que se disputan el control del espacio. Se trata de actores especializados en el uso de armas y tácticas criminales de sicariato.

Para autores como Guerrero (2011) la principal diferencia entre la violencia de las mafias y los grupos del narcotráfico hasta entonces conocidos, es que las primeras al estar fuera de los principales circuitos del trasiego de droga dependen de otras actividades como la extorsión y el mercado de la protección ilegal. Por tal motivo, la presencia de estos actores organizados cuestiona la capacidad del estado para administrar los recursos locales y la organización de la población. Tal como indica Tilly (2006) en su revisión sobre los orígenes históricos del estado, la presencia y el dominio de estos nuevos actores regresa al estado a la época en la cual la oferta de protección privada era el principal eje de organización social. Ello

es así porque la extorsión y el secuestro son una amenaza latente que obliga a los habitantes a buscar formas privadas de autoprotección. La respuesta inmediata del Estado ha sido el incremento radical de cuerpos policiales, tanto municipales, como estatales y federales, así como la presencia de militares.

Finalmente, junto con estos fenómenos hay que añadir el recrudecimiento de los feminicidios y la crueldad con la que se ejecutan. Si bien, la violencia contra las mujeres es una constante que se puede identificar de manera transversal en el municipio y en las distintas etapas de consolidación de esta colonia, es en este periodo más que en ningún otro que los registros de mujeres desaparecidas y asesinadas con saña se han vuelto notables, no sólo en Ciudad Cuauhtémoc sino en todo el municipio. Por supuesto, dicho fenómeno tiene repercusiones en la forma en que las mujeres se enfrentan al espacio público de su localidad.

De esta forma, el discurso del miedo a la muerte violenta se ha convertido en una influencia fundamental, pues, dirige la lógica de cómo se transita e interactúa en los lugares que los mismos habitantes han construido y consolidado. No obstante, reconocer el rol que la violencia juega en este escenario requiere identificar unos procesos previos; mismos que tendrán una influencia importante en las formas de aproximación que la población establece con estos nuevos actores. Las experiencias de investigación en otras regiones, como la de Maldonado (2013) o Berber (2017), sugieren que estos nuevos actores suelen ser tolerados por la población local como una forma de negociar con su presencia. No obstante, los parámetros de esta tolerancia o aceptación tienen sus singularidades, pues se nutren de la experiencia. Estos actores no llegan a la nada, a un espacio sin historicidad, hay ya unos repertorios que se ajustan, que están arraigados en distintas dimensiones políticas, culturales o sociales, que se fijan en el espacio, las calles, los corredores, que influyen en la construcción de la identidad personal, y que se integran a los nuevos repertorios de apropiación y organización de espacios.

3.2 Efecto de lugar

Las principales etapas de consolidación de Ciudad Cuauhtémoc se dieron casi de manera simultánea en el periodo que va de 1979 a 1994. Hacia mediados de la década de los noventa se puede considerar que la localidad se convirtió en un espacio urbano reconocido. Justo en esa época, en 1997, el proyecto del Centro de Prevención y Readaptación Social de Ecatepec “Dr. Sergio García Ramírez” (mejor conocido como penal de Chiconautla) comenzó a construirse en el límite nororiente de la colonia. Dicho proyecto era una respuesta a la crisis de sobrepoblación penitenciaria que ya entonces existía. Sin embargo, con el paso del tiempo se convirtió en uno de los Centros de Readaptación más sobrepoblados del país, hasta llegar a un 430% de saturación según los datos recopilados por Romero (2015). Por esta razón, actualmente el penal de Chiconautla es famoso por los conatos de violencia y las condiciones infrahumanas a las que se enfrenta sus reclusos.

Según el análisis que realiza Romero (2015), éste penal nació con una política de seguridad nacional que buscaba emular las políticas criminales de Estados Unidos y Europa. Con dicha perspectiva se combinaron modelos de elección racional y de tolerancia cero montados en discursos contradictorios sobre el bienestar dentro de los penales, pero al mismo tiempo enarbolando un discurso conservador sobre el tema del control. A decir de Azaola y Ruiz (2009), esta política de seguridad con el tiempo ha tenido efectos perversos sobre las poblaciones, pues ha promovido un concepto de lo criminal que termina produciendo a los sujetos que finalmente resultan criminalizados.

A ello hay que añadir el problema de corrupción de las autoridades desde sus estructuras, sobre todo cuando se trata del tema de criminalidad organizada que impacta a servidores públicos de distintos niveles y funciones (Pansters, 2007) (Azaola y Ruiz, 2014). Esto, en combinación con la política criminal, ha creado al interior de la ZMCM regiones estigmatizadas donde cotidianamente se identifica a “sujetos desviados” o “antisociales” que es necesario controlar y someter. En tales casos las principales estrategias de procesamiento son la

privación de la libertad, la prisión preventiva, la ampliación de las conductas tipificadas como delito y una mayor severidad en las sentencias (Romero, 2015). Fomentando así una política punitiva que va cimentando un sistema legal informal que simula efectividad, justifica abusos policiales, además de una violencia arbitraria y selectiva que se ejerce sobre las clases sociales más bajas (Azaola y Ruiz, 2009, 2014).

Cuando el penal de Chiconautla comenzó a funcionar, Ciudad Cuauhtémoc era ya una localidad con los problemas clásicos de sobrepoblación, invasiones de terrenos baldíos, compra de lotes informales, carencias constantes de infraestructura y servicios básicos. Con la llegada del penal a estos conflictos se sumó una estrategia jurídica-social que trajo consigo prioritariamente las intervenciones de control policial. Si bien, para muchos habitantes es borroso el momento en que se inauguró el edificio, no pudieron ignorar la irrupción de los helicópteros y las patrullas que se volvieron una constante cada vez que algún conato de violencia o fuga ocurría en el penal. Sin embargo, el impacto más importante de esta política de lo criminal se refleja en las familias, pues, en Ciudad Cuauhtémoc son comunes los casos de miembros reclusos o recién excarcelados en los hogares. Según los reportes de Cauce Ciudadano, una organización civil que trabaja con población carcelaria en esta localidad, en cada calle de Ciudad Cuauhtémoc hay al menos una familia con esta característica.

La percepción que los habitantes tienen de sobre la población que habita en su localidad está muy atravesada por todos estos elementos. Por ejemplo un habitante local comenta:

[...] lo que le vino a dar en la torre a la colonia fue el reclusorio. [...] mira, yo en mi despapaye de Caracoles [su colonia de origen], yo visitaba mucho Tepito, la Lagunilla, las colonias bravas. Conocí mucha gente, por parte de los sonidos (...) A parte de celebridades, conocí a la gente mala, de Tepito, de la Lagunilla, de los barrios bravos, a la gente pesada de allá, a la gente pesada en dinero, pesada en droga, pesada en todo. (Mateo, 53 años, trabajador de mantenimiento, El hoyo).

En este fragmento hay algunos elementos que ya estaban presentes antes de que se instalara el penal. Como documenta Méndez (1997), el estigma de la “gente mala, pesada y brava” que viene de Tepito, la Lagunilla o alguna otra colonia popular de la Ciudad de México ya se aplicaba a los habitantes de esta localidad desde los primeros días de su arribo. De tal forma que la idea del sujeto patológico termina reforzándose con la llegada del penal y su política de lo criminal. Mateo utiliza este argumento para explicar el origen del mercado de la droga que se agravó en la zona de los barrios de Ciudad Cuauhtémoc. Desde su percepción esta “gente mala, pesada y brava” es “la gente de la droga” que está conectada con la corrupción y los negocios del penal. Al respecto cuenta:

Quando iban a inaugurar el reclusorio me encuentro a la gente mala, a la gente de la droga. Un día pasé por esa zona [la zona de Barrios de Ciudad Cuauhtémoc] y vienen y me agarran. Y como para espantarme me dicen: “Hasta aquí llegaste carnal”. Claro, me volteó así (...) no sé, siempre he sido muy, cómo te diré, muy picudo, muy alebrestado, bueno, a mí no me da miedo nada. Le digo: ¿Crees que puedas? ¡Atórale! ¡Sino mejor ábrete! Así le dije, esas fueron mis palabras. Me dice: Si, ya sabía que te ibas a poner al pedo. Volteo así, y le digo: ¿Tu qué haces aquí? [Responde] “Es que aquí está el mero negocio. Es que no hay mejor escondite que junto a ellos”. Ahora ellos le surten a todo el reclusorio de drogas. [...] Eso acabó con la colonia, acabó realmente porque de ahí se empezó a escuchar tanto de droga (Mateo, 53 años, trabajador de mantenimiento, El hoyo).

Entonces, para Mateo la principal razón por la cual se destruyó la confianza en los espacios de encuentro comunitario (la pista de baile, el cine o los lavaderos públicos) es esta dinámica que convirtió a algunas zonas dentro de la colonia en espacios de peligro, especialmente la zona de los barrios por la proliferación de la venta de droga en puntos discretos que la gente identifica como narcotienditas (estos pueden ser balcones de casas específicas, esquinas donde hay reuniones frecuentes o incluso negocios comerciales pequeños que ejercen la doble función). En su percepción los problemas provienen de los orígenes y las características de los habitantes, por lo que para socializar en ese contexto hace uso de un repertorio de interacción específico que se nutre de su representación

de lo masculino, que según su relato, tiene origen en estos lugares de todo de lo “malo”, “pesado” y “bravo”. Cuando Mateo dice, “no sé, siempre he sido muy, cómo te diré, muy picudo, muy alebrestado, bueno, a mí no me da miedo nada”, en realidad está incorporando a su propia imagen una representación estereotipada de lo masculino que se adjudica de este tipo de lugares, y que le permite reclamar su lugar jerárquico en este tipo de interacciones que se dan en el espacio público.

Otras investigaciones dan cuenta de este estilo de interacción como un sistema de intercambios y reciprocidades con los que se establecen principios y valores que infunden respeto o aversión y que regularmente dirigen los intercambios en las colonias populares. Autores como Anderson (2002) llaman a estas herramientas de interacción, a estos recursos que legitiman las relaciones de dominación, “códigos de la calle”. En ellos hay que reconocer además los rituales de dominación que responden también al rol de género que los varones cargan, toda vez que se les reconoce como los habitantes “naturales” del espacio público, y por tanto se les exige entender y utilizar bien estos códigos de interacción. De tal forma que al efecto de lugar que produce la política de lo criminal hay que sumar el efecto de estos códigos de interacción de lo masculino que definen gran parte de las dinámicas de dominación en los espacios públicos de Ciudad Cuauhtémoc.

3.2.1 Negociando la presencia en el espacio público: El Einstein

Como se ha explorado en otros estudios realizados en espacios de marginación y segregación urbana, gran parte de la violencia interpersonal que se da en los espacios públicos está muy relacionada con la construcción de identidades masculinas entre los jóvenes locales: ya sea como protectores, como proveedores o como guardianes del prestigio (Hume y Wilding (2015); Zubillaga et al. (2015); Castro y Castro (2011)). Igual que en el caso de Anderson (2002) estudios como el de Bourgois, Montero y Hart (2013) muestran cómo el manejo de la ira o de la rabia puede llegar a ser un recurso con el que se gana prestigio, con el que se gestiona interacciones o se crean afinidades.

En el caso de Ciudad Cuauhtémoc algunas rememoraciones nos permiten observar cómo es que el manejo de la ira y la violencia interpersonal funcionaban, y funcionan todavía, como recurso de interacción y posicionamiento. Al tiempo que muestra que los códigos de dominación de la calle antes y después de la irrupción de las dinámicas del narcotráfico son eminentemente masculinos. Para tal efecto, en este apartado presento las memorias de un joven al que apodaban “el Einstein”. En este caso es importante observar cómo detrás del manejo de la violencia física hay también una serie de supuestos que definen a la violencia simbólica (Bourdieu, 1999), es decir, el entramado de sentido con el que se jerarquiza la posición de los jóvenes en la calle.

El Einstein tenía un hermano mayor que de manera recurrente lo ponía a pelear con los hermanos menores de sus amigos. Según recuerda, hacía eso porque le parecía que era tiempo de “foguesarlo”; era la década de los noventa y el Einstein contaba con alrededor de 12 años. Con este propósito cada tanto su hermano mayor organizaba las peleas bajo el árbol de la esquina de su casa. Aquella esquina era territorio incierto, el límite entre la última de las secciones y el inicio de los barrios, famosos porque algunos habitantes de Tepito habían llegado a vivir ahí. Si bien, se trataba de la esquina de un lote fraccionado, a la vista no había otra cosa más que un árbol de pirul, mismo que servía de tribuna para los espectadores de la pelea pactada.

El Einstein recuerda que la primera vez que lo soltaron a pelear sintió miedo porque siempre fue un niño muy flaco y algo enfermizo, pero ya en ese entonces su padre, que se dedicaba a la albañilería lo llevaba de vez en cuando al trabajo. En el último año se había acostumbrado a cargar bultos de cemento, a revolver la mezcla, a cargar piedras, por lo que ahora había desarrollado más fuerza física que antes. Cuando rememora estas imágenes recuerda que en ese momento no entendía porque su hermano le hacía esto, lo vivía como una agresión, o incluso como una burla, pero admite que en la actualidad lo recuerda con orgullo.

Esta memoria está situada en un momento en el que la colonia se estaba consolidando. En ella se puede ver cómo para algunos jóvenes varones el recurso de la violencia y el amedrentamiento son habilidades que se busca desarrollen

desde la infancia, ya que es un recurso que se considera necesario para la socialización futura. Puede verse además, que este tipo de habilidades se desarrollan a partir de escenarios ritualizados en los cuales los mayores preparan a los más jóvenes para los conflictos a los que se enfrentarán una vez que dejen de ser niños. Por otro lado, este tipo de ejercicios se realizaban en lugares específicos, si bien en ese momento aún las esquinas de las calles no estaban bien definidas, se trataba de un límite entre secciones y barrios, frente a un terreno baldío, donde jóvenes de distintas adscripciones (sea por el lugar dónde se ubicaba su casa, por formar parte de alguna banda o simplemente por asistir a una escuela y no a otra) concretaban sus encuentros.

Quizá la sensación de orgullo que declara el Einstein se debe a que no pasó mucho tiempo antes de que tuviera que aplicar estos conocimientos en el camino a la escuela secundaria. Para ese entonces había aprendido otras reglas generales, como que era mejor estar siempre acompañado y no mostrar temor cada vez que lo retaban a pelear, incluso cuando sabía que no tenía ventaja y no podría ganar. De igual forma aprendió a reconocer que era necesario mantener distancia con los que estaban metidos en bandas o que tenían familiares en ellas, porque ya desde entonces era posible encontrarse con alguien que se dedicara al negocio de la venta de drogas. Lo cual hacía que no fuera poco común que en las peleas de secundaria participaran hombres mayores hasta de treinta años, esto con el objetivo de mantener el control territorial ante futuros contendientes.

En relato del “Einstein” se pueden observar algunos principios que enmarcan la reciprocidad entre pares: solidaridad entre los que se acompañan, distancia con el que parece más poderoso, “taloneo” (pedir dinero cada vez que hay ocasión) sobre los que son más débiles y, finalmente, ocultamiento del temor en los momentos de mucha tensión, so pena de desprestigio. Estas reglas de reciprocidad se presentan de forma muy parecida en el relato de Mateo, en tanto que son la serie de creencias que justifica la violencia simbólica que recae de unos sobre otros. Al reconocer y acatar este grupo de normas los jóvenes aspiran a recibir un cierto nivel de reconocimiento y respeto. Así, desde los inicios de esta localidad la violencia interpersonal ha sido un recurso que es necesario aprender,

porque es la forma en que se integran los modelos de comportamientos esperados que le dan salida a los conflictos cotidianos. Para quienes participan de estos códigos de interacción, ignorar estos principios generales los pone en peligro, pues, les resta respeto y confiabilidad entre los pares. Así, el Einstein comenta sobre uno de sus amigos:

“Por hablador. Yo le dije que no taloneara a ese morro, que su hermano era uno de los pesados, que ya vendía droga y se sentía muy chingón” (nota de campo, El Einstein, 38 años, empleado, Barrio 1).

El resultado de esta falta de pericia fue que una tarde un grupo de desconocidos interceptó a su amigo para golpearlo. El Einstein y su hermano recuerdan este evento con cierto tono de burla, haciendo alusión al carácter débil de su amigo, enfatizando que al siguiente día apareció en la madrugada golpeado y llorando: “¡Ya mataron al Pita! ¡Ya mataron al Pita!”. Por supuesto, para el Einstein era creíble que estuviera muerto, pues a finales de los noventas este tipo de acontecimientos eran cotidianos. Frecuentemente se escuchaba a los voceadores que con altavoz en el carro llegaban a vender periódicos de nota roja sobre acontecimientos locales de muerte.

Estos ejercicios de competencia no sólo justificaban la dominación de unos sobre otros según sus habilidades, sino también eran el mecanismo con que se afianzaba la distancia y se cimentaba el respeto hacia aquellos que comenzaban a dedicarse a la venta de droga. Para estos últimos la competencia masculina por la dominación de los espacios públicos fue también el método por el que fueron acrecentando su prestigio. No sólo contaban con redes más amplias de apoyo, ya que contaban con la ayuda de compañeros más experimentados, sino que también comenzaron a acrecentar el prestigio del que incluso hoy gozan entre algunos jóvenes.

Con estos ejercicios el Einstein aprendió que, como hombre, la sobrevivencia cotidiana dependía de su capacidad de enfrentar una pelea en la calle. Aunque actualmente ya no vive en la colonia, eventualmente regresa a visitar a su familia. En este nuevo contexto, los mismos códigos que le funcionaron

de niño le funcionan de adulto, le permiten establecer relaciones de prestigio y confianza con algunos vecinos que pueden ayudarlo en caso de problemas. A diferencia de muchos visitantes a la localidad, el Einstein tiene la confianza en dejar su carro afuera o salir de noche cuando nadie más lo hace. Sin embargo, a pesar de lo ganado, él mismo reconoce que en la actualidad “el cerro está irreconocible”, “mucho más pesado que en aquellas épocas”.

3.3 Practicar el espacio: la necesidad de un nuevo Switch

En la vida cotidiana las calles de Ciudad Cuauhtémoc pueden tener un tono relajado e incluso amigable. En los tránsitos del día a día las personas saludan sin ningún tipo de recelo al vecino o al extraño que se presenta. Sin embargo, la interacción cambia cuando algún elemento de la vestimenta o del modo de andar delata algo extraño en el otro que saluda. El recorrido deja de tener ese carácter ameno; los jóvenes suelen ser los que observan de manera más recelosa, escudriñando al extraño, y se puede sentir la tensión en el aire que acompaña a cada paso del que transita. Desde hace algunos años esta capacidad de cambio, de “switch” como diría Anderson (2002) se ha convertido en una habilidad necesaria para la sobrevivencia, no sólo para los más jóvenes, los adolescentes de secundaria, sino para la población en general, dados los frecuentes actos de extorsión y muerte que han atestiguado los habitantes.

Los primeros días de mi última estancia en la localidad en 2019, mis anfitriones comenzaron a enumerar una nueva lista de advertencias para interactuar con la gente de la calle. Las instrucciones iban de cosas tan sencillas como nunca olvidar las llaves y mantener todo estrictamente cerrado hasta recordar qué calles transitar y cuáles no, para no quedar atrapada en situaciones peligrosas, además de las horas y del tipo de información que podía compartir. Una vez instalada, otros conocidos me hablaron de personajes nuevos que se agregaron a la vida cotidiana desde la última vez que estuve en la localidad. Estos personajes habían aparecido a partir del triunfo de la nueva administración pública de gobierno en 2016. En especial, a ojos de mis informantes, su presencia era incómoda porque frecuentemente se les observa escoltados por patrullas, o

vigilando y dirigiendo las operaciones del transporte público de la localidad. En apariencia podrían ser líderes de agrupaciones políticas locales, pero entre los habitantes su presencia se percibía como algo vinculado a los grupos de extorsionadores que actualmente operan en la localidad. Un tema en el que nadie quería verse involucrado.

Desde los primeros años de esta colonia el tema del transporte público siempre fue un motivo de controversia. Al principio por el pésimo servicio que ofrecían, por las malas condiciones de las unidades, por el maltrato de los conductores a los usuarios y por la frecuencia de los asaltos. Desde siempre subir a un autobús que viene o que sale de Ciudad Cuauhtémoc está precedido por un momento de reflexión durante el cual el usuario suele considerar los lugares dónde esconder las cosas de valor que lleva encima en caso de vivir un asalto. Sin embargo, en años recientes a estas preocupaciones los habitantes han agregado un nuevo tipo de atención debido a los acontecimientos puntuales que desde hace por lo menos ocho años se vienen acumulando.

Los primeros días visité a uno de mis informantes más cercanos. Noté que había hecho algunas modificaciones en el patio y en la entrada de su casa, no por temor al robo a casa habitación que en esta localidad no es poco frecuente, sino por miedo al asesinato. No importa si su casa era muy modesta, le pareció necesario colocar rejas y cerraduras nuevas para que nadie pudiera entrar de manera furtiva. Según me cuenta, no le importaba tanto el tema del homicidio de checadores o transportistas, le atemorizaba más la ola de asesinatos de comerciantes en pequeña escala que se había dado desde 2016. Me relató cómo la vendedora que se ponía en la esquina simplemente un día abrió la puerta de su casa, alguien le apuntó con un arma y la mató a quemarropa. Con estos acontecimientos para él la idea de que el asesinato es algo que sólo le ocurre a quién está vinculado con algún tipo de negocio ilícito quedó cuestionada.

En esos primeros días recibí una lluvia de recomendaciones de distintos personajes: “Ya no puedes entrar como sea a las casas, como antes, ya no, porque es peligroso. Ya no sabemos quién es quién”. Otro me decía: “no le digas a fulanito quién eres o a qué vienes, no sabemos a qué se dedica su familia, es

sospechoso, a lo mejor se dedican a secuestrar”. En esta nueva estancia era como si para muchos habitantes las certezas de lo conocido se hubieran desvanecido. En otros casos, preguntar sobre este cambio se traducía en un silencio incomodo, pero el temor salía a relucir en las actividades cotidianas más inocentes como ir a la tienda, comprar el pan o tomar el transporte público.

Para las mujeres con las que conviví inicialmente en cuanto caía la noche salir dos pasos fuera de casa era algo considerado como peligroso. A veces recordando el caso de alguna vecina desaparecida, casos que en cuando acontecieron nadie se explicaba, pero que a la luz del recuerdo hacían rememorar la presencia de extraños, pequeños detalles que todos vieron pero que nadie consideró. Para otros, la explicación era simple: “Es que aquí vivimos entre puros delincuentes”. En cambio para los más relajados, para los que han vivido y crecido casi toda su vida en la colonia la explicación es más simple, sólo se trataba de actualizar los códigos conocidos: “todo es extorsión” decía uno de mis informantes, mientras que otro afirmaba “nada más es que vivimos entre perros grandes y chicos, sólo hay que saber distinguirlos”.

Casi toda la gente con la que conversé estaba de acuerdo en que ya no sólo se trataba de la peleas entre jóvenes, de la violencia de las bandas o de los asaltantes en el transporte público. Ahora se trataba de una presencia que trasciende ese tipo de situaciones y que se expresa en los rumores sobre las extorsiones de “la familia michoacana” que se escuchaban en la colonia. Para algunos habitantes este nuevo escenario tiene evidencias fácticas, como en el caso de Andrés, a quien algunos viejos amigos lo vinieron a buscar para invitarlo a enrolarse en un nuevo “jale” por acá en Ecatepec. Andrés sabía a qué tipo de jale se referían, ese tipo de jale que ya había visto en el norte del país, donde los cuerpos policiales no sólo se ocupaban del orden y la seguridad, sino de cuidarle la espalda a uno que otro personaje poderoso de la región. No obstante, por su experiencia, suponía que el perfil de los nuevos criminales de la región era distinto, era más arriesgado y más violento. Andrés comenta que por eso optó por hacerse a un lado, porque a diferencia del norte, aquí sí vive su familia.

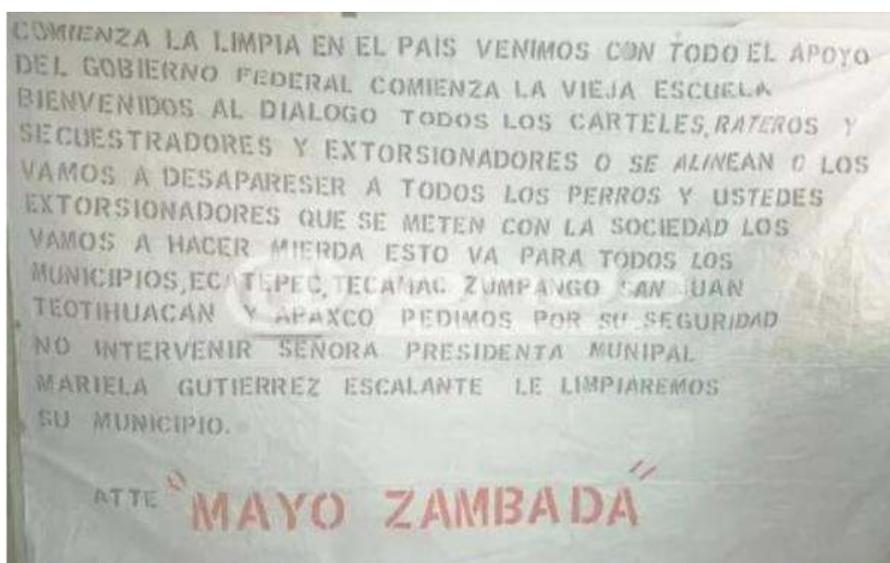
La guerra contra el narcotráfico que comenzó en 2007 había dejado, en el Ecatepec de 2011, un total de 218 asesinatos relacionados con las purgas entre distintos grupos del crimen organizado. Además, hasta 2011 se habían encontrado 24 mensajes que remiten a la lógica de esta disputa (Guerrero, 2011). No obstante, en ese momento, los habitantes de Ciudad Cuauhtémoc estaban más ocupados en el tema de la alternancia partidista, en las viejas discusiones sobre el agua y la infraestructura. Gobernaba Cureño y la opinión pública en Ciudad Cuauhtémoc estaba centrada en la insuficiencia de los pozos de agua y en las constantes fugas que crean los característicos riachuelos que se pueden observar cotidianamente en las calles de la colonia.

Sin embargo, a decir de los medios de comunicación hacia 2011 la Procuraduría General de Justicia del Estado de México había detenido en las inmediaciones de la Central de Abastos a Omar Pérez, un supuesto extorsionador conocido como el “Oso”, acusado de los delitos de secuestro, extorsión y homicidio tanto en Ecatepec, como en Tecámac y Coacalco. Los noticieros hablaban solamente de una casa de seguridad en Tecámac, sin embargo, los vecinos de Ciudad Cuauhtémoc padecían ya la presencia de un grupo de amedrentadores violentos que decían ser parte del grupo del Oso, supuesto integrante de la familia michoacana. Dicho grupo había cooptado algunas calles centrales de la colonia para dedicarlas exclusivamente a la venta de droga. Así lo recuerda uno de los entrevistados.

Empezaron a llegar renteros, la familia michoacana, empezaron a inundar. Y se nota luego, luego. Cerraron calles en la zona de San José Obrero, como a 3 cuadras. ¡Esa calle! No querías pasar por ahí, es la calle del famosísimo Oso, que es uno de los cabecillas grandes que vendían droga. No se podía pasar por esa calle, sólo que fueran a comprar. (Mateo, 53 años, trabajador de mantenimiento, El hoyo)

En su momento, en un interrogatorio controversial frente a los medios de comunicación²³, el Oso declaraba que había sido escolta de Nazario Moreno, el líder de la Familia Michoacana, y que formaba parte de dicha organización. Aseguraba que lo habían entrenado para el uso de armas, explosivos y tácticas criminales. No obstante, a pesar de ello, en el periodo que va de 2011 a 2017 había entrado y salido del penal de Chiconautla ubicado en los límites de esta colonia.

Imagen 1. Manta colocada en el cruce de la carretera México-Pachuca y una vía de entrada a Ciudad Cuauhtémoc



Fuente: Fotografía publicada el 1 de mayo de 2019 en *Radio fórmula*.²⁴

La sensación de peligro en las calles no se reducía a este hecho puntual, éste no era el único evento del que se tenía registro, también se hablaba del Monterrey y de su grupo de secuestradores que también competía por dirigir el negocio de la extorsión hacia los líderes del transporte público en la misma región

²³ Nota disponible en:
<https://www.eluniversal.com.mx/metropoli/edomex/cae-el-oso-lider-de-la-nueva-empresa-grupo-de-extorsion-y-secuestro-en-edomex>

²⁴ disponible en:
<https://www.radioformula.com.mx/noticias/mexico/20190501/el-mayo-zambada-amenaza-narcomanta-limpiar-ecatepec-crimen-2019/>

que el Oso. Muchos de ellos capturados y presentados por la Procuraduría General de Justicia del Estado de México en los primeros meses de 2019, acusados de amedrentar y extorsionar a los transportistas por medio del acoso sistemático y la quema de sus unidades²⁵. A partir de estos eventos el Circuito Cuauhtémoc y sus distintos ramales se habían convertido en lugares de peligro, que sin embargo la gente no podía evitar transitar.

A la presencia de estos distintos grupos hay que añadir el abandono de cuerpos de personas asesinadas en las principales vialidades de los barrios, cerca de los lugares donde el transporte hace su base de llegada y partida, o en otras ocasiones en los principales lugares de tránsito, como el cruce de “el columpio”. En estos casos además es notable la aparición de mantas de advertencia dirigidas hacia otros grupos, que incluso hoy siguen apareciendo en las principales vialidades que conectan a la localidad (véase imagen 1). Con la aparición de estas mantas pareciera que estos grupos buscan la empatía de la población, pues hacen un llamado a cierto orden, condenan los hechos de violencia ocurridos, aunque en el fondo el método que emplean es el mismo. En este sentido, parece que los nuevos extorsionadores buscan legitimar su presencia a ojos de la población, tal como sugiere Mazzitelli (2017) en el caso de la violencia de las mafias.

A este respecto, organizaciones como Causa en Común²⁶ afirman que en Ecatepec, en 2014, se había detectado la presencia de por lo menos cinco grupos del crimen organizado. Resultado de la fragmentación de los carteles que se disputaban el mercado la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. De tal forma, que a partir de este periodo el fenómeno del narcotráfico, la extorsión y el secuestro llegaron para quedarse; hoy son parte de la realidad con la que lidian los habitantes de estas localidades de manera cotidiana.

²⁵ Véase nota al respecto del 23 de marzo de 2017. Disponible en: <https://www.eluniversal.com.mx/articulo/metropoli/edomex/2017/03/29/historias-los-matan-por-no-pagar-derecho-de-piso-en-ecatepec>

²⁶ Véase artículo publicado el 5 de mayo de 2014. Disponible en: <https://www.animalpolitico.com/el-blog-de-causa-en-comun/por-que-aumento-la-violencia-en-el-edomex/>

Algunos aspectos se han convertido en un conocimiento popular necesario, como que los líderes de las rutas de transporte y los dueños de los negocios más boyantes en la colonia son el blanco más frecuente. Aunque esto no exime al resto de la población de estar en riesgo. Por ejemplo, es de dominio popular que los checadores de las rutas de camión a veces están obligados a jugar el juego de informantes dobles. Tanto para quienes extorsionan como para quienes pagan por el derecho a trabajar.

Un habitante local comentaba que en días recientes había conversado con un chofer de autobús que tenía muy golpeada la cara. Al preguntarle que le había pasado respondió que lo habían golpeado porque no había pagado la cuota de los extorsionadores. Contó además que la golpiza se la había dado el propio checador de su ruta, incluso a pesar de que no quería hacerlo, porque de otro modo le podía ir peor al checador. En realidad, los habitantes no pueden saber si este tipo de comentarios son ciertos, pero los relatos resultan plausibles con lo que observan, ya que unos días atrás el dirigente de esa misma ruta de transporte había sido asesinado frente a una tintorería ubicada en uno de los ramales más transitados del Circuito Cuauhtémoc.

Este tipo de experiencias constituyen el día a día en la colonia; noticias apabullantes, cruces de notas periodísticas y rumores que circulan de boca en boca o por medio en las redes sociales. La violencia criminal de estos grupos se ha vuelto una realidad cotidiana desde hace por lo menos tres años, cuando los grupos de extorsionadores comenzaron a matar choferes y checadores que se negaban a seguir sus instrucciones. Con estos acontecimientos la percepción de que sólo los que están implicados en negocios ilegales corren peligro se vino abajo, ahora cualquiera está expuesto como víctima. Como le pasó a una checadora de la ruta de autobuses que fue asesinada mientras trabajaba a las nueve de la noche sobre el Circuito.

En 2013, cuando estaba entrevistando a gente para la tesis de maestría, casi siempre escuchaba de manera furtiva conversaciones entre choferes de camión en las que se hacía alusión a grupos ajenos que planeaban tomar el control de las rutas. En ese momento los choferes simplemente rumoraban sobre

la posibilidad de armarse o agruparse para defenderse, “al fin que traían puros chamacos”. Sin embargo, ante la respuesta tan estrujante, los asesinatos al azar o los asaltos violentos, terminó por establecerse un nuevo sistema de recaudación de pagos forzosos que funcionaba hasta la fecha en que estuve en la localidad.

Así, la presencia de líderes como el Oso, el Monterrey o cualquier otro, trae disputas y complejiza la forma en que se lee y se practica el espacio en Ciudad Cuauhtémoc. Por eso, el temor que mis anfitriones expresaban el primer día que llegué a la localidad estaba fundado, no sólo por la experiencia de los asesinatos, sino por las observaciones que cotidianamente realizaban a través de sus conversaciones con los vecinos y en sus rutinas cotidianas. Ahora más que antes había la posibilidad de ser una víctima de violencia en la calle y en el transporte, sin importar si se conocían códigos de interacción como los descritos antes. Para la población local las dinámicas de extorsión a los negocios privados, los ajustes de cuentas entre grupos delincuenciales, los secuestros exprés o la posibilidad de vivir junto a una casa de seguridad se convirtieron en experiencias que es necesario comenzar a descifrar.

3.3.1 Relecturas de la cotidianeidad: entre la precaución y la acción

A primera vista, los parámetros que enmarcaban las interacciones cotidianas parecen haberse desvanecido. Eso se percibe en el primer consejo que me dieron para acercarme a la gente:

“No le digas a todo mundo a qué vienes, o que tienes una licenciatura, porque aquí hay quien te secuestra por muy poco. No confíes en todo mundo, menos en la gente que no ves muy claro a qué se dedica. Si no lo vez que trabaja o que está construyendo en algún terrenito, entonces no es gente buena.”

A pesar de la extrema desconfianza que se puede ver en esta sugerencia, en realidad refleja algunos mecanismos conocidos que se mantienen vigentes y que parecen darle continuidad a la experiencia previa en este nuevo contexto. Por ejemplo, se recupera el perfil del habitante constante, que trabaja y busca

activamente la adquisición de una vivienda. Por otro lado, sugiere mantener un perfil acorde con las viejas prácticas de subordinación que los habitantes mantenían con los actores dominantes de su entorno. Esto se repite si se considera la lectura de otro de mis informantes:

“[...] lo que pasa es que aquí todo es extorsión, desde el pago que tienes que darles a los renteros, la mordida que tienes que darle a la policía, hasta el pago que hay que darle al delegado para que te haga una constancia de domicilio”.

Es decir, más allá de la presencia de grupos criminales o de personajes ominosos, lo que se mantiene constante es una dinámica de interacciones en la que todos los actores dominantes siguen el principio de la extorsión; incluso aquellos que representan al Estado. Por lo que, ahora más que antes, la regla de oro parece ser no hablar de estas cosas de manera frontal, mantener un perfil discreto, es decir, no expresar juicios frente a desconocidos, actuar con naturalidad, evitando expresar opiniones comprometedoras, hasta no estar seguro de a quien se tiene enfrente.

Algunas personas que entrevisté en 2013 ya no estaban en 2019, tal vez por la migración de vecinos a consecuencia de estos eventos. Muchas muertes, que a decir de algunos vecinos se ejecutaron al azar, se interpretaron como una advertencia para los comerciantes que no querían colaborar con los nuevos administradores de la violencia. Los moños negros en los negocios de aquellos que no quisieron pagar se convirtieron en algo muy evidente. Incluso los vigilantes de barrio que trabajaban como voluntarios, y que había entrevistado en 2013, dejaron el oficio.

El resultado ha sido un sentimiento constante de miedo a la muerte y a la desaparición; por lo que viejos temores como el robo de infantes o el rapto de mujeres adolescentes, han vuelto a la escena pública. Si bien los temores ya estaban ahí, ahora son trasfondos ineludibles para practicar los espacios en la vida cotidiana. Desde la preocupación de no estar sólo en el paradero por temor a ser víctima de algún asaltante nervioso hasta la preocupación de ser secuestrado,

extorsionado o asesinado por algún grupo si por algún error terminas inmiscuido o expuesto a algún grupo delincencial.

Entre mis entrevistas de 2013 el fenómeno del secuestro o la extorsión parecía un rumor más que una amenaza real. Sin embargo, las historias se fueron replicando a lo largo del municipio hasta que involucraron a vecinos o conocidos. Para algunos era impactante presenciar operativos de detenciones en los domicilios vecinos de su calle por cargos de extorsión y secuestro. Es como si un día se hubieran despertado para descubrir que ese vecino conocido, ese otro generalizado afectivamente próximo, que miraban con naturalidad y empatía, se dedicaba a actividades criminales muy complejas.

Esta realidad cotidiana ha llevado a los habitantes a desarrollar una nueva forma de interpretar los acontecimientos que se observan, que les permite discernir cuándo hay que escuchar al temor que está siempre latente o cuándo hay que buscar una estrategia para ignorar este sentimiento que de otro modo sería paralizante. Un ejemplo, es el relato de un vecino de la colonia, quien unas semanas antes de que comenzara la ola de asesinatos de 2016, había escuchado que un amigo cercano de la familia Aranda había aparecido muerto y destrozado en un predio cercano a la localidad. Los Aranda tienen uno de los negocios familiares más boyantes en Ciudad Cuauhtémoc, por lo que desde que los grupos del crimen organizado se instalaron aquí tenían que pagar una cuota a un grupo de extorsionadores determinado.

Para el vecino que cuenta este relato, el hecho de que el amigo de la familia apareciera muerto en condiciones tan radicales indicaba que el trato de los Aranda con los extorsionadores enfrentaba conflictos. Por eso comenzó a preocuparse por una vecina a la que estimaba mucho y que rentaba un local comercial que pertenecía a esta familia. Recuerda que en un par de ocasiones le sugirió que se fuera de la localidad o que por lo menos dejara de rentar ese local. A los pocos días un extraño entró al negocio de su amiga y sin preguntar ni discutir nada le disparó a quema ropa y la mató.

Muchos relatos se escucharon en su momento sobre este asesinato: algunos decían que se trataba de un crimen pasional, otros que era el resultado de

negarse a pagar el derecho de piso, otros que tal vez la mujer estaba involucrada en negocios ilícitos. Sin embargo, los que la conocían estaban convencidos de que ninguna de estas hipótesis era plausible y que su caso no era el único que había seguido este mismo patrón. Un par de años después la Procuraduría General de Justicia del Estado de México detuvo a un asesino a sueldo que por un pago de 100 mil pesos había ejecutado a algunos locatarios de Ciudad Cuauhtémoc para intimidar a la población y facilitar las operaciones de un grupo de extorsionadores, entre los ejecutados estaba esta vecina que no quiso dejar el local.

Lo importante en este relato no son los datos objetivos que lo constituyen, no se trata de identificar nombres y datos exactos, sino de reconocer los aspectos que los habitantes empiezan a considerar como advertencias de peligro. Primero, que el fenómeno de extorsión que padecen las familias mejor acomodadas de la localidad no es sólo un asunto privado, sino que puede tener implicaciones para las personas que los rodean. Segundo, que la lógica de la amenaza puede comenzar por dañar a los más vulnerables: el amigo de la familia y la arrendataria del local. Tercero, que si se detecta una secuencia de hechos como esta es mejor alejarse del epicentro de la violencia. Cuarto, que la sistematicidad observada en los actos del agresor aleja el tema de las viejas lógicas de crimen pasional, de la revancha por competencia entre vecinos, de las envidias y de los grupos dedicados a la venta de drogas. Se trata de algo nuevo que no proviene de las dinámicas cotidianas que la gente hasta ahora conocía.

3.3.2 Viejas formas de negociación

Los modos en que los habitantes administran estas nuevas interacciones violentas tienen una influencia de los modelos de reciprocidad que se utilizaron en el pasado. Hay ya algunos repertorios que se ajustan y que están arraigados en distintas dimensiones políticas, culturales o sociales de las propias localidades. De tal forma que incluso el viejo estilo de negociación clientelar, que se utilizaba con los líderes de organizaciones sociopolíticas, a veces también se utiliza para tratar con estos nuevos extorsionadores.

Esto puede verse en las conversaciones con algunos comerciantes locales que dada la naturaleza de su negocio dependen de la estabilidad de los acuerdos informales que sostienen con los actores que garantizan el orden local. En esos casos la presencia de estos nuevos extorsionadores se enmarca en la práctica común de negociación informal. Así aparece reflejado en los comentarios de un comerciante de la zona, quien considera que estos nuevos actores son capaces de producir un orden deseable.

“(…), aunque se va a oír mal, estaba mejor entonces porque uno pagaba su renta y ellos se encargaban de mantener todo tranquilo”. Le pregunto: ¿Entonces qué paso? Y me dice: “Todo se acabó porque tuvieron diferencias entre ellos mismos y se terminaron acabando [matando]” (Ciudad Cuauhtémoc, 22 de febrero de 2019).

De tal forma que en su mejor momento los extorsionadores se convierten en un vehículo para obtener un bien público, pues, tal como describe este comerciante, cuando estaban bien organizados “uno nada más tenía que llamarlos y ellos llegaban muy rápido”. Lo que en su opinión los hacía más eficientes que la policía misma. El problema, a decir de este comerciante, es la inestabilidad de este dominio, ya que de pronto otros grupos al interior de la organización empezaron a disputarse el derecho a cobrar una renta a los comercios. Entonces, nuevamente aparece la incertidumbre, porque es necesario volver a negociar con la policía. A decir de este comerciante:

“Esos ”(los policías) no hacen nada, es peor la policía porque, como no tienen buenas condiciones de trabajo, solamente se dedican a extorsionar a quienes detienen” (Ciudad Cuauhtémoc, 22 de febrero de 2019).

De tal forma que la presencia grupos de extorsionadores organizados no es sólo reta la legitimidad del Estado, en tanto que compiten con sus funciones al proveer servicios de seguridad y orden públicos. En ese sentido, el papel de estos nuevos actores es diferente al de los actores que se organizaban alrededor de la venta de droga en los años anteriores, pues solían regular y controlar el territorio por medio de la competencia y las peleas con los posibles competidores futuros.

En estas situaciones el código de la calle y el correcto manejo de la furia proveían de cierta legitimidad a su dominio. En contraste, en este nuevo escenario los actores dominantes buscan controlar muchas más actividades económicas, además ser apreciados como proveedores de servicios comunitarios.

3.4 Conclusiones

En el periodo que va de 2007 a 2011 hay un aumento vertiginoso en el número de muertes por homicidio en el municipio de Ecatepec de Morelos. Se trata de un cambio que tiene un impacto mayor en esta entidad que en otras como Nezahualcóyotl, Gustavo A. Madero o Iztapalapa. Si bien, los datos recientes muestran que dicho fenómeno se ha estabilizado este no vuelve a un registro tan bajo como el de antes de ese periodo. Por tal motivo Ecatepec ha quedado envuelto en las discusiones sobre el tema de la violencia y delincuencia. Aunque existe una gran diversidad de teorías que podrían ofrecer una explicación sobre este tema, es evidente que se trata de un fenómeno de dispersión de la violencia debido a inicio de la guerra contra el narcotráfico.

Autores como Guerrero (2011) y Mazzitelli (2017) discuten si el carácter de este nuevo fenómeno que se dispersa por distintas regiones del país es más cercano al de las mafias o si se trata simplemente de grupos criminales que han diversificado sus actividades. Sin embargo, en casos como el de Ecatepec el problema es tan agudo que se recuperan otras hipótesis que terminan reproduciendo estigmatizaciones sobre los sectores más vulnerables de la sociedad, señalando lugares específicos o haciendo reduccionismos bajo el supuesto de un sujeto patológico.

En las colonias populares de este municipio los problemas de control y organización son endémicos. Sin embargo, esto no significa que representen órdenes traslapados que se superponen a las normas del derecho, sino más bien una falta de integración plena a la ciudad de sectores completos de la sociedad. Dicha integración es casi imposible en la medida en que el vínculo que estas localidades tienen con el gobierno siga siendo una negociación clientelar.

Situación que además facilita que nuevos actores utilicen la violencia para producir ofertas atractivas de orden en el espacio local.

En cuanto a los cambios que pueden observarse en Ciudad Cuauhtémoc, podemos ver que desde su consolidación como localidad, con la construcción del penal, el estigma del sujeto criminógeno se introduce en la comunidad. En todo caso se trata del efecto de una política criminal que traslada el problema social de la desigualdad al problema de lo jurídico legal. Dicha política no sólo tiene como eje el castigo penitenciario, sino que prevé la existencia del delincuente potencial ahí donde se encuentra también el problema de la exclusión y la pobreza. De tal forma que con sus mecanismos de prisión preventiva y medidas punitivas crea lo que propaga, lo que en Ciudad Cuauhtémoc tiene efectos importantes en la familia y en las dinámicas de la calle.

En lo que respecta a estos extorsionadores, su presencia se desprenden de la proliferación de organizaciones criminales, que como podemos ver que es un fenómeno que se entrecruza con los efectos de esta política criminal. En este sentido, tal como lo propone Maldonado (2013) esta irrupción de la violencia en realidad se produce sobre localidades que tienen ya una historia plagada de interacciones violentas. En este sentido, el discurso de la violencia criminal oculta tras de sí un fenómeno de violencia estructural y de ausencia de Estado con los que los sujeto interactúan desde hace tiempo.

Por otro lado, en Ciudad Cuauhtémoc los sujetos que son definidos como criminales potenciales, frente a estos nuevos modos de delincuencia violenta difícilmente recurrirán a las instancias de justicia, por lo que seguramente recurrirán a la confrontación, a la movilización de la furia y la rabia como recursos de negociación. Como en el caso de los transportistas de Ciudad Cuauhtémoc que finalmente terminaron por aceptar por la fuerza un sistema de pagos a los sujetos extorsionadores.

En estos casos el tema de la informalidad también sale a relucir. Dada la incapacidad del estado de proveer el servicio básico de seguridad, la población se ve orillada a aceptar el dominio del más fuerte en tanto mantenga las condiciones de la vida cotidiana más o menos estables. Esto permite que tanto las fuerzas

punitivas del estado como aquellos actores que no detentan el uso legítimo de la violencia utilicen recursos como retenes, irrupción en propiedad privada y pago discrecional; justo igual que los representantes de estado, dígase ejército, policía federal, estatal y municipal.

Finalmente, los marcos interpretativos con los que los habitantes daban lectura a las situaciones de violencia en el espacio público se han complejizado. Cuando los habitantes declaran que “ya no sabes en quién confiar” realmente están expresando su angustia por la incapacidad de leer a los otros con los parámetros conocidos; de visualizarlos en situaciones específicas como agresores. Esto se complejiza si añadimos que el estigma que cae sobre los habitantes de esta localidad convierte a cualquier vecino en delincuente potencial.

CAPÍTULO 4. ENTRE LA PUBLICIDAD Y EL ESTIGMA

Este capítulo está dedicado a explorar las distintas formas en las cuales la población de Ciudad Cuauhtémoc está sujeta a alguna definición estigmatizante, sobre todo en el caso de los más jóvenes. Ya sea por sus características individuales, por sus relaciones sociales, o simplemente porque vistos desde fuera, son potencialmente desacreditables al declararse habitantes de esta localidad.

El primer apartado busca mostrar cómo desde su llegada los habitantes de esta colonia han tenido que negociar su presencia frente a un etiquetamiento negativo, que se les ha imputado desde varias perspectivas: como colonos informales, como potenciales delincuentes, o como potenciales agresores. En este apartado también exploro el papel que juegan las estrategias de control sobre el territorio y algunas propuestas de prevención social de la delincuencia. En el segundo apartado se exploran algunos casos particulares de jóvenes que son etiquetados como peligrosos. Se hace énfasis en el papel de los varones jóvenes que habitan los espacios abiertos de la localidad. Finalmente, el tercer y último apartado tiene como objeto discutir cómo estos etiquetamientos son apropiados por los jóvenes, a través de estrategias de resignificación de estas valoraciones negativas. En esta apartado expongo el caso de Lil Duby y el “gangsta rap”.

4.1 De la informalidad a la violencia y la delincuencia

A pesar de todo, de la existencia de formas de representación locales, de la consolidación de calles e infraestructura y de las mejoras en las propias viviendas, la sospecha de que entre los habitantes de la localidad hay “delincuentes potenciales” es una zozobra que llegó para quedarse. No sólo porque en los últimos años los medios de comunicación difunden la imagen de Ciudad Cuauhtémoc como una de las colonias más peligrosas del municipio, sino también porque entre los propios habitantes hay un efecto de discriminación que opera desde los primeros años. Como hemos visto se trata de un estigma que está

asociado a la idea de que las poblaciones que provienen de colonias centrales como Tepito o la Lagunilla son potencialmente violentas o delincuenciales. Y aunque gran parte de la población proviene de este tipo de colonias, el atributo del “delincuente potencial” no pierde fuerza, ya que casi siempre se le utiliza transfiriéndolo al “otro”, al vecino, al de enfrente, al que vive en otra sección o barrio, que no soy yo, ni los míos, pero que, seguramente es alguien con quien convivo diariamente.

Cuando realice este trabajo me encontré con que algunos habitantes aún recordaban cómo durante los primeros años las organizaciones de colonos, que tenían diferentes liderazgos, también solían ocuparse de problemas de delincuencia e inseguridad. Sobre todo cuando se trataba de la violencia entre los jóvenes involucrados en bandas o de los robos en las escuelas e instituciones públicas que se iban fundando. Algunos grupos organizaban la activación de alarmas por medio de petardos para convocar a los vecinos en caso de que fuera necesario, entonces todos salían de sus viviendas para ir a defender lo que consideraban un bien común. En otras ocasiones se organizaban grupos de vecinos para tratar con los líderes de las bandas de jóvenes y detener así las peleas que entre ellos se suscitaban y que solía preocupar a los vecinos.

Sin embargo, con el crecimiento poblacional, la diversidad de asentamientos y el avance en la formalización de viviendas y calles, este tipo de estrategias organizativas fueron quedando en desuso. A medida que los barrios y secciones se iban consolidando, la necesidad de mantenerse bajo este modelo de organización se fue acabando. Según recuerdan algunos miembros aún activos de las organizaciones de ese tiempo, sus primeros líderes comenzaron a insertarse en partidos políticos o a fundar organizaciones con la finalidad expresa de conseguir recursos que más que públicos se convertían en bienes privados. De este modo, se institucionalizó la cooptación de las primeras formas de organización y representación comunitarias, integrándolas a las estructuras de partidos políticos y limitando su accionar en los consejos de participación ciudadana como forma de representación oficial (López, 1998).

Según recuerdan algunos militantes de entonces este proceso comenzó cuando los líderes barriales que al principio mantenían relaciones horizontales con sus vecinos comenzaron a vincularse de manera más cerca con miembros activos de partidos políticos. Así lo recuerda un militante.

Militante 1: El pleito que teníamos era una priista [...] Entonces, yo le dije a Baltazar [líder de la organización en ese entonces] “mira Balta, tú permitiste una Priista, y no vayas a creer que viene aquí a integrarse para apoyar a la organización o partido, o a los compañeros, no –le digo- no, viene nomás a ver en qué forma lo va a perjudicar en la organización”. Y así fue (...) (Entrevista Humberto, miembro de UGOCM, noviembre de 2013)

La desconfianza y falta de continuidad en los objetivos de las organizaciones provocó que hacia mediados de la década de los noventa Ciudad Cuauhtémoc comenzara a dejar atrás la época de las organizaciones de colonos para empezar a funcionar con la dinámica organizaciones asociadas a partidos políticos. Al mismo tiempo la localidad se consolidó como un lugar con oferta abierta para la población de bajos recursos, ya sea para invadir, para rentar o simplemente para comprar un bien inmueble a bajo costo. Ya que la venta informal de lotes nunca dejó de ser una opción los problemas con la legalización de las propiedades se volvieron permanentes, además de una constante demanda de reordenamiento, infraestructura y servicios básicos.

En estas condiciones, con el inicio del siglo XXI el estigma de “invasores”, o “potenciales delincuentes” fue complejizándose. Para los vecinos de los viejos pueblos tradicionales que colindan con Ciudad Cuauhtémoc, como Santa Clara y Santo Tomas, esta percepción fue complicándose pues comenzaron a ocurrir eventos que traían consigo un lenguaje plagado de nuevos sustantivos para describir el tema de la violencia y la criminalidad que se identificaba en esa localidad: “narcotienda”, “casa de seguridad” “secuestro”, “extorsión”, “renta”, “policía federal” “ejercito”.

Con este nuevo lenguaje se establecieron nuevos parámetros con los que el Estado se relacionaba con la población. Inicialmente la percepción del lado

delincuencial de Ciudad Cuauhtémoc estaba relacionada con la presencia Centro de Readaptación Social Chiconautla, que fue filtrando sus dinámicas a las calles de la localidad por medio de los familiares de reos que se iban asentando en la localidad. Esto acentuaba el estigma del “vecino sospechoso”, “potencialmente delincuente”, sin que se formaran institución que rebatieran este tipo de conjeturas. De ahí que en la actualidad algunos para algunos habitantes sea parte de la cotidianidad escuchar o decir: “estamos viviendo entre puro malviviente”. O como en el caso de Noemí que comenta que los mismos habitantes se adelantan a reforzar esta mala imagen antes de que otros lo mencionen:

Noemí: Conocí a un señor ahí en el baile que vive aquí igual en la colonia. Lo conocimos de ahí: “¿vienen del baile?”. No pues que sí. Y dice: “¡Hay! ¿Para dónde viven?, Porque yo voy para allá” (señala con la mano). “No, pues, en Ciudad Cuauhtémoc”. Empezó a hablar cosas feas, y pues yo defendí mi cerro. Y luego le digo: “¿Dónde vive (usted)?”. “No, pues, en Ciudad Cuauhtémoc”. (Entre risas) Le dije: “¿Y por qué habla tan feo de mi cerro?” Ya se empezó a reír y me dice: “No, pues, todos piensan eso, yo por eso mejor lo digo primero”. (Entrevista Noemí, comerciante, noviembre de 2013)

Esta visión se fortaleció con los datos de incidencia delictiva que las autoridades municipales presentaron hacia 2013 y que significaron para Ciudad Cuauhtémoc convertirse en una de la diez colonias con incidencias más altas en el municipio (Ayuntamiento Constitucional de Ecatepec, 2013). Hay que mencionar que esta necesidad de identificar a las localidades dentro de Ecatepec con mayor incidencia delictiva en ese momento estuvo relacionada con la serie de estrategias que el gobierno federal había buscado concretar desde 2006 con el objetivo de combatir cualquier tipo de crimen organizado y con la curva ascendente de homicidios que desde entonces podía observarse en Ecatepec (véase capítulo 3).

Con esta serie de acontecimientos la percepción de ese otro “potencial delincuente” que habita en Ciudad Cuauhtémoc se complementó, dejó de ser simplemente la “gente mala, pesada en dinero y droga” como relataban algunos habitantes para añadir atributos como “secuestrador” o “extorsionador”. En ese

sentido, el estigma, esa característica singular que sustituye a la percepción del todo se acentuó (Goffman, 2019[1963])

4.1.1 Tácticas oficiales de control

La principal respuesta de las autoridades estatales frente al tema de la alta incidencia delictiva ha sido reforzar los dispositivos de control y vigilancia. Por esta razón, a lo largo del trayecto que recorre el circuito Cuauhtémoc los convoyes de la policía federal entran y salen cotidianamente de los negocios que se encuentran sobre la avenida. Casi siempre ataviados con su uniforme de asalto; algunas veces con el pasamontañas oscuro cubriéndoles la cara. Sus principales actividades son el patrullaje, el cateo a negocios, la revisión de sospechosos y el pegando fichas de personas desaparecidas en puertas de escuelas o negocios comerciales. Otras veces se puede ver en las calles a los convoyes del ejército que suelen instalar retenes en puntos estratégicos de la avenida principal, como el entronque con la carretera México-Pachuca. Muchas veces deteniendo e inspeccionando a todo joven en motocicleta o auto “sospechoso” que intenta salir de la localidad. En contraste, no parece haber otra estrategia de intervención comunitaria, como si recomiendan los manuales internacionales de prevención social de la violencia y la delincuencia (Vanderschueren, 2009).

Algunas tardes también se les puede ver patrullando sobre tramos concurridos del circuito vial, como el conocido “Laboratorios”. Avanzando lentamente entre los cúmulos de gente que regresa del trabajo, que se arremolinan sobre la avenida principal compitiendo con los automóviles, los autobuses y los puestos de la calle que se adueñan de las angostas banquetas de concreto. Mientras tanto el ejército o la policía federal avanzan con sus armas largas, en una tensión pasiva a la que los habitantes de Ciudad Cuauhtémoc se han acostumbrado. Su sola presencia parece recrear de manera rutinaria a ese “otro potencialmente peligroso”. La presencia militar y policiaca en esta localidad parece tener el mismo sentido que señala Katz (2007) en el caso del ejército en Nueva York después de la caída de las Torres Gemelas; parece que su función

más que buscar contener a los posibles delincuentes es ganara hegemonía por medio de esta estrategia de seguridad.

Es esta localidad es frecuente encontrarse de manera subrepticias con operativos ostentosos alrededor de domicilios específicos en los que posteriormente se instala un puesto de vigilancia permanente, ya sea de la policía federal, ejército o policía estatal. De forma paralela, se han instalado instituciones donde se dan cita los tres órdenes de gobierno. Un ejemplo es el Centro de Desarrollo Comunitario del DIF, que eventualmente funciona como un campamento para los elementos de las Bases de Operaciones Mixtas (BOM) que patrullan Ecatepec. Si bien su presencia es intermitente, la existencia de esta base en la localidad es una innovación. Dichas bases están compuestas principalmente por elementos del ejército, la marina, policía federal, las procuradurías General de la República y de Justicia mexiquense, Policía Estatal y Municipal.

La presencia de estos dispositivos de control parece corresponder a las características de un adversario altamente peligroso, de tal forma que, la figura del “vecino potencialmente delincuente” se engrandece. Antes de instalar BOM en la localidad, la estrategia de vigilancia y control para Ciudad Cuauhtémoc simplemente consideraba un cuartel de caballería que atendería a esta población y a la Sierra de Guadalupe (Huerta, 2013). No obstante, a partir de 2009 las exigencias de seguridad fueron aumentando y se instaló la primera Base en Ecatepec. Hacia 2014 se contaba ya con 6 bases en todo el municipio y actualmente se cuenta con 9 (Fernández, 2016). El principal objetivo es realizar recorridos preventivos y coordinar acciones para combatir delitos de alto impacto como homicidio doloso, secuestro y extorsión. Su primera tarea ha sido reforzar los dispositivos de control en las diez colonias más conflictivas de Ecatepec.

En 2014 la tasa de homicidios dolosos en Ecatepec ya era una cifra escandalosa, por lo que una de las grandes críticas estaba dirigida a los cuerpos policiales. Por esta razón el gobierno federal inauguró otro Centro de Control y Confianza, una institución dedicada a la evaluación de elementos de la Secretaría de Seguridad Ciudadana, la Procuraduría General de Justicia del Estado de México y los cuerpos de Seguridad Municipales y Auxiliares del Valle de México

(Solís, 2014). Con este motivo se construyó en Ciudad Cuauhtémoc una enorme mole blanca sobre un viejo terreno baldío que en la memoria de los pobladores correspondía al “Hoyo”, lugar en el que se atrincheraron los primeros paracaidistas de la localidad. Actualmente esta sección se conoce como Moctezuma, y fue una de las primeras en poblarse y organizarse, por lo que es una de las más céntricas y viejas de la localidad.

De esta forma en Ciudad Cuauhtémoc se ha instalado el performance de una cacería constante de “criminales” que no necesariamente genera confianza entre los habitantes, pues, los convoyes de vigilancia sólo se intensifican en momentos de coyuntura; como el cambio político o como respuesta a las exigencias empresariales de seguridad, además de las protestas los pobladores ya sea por los homicidios o por constante de los feminicidios. Los dispositivos de control y vigilancia se experimentan en muchos casos como una puesta en escena, como un performance que unas veces tranquiliza a la población y otras los incomoda, alienta sentimientos de temor y desconfianza, porque en “la cacería” de vez en cuando aparece el rostro de viejos conocidos. Otras veces devela la facilidad con la que, en completo anonimato, se instalan casas dedicadas al secuestro y la extorsión. La presencia del ejército y de la policía federal parece tener una función ratificadora del viejo orden con el que se ha desarrollado Ciudad Cuauhtémoc desde la llegada del penal, un orden basado en la presencia del otro criminógeno.

Y en 2013, una representante vecinal comentaba conmigo su percepción sobre estos dispositivos:

“[El ejército] si viene porque como ya es una zona aquí... [Retiene la palabra y se queda pensando]. Hace como dos años estaban unos muchachos ahí en la calle. Pues, ya se fueron tarde, estaban ahí echándose sus cervezas, todo. Vecinos de aquí mismo. ¡Hay no!, pues, que se los agarran, los golpearon [...] No, no se los llevó [el ejército] pero si los golpeó porque venían según por los que venden droga. Porque aquí se vende mucha droga, este... [La mujer mira el suelo y lo piensa un poco], Dicen que hay muchas casas de seguridad aquí. Acá teníamos una, acá en la esquina, pero ¡hay ya! Gracias a Dios si la pudieron... (quitar). Dicen que

secuestraban a la gente, la torturaban, la mataban. Tienen una cisterna grande y que ahí los echaban. Unos de los mismos vecinos de ahí me contaron. Luego veíamos, porque sí nos tocó ver, cómo vendían la droga. Siempre en la azotea había una persona armada en esa casa, siempre, siempre. No se le veía el arma ¿pero qué hacía siempre en la azotea? [...] No eran conocidos. Para venderles a los chavos bajaban un botecito con un lazo. Echaban ahí su dinero, tomaban ahí lo que les alcanzaba y ahí. Sí, varias veces vimos eso, pero la verdad, ni para acercarse. (Entrevista Faby, noviembre de 2013)

En el discurso de esta vecina puede apreciarse la ambigüedad de sentirse segura porque el ejército realiza operativos, y al mismo tiempo percibir su incomodidad cuando ocurren arbitrariedades, en este caso con los jóvenes que dejan de ser simples adolescentes para convertirse en potenciales narcotraficantes. La incomodidad se soporta bajo el argumento de resultados que parecen evidenciar que se ha extirpado la presencia de un “vecino delincuente”. De tal forma que una detención confirma las sospechas de desconfianza que previamente se tenía en los propios vecinos; la profecía auto cumplida.

Muestra de ello no son sólo la serie de recomendaciones que se hace a las mujeres para no estar en el espacio público, también el temor de comentar abiertamente sobre lo que se observa en la vida vecinal. Un profesor de preparatoria lo refería de esta manera:

De la cuestión de la droga que venden aquí, las narcotiendas, hay muchas narcotiendas. Me decía la señora, “yo sé dónde están”, “pues, yo también sé dónde están, pero mejor cálese y yo también me callo” porque es un problema. Aquí el compañero se ha enfrentado a gente que ha venido, pero expone mucho su vida. Pero aquí con la droga, con los chavos narcos, hay que tener mucho cuidado. Porque está afuera el carro, salimos, hay muchas cosas con ellos cuando se ven amenazados. Nosotros aquí platicamos con los papás, pero no nos metemos más allá, por precaución. Porque según las noticias se sabe que la gente que tiene que ver con esto o con aquello ¡pelas!...y no nada más los distribuidores, sino la misma policía que está. Lo sabemos pero ¿cómo lo demuestras? No hay cómo demostrarlo, pero bueno, pero se sabe que ellos están coludidos con los

narcos. No los policías, sino los altos mandos. Entonces, ese es un problema que tenemos aquí. Que sabemos que hay narcotiendas, que sabemos dónde están pero no podemos...al menos yo no me voy a involucrar en ese tipo de cuestiones porque es peligroso. (Entrevista profesor 1, noviembre de 2013)

Se ha consolidado así la presencia de ese “otro” que pertenece al mundo de las narcotienditas, esos “chavos narcos” que son los primeros con los que hay que tener cuidado. El estigma opera como evidencia de una realidad paralela que se empalma con la vida cotidiana, donde lo único que los vecinos alcanzan a ver son casas peculiares que funcionan como narcotiendita o como casa de seguridad. De igual forma, la imagen de los jóvenes como adolescentes, como hijos de familias o simplemente como vecinos comunes se desvanece frente a la constante reiteración de ese mundo en el que no sólo existen “los chavos narco”, sino también policías y altos mandos coludidos. Como apunta Goffman (2019 [1963]) el estigma funciona entonces como una forma de categorizar a las personas, de acotar los términos en los que se llevará cabo la interacción con ellos. Y en el caso de esta localidad es también una medida de orden, porque el señalamiento indica al estigmatizado su lugar, lo que se espera de él y su comportamiento.

Desde la perspectiva del profesor (alguien que se considera a sí mismo “vecino no-delincuente”) la única regla comprensible era que quien entra en este mundo muere (“pelas”), no sólo a manos de “los chavos narco” sino también de las policías y los altos mandos, en consecuencia, lo correcto era alejarse, mantener distancia. Sin embargo, a partir de 2016 los patrullajes de las bases de operaciones mixtas o de la policía en general adquirieron un rol mucho mayor en la simplificación de la realidad; con sus múltiples detenciones parecían indicar a los vecinos quién era sospechoso de ser delincuente, qué características tenía y cómo debía ser tratado (véase Katz, 2007).

4.1.2 Estrategias de prevención

Las principales estrategias para prevenir delincuencia aparecieron cuando la localidad entró en la lista de las colonias con mayor incidencia delictiva en 2013, según el índice reportado por el gobierno municipal. Una de las primeras

estrategias propuestas por la administración de ese entonces fue la creación y acreditación de Grupos de Vecinos Vigilantes (VIVE) que de manera anónima reportarían actividades “sospechosas” en sus colonias, de tal forma que pudieran comunicarse por medio de una línea directa con la policía. En general, dicha estrategia tuvo una incidencia nula, pues, dos años más tarde aparecieron grupos que comenzaron a dedicarse a los fenómenos de extorsión o cobro de renta a comerciantes y transportistas. 2016 fue uno de los años más violentos en esta localidad debido a que al parecer en principio varios vecinos y transportistas se resistieron a pagar y fueron asesinados. En ese contexto las políticas de contención que dependían de los grupos de vecinos vigilantes quedaron rebasadas.

Otra estrategia implementada en ese entonces fueron los conversatorios que se realizaban al interior de las escuelas, principalmente en el nivel secundario y medio superior, con la finalidad de combatir prácticas de bullying, violencia en el noviazgo y entre compañeros, así como prevenir problemas de adicciones. El principal conflicto era la complejidad social con la que los profesores se encontraban al trabajar con sus alumnos. No sólo por la presencia de jóvenes que los profesores identificaban como “chavos narco”, a los que decididamente no intentaban acercarse, sino por la complejidad de los entramados familiares con los que se encontraban. Al respecto, un profesor comenta tratando de explicar el problema de adicción en uno de sus alumnos:

Profesor 2: Son papás solapadores, los papás aquí todos se dedican a trabajar. Aquí hay mujeres, mamás... [Lo piensa un poco]. Decía una maestra, cómo decían hace años, no ficheras, no prostitutas. ¿Cómo le decían? ¡Cabareteras! Aquí tenemos varias mamás que se dedican a eso. Si, si, algunos son albañiles. Uno que otro son profesionistas, pero casi por lo regular la mayoría son obreros, albañiles, mamás solteras que trabajan y que sabemos que, bueno, no porque esté escrito, que se dedican a esas actividades. No he visto, pero si se sabe que gran cantidad de gente de esta Ciudad Cuauhtémoc sí trabaja en centros nocturnos. Decía la maestra, “cabaretera”. Quién sabe qué harán pero ahí trabajan porque hay mucha necesidad. Hay gente ahorita que no puede pagar su

inscripción, 800 y tantos pesos, pero no tienen (Entrevista profesor 2, noviembre de 2013).

Una vez más, parecía trazarse una línea que separaba a estos jóvenes que pertenecían al mundo de “lo delincencial” y las actividades de sus madres o padres estaba relacionada de manera directa. Para los profesores no había mucho que hacer. A eso hay que añadir que con el planteamiento de un problema de distribución y ampliación del mercado de droga también se consideraba la cooptación de la población joven, por lo que si en un primer momento era difícil acercarse en este contexto nuevo era casi imposible.

En ambos casos, tanto en la estructura tradicional de representación vecinal o en el conversatorio escolar se reactivaban mecanismos que reproducían el discurso del “vecino sospechoso”. De tal forma que se fortalecían “señalamientos estigmatizantes” en los que ciertas características sociales como la composición familiar, las actividades de los padres e incluso su nivel socioeconómico eran vistos como indicadores de una posible falla de carácter, pues, casi siempre un hijo que emerge de estos entramados sociales era visto por lo menos como “conflictivo”.

Por otro lado, de forma paralela a partir de 2012 el Gobierno Federal, por medio de una estrategia Nacional de Prevención del Delito había implementado, a través del Secretariado Ejecutivo de Seguridad Nacional, un Subsidio para la Seguridad en los Municipios (SUBSEMUN). Dicho subsidio, además de considerar una partida importante para capacitar, equipar y coordinar a la policía, incluía un presupuesto para la prevención social de violencia y delincuencia. Este fue el único intento de gobierno para incidir en términos comunitarios y a pesar de su poca presencia, al menos de manera formal, esta intención logró mantenerse hasta reformularse como parte del Programa de Fortalecimiento para la Seguridad (FORTASEG) que es el que operaba hasta el momento en que se realizó esta tesis.

Aunque en términos generales desde sus inicios este subsidio mantiene la misma estructura hay sólo una pequeña partida dedicada a la prevención social,

misma que ha venido en decremento. Hacia 2019, FORTASEG sólo dedicó el 3.5% del presupuesto total al área de prevención social, enfatizando sobre todo la dotación de materiales básicos a instituciones y dependencias gubernamentales ya existentes (SSyPC, 2019). Esta paulatina disminución de presupuesto ha provocado que hacia 2017 asociaciones civiles que se habían acercado para trabajar con población bajo el auspicio de SUBSEMUN tuvieran que restringir sus actividades al interior de la localidad. Quizá la más notable de estas asociaciones es Cauce Ciudadano A.C., una asociación cuya principal labor era identificar actores clave que pudieran fungir como facilitadores para acercarse a la población, además de realizar un trabajo de asesoría con población carcelaria.

Hacia 2013, cuando realice mi primera exploración, esta organización aún no comenzaba su trabajo, sólo realizaba algunas actividades en los espacios públicos disponibles. En aquel momento el primer contacto eran los encargados de los Consejos de Participación Ciudadana, es decir, las vías de intermediación de los exlíderes barriales. En este sentido la convocatoria para la población estaba enmarcada en el campo de lo político, por lo que al principio se les veía con cierto recelo. Sin embargo, con el transcurrir del tiempo lograron identificar algunos actores que les permitieron construir una relación más directa con los jóvenes de la localidad; sobre todo aquellos laboralmente desocupados, fuera del sistema escolar y que se habían visto envueltos en conflictos con grupos criminales locales.

A pesar de la falta de presupuesto, el trabajo de Cause Ciudadano A.C., y las alianzas que pudieron establecer, han dado pie a la creación del Centro Comunitario Ciudad Cuauhtémoc. Aunque hacia 2019 ya no contaban con grandes apoyos de FORTASEG la asociación había conseguido un domicilio fijo dentro de la localidad en una de las primeras secciones que le dieron forma a Ciudad Cuauhtémoc. En este lugar no sólo ofrecen actividades recreativas para la población en general como talleres o cursos, sino también conversatorios y presentaciones de libros. Además de mantener el trabajo con la población joven en situación carcelaria. En contraste con las estrategias planteadas por los modelos de contención antes mencionados en este caso la idea no es la

estigmatización de los jóvenes, sin embargo, como se ha mencionado, el trabajo de esta asociación no necesariamente forma parte de las estrategias de gobierno.

Otro grupo de estrategias de prevención social son los programas de mejoramiento de calles, recuperación de espacios públicos, reparación de luminarias e instalación de cámaras y botones de pánico. En ese caso principalmente se repararon bardas, se mejoraron espacios de tránsito y se instalaron parques o gimnasios al aire libre. En cuanto a los espacios públicos recuperados se puede ver que, si bien algunos de éstos son adoptados por la comunidad, también promueven una forma de construcción cerrada, tipo fortaleza o archipiélagos de seguridad (Arteaga, 2010). Es decir, son espacios que aunque se suponen abiertos a todos tienen un uso mediado por cierta membresía a una red de relaciones específicas entre vecinos. Un ejemplo de ello es el parque Tláloc.

El parque Tláloc es un espacio público bardeado que al principio no tuvo gran impacto en la vida cotidiana de los habitantes. Incluso era sorprendente cómo una mole tan grande pasaba desapercibida por muchos habitantes con los que conversé durante el trabajo de campo. Sin embargo, en la actualidad el parque ha tomado relevancia para una red de vecinos desde que un adulto mayor de la localidad se dio a la tarea de arreglar los jardines, sembrar algunas plantas, mantener los pasillos limpios y dar mantenimiento a los baños. Este adulto mayor se encontraba desempleado, por lo que los vecinos comenzaron a cooperar para otorgarle un pago mensual. Actualmente el parque tiene un horario en el que abre y cierra sus puertas.

Es un caso exitoso si se considera que son los vecinos quienes se han adueñado del espacio, utilizándolo con mucha regularidad para organizar clases de zumba, karate, partidos de fútbol, fiestas familiares, posadas navideñas o eventos en los que realizan muestras culturales. Quizá, al establecer restricciones sobre su uso se pierde parte de ese carácter de lo público entendido como espacio abierto a la disposición, accesibilidad y libre tránsito de todos. Sin embargo, con la apropiación del espacio por parte de la población local se abre la puerta a la conformación de grupos diversos capaces de organizarse en busca de

beneficios comunitarios, lo cual recupera otra de las dimensiones importantes de lo público (Rabotnikof, 1993).

Finalmente, están las instituciones como las casas de cultura, la escuela de artes y oficios de Macroplaza, los módulos del DIF o la casa de la mujer. En todos estos casos no hay una política clara al respecto del trabajo con la población, mucho menos de prevención social sobre temas de violencia. Aunque se realizan talleres, cursos de capacitación para el empleo o actividades deportivas se deja a criterio del encargado en turno la tarea de seleccionar e implementar las actividades que mejor le parecen. Tampoco existe una estrategia de protección para los propios encargados, por lo que se ven en la necesidad de negociar de la forma más creativa cuando se sienten amenazados o se encuentran con visitantes que les parecen potencialmente peligrosos.

Al respecto, uno de los encargados de Macroplaza comentaba que tres doctores, una enfermera y una estilista habían sido ejecutados en la cercanía de su ubicación por lo que desde entonces prefería mantener una actitud discreta, sin emitir demasiados juicios sobre ese tema, porque no sabía cuándo estaba en riesgo. Otro trabajador comentaba que la mejor estrategia que conocía era mirar con naturalidad a todos, principalmente cuando identificaba algún visitante que le parecía peligroso. Aunque al preguntarle cómo sabía que alguien era peligroso señalaba primero que eran personas identificadas por la gente de la localidad y luego que a veces simplemente los consideraba peligrosos porque eran personas tatuadas.

4.2 Actores estigmatizados

A pesar de que desde los inicios de Ciudad Cuauhtémoc uno de los grandes fallos en la localidad ha sido el servicio de seguridad pública, en los últimos años se han desarrollado importantes instituciones dedicadas al orden y control además del Centro Preventivo y de Readaptación Social “Sergio García Ramírez”. Se han creado el Centro de Control y Confianza para la evaluación de cuerpos policiales y el campamento para la Base de Operaciones Mixtas que eventualmente se instala en esta localidad. Como hemos visto en el capítulo

anterior el Centro de Readaptación atrae el tránsito constante de familiares de personas recluidas, mismas que en muchas ocasiones se instalan en la colonia, con los que se produce a una población que puede habitar de manera temporal o incluso convertirse en permanente. Con ellos se instalan también negocios como escritorios públicos, servicios profesionales de abogados o asesores en general, entre otros. Al efecto que tiene Centro de Readaptación se suma el efecto de la Base de Operaciones Mixtas que desarrolla patrullajes, revisiones o cateos puntuales y del Centro de Control y Confianza que atrae a servidores públicos relacionados con la evaluación de policías, lo cual crea un mercado para los servidores que asisten a esta institución.

En cuanto a la población relacionada con el Centro Preventivo y de Readaptación Social “Sergio García Ramírez, existen algunas organizaciones no gubernamentales dentro de la localidad que se dedican a trabajar con ella. Organizaciones como Cause Ciudadano que comenzó a trabajar en esta localidad a partir de la convocatoria de SUBSEMUN. Según reportan a su llegada encontraron que en cada calle de la colonia había por lo menos una familia que tenía a algún miembro en el reclusorio “Sergio García Ramírez”. Por ello una de sus principales líneas de acción en 2019 sigue siendo el trabajo con población carcelaria. Sin embargo, antes de esta Organización ya había una agrupación religiosa, un pastoral, que hacía trabajo con la población carcelaria. En ese caso el trabajo lo desempeñaban principalmente voluntarios que entraban al reclusorio en días especiales de visita. Su trabajo no sólo se enfocaba en los servicios religiosos sino también en identificar a los posibles casos de preliberación; en esos casos el sacerdote de la pastoral ubicaba a los preliberados en hogares familiares y les conseguía un empleo temporal para que comenzaran a buscar el modo de sostenerse por sí mismos.

En cuanto al Centro de Control y Confianza y la Base de Operaciones Mixtas, podemos ver que su presencia acentúa el tema del trabajo de vigilancia. Por más contradictorio que parezca este tipo de labor no es ajena a muchos de los habitantes de esta localidad, pues, por más contradictorio que parezca trabajar en la policía es uno de los oficios más comunes. Muchos habitantes de la misma

colonia que se dedican a esta labor trabajan ya sea en la Ciudad o en el resto del Estado de México. En muchos casos con los que tuve contacto quienes se empleaban en el trabajo policial frecuentemente enfrentaban presiones para formar parte de grupos de policías que también se dedican a la extorsión. Por lo que, los nuevos vecinos que llegaron con el Centro de Control y Confianza (funcionarios, evaluadores, personal de oficina y por supuesto policías) no necesariamente fueron percibidos como una garantía de protección y vigilancia. Todo lo contrario, para algunos vecinos se les consideró como parte de ese mundo de lo delincencial que ya se identificaba en la localidad. Por esta razón el profesor que hemos citado arriba se refiere a ellos como parte del conflicto.

En contraste las Bases de Operaciones Mixtas que suelen tener una fuerte presencia del ejército son mejor percibidas, se les considera más profesionales, por lo que cuando detienen a alguien es mucho más difícil que se cuestione su forma de actuar, incluso a pesar de que se observen violaciones a derechos como vimos con el relato de la vecinas y los muchachos de la calle. Con estos elementos el Estado parece hacerse presente en el territorio, no desde sus funciones como proveedor de bienestar, reconociendo derechos básicos de bienestar a estos pobladores, sino encontrando su justificación en el uso legítimo de la violencia a partir de esa división polar entre los habitantes (por un lado los que son delincuentes y por el otro los que son sólo habitantes regulares). Por otro lado, se adopta el ejercicio de recrear el orden de lo social a partir performance de los recorridos, muy al estilo de lo que sugiere Katz (2007), manteniendo el discurso con una práctica rutinaria que mantiene vivos los temores que recrean la ficción del enemigo al asecho. En el fondo la simple caravana del ejército y las policías sobre el Circuito principal de la localidad no necesariamente es un modelo efectivo de vigilancia.

4.2.1 Entre vagos, ex reclusos y extorsionadores

Hacia 2018 en Ciudad Cuauhtémoc se identificaban al menos 11 pandillas dedicadas a la venta de droga y al robo. De igual forma los reportes de Cauce Ciudadano señalaban para ese mismo año la presencia de grupos como la Familia

Michoacana, Guerrero Unidos y Zetas operando dentro la localidad (Vega, 2018). En este contexto, suelen ser los jóvenes los que están más expuestos a ser absorbidos por las dinámicas de estos grupos; especialmente los varones, que son quienes más se apropian del espacio de la calle.

En muchos hogares esta relación con la calle es efecto de las dinámicas laborales de los jefes de familia que suelen tener jornadas muy largas fuera de la localidad y pocos apoyos familiares que les ayuden a ocuparse de los más jóvenes. Sin embargo, este tipo de relación de los jóvenes con la calle no es nueva pues podemos encontrarla incluso si nos remitimos a las historias de las bandas de jóvenes que desde la fundación de la colonia fueron disputándose el dominio de su calle, de la cuadra y de su barrio o sección en general. En este sentido, desde siempre “las sociedades de las esquinas” (Foote Whyte, 1971) tienen un papel importante en la socialización de los jóvenes dentro de la localidad, ya que pueden ser el principal espacio para que los jóvenes construyan redes de soporte fuertes que les permitan subsistir, mismas que pueden ser complementarias de la familia o incluso sustituir la ausencia de ésta.

Si en las dinámicas de estas esquinas se les observa bebiendo, fumando marihuana o inhalando activo de manera recurrente, los vecinos empiezan a señalarlos como peligrosos; comienzan a considerarlos como parte de ese otro mundo de criminalidad del que hablan los medios de comunicación. Cuando un joven es reconocido por estas prácticas, en general, entra en la categoría de “vago”. Una vez en esta categoría el trato con ellos cambia, cosa que puede observarse en prácticas tan simples como el tránsito en la calle, cuando las personas los evaden para no encontrarlos de frente, cruzando la calle o cambiando de dirección, pero también se puede observar en los ámbitos escolares donde profesores y compañeros una vez que los asocian con ese mundo de lo delincuencia no se les acercan más.

De tal forma que para los jóvenes la vida en la localidad no sólo se caracteriza por la falta de oportunidades laborales o escolares, es también un ejercicio que se enfrenta cotidianamente con este conflicto a lo que algunos jóvenes responden con una actitud que alterna momentos de enajenación e

integración. Un buen ejemplo de ello es Héctor, un joven de 23 años que no logró ingresar a la universidad y que desde hace tiempo cambia constantemente de trabajo (por el bajo sueldo, por la lejana, por la falta de prestaciones) describe así su experiencia:

“[...] yo al menos, mi forma de ser o mi perspectiva de ver las cosas, es como que siento que a veces de alguna manera es mejor hacerte ajeno que adaptarte [...]”

AVF: ¿Hacerte ajeno? ¿Cómo es eso de hacerte ajeno?

HO: O sea, bueno, yo lo veo así, tal vez una mañana te despiertas y sabes que tienes que hacer esto. O sea, más que nada de joven, los jóvenes. Sabes que tienes que levantarte e irte a la escuela, o sea no sabes por qué pero...Sales de la escuela y te tienes que ir a trabajar, no sabes por qué pero te tienes que ir a trabajar. Pero, o sea, soy de las personas que: ¡Despiértate un día y hazte ajeno a todo esto! Hasta la fecha te lo puedo asegurar, que es mejor para mi hacerme ajeno a este pinche mundo tan raro (Héctor, 19 años, sección Embajadas, febrero 2019).

En el caso de Héctor la idea de enajenación está fuertemente relacionada con la de integración. Integrarse o adaptarse es sinónimo de entrar a un mundo donde las oportunidades de desarrollo son muy cortas y que se presenta como un guión prescrito en el que estás destinado a repetir la suerte de sus padres y sus hermanos o estas destinado a perderte en el mundo de la delincuencia. Por ello enajenarse para integrarse parece ser la única forma de lidiar con esa situación:

Por mis rumbos, delincuencia y acá. Por ejemplo, les falta agua y esas cosas. Yo, como te lo vuelvo a reiterar, me siento un poco ajeno a todo esto [...]. Como te digo, sí, está eso de la delincuencia pero yo no estoy en ese mundo, o sea, mi mundo está a lado y nada más estás observando. O sea, no te metes en él, a menos que tú lo requieras, meterte para poder entenderlo. [...] Todos estamos adentro, es un mundo del que no te puedes salir (Héctor, 19 años, sección Embajadas, febrero 2019).

En otros casos los arreglos familiares juegan un fuerte contrapeso en este ejercicio enajenación/integración. Tal es el caso de Mario, un joven de 19 años cuya familia es originaria de un municipio rural del Estado de México. Su madre llegó a Ciudad Cuauhtémoc buscando el apoyo de sus familiares porque estaba embarazada y no contaba con nadie más. Después de su primer embarazo vinieron dos más por lo que la familia de Mario se compone además de él, de dos hermanas y su mamá. Al final la familia se quedó a vivir en Ciudad Cuauhtémoc porque la renta de las viviendas es barata y aquí cuentan con el apoyo de otros familiares que viven cerca.

La mamá de Mario trabaja en el servicio doméstico en la Ciudad de México, así que en ocasiones tiene que recorrer largas distancias para ir y regresar, por lo que desde muy pequeños Mario y sus hermanas estuvieron casi siempre solos. A diferencia de Héctor, Mario tiene hermanas pequeñas que se quedaban encerradas en la vivienda mientras que él se quedaba en la calle hasta que su mamá regresaba.

Se quedaba afuera porque su mamá compartía la creencia de que al ser Mario un hombre había en él una naturaleza biológica violenta y tenía miedo de que “agarrara” a sus niñas o que metiera a “otros hombres” a su casa que pudieran hacerles daño. Para ella, el hecho de que Mario fuera hombre era suficiente para dejarlo sólo en la calle, incluso para conseguir comida o cubrir sus necesidades básicas. Como alternativa, Mario visitaba a algún pariente o la casa de algún amigo mientras llegaba su mamá. Por esta razón, después de la escuela Mario casi siempre estaba vagando por la calle, buscando pasar el tiempo.

En contraste sus hermanas crecieron encerradas entre la escuela y la casa, siempre asustadas, visualizando a todo extraño como un potencial agresor. Incluso ahora que son adultas y pueden salir a trabajar su hermano le sigue indicando las calles por donde no deberían pasar, o que estrategias usar en caso de que alguien pudiera seguir las.

En este contexto, a diferencia de Héctor que podía elegir entre la integración o la enajenación, Mario forzosamente tuvo que integrarse al mundo de la calle desde muy pequeño. Parece que no la llevaba muy bien con los chicos

grandes de la secundaria, con los que frecuentemente se peleaba. Después de un tiempo dejó la escuela y con los amigos que conoció en calle, específicamente en la esquina de su casa, consiguió un empleo como ayudante en un grupo de sonidero. Esta actividad lo llevó por todo el municipio de tocada en tocada, por lo que comenzó a ganar dinero para aportar ingresos a su casa. Para la mamá de Mario no parece haber incongruencia en las diferencias que aplicó en la crianza de sus hijos. En su concepción debía ser así porque a Mario le tocaba el papel de protector y proveedor y porque sin importar su edad, al ser un hombre consideraba que era violento y podía hacerle daño a sus hermanas, que desde su punto de vista estaban indefensas frente la fuerza de Mario.

Antes de cumplir los 20 años, mientras trabajaba con el grupo de sonidero, Mario conoció a su actual pareja, una joven de 16 años con la que actualmente vive y tiene una hija. Este cambio ha sido muy abrupto para su madre quien constantemente le regaña porque ahora aporta menos ingresos que antes, cuando era soltero. Quienes la conocen comentan que su compañera proviene de una familia común de la misma localidad, sin embargo, otros rumoran que su suegro se dedica a la venta de drogas y a la extorsión, razón por la cual Mario goza de cierta reputación o posición en la jerarquía de jóvenes que se juntan en la misma esquina en la que siempre se ha juntado Mario.

Una vez unido, Mario tuvo que diversificar la fuente de sus ingresos, por lo que además del sonidero comenzó a trabajar como ayudante de albañil. El problema es que no tiene mucho éxito en su trabajo porque en ocasiones lo han sorprendido robando cosas en las casas donde trabaja y vendiéndolas para obtener un dinero extra. Esto lo obliga a tomar empleos precarios que no le ayudan a mejorar su condición económica. Al parecer esta falta de ingresos y la precariedad de sus condiciones de vida afectan a su joven esposa. La gente local dice que se le ha visto buscando a un nuevo compañero, asumen que es porque necesita un mejor proveedor para ella y para su hija que tiene apenas unos meses.

Por supuesto, todos estos son rumores, lo único que en realidad se puede observar de manera directa en el reclamo constante de la madre de Mario para

que aporte más dinero a su casa. Por otro lado, es curioso que cuando se comentan cosas sobre la vida en pareja de Mario se borre por un momento el mote de “vago” que casi siempre le cuelgan y tome relevancia su papel como proveedor. Por un instante deja de ser ese ente potencialmente peligroso al que es mejor no acercarse. En contraste, los juicios contra su pareja son mucho más severos, pues, se le descalifica como “mujer de la calle”.

A pesar de todo, del tiempo gastado en la calle, de la pérdida constante de empleos y de la mala imagen que pudiera tener entre los vecinos de su barrio, al interior de su familia Mario es valorado como un proveedor y defensor de la casa. A pesar de todo es el principal cuidador de su mamá y de sus hermanas; por ello cada vez que tiene oportunidad les enseña las calles por las que no hay que pasar y los lugares adecuados para resguardarse en caso de que alguien las persiga.

Casos como el de Mario o el de Héctor son una constante en esta localidad, aunque hay que decir que no es nuevo que se tejan redes de apoyo entre los jóvenes que se reúnen en la calle o las esquinas. Ya las generaciones de los primeros habitantes habían experimentado esta forma de identificación e integración. No obstante, existe una diferencia importante, pues, al principio se trataba de un ejercicio de territorialización e identidad, donde los asaltos y las peleas campales eran las actividades más violentas. En contraste, en la actualidad, el mercado de la droga y los grupos criminales introducen nuevas formas de economía como el secuestro, la extorsión y la trata de blancas.

En consecuencia, “la sociedad de las esquinas” como alguna vez llamó a estas dinámicas Foote Whyte (1971), para muchos jóvenes sigue siendo el tejido social primario que conecta a los jóvenes con una pléyade más amplia de relaciones que les permiten construir familia, relaciones de confianza, obtener ingresos, además de sentido y apropiación del espacio. Por ello, a diferencia de la población de Ciudad Cuauhtémoc que sólo sale del trabajo a su casa y de la casa a su trabajo, Mario tiene un panorama mucho más amplio de la colonia y sus alrededores. Entra y sale con naturalidad de lugares que muchos otros temen; la parte más solitaria del cerro, las esquinas en la noche, las casas clandestinas de burdel, los puntos de venta de drogas. Teje su experiencia cotidiana entre dos

mundos; cuenta entre sus amigos a gente que ha entrado y salido del penal de Chiconautla, pero también a los vecinos que de vez en cuando le dan trabajos de albañilería o a los amigos del sonidero que lo llevan de fiesta en fiesta a las colonias vecinas.

No sólo conoce bien el territorio y a sus habitantes, también conoce personajes clave. De esta forma participa de una red amplia de gente que lo mismo se mueve en el mundo de los empleados informales que en el mercado de los negocios delincuenciales. Aunque en realidad, para él parece no haber diferencia porque son parte del mismo mundo que conoce desde pequeño, sabe que depende de con quién se le vea se le juzgará, por eso en últimas fechas opta por el trabajo de albañilería que lo saca de la localidad y le da ingresos constantes, aunque otras veces, sobre todo en las noches se le ve buscando clientes para un pequeño bar clandestino.

El caso de Mario puede utilizarse como un acercamiento a la experiencia de otros jóvenes como los que están inmersos en las redes de vendedores de dulces que suben y bajan de los camiones del transporte público que llegan hasta Ciudad Cuauhtémoc. A diferencia de Mario estos jóvenes suelen ser objeto de valoración negativa porque muchas veces utilizan el discurso de la extorsión para animar a la gente a comprar sus productos. Usan frases como, “pues este producto que te pongo en las manos es robado pero sabe igual de rico y es más barato” o “apoya al dulcero y no al ratero”, que funcionan como expresiones jocosas pero también como amenaza velada que intimida al potencial comprador. Igual que en el caso de Mario, la imagen de estos jóvenes es ambivalente porque a veces la gente afirma que los ha visto como asaltantes en otras rutas de camiones y otras veces se muestran compasivas por sus condiciones precarias de sobrevivencia.

De esta forma, lugares abiertos como las calles, las esquinas y los camiones, son territorio por excelencia de los varones jóvenes. En estos espacios se construye su apreciación subjetiva del entorno, se finca la identidad personal y se negocia con la valoración que las personas les imputan en las interacciones cotidianas. La adolescencia es entonces una etapa crucial en su vida, pues un etiquetamiento negativo que puede comenzar con una identificación cándida de

“vago” posteriormente puede escalar hasta llegar a convertirse en la de “malandro”.

Con el escalamiento de estos etiquetamientos negativos la percepción completa de la persona se pierde y se le considera como un miembro más del mundo de la droga y la delincuencia que se funde con el imaginario del “vecino delincuente”. Para los que prefieren no integrarse al mundo de la calle la mejor forma de identificar a quienes sí participan de él es mirar las motos que utilizan. Decía Héctor al respecto: “si ves que de pronto trae una moto nueva y ves que no tiene como comprarla, entonces se dedica a la venta”. Esto a pesar de que en esta localidad la moto es uno de los principales vehículos de movilidad familiar. Si a esto añadimos que es muy probable que en la familia haya reclusos o ex reclusos, el peso del estigma con el que tienen que lidiar los jóvenes es aún más grande.

En todas estas historias podemos ver que la identidad de género tiene gran importancia, desde el momento mismo en que se decide que los hombres pertenecen naturalmente a la calle, que son capaces por si mismos de lidiar con sus dinámicas, con sus rituales de paso como puede verse en el capítulo anterior. En el caso de Mario es casi una obligación, tanto con la escala valorativa de la calle como de la familia. En la calle igual que antes, ser hombre, juntarse en la esquina, consumir algún tipo de droga, tener familiares en la cárcel o jactarse de ser algún tipo de transgresor es parte del repertorio de virtudes masculinas con las que los jóvenes se debaten el dominio del espacio público. El rol de género coloca a estos jóvenes entre dos mundos, por un lado como hombres de familia, defensores-cuidadores, y por otro, como actores dominantes que deben proyectar una imagen de hombre violento y peligroso al que hay que esquivar cada vez que se le encuentre de frente.

4.3 Entre la sospecha y la publicidad

El 4 de enero de 2014 un portal de internet reportaba la nota de un operativo realizado en Ciudad Cuauhtémoc. Ésta misma noticia se difundió por la radio y poco tiempo después se convirtió en la introducción de una canción compuesta por un grupo de rap liderado por el vocalista Lil Duby. Los integrantes

de esta agrupación son habitantes de Ciudad Cuauhtémoc y de una colonia vecina, San Isidro Atlahuenco. Gran parte de las letras que componen sus canciones corresponden a los modelos estéticos que propone el “Gangsta rap”: historias de barrios y pandillas, de violencia masculina, de narcotráfico, de armas que circulan, del dominio del territorio (Véase Tijoux, et al., 2013). Como muchos otros grupos de rap, este grupo ofrece una narrativa de la vida cotidiana dentro la localidad, sobre todo del universo social que viven los jóvenes expuestos a la dinámica de las bandas criminales locales.

El reportaje de 2014 se convirtió en la introducción de una de sus canciones, “Semillero de Malandros”, misma que apareció tan sólo unos meses después, en mayo del mismo año. En general la publicación de estas canciones se hacía a través de la plataforma You Tube y en otras redes sociales como Facebook. En ella el grupo retoma la voz del locutor que narra la noticia publicada el 4 de enero:

“Dieciocho presuntos extorsionadores, entre ellos un menor de edad, fue el saldo de un operativo implementado en el municipio de Ecatepec por policías ministeriales, municipales y elementos de la secretaria de seguridad ciudadana el pasado viernes. Informó que el operativo se realizó después de recibir diversas denuncias de habitantes de la colonia Ciudad Cuauhtémoc.

[Una segunda voz enuncia] “En las calles de Ciudad Cuauhtémoc había varios hombres armados realizando un retén mediante el cual detenían a automovilistas y los despojaban de sus pertenencias”. Inmediatamente después inicia la música y la letra de la canción [introducción de “Semillero de Malandros”²⁷]

En algunos otros videos de las canciones del grupo se simulan peleas entre pandillas que se realizan en las calles de la colonia. De esta forma la agrupación no sólo se adueña de la narrativa de criminalidad que publicitan los medios de comunicación sobre Ciudad Cuauhtémoc, sino que, la convierten en su propia tarjeta presentación dentro del estilo estético del “Gangsta Rap”. De ahí que su

²⁷ <https://www.youtube.com/watch?v=-lpuOHkOpgc>

proyecto llevé como nombre “Estigma Records” “Bandido Films” o “Criminal Mexside”, a sabiendas de que Ciudad Cuauhtémoc es una localidad reconocida por sus altos niveles de incidencia delictiva. Aunque al retomar como rasgos de identidad estas características de la localidad se vuelven competitivos en el campo de las letras que circulan en el mundo del “Gangsta Rap”, esta misma actividad, al interior de la localidad los vuelve objeto de miradas que los señalan como actores centrales de este mundo de criminalidad y violencia.

Esto no fue gran conflicto sino hasta 2016, cuando los acontecimientos de violencia se volvieron más ostentosos en el municipio y en la colonia. Ya desde 2013 los grupos de crimen organizado venían haciendo más visible la disputa que sostenían por el dominio de las rutas de transporte público en esta región de la zona metropolitana. En el caso de Ciudad Cuauhtémoc el indicador más claro era precisamente la aparición de estos retenes aleatorios en distintos puntos de la colonia, establecidos por individuos armados que detenían automóviles o transporte público para asaltar tanto a pasajeros como a conductores.

Si bien, a causa de los asaltos y las extorsiones el ejército ya realizaba patrullajes en el municipio, estas nuevas irrupciones no se presentaron en el formato conocido: un asaltante con compañeros o cómplices, que se suben al transporte simulando ser pasajeros para luego sorprender con algún arma a las personas a bordo y despojarlos de sus pertenencias. En contraste, en estos retenes había mucha más organización y se presentaban de forma mucho más explícita, pues no simulaban ser pasajeros desde el inicio se presentaban como asaltantes. Además, el acto no terminaba ahí, era parte de una estrategia más amplia para amedrentar a choferes de ruta y obligarlos a pagar un derecho de piso a un nuevo grupo de extorsionadores. Las represalias más fuertes eran las unidades de transporte incendiadas, incluso con el chofer dentro, además de algunas ejecuciones a choferes o checadores. Este cambio en el clima del crimen organizado en el municipio ha sido detectado desde la estrategia federal contra el crimen organizado. En el caso de Ecatepec organizaciones como “Causa en

Común” en 2012 ya habían identificado la presencia de por lo menos cinco organizaciones delictivas tipo cartel operando en Ecatepec²⁸.

De esta forma, cuando las canciones de Lil Duby fueron escritas y publicada en las redes sociales estos eventos eran ya de dominio popular dentro y fuera de la localidad. Hacia 2016 tanto los asesinatos, los microbuses quemados, como las presiones de los extorsionadores se convirtieron en una realidad que modificaba la rutina de la población en la localidad. La palabra “renteros” comenzó a tener un nuevo significado, ahora no sólo designaba al aquel personaje que cobraba una cuota mensual o semanal por algún servicio, ahora también designaba a personajes violentos dedicados a la extorsión. Durante algunos meses los negocios ubicados en las principales avenidas cerraron sus cortinas por temor a “los renteros”. De igual forma la población que llegaba a sus hogares después de la jornada laboral abandonaba los espacios públicos lo más pronto posible.

En mayo de 2016, un reciclador de chatarra que trabajaba en un lote ubicado en Santo Tomas Chiconautla (uno de los pueblos tradicionales que colindan con Ciudad Cuauhtémoc) denunció ante la Procuraduría General de Justicia del Estado de México que un grupo de extorsionadores había irrumpido en su negocio para exigirle el pago de una renta para dejarlo trabajar. En ese primer momento la denuncia no prosperó porque la detención que realizaron los policías ministeriales violentaba las garantías individuales de los acusados. Sin embargo, a decir del comerciante las amenazas se hicieron mucho más violentas después de levantar esta primera denuncia (Juárez, 2016).

Como último recurso el comerciante buscó el apoyo de un diputado local del Partido Verde Ecologista y con él volvió a levantar la demanda en la que reconoció a sus agresores en los videos musicales de Lil Duby. El Diputado local apoyó al recolector para que los integrantes de la banda fueran detenidos por un grupo especial de la PGJEM de Toluca en un operativo poco regular. Cuatro personas

²⁸ <https://www.animalpolitico.com/el-blog-de-causa-en-comun/por-que-aumento-la-violencia-en-el-edomex/>

fueron detenidas y enviadas al penal de Chiconautla donde se les fincaron responsabilidades por delitos que ameritaban entre 25 y 40 años.

En mayo de 2016, algunos portales de noticias locales aseguraban que esta banda de rap se hacía llamar “los renteros” y que eran responsables de la zozobra en la que vivían los locatarios de Ciudad Cuauhtémoc, San Isidro Atlahuenco y Santa María Chiconautla. Se decía que:

“Con sus ilícitas ganancias, los renteros se dedicaban a financiar videos musicales de rap, a través de una productora llamada “Bandido Films”, donde simulando a las “clickas” de chicanos y gente de color en los Estados Unidos cantaban rap (Toluca Noticias, 2016).²⁹

Con estas afirmaciones, la prensa local buscaba poner rostro al rumor y al temor del que tanto se escuchaba en las calles de la colonia y con ello se reducía la complejidad de lo que ocurría en Ciudad Cuauhtémoc. Sin embargo, unos días después Lil Duby, quién había escapado de la localidad a causa de la primera detención, publicó un video en redes sociales en el que denunciaba que había sido detenido de manera arbitraria el 7 de mayo mientras transitaba por el tramo Laboratorios del Circuito Cuauhtémoc³⁰. En su narración la policía ministerial lo detuvo con el pretexto de una revisión rutinaria, pero le quitaron cartera y celular para después llevarlo al estacionamiento del centro comercial Soriana, mismo que se ubica en la entrada de la colonia. Según su relato en el lugar aparecen otros policías que lo subieron a él y a su hermano a una nueva patrulla en la que fueron trasladados a la fiscalía de homicidios donde los torturan para obligarlos a declarar que fueron detenidos en otro lugar mientras intentaban extorsionar a un denunciante.

Lil Duby relata que una vez que lograron la confesión fueron llevados al Ministerio Público de San Cristóbal (Centro de Ecatepec) donde se les acusó de ser miembros de una banda de extorsionadores. En esta versión los agentes

²⁹ Véase <https://www.tolucanoticias.com/2016/07/aseguraron-banda-de-raperos-que.html>

³⁰ Véase: <https://www.facebook.com/watch/?v=1078055065575096>

declararon que los detuvieron a través de un operativo en la estación de Mexibus Central de Abastos mientras intentaban someter con violencia a la parte acusadora. Ese mismo día a las siete de la noche detuvieron a un hermano de Lil Duby que se encontraba en su domicilio en la localidad. A partir de entonces los mantuvieron incomunicados por dos días y posteriormente los trasladan al reclusorio. Sin embargo, en esa primera ocasión, la juez desechó las pruebas porque calificó como inverosímiles los hechos reportados por la policía ministerial. La juez les otorga la libertad por falta de pruebas y no consideró legal la detención que realizó el Ministerio Público.

Cuando Lil Duby publica este video lo hace como respuesta a las notas de los portales de noticias que lo señalan a él y a sus amigos como responsables del delito de extorsión, pero también como una denuncia sobre el segundo operativo, en el cual detuvieron a sus amigos, y según su versión la policía realizó saqueos:

Al parecer no sé cómo quince días después, ocho días después, consigue una orden de reaprensión y no nos pueden aprender porque nosotros por temor no vivíamos en nuestra casa. Y se meten a nuestras casa se roban las pantallas, las cosas de valor que teníamos, se meten a la casa de una hermana, se roban las cosas. Se meten a las diferentes casas de los otros detenidos y se roban las cosas, pantallas, todo lo que encuentran de valor. Y ahora resulta que somos una banda delictiva de catorce personas que se dedican a la extorsión. [...] He recibido amenazas de muerte a mi familia por parte de la policía ministerial.³¹

Quizá lo más importante en este seguimiento de notas periodísticas no es si los acusados son culpables o no, sino la certeza subterránea que orienta la construcción de los culpables. La ropa, la vestimenta, la música, el consumo de drogas son características que orientan esta valoración de personajes como Lil Duby; en ese sentido su presencia parece ser la causa de la criminalidad y violencia que padece la localidad. Resulta sencillo nominar a estos raperos como “los renteros”, a pesar de que es evidente que las imágenes expuestas en los videos son una ficción.

³¹ Véase publicación en: <http://www.facebook.com/watch/?v=1078055065575096>

Estas notas de pequeño alcance serán minimizadas cuando, cinco meses después las autoridades detienen un supuesto sicario, por la serie de asesinatos que se dieron en la localidad durante 2016³². Un par de días después, aparecerán noticias sobre detenciones nuevas de líderes de extorsionadores del transporte público³³. Ninguna de estas notas modificó la percepción de peligro en la localidad (incluso muchos negocios mantuvieron la dinámica de cerrar temprano por temor a la extorsión) pero sí contribuyó a estigmatizar la imagen de los jóvenes de la localidad. Sobre todo la de aquellos que pueblan las esquinas de calles por las tardes y las noches.

4.3.1 Movilizando el estigma

El imaginario que rodea a Lil Duby y sus compañeros es el que en mayor o menor medida circunda a los jóvenes de esta localidad. Como hemos visto la estética del “gangsta rap” exacerban algunos atributos de la masculinidad que son mirados con recelo por los habitantes de Ciudad Cuauhtémoc. Sin embargo, el rap convierte estos atributos en una herramienta estética que permite reconsiderar la forma en la que se lee la vida cotidiana, las interacciones entre los habitantes y los actores que pueblan al espacio social local.

Para este apartado retomo la letra de una de sus canciones (“Semillero de Malandros”³⁴) con el objetivo de explorar la forma en que el entorno local se resignifica desde su perspectiva y cómo los elementos del estigma que caen sobre los jóvenes se convierten por medio de estas letras en símbolos de publicidad y empoderamiento. Semillero de Malandros es una de tantas narrativas del espacio social que convergen en esta localidad, sin embargo, ofrece un universo de personajes estandarizados que describen las dinámicas de la violencia en la interacción cotidiana. Así, Lil Duby nos ofrece una perspectiva de lo que observa cotidianamente en su colonia:

³² Véase publicación en: <http://noticiasecatepec.com/news-noticias/contratan-a-sicario-para-matar-a-doctora-en-ecatepec-cobraba-50-mil-por-cada-asesinato/>

³³ Véase publicación en: <https://afondoedomex.com/zona-oriente/criminales-caen-el-flaco-y-su-esposa-lideres-extorsionadores-y-asesinos-de-choferes-de-combis/>

³⁴ Véase: <https://www.youtube.com/watch?v=-lpuOHkOpgc>

De donde provengo morillos de trece ya cargan con peso.
Tengo amistades que hacen secuestros, también extorsiones.
También los que roban, los que fuman vicio, los que los revientan,
los que cobran renta y los que te dan piso.
[Fragmento de “Semillero de Malandros”].

En sus letras Ciudad Cuauhtémoc, el cerro en el que se ubica, es el hogar de las otredades, el centro del universo criminal que el autor observa. De igual forma, lo identifica como un lugar plagado de personajes con los que tiene marca límites para distinguir su universo propio. A esto responde el reconocimiento de otras narrativas vecinas rivales, que también tratan de capitalizar lo violento y que también tratan de asir lo que se observa en la cotidianeidad.

Chapulines y mangueras.
Un tiro en la frente, les corto la lengua
con mis guantes negros y paño de calavera,
limpiando el terreno, derritiendo levas.
[Fragmento de “Semillero de Malandros”].

La confrontación es la dinámica básica que usan los que considera como iguales a él, así es como en el imaginario se relacionan con otras redes y narrativas paralelos. Así, Chapulines y mangueras, cohabitan el mismo entorno que el “Círculo asesino” al que hace referencia Lil Duby, pero están ubicados de forma antagónica. Su presencia representa una amenaza, ya sea porque representan traición o simulación. Mientras que los chapulines son las personas que cambian de bando criminal o se independizan, los mangueras son personas que visten y consumen según los cánones de la narcocultura del momento pero que no necesariamente participan de ese mundo. Estos últimos, sin embargo, contribuyen a un imaginario en el cual el mercado del narcotráfico es una posibilidad de ascenso de social y de consumo (Véase Becerra (2018) y Valenzuela (2012)). Por el contrario, en la narrativa del “Circulo asesino” de Lil Duby no se reconoce lo ostentoso como una forma orgullo, en todo caso, se

engrandece la capacidad de destrucción y control que se puede tener sobre el territorio, sobre las personas que ahí habitan.

El terreno está caliente,
acá de este lado puro delincuente.
Miras en la esquina, vatos
vaquetones,
listos pa' los jales y aventar
misiones.
En auto robado, patrullo mi barrio.
Cabezas cortadas, el cartulinazo,
marcando la plaza retumba mi
escuadra.
[Se oye el sonido de una escopeta]
[...]

[Fragmento de "Semillero de Malandros"].

A la balacera estoy acostumbrado.
Un pinche pericazo para ponerme
bien ondeado.
Caguamas y whisky andamos
pisteando
y un par de jainitas a mi lado están
bailando.
Con toda la clika andamos
festejando,
tenemos la plaza y andamos bien
ondeados.
Los clonacepan ya me rebotaron,
me puse bien jai con ganas de
matar.

Mientras la narrativa de lo narco se organiza alrededor de lo ostentoso, lo grandilocuente, lo rural e incluso de una valoración tradicional de lo moral, Semillero de Malandros, alude a la clika, a lo urbano, al hampa. Lo urbano tiene gran presencia, en esta canción, pues, resignifica la percepción de las colonias marginales, las coloca como centros, como capitales de una dinámica específica que es dominante. La presencia más básica de este escenario es la disponibilidad de los "vatos vaquetones" que están en la esquina "listos pa' los jales y aventar misiones". Así, las colonias del cerro Chiconautla que se caracterizan por los eternos problemas de acceso a servicios básicos, por la falta de empleos suficientes y la integración de los jóvenes a las instituciones educativas y por las condiciones tan precarias en las que tienen que desarrollarse, se resignifican. Desde las letras de Lil Duby se convierten en la capital del crimen, del hampa, es como si lo criminal los representara, a ellos y al entramado de redes que parten desde las esquinas en todas estas colonias.

Por lo tanto, en la propuesta de Lil Duby el ruido que causa esta violencia no debe causar miedo, antes bien, debe ser causa de orgullo, por la centralidad que le otorga a las colonias del cerro, que visto desde otra perspectiva puede ser

calificado como hogar de pobres, de vulnerables, de delincuentes, que sobreviven de trabajos precarios.

Me fleto la escuadra y me lanzo a buscar.
Cualquier chavala, de plomo su cuerpo voy a retacar.
Pues somos violentos desde nacimiento.
El estado mexicano orgullosamente es el más violento
Orgullosamente es el más violento
A huevo carnal
El estado mexicano en el mapa, foco rojo.
[Fragmento de “Semillero de Malandros”].

Así, desde sus canciones, ser violento desde nacimiento no es una característica desdeñable, en todo caso es apenas un atributo necesario que representa a los habitantes de este territorio, es una forma de apropiarse del estigma y movilizarlo para convertirlo en un canal de comunicación. Por lo que, la música y su letra se convierten en la carta de presentación de esta agrupación que dialoga con otras similares que también producen materiales de este tipo. La transgresión que proponen estas letras, son también una forma de posicionarse, son la lectura de un espacio urbano, de su dimensión social en la que convergen e incluso compiten con otras versiones, también violentas.

4.4 Conclusiones

En Ciudad Cuauhtémoc volvemos a observar la hipótesis que Elias (2016) planteaba en su trabajo sobre “Establecidos y marginados” en 1965, ya que desde su llegada los habitantes de esta colonia han tenido que negociar la legitimidad de su presencia desde una condición desventajosa. Uno de los efectos de adquirir la vivienda a través de mecanismos informales fue que tanto las autoridades locales como los habitantes de los pueblos tradicionales los caracterizaron con atributos negativos que los asociaban con estereotipos sociales tales como limosneros, rateros, delincuentes. Incluso a pesar de que en muchos casos los nuevos pobladores eran víctimas del fraude realizado por intermediarios que ponían a la venta terrenos de manera ilegal. En este sentido, la población ya establecida marcaba una diferencia moral en la que estos nuevos habitantes eran percibidos como inferiores.

Ya desde este momento comenzaba a operar el estigma como principal elemento de organización social. Es decir, organizar el espacio de lo social a partir de visualizar a los nuevos habitantes de una forma reducida, simplemente retomando características que no los hacen acreedores de respeto, que contaminan su identidad social, dejando de lado todos sus otros atributos. De esta forma, el estigma produce el marco de referencia en el que se llevarán a cabo las interacciones; partiendo de cuestionamientos morales, lo que implica que siempre habrá algo que corregir a esta población (Goffman, 2019[1963]).

La zozobra del “vecino delincuente” es evidencia de este enmarcamiento, es una percepción que se instaló desde los primeros días a partir del etiquetamiento con el que se leía a los vecinos que provenían de las colonias centrales de la ciudad como Tepito y la Lagunilla. La valoración negativa que los funcionarios y las comunidades vecinas hacían sobre esta población se anudó con el etiquetamiento que los propios pobladores hacían sobre sus vecinos. En este contexto el vecino delincuente ha ido mutando hacia el chavo narco, el vendedor de dulces asaltante, la madre cabaretera, el ex convicto, el extorsionador, el secuestrador que se oculta entre los nuevos vecinos o entre los chavos de la esquina.

Por otro lado, las instituciones del Estado y su legitimidad se sostienen también a partir de este enmarcamiento social. La policía, el ejército y el penal juegan un papel fundamental pues su presencia fortalece la sospecha de que Ciudad Cuauhtémoc es un lugar donde habitan delincuentes. Primero porque con la instalación del penal las dinámicas de los reclusos se introdujo en la vida de las personas, y con ello se hizo una distinción entre quienes han sido recluidos y quiénes no. Luego, la instalación de la Base de Operaciones Mixtas y del Centro de Control y Confianza, introdujeron nuevos actores estatales que a través del performance (Katz, 2007), de la práctica banal de caravanas fuertemente armadas, recrean cotidianamente el temor a unos habitantes peligrosos que están al acecho y que hacen necesario a un Estado punitivo que por encima de cualquier derecho haga valer su capacidad para revisar y detener a cualquiera:

jóvenes en moto, habitantes puntuales acusados de secuestro o extorsión, revisión de domicilios y levantamiento de gente .

Con todo esto se ha creado entre los habitantes una percepción fragmentada de la colonia. Por un lado, están las dinámicas asociadas al mundo de criminalidad y la violencia: el botecito misterioso que bajan de la casa presumiblemente para vender droga; el hombre misterioso que vigila desde la azotea; los chavos que se paran afuera de la escuela y que seguramente venden droga; las madres que trabajan de noche y que seguro son cabareteras. Por otro lado, están la rutina de una población que se abstiene de participar activamente en los espacios públicos por temor a involucrarse en ese mundo. Comparten en común las calles, los transportes, los mercados, los espacios abiertos o las iglesias, pero interactúan siempre con desconfianza y tensión; cualquier vecino o transeúnte puede ser calificado de potencial delincuente.

En este contexto de divisiones categóricas, la vida cotidiana de los más jóvenes participa de ambos mundos. Especialmente los varones jóvenes son los que cargan con los estigmas de la criminalidad: “vagos”, “malandros”, “chavos narcos”. Esto se debe a que son ellos quienes por excelencia habitan las calles y desde muy jóvenes están expuestos a las dinámicas de las pandillas, del mercado de la droga y de los nuevos actores del crimen organizado. Por ello no es extraño que sea fácil relacionar a un personaje como Lil Duby con “los renteros” y “la extorsión”. Contribuye a ello no sólo su apariencia sino también la apropiación que él y su grupo de rap hacen de la dinámica social que observan en la localidad.

Desde los casos de Mario y Héctor, puede verse también que se conservan viejas dinámicas de socialización entre los jóvenes. Sobre todo el uso de las calles y sus esquinas como lugares de encuentro, como miradores desde los que se posicionan los que no poseen redes familiares sólidas. En estos espacios se establecen las amistades y los vínculos necesarios para la sobrevivencia. Se construyen habilidades de “code switch” como los que describe Anderson (2002) para socializar desde distintas posturas, como parte de “la sociedad de las esquinas” o como parte de la sociedad abstraída, que no desea involucrarse con las dinámicas de la vida local.

Por su lado, expresiones como el “gangsta rap” son una forma de apropiarse y experimentar con el estigma. A través de este tipo de producción estética las caracterizaciones negativas se revierten, se movilizan; Ciudad Cuauhtémoc, el cerro Chiconautla, deja de ser una periferia y se convierte en el centro de una dinámica que no sólo existe en el cerro sino en toda la zona metropolitana. La violencia deja de ser motivo de vergüenza y se convierte en motivo de orgullo y ostento de poder. Se interpreta la vida cotidiana como un círculo de encuentros e interacciones donde lo “asesino” es la característica principal.

Finalmente, el estigma que cae sobre los jóvenes que se juntan en la calle o que abrazan las odas a la criminalidad del gangsta rap tiene también una fuerte influencia de los estereotipos de género. Esto es así porque las categorías de género, más que las características biológicas del sexo, remiten a rasgos psicológicos y culturales que se les atribuyen tanto a hombres como a mujeres y que organizan la interacción entre estos (véase Scott, 1996). En este caso la imputación de rasgos de lo que suponemos masculino se realiza tanto desde el exterior, por parte de quienes les observan, como desde el interior, a partir de las dinámicas de interacción entre los jóvenes mismo. Mientras que desde el exterior se les observa como peligrosos porque se les atribuyen características de fuerza, dominio y violencia, desde el interior de los grupos de jóvenes se establecen como parámetros de jerarquía y respeto características estereotipadas de lo masculino, que no sólo remiten a la fuerza y al dominio del otro, sino a la capacidad de hacer daño.

CAPÍTULO 5. EL GÉNERO Y LA CONQUISTA DEL ESPACIO PÚBLICO

Considerar al género como categoría de análisis implica reconocer el papel activo que juegan tanto hombres como mujeres en la construcción de una realidad social concreta. Sin embargo, el género va más allá de identificar el sexo biológico de las personas, se centra en la serie de expectativas que se construyen y ratifican alrededor de lo que se considera como propio de lo femenino y lo masculino.

En este sentido, el género se presenta como una categoría de análisis que describe parte importante del mundo social que habitamos (Scott, 1996). Nos remite a una serie de rasgos y funciones (tanto psicológicas como socioculturales) que se atribuye a cada uno de los sexos (Gamba 2008), establece las relaciones de jerarquía o subordinación que ocurren entre ellos, pero sobre todo es una categoría de análisis social que puede establecer diferencias tan importantes como la clase social o la raza (Scott, 1996)

Para activistas e investigadoras como Susana Gamba (2008) el género debe considerar aspectos esenciales como: el momento histórico y social específico; la serie de normas que definen las relaciones entre lo femenino y lo masculino; las formas de dominación y subordinación que se desarrollan desde estas relaciones; la manera en que se extienden más allá del ámbito de lo privado hacia espacios institucionales o sociales más amplios y; finalmente, la forma en que el género se enmarca de forma transversal en los entramados relacionales de la edad, la clase, el grupo étnico, entre otras características.

Desde el punto de vista de la producción social del espacio urbano gran parte de las planificaciones oficiales, de las prácticas, experiencias, historias personales y formas de aprehender el espacio que experimentan los habitantes está atravesado por lo que se considera identidad de género y por la serie de relaciones sociales que se desprenden de estas definiciones. Por tanto hay una influencia importante de las categorías de género en la forma en que se

establecen estas en los espacios de la localidad misma, reproduciendo generalmente una división que atribuye a lo masculino el dominio de los espacios públicos y a lo femenino el dominio de los espacios privados.

Si consideramos las características de los roles que se atribuyen a cada sexo podemos ver que el rol de lo masculino tiende a señalar su rol como trabajador y proveedor de recursos económicos, mientras que al rol de lo femenino se le atribuye el cuidado de la casa y de los hijos (Duarte y García, 2016). No obstante, estas dicotomías suelen colapsarse en la práctica y nos encontramos con prácticas que se redefinen constantemente, igual que los límites de lo que se entiende por público y privado y a los que suele atribuirse de forma enfática a alguna de las identidades de género. En ese sentido, más que definir lugares específicos dedicados a tal o cual identidad de género nos encontramos con distintas formas de categorizar los espacios, de referir o de indicar contextos concretos en la interacción situada (Gal, 2002). Nos encontramos pues con constructos sociales que se alternan, se amalgaman o separan, según la practicidad de su uso.

En la ZMCM, en localidades fundadas desde la autoconstrucción como Ciudad Cuauhtémoc, la participación de las mujeres a veces se dio por hecho, casi siempre se le ubicó de manera subordinada al trabajo de los hombres. Por ejemplo, en la década de los ochentas del siglo XX trabajos como el de Cornelius (1980) intentaban explicar los modos en que se daba la organización y representación de los habitantes en estas las colonias, para lo cual el investigador solía considerar primordialmente a los liderazgos masculinos (sobre todo aquellos vinculados a partidos u organizaciones políticas), dejando de lado la voz de aquellas mujeres que también formaban parte del proceso.

Posteriormente, a partir de algunas exploraciones etnográficas comenzó a describirse con más énfasis el trabajo de las mujeres en estos contextos, ya que sus prácticas a veces eran cruciales para la colaboración entre colonos (Vélez-Ibáñez, 1983). Estas situaciones por supuesto daban oportunidad a las organizaciones locales y al despegue de los liderazgos masculinos que investigadores como Cornelius (1980) encontraban.

A pesar de ello la participación de las mujeres se consideraba como una contribución extraordinaria, subordinada al marco del rol de amas de casa que suplía, acompañaba o representaba al jefe de familia. Sólo en condiciones extraordinarias se reconocía a las mujeres como jefas de hogar; igual que en el caso de los jóvenes la parte tomaba el lugar del todo, es decir, alguna características desacreditantes tomaba el lugar de las mujeres. En muchas experiencias de colonias informales eran vistas simplemente como suplentes de sus esposos, como mujeres vulnerables por ser madres solteras o viudas. En ese sentido, se les observaba en una condición menor, siempre detrás de las voces masculinas.

Hacia finales de la década de los ochentas del siglo XX trabajos como el de Alejandra Massolo (1992) dieron cuenta de las implicaciones de la participación femenina en el proceso de consolidación de colonias populares en la ZMCM. Massolo (1992) recogía diversas experiencias de participación de mujeres tanto en la lucha por la legalización de los solares como en la construcción de las viviendas y la coordinación de trabajos colectivos para la consolidación de infraestructura y servicios. Muchos trabajos de este tipo proliferaron abordando casos de colonias como Santo Domingo en Coyoacán (Lima, 1990) o en los varios asentamientos de Nezahualcóyotl (Núñez, 2018).

En lo que toca a este capítulo, nos interesa reconocer a las mujeres a partir de las categorías de género, como una categoría de análisis social desde la que también pueden describirse las dinámicas que de esta localidad. Me interesa sobre todo la forma en que las mujeres se apropian de espacio tanto público como privado, en un contexto en el que el fenómeno de la violencia está muy presente. Para ello recopilé algunas experiencias individuales que nos hablan de los mecanismos con los que las mujeres han tenido que enfrentarse cada vez que buscan participar de manera más activa en la consolidación de espacios públicos, más allá de la arena del hogar o la familia y posteriormente describo algunas experiencias concretas de mujeres que encuentran espacios de seguridad y confianza más allá del espacio privado.

5.1 La participación femenina en la consolidación de la localidad

En Ciudad Cuauhtémoc la participación de las mujeres en la discusión de los temas que se consideran públicos o comunitarios se enfrenta a múltiples resistencias, y difícilmente se reconoce la importancia de su papel a la consolidación de proyectos. Incluso en la actualidad cuando se hace el recuento de las acciones que sirvieron para el asentamiento formal de la localidad generalmente se reconoce la importancia de los líderes varones y se subordina el rol activo de las mujeres, aunque el trabajo de éstas últimas fuese no sólo mantener la vivienda sino también hacer habitable el entorno que la circunda.

Durante los primeros años era común que en los hogares con estructuras familiares tradicionales los jefes de familia hombres salieran a trabajar lejos la mayor parte del día, mientras que los niños y las madres se quedaban en la localidad. De esta forma eran ellos quienes terminaban reconociendo el territorio, los que se aventuraban a explorar lo desconocido y en última instancia los que tenían que idear soluciones para las necesidades inmediatas. Algunas vecinas como Clementina recuerdan todavía que cuando eran niñas visitaban el tiradero de basura junto con su mamá y sus hermanos. En ese entonces el tiradero se ubicaba también en las faldas del cerro Chiconautla y ahí se depositaban desechos de toda la ciudad, por lo que llegaba una gran variedad de artículos.

Para Clementina como para muchos otros niños, el tiradero más que un riesgo representaba una fuente de juguetes y entretenimiento, mientras que para sus madres era una fuente de enseres domésticos e incluso de víveres que recién habían caducado y que consideraban en buen estado para alimentarse. De tal forma que estas mujeres y niños cumplían cierta función de recolección, que era útil no sólo para apoyar las condiciones de sobrevivencia física de la familia, sino también como una forma de abrir y extender el dominio del nuevo espacio, pues, se aprehendía el territorio y éste dejaba de ser una mole oscura e indómita; se reconocía a la gente y se estrechaban lazos.

No era extraño que madres e hijos fueran los principales asistentes a los eventos que organizaban partidos políticos u otro tipo de actores sociales locales como los religiosos. Aunque estas asistencias resultaban útiles en determinados momentos, generalmente se les acusaba (y se les sigue acusando) de ser “chismosas” por acceder a participar en este tipo de eventos. No obstante, este otro tipo de exploración a veces también proveía de alimentos y enseres domésticos, además de que les permitía reconocer a los actores del mundo de la política local o a los líderes comunitarios de instituciones como la iglesia. Si bien, en el caso de los políticos esto acarrearba dinámicas de enganchamiento en relaciones clientelares (intercambio de favores políticos por beneficios puntuales) también era la forma en que los sectores populares se vinculaban no sólo con partidos políticos sino también con las estructuras de gobierno y sus funcionarios (Schröter, 2010).

Un poco más adelante en la consolidación de la colonia, la falta de recursos económicos también llevó a muchas de estas mujeres a emplearse en el mercado informal local, mismo que suele llevarse cabo en la vía pública. En estos casos podía tratarse de la venta de comida en las cercanías de la vivienda o de un punto de venta en el circuito principal. Al final estas actividades terminaron formalizándose y creando parte de la dinámica de los corredores comerciales que hoy se pueden reconocer. Por ejemplo, la madre de Lubina, quien hace pocos años falleció, es recordada por sus hijos con gran afecto porque desde las puertas de su casa intentó establecer distintos tipos negocios; principalmente una tienda y un local de comida, dando con ello no sólo la pauta del comercio que sus hijos seguirían, sino construyendo los lazos sociales que en la actualidad les siguen dando arraigo en esta localidad.

En todos estos casos las mujeres y sus rutinas cotidianas fungían como traductoras del territorio. A través de sus exploraciones, de los usos operativos que le dieron a cada nuevo elemento encontrado fueron construyendo las primeras nociones de lugar, más allá del simple reconocimiento del espacio. Para autores como Tuan (2001) lo que distingue la noción del espacio de la noción de lugar es que este último, a diferencia de la abstracción que puede llegar a

representar el primero, implica emociones que fundamentan seguridad y confianza. Dicho de otro modo, los lugares son esas espacialidades territoriales a las que les atribuimos un valor afectivo. En ese sentido, las prácticas de estas mujeres marcaron de manera íntima la experiencia familiar de lo vivido, logrando que algunos elementos seleccionados de su experiencia en estos nuevos territorios se convirtieran en elementos discursivos que marcarían la identidad personal de muchos habitantes actuales de Ciudad Cuauhtémoc. Por ejemplo, los viajes de exploración al basurero más que ser recordatorios de la precariedad familiar son memorias que muchos adultos en la localidad comparten con cierto afecto, como evidencia de su capacidad de adaptación.

5.1.1 La subordinación de lo femenino

Hacia la década de los ochenta, cuando esta colonia se iniciaba, hubo una cierta influencia de agrupaciones de mujeres que provenía de otras experiencias de organización colectiva. Esto porque algunas nuevas residentes en algún momento de su trayectoria laboral se encontraron con la organización de costureras que apareció después de los sismos de 1985 y que buscaba defender sus derechos laborales frente a la indiferencia de los empleadores en la crisis del sismo. Es posible que estas experiencias influyeran en la creación de organizaciones como el “Frente Cívico Femenino de Ciudad Cuauhtémoc”, una organización que tuvo una presencia fugaz en esta localidad pero que atestiguó la influencia de este tipo de procesos (Álvarez, 1997: 117).

No obstante, los distintos modelos de apropiación del territorio (invasión colectiva o compra informal individual) reproducían en muchos casos estereotipos de género que no necesariamente cambiaban a partir de la integración de mujeres al trabajo colectivo. En general se trataba de estereotipos que limitaban y subordinaban la participación de las mujeres al dominio de sus esposos o de los representantes y líderes de organizaciones. Cuestión que no cambió cuando las instancias de gobierno comenzaron a organizar y regularizar los espacios ocupados (véase Zamorano (2007:166) y Salazar (1999)). Un caso que ilustra este tipo de dinámicas es el de Cristina, una vecina que llegó con la segunda gran

oleada de colonos, cuando CRECEM comenzó a fraccionar y organizar la zona de los barrios.

En ese entonces tenía 48 años de edad, era madre soltera de cuatro hijos y trabajaba en una fábrica de vestidos. Antes de llegar al cerro Chiconautla, Cristina rentaba una vivienda en la colonia Vicente Villada en el municipio de Nezahualcóyotl. Sus principales preocupaciones eran la manutención y educación de sus hijos, por lo que adquirir una vivienda era un sueño lejano que no le parecía accesible. Sin embargo, en esa época comenzó a participar en algunas movilizaciones sindicalistas organizadas por grupos de mujeres que se habían quedado sin empleo después del temblor de 1985. Dicha experiencia la fue dotando de nuevas capacidades, por lo que comenta que: “sentía una libertad, que podía hablar al tú por tú, ya sentía que no la regaba, ya sentía pues solidaridad. Entonces, fue cuando yo me vine para acá y empecé yo a estar aquí”

Estas primeras experiencias le permitieron cuestionar algunos límites con respecto a lo que podía y no podía hacer. Si bien su situación económica no había mejorado pues el terremoto la había dejado sin empleo formal después de participar en estos grupos ahora se sentía más confiada para comunicarse y se amedrentaba menos frente a las complicaciones. Fue en esa etapa que junto con algunas compañeras decidió comenzar a buscar algún terreno en venta para construir su casa. Buscaron primordialmente en la zona periférica de la metrópoli, hasta que Cristina encontró su oportunidad en las faldas del Cerro Chiconautla, un lugar donde con 35 mil pesos se podía hacer trato con un “coyote” para asegurar la adquisición de algún terreno para vivienda, que con el tiempo se consolidaría como la zona de barrios en Ciudad Cuauhtémoc.

Cristina cuenta que en ese momento ya sólo tenía el dinero del finiquito que le dieron después de que cerró la empresa en la que trabajaba, por lo que no estaba en condiciones para mudarse, sin embargo, preocupaba perder su terreno si no lo habitaba de inmediato, pues muchos afectados por el temblor también estaban solicitando vivienda en Ciudad Cuauhtémoc. Esto la obligó a instalarse por completo en la localidad, por lo que llegó a enfrentarse con los mismos problemas que todos los habitantes de esa época: vivienda muy precaria, falta de

servicios básicos e infraestructura y largas distancias para acceder a la zona donde solía tener empleo. Su experiencia en el sindicato parecía una ventaja en este contexto, pues, ella creía que se podría utilizar para participar de manera más activa y equitativa en la toma de decisiones y en la organización de tareas que se organizaban en esta nueva colonia.

El conflicto era que al principio ocuparse de la manutención de la familia y un trabajo formal como obrera no le permitía ocuparse de la construcción de su vivienda y tampoco mejoraban su situación económica. Por estas razones comenzó a buscar trabajo como empleada doméstica en distintas casa de la zona central de la Ciudad de México. Tomó esta decisión después de varios intentos fallidos para instalar un puesto de comida en la calle, justo afuera de su vivienda; una práctica muy recurrente en la colonia. El obstáculo más grande era las continuas disputas que tenía con el líder de su sección barrial. Según relata Cristina a éste no le gustaba su independencia y su participación tan activa incluso a pesar de que ambos eran militantes de una misma organización local de colonos. Problemas similares encontró en la organización de los lotes donde le tocó construir su vivienda. Dada la etapa de ordenamiento y regularización en la que se encontraba la localidad, CRECEM (la comisión estatal encargada) enviaba regularmente un arquitecto para supervisar una serie de instrucciones que los colonos debían seguir a la hora de construir en cada solar individual otorgado. Esto con la intención de que se respetara la estructura y funcionalidad de los espacios comunitarios que el plan de ordenamiento habían contemplado y que implicaban que a lo largo de las calles se construyeran plazas o patios centrales alrededor de las cuales se organizarían grupos de viviendas. Para cubrir estos requerimientos se realizaba una junta de vecinos por plaza, en la que se consideraba la participación del jefe de cada familia, que tradicionalmente era un hombre.

En este contexto, Cristina percibía que algunos jefes de familia se autoproclamaran representantes de la junta de vecinos de su plaza de manera arbitraria, sin votación o algún método de selección que los sustentara, cosa que ella cuestionaba constantemente. Cristina comenta que en ese contexto se sentía

amedrentada por su condición de madre soltera, sentía que este tipo de líderes autoproclamados ejercían juicios sobre la forma en que ella utilizaba sus materiales de construcción o que le cobraban cuotas sin justificación. Sin embargo, a pesar de este sentimiento, la falta de servicios de agua y luz la obligaron a negociar el apoyo de choferes de pipas y de vecinos cercanos para compartir cosas como el cable con el que se obtenían el servicio de luz de manera informal. Entonces, no sólo debía ir a trabajar a largas distancias de la localidad, en un trabajo que si bien estaba mejor pagado le ofrecía menos prestaciones y derechos laborales, también tenía que mantenerse alerta de las decisiones de una junta de vecinos que solía dejarla de lado, asegurar la dotación de agua ofreciéndole un desayuno todos los días al conductor de la pipa y convencer contantemente al vecino, ofreciéndole pagos, para que le compartiera un cable de luz.

Estos y muchos pequeños detalles eran parte de una serie interacciones entre hombres y mujeres que Cristina cuestionaba constantemente, pero que no encontraban ecos en el resto de sus vecinas. Además, como en muchas colonias de autoconstrucción de la época, el trabajo comunitario se organizaba por faenas, situación que daba pie a que se emularan estructuras caciquiles de las que se beneficiaban algunos líderes que solían ser militantes o miembros de alguna organización o partido. Si bien Cristina también era miembro de una organización de este tipo, a pesar de sus esfuerzos, su voz no tenía el mismo peso que la de sus compañeros. Con el tiempo algunos servicios e infraestructura se consolidaron, y aunque Cristina siguió militando ya no esperaba grandes resultados, pues con los años ha observado como los líderes y sus relaciones partidistas fueron acaparando los espacios de decisión.

Lo emblemático del caso de Cristina es cómo su experiencia en la organización de mujeres costureras de la empresa donde trabajó tiene gran impacto en su historia personal. No obstante, al llegar a Ciudad Cuauhtémoc la informalidad en los tratos y su condición de madre soltera la colocaban en una posición de vulnerabilidad. Pero no se trataba sólo de las complicaciones habituales que todos los vecinos fueron enfrentando, sino de los cuestionamientos

constantes a su persona, por ser una mujer sola que no se correspondía con el estereotipo que se esperaba de ella. Cuando relataba esta historia a ella le parecía que lo que se esperaba es que fuera una mujer sumisa, agradecida por los favores que sus vecinos y compañeros militantes le ofrecían. Para construir su vivienda, para hacerse cargo de un puesto de comida, para cuidar a sus hijos, para fungir como representante de su familia ante la junta de vecinos, Cristina tuvo que enfrentar todos los días estos conflictos.

5.1.2 Estrategias de reposicionamiento femenino

En Ciudad Cuauhtémoc es común escuchar comentarios que señalan que una mujer correcta se ocupa de su casa, que no anda en la calle y cuida sobre todo de sus hijos. Sin embargo, estos principios casi siempre se enfrentan con contradicción en la vida cotidiana de las mujeres de esta localidad, pues a menudo tienen que salir de la casa a vender o a buscar algún tipo de ingreso que les permita complementar los recursos de la casa. Esto a pesar de que en muchos casos ellas mismas consideran que la calle no es el lugar correcto para ella, no sólo por un tema de seguridad pública, sino también por un tema de moralidad. Estos estereotipos de género que tanto hombres como mujeres comparten también suelen cuestionar a las mujeres que más allá de sus deberes cotidianos se mueven libremente en espacios abiertos al tránsito público como las calles y los jardines o plazas. Por esta razón, suele escucharse que si en algún momento son víctimas de algún tipo de violencia ellas son las responsables, por haber traspasado estos límites que constriñen a las mujeres a los espacios privados de la casa.

De tal forma que para muchas mujeres es necesario negociar constantemente con estas limitaciones, reformular los atributos y las características, que se le adjudican según los distintos roles de lo femenino que corresponden con su edad. Por ejemplo, reconsiderar de manera pragmática el rol de madre que supone que su principal labor debe ser el cuidado de los miembros de la familia; es decir, se trata de hacerse de estrategias que les permitan reposicionar su presencia como mujeres en el espacio público. Lo cual significa,

no sólo negociar con los otros sino también con la propia imagen que de sí mismas tienen algunas mujeres. En ese sentido es que para muchas mujeres acceder a una vida comunitaria más activa también pasa por un cambio en la imagen que de sí mismas tienen.

Imagen 1. Hermana María dirigiendo una procesión de niños



Fuente: Fotografía tomada en el Barrio 2 en abril de 2019.

Un caso interesante es el de “la hermana María”, quien es originaria de una comunidad rural en Puebla. Ella lleva más de la mitad su vida viviendo en esta localidad. Según relata, los primeros recuerdos de su infancia son de sus hermanos, de su

mamá y de su comunidad, en una época en la que se sentía muy expuesta al peligro de la violencia sexual, pues la primera vez que un hombre se acercó a ella tenía nueve años. Se trataba de un tío político que previamente había emborrachado a su mamá para que no lo detuviera. María relata vivamente este acontecimiento haciendo gran énfasis en la oscuridad de la noche, la luz de la luna, sus propios gritos, el ladrido desesperado de los perros y la voz de los vecinos que salían a rescatarla cuando la escucharon gritar. María rememora ese día cuando trata de explicarle a otros el significado de la palabra comunidad, pero también bienestar y protección.

Cuenta que a los 16 años se casó con muchas expectativas, pero muy pronto se encontró con un esposo violento y alcohólico, con el que no sabía cómo lidiar, porque, a su parecer, ella misma tenía problemas para controlar su temperamento. Para cuando se instaló con su esposo en Ciudad Cuauhtémoc tenía seis hijos y ejercía el rol de una madre tradicional que sólo se dedicaba al cuidado de sus hijos. Hubieran continuado con la misma dinámica por mucho

tiempo, pero a principios de los años dos mil María tuvo contacto, por vía de una de sus hermanas, con el culto católico de la “Llamita de Amor”, una advocación de la virgen de Guadalupe que le sirvió para reformular los términos en los que cuenta esta historia.

A través de esta influencia María conoció lo que en la jerga religiosa se llama “liberación”; momentos de trance en los que los creyentes gimen, lloran, y en ocasiones hablan en lenguas indistinguibles. Estos rituales son muy populares en Ciudad Cuauhtémoc y quienes los practican aseguran que es un método efectivo para liberarse de los males de consciencia que los aquejan. Según comenta su vida cambió por completo a partir de ese momento, pues al acercarse a la iglesia católica le parecía que su historia de vida se parecía la de la santa patrona de la parroquia del Barrio 2 (Santa Rita).

No mucho tiempo después comenzó a utilizar un hábito de monja y hacerse llamar hermana María; a pesar de continuar casada y tener seis hijos en edades adultas. Según su relato, hizo este cambio porque un día Dios le habló y le pidió que utilizara sayal, hábito y cinturón de castidad, además de comenzar a marcarse los estigmas en las frentes. Desde entonces María comenzó a participar de manera muy activa en la iglesia católica; dejó de ser sólo ama de casa y comenzó a apoyar a los sacerdotes con las misas, a enseñar catecismos a los niños, apoyando con trabajo a las pastorales religiosas; sobre todo a la pastoral penitenciaria que trabaja con reos preliberados del penal de Chiconautla.

Actualmente, mucha gente de la localidad sigue a la “hermana María”, sobre todo porque el hábito la distingue del resto de las catequistas y ministros religiosos que participan con la iglesia. Sin embargo, la fama y carisma de María también le han ocasionado conflictos con los sacerdotes de las parroquias locales, ya que a pesar del servicio que les presta, el uso del hábito causa un fuerte impacto en los seguidores católicos y le da una independencia que no siempre les agrada. Por esta razón, eventualmente le piden que comience a vestirse como el resto de los ministros: con ropa “mundana”, reboso, falda y blusa blanca. El problema es que para “la hermana María” dejar el hábito implica una fuerte crisis identitaria, porque no sólo se trata de una faz que la distingue del resto de

ministros, es también el rostro con el que socializa, es el discurso de lo que ella llama penitencia, que se materializa también debajo del hábito con las marcas del sayal y el estigma sangrante de la frente.

Para María estas señales son necesarias, pues, son la evidencia de su compromiso no sólo con el concepto abstracto de Dios sino también con su comunidad. Es como si hubiera extendió su rol madre o de cuidadora del hogar hacia la gente que la sigue, pues a menudo se le puede ver otorgando bendiciones, organizando grupos de oración u actividades festivas, así como el apoyo para los reos del penal de Chiconautla. De esta forma ha consolidado una red de seguidores que ha resultado más efectiva que el apoyo de los sacerdotes mismos, pues le permite negociar y justificar su presencia en la escena pública, infundir respeto entre sus seguidores, protegerse del alcoholismo de su esposo y de la violencia que la amenaza todos los días en el tránsito cotidiano de la calle. Con esta estrategia, la hermana María logra habitar un espacio que incluso para el párroco local es inaccesible porque se le considera peligroso.

Ese es precisamente el caso de los terrenos ubicados en la Nueva Ampliación Magdalena. Una colonia en proceso de formación que si bien se proyecta como un lugar para la vida familiar, actualmente es un lugar hostil para muchas mujeres, pues, como hemos visto el cerro y los terrenos baldíos son lugares donde frecuentemente se encuentran personas muertas. Justamente, a principios de 2019 el cuerpo de una joven había sido encontrado con marcas de violencia sexual en las cercanías de estos terrenos. De tal forma que para cualquier mujer es difícil acceder a estos territorios sin sentir inseguridad e incertidumbre. Sin embargo, la hermana María no sólo ha logrado avanzar en la construcción de una casa particular, también ha conseguido que los fraccionadores donen un pequeño terreno para construir una capilla dedicada al culto de “la llamita de Amor”.

La capilla es actualmente una construcción precaria con techo de lámina a la que los sacerdotes locales no siempre pueden asistir, sin embargo, los servicios religiosos si son regulares, a pesar de que María no es precisamente una monja de convento. De esta forma, el camino a la capilla poco a poco va tomando forma

y se va convirtiendo en una ruta de paso cotidiana. Todos los domingos el patio principal de la pequeña construcción se convierte en el lugar de catecismo para los niños, en lugar de verbena para los adultos que asisten con ellos y para los comerciantes que aprovechan estas horas para vender caramelos, bebidas y alimentos. Quizá en el futuro, cuando se haga el recuento de cómo se consolidó la Ampliación Magdalena se recuerde a los colonos, los fraccionadores y los sacerdotes, y tal vez la Hermana María quedé en segundo término, sin embargo, ella es la principal organizadora y promotora de estos pequeños actos que le dan forma y estructura al espacio local.

La experiencia de vida de María muestra cómo gran parte de su identidad como mujer está atravesada por distintos tipos de violencia y agresión, mismos que tuvo que sortear desde pequeña. Sin embargo, son estos mismos orígenes (la ruralidad, la pobreza, los conflictos matrimoniales, etc.) los que le han dotado de elementos para emprender formas de organización y apoyo comunitario efectivos en Ciudad Cuauhtémoc. Sin embargo, en el fondo María no está cuestionando los roles de género, ni los prejuicios e imágenes pre elaboradas que recaen sobre éstos, pero sí está haciendo un trabajo de resignificación de su presencia, de su imagen pública y con ello renegociando su capacidad de acción.

Con estos cambios ha logrado extender su rol de cuidadora en el ámbito de lo doméstico hacia el resto de la comunidad, proponiéndose a sí misma como la cuidadora espiritual de una población que se identifica con ella. En este sentido, los continuos roces que tiene con los sacerdotes locales se desprenden de su independencia con respecto a la institución religiosa, de su capacidad de aproximarse de manera íntima a la población más allá del sermón parroquial que les habla desde la lejanía del pulpito dominical.

5.1.3 Espacios comunitarios para públicos específicos

Mientras los niños estudian catecismo, las madres se reúnen para organizar el almuerzo, para compartir noticias, vivencias, bromas. Muchas de ellas se conocen desde antes, porque sus hijos asisten a las mismas escuelas o están en los mismos grados escolares. Casi todas vienen de la zona de barrios, una de las

más afectadas por los ataques a las rutas de transporte público y por las ejecuciones llevadas a cabo por los renteros (extorsionadores locales). Se reúnen en la capilla improvisada de la hermana María debajo de lonas de nailon, en viejos asientos de madera o plástico que ocasionalmente ellas mismas traen. Todos los domingos hacen este esfuerzo de salir de sus casas y subir por las laderas polvosas del cerro hasta la Ampliación Magdalena, a pesar de que es una zona solitaria en la que empiezan a construirse casas en lotes fraccionados de manera informal. No sólo asisten porque aquí se ofrece un servicio de catecismo para los niños, sino porque mientras los niños descansan la hermana María suele hacer oraciones especiales para las madres que así lo solicitan.

De esta forma, las rutinas que la hermana María ha implementado todos los domingos a las diez de la mañana, han provocado que al menos temporalmente el cerro deje de ser un lugar poco transitado y hostil. Eventualmente, convierte uno de estos solares informales en una plaza abierta a la que cualquiera tiene acceso: los padres de familia, los niños, los vendedores y los vecinos que trabajan en sus terrenos. Pero no sólo se trata de un espacio físico que se abre al tránsito, es también un lugar de convivencia, de verbena, en el que las madres de familia y ocasionalmente algún padre tienen oportunidad de conversar desenfadadamente: sobre el clima, la comida, los problemas de transporte, la vida cotidiana.

Si bien no se trata de un espacio reconocido con formalidad jurídica y no está definido por el ordenamiento de estado, sí que mantiene las características básicas de un espacio público; un lugar donde las voces comunes se encuentran, dónde los pesares de la vida privada se detienen y se comparten. Es un lugar donde un público definido se da cita, un público eminentemente femenino, que conversa sobre temas que generalmente discurren entre los cuidados de los hijos y las labores de la casa. La mayoría de estas mujeres han elegido por encima de otras opciones llevar a sus hijos con María para que aprendan el catecismo; eligen esta opción por el efecto carismático que la hermana María desprende de su hábito. Sin embargo, muchas de ellas se conocen desde hace tiempo, por ejemplo, para mujeres como Fatima estos son los espacios donde reafirma

relaciones de vecindad que ya tiene, pero también es un lugar donde conoce gente nueva.

Con el paso del tiempo, incluso antes de la capilla de la Ampliación Magdalena, la hermana María ha ido construyendo una geografía religiosa que es alterna a la marcada por la institución oficial católica. Ha ido colocando cruces de madera de cinco metros de altura para indicar los lugares de refugio y oración a sus seguidores. Por supuesto, mantener vivos estos espacios ha sido una negociación constante, con su familia para convencerlos de hacer parte de las actividades del día en la pequeña capilla; con los sacerdotes para validar el catecismo que enseña a los niños; con los nuevos habitantes de la colonia para que le ayuden con pequeños favores para sostener las necesidades de la capilla; con los fraccionadores para demostrarles que una capilla en este lugar es necesaria.

En estas negociaciones el hábito y el discurso de lo femenina han sido muy importantes, pues se conectan con la narrativa de la identidad subjetiva de otras mujeres y abren la posibilidad de consolidar espacios físicos específicos donde se dan cita los diálogos entre estas subjetividades. Esta es la función que cumple esta especie de atrio que aparece de manera intermitente alrededor de María; se convierte en un lugar de encuentro para un público definido. Les da a estas mujeres un grado de certeza y seguridad temporal frente a la incertidumbre que se desprende de los eventos de criminalidad y violencia que son tan recurrentes en esta localidad.

5.2 Entre la violencia de género y las calles

Numerosos estudios señalan que en las relaciones de género la violencia contra las mujeres suele ser el caso más recurrente, debido a la subordinación de lo femenino que suponen estas relaciones. Para De Barbieri (2004) esto se debe fundamentalmente a que las relaciones de género como sistema constituyen uno de los ejes más importantes de desigualdad y estratificación social. Por ello esta autora señala que a lo largo de la historia occidental a las mujeres se les ha asociado con el espacio doméstico, como una forma de mantenerlas bajo el

dominio masculino. Como resultado las expresiones de violencia que las mujeres padecen suelen ocultarse al quedar etiquetadas como asuntos privados o ser consideradas su propia responsabilidad por romper la norma básica de subordinación y sometimiento al incursionar en el espacio de público. En esto estriba la violencia que se desprende de la noción de dominación masculina.

Para Bourdieu (2000) la “doxa”, entendida como el conjunto de principios axiomáticos con el que cimentamos nuestro conocimiento del mundo práctico (y que generalmente abrazamos de manera inconsciente); es el mecanismo que permite que la dominación masculina se presente como algo naturalizado. De tal forma que la íntima relación que existe entre conceptos como masculinidad y espacio público pasen desapercibidos en la vida práctica, lo cual implica que el espacio público sea considerado como dominio de varones por naturaleza, mientras que para las mujeres es apenas lugar de tránsito. Por esta razón, no es extraño que en localidades como Ciudad Cuauhtémoc subsista la impresión de que para las mujeres hay más seguridad en el espacio público si un hombre las acompaña o que son acreedoras de las distintas expresiones de violencia toda vez que no cumplen con los roles de género que se les ha asignado. Incluso es común escuchar en los comentarios cotidianos sobre cómo es que las madres son en parte responsables indirectas de los problemas de violencia que se viven en las calles locales, pues, idealmente ellas están a cargo de la educación moral de los hombres, y por ello, cuando no “cuidan” y “educan” a sus hijos son responsables; incluso cuando se trata de adultos que ejecutan acciones criminales.

Esta diferencia de acceso al espacio público puede verse incluso en las pintas de las calles de Ciudad Cuauhtémoc, que suelen dar voz a los distintos procesos subjetivos de asimilación del espacio que viven los varones antes que los procesos de las mujeres. Esto es notable sobre todo en el caso de los varones jóvenes, de quienes encontramos representaciones plasmadas que nos hablan de sus imaginarios de lo masculino, que hacen alusión a la fuerza y en ocasiones a cierto heroísmo trágico que señala las dinámicas que se viven en las calles. Quizá lo más notable es que no deja de tratarse de representaciones circunstanciales, ancladas en la sensación de marginalidad que se vive en la localidad, pues, están

sujetas a continuos diálogos con la muerte y el azar; aspectos frente a los cuales la imagen del “hombre” se representa como indomeñable.

Imagen 2. Pinta en una barda callejera de la Sección Quetzalcóatl



Fuente: Imagen rescatada de Google Maps, abril de 2019.

Hay también, asociado a lo masculino una serie de símbolos que aluden primordialmente a la suerte o al designio divino, las cuales se presentan sobre todo cuando se trata conmemorar el fallecimiento de alguien. Tal es el caso de la siguiente imagen (Imagen 3), donde podemos observar una mano esquelética que arroja los dados, señalando la suerte, mientras dos bufones que oscilan entre la risa y el llanto acompañan lado a lado a la figura central que parece representar al homenajeado. El conjunto remata con la imagen de una pequeña lápida que dice “Descansa en paz”.

Esta pinta por ejemplo porta los símbolos de la corriente “South Side Soldiers Chiconautla”, una corriente juvenil que mantiene una identidad asociada

al Gangsta Rap originario de Chicago. Desde esta corriente la imagen de juventud que se refleja es la de los jóvenes desalentados del mercado de laboral, sin perspectivas de inclusión en el sector educativo; “soldados”, como los llaman, un recurso disponible para las “misiones”, es decir, las prácticas de dominación y fuerza que buscan mantener el control sobre el territorio.

Imagen 3. Pinta en un barda callejera del Barrio 2



Fuente: Imagen rescatada de Google Maps, abril de 2019.

En ese sentido las representaciones de lo masculino plasmadas en las calles de Ciudad Cuauhtémoc nos hablan de una masculinidad joven, marginal, expuesta a la muerte, cuya mejor oportunidad de realización se encuentra en la dominación y control de la calle misma. Por lo que dichas imágenes dialogan con el imaginario del “chavo narco” del que hablan los profesores de las escuelas locales o la del “hombre agresivo” que es una imagen que tiene mucha presencia entre los vecinos de la localidad. De igual forma, las pintas nos hablan de las agrupaciones que en esta misma dinámica de la calle plasmas sus nombres como una manera de hacer suyo el territorio. Hoy en día incluso se pueden encontrar nombres de bandas juveniles que subsisten desde los primeros años de la colonia, sobre todo en bardas y paredes cercanas a las escuelas secundarias donde parece que estas identidades se mantienen vigentes (Imagen 4).

Imagen 4. Pintas de bandas juveniles frente a una secundaria del Barrio 3



Fuente: Imagen rescatada de Google Maps, abril de 2019.

Este es el tipo de escenario con el que se encuentran las mujeres cotidianamente. Para ellas, en contraste, el espacio público es en general un lugar de tránsito temporal. Aunque en ambos casos funciona también como lugar de trabajo y encuentro, la forma en que se socializa es distinta según el género. Mientras que en el caso de los hombres nos encontramos con narraciones épicas, para las mujeres su presencia se asocia más con el deber, con el tránsito asociado a él. En los diálogos de barda su figura se presenta únicamente en el marco de la familia o de la pareja. Casi nunca encontramos imágenes de mujeres específicas, como si ocurre con las historias de los jóvenes de esquina. En su

Imagen 5. Altar a la Santa Muerte ubicado en la Sección Tláloc



Fuente: Imagen rescatada de Google Maps, abril de 2019.

lugar nos encontramos con algunas representaciones de lo femenino, que pueden ser advocaciones ominosas o sagradas que dominan ciertas calles como la Santa Muerte o representaciones de la madre doliente que circunda alrededor del joven que ha muerto. En ese sentido, las advocaciones de lo femenino que se pueden leer en el espacio abierto al tránsito de todos suele identificar a las mujeres como compañeras o cuidadoras, pero difícilmente la subjetividad femenina está en el centro de sus representaciones. Es más, cuando se les representa, las mujeres son vistas como objetos para la recreación o para descargar la furia y la agresión contenidas.

5.2.1 El cuerpo femenino como blanco de la violencia criminal

En Ciudad Cuauhtémoc la violencia de género que afecta primordialmente a las mujeres se puede observar cuando ocurren eventos como el de mayo de 2019. Esa mañana la policía y un grupo de peritos llamaron la atención de los vecinos al estacionarse frente a una casa del barrio. Al poco rato un vocero, un vendedor de periódicos de nota roja, anunciaba el asesinato de una mujer en ese domicilio³⁵. El periódico relataba la historia de una pareja joven, en sus treintas, que tras una disputa doméstica termino apuñalándose. Según se escucha comentar entre los vecinos la pareja estaba en proceso de separación pero ya tenían cinco hijos, por lo que tenían continuas peleas por la custodia. Ese día tras la discusión ambos terminaron con heridas graves de cuchillo, pero sólo él sobrevivió.

Ese fin de semana el sacerdote local dio un sermón haciendo alusión al tema enfatizando los valores de la familia, el respeto, el control de la furia, pero nada más. Una vez que el evento se hizo público comenzaron los comentarios valorativos entre vecinos. En las conversaciones cotidianas se recordaban casos parecidos, como el de otra vecina que también murió a manos de su esposo, sin embargo, más allá de la euforia del acontecimiento parece que se trata de un tema trivial porque la opinión general es que “quizá fue culpa de ella” como en muchos otros casos de los que se hace semblanza. Con este tipo de argumentos se deja

³⁵ Véase: <https://noticieros.televisa.com/ultimas-noticias/muere-mujer-apunalada-exmarido-ecatepec-edomex/>

entrever el argumento de que son las propias mujeres las responsables de esos actos a pesar de ser ellas las principales víctimas: quizá salió a la calle a deshoras “sabiendo lo feo que está por aquí”, tal vez “provocó al marido” o simplemente “quién sabe con quién andaba”.

Estos argumentos las responsabilizan de ser las provocadoras de estas situaciones de hostilidad y las cuestiona porque han fallado en su rol de madres y educadoras, incluso de sus agresores. En este contexto, el feminicidio suele ser considerado como cualquier homicidio doloso y se deja de lado el peso del género como categoría social, porque suele normalizarse con el argumento de que el número de mujeres asesinadas es poco relevante si se le compara con el número de muertes de hombres en la misma entidad. Así, suele culparse a las mujeres por la propia muerte violenta.

Sirva como ejemplo el caso de una familia en la zona de plazas que tuvo que mudarse porque su hija fue atacada por su pareja. Según comentan los vecinos esa tarde el esposo de la joven la convenció de salir a pasear y después de eso no se supo nada más de ella. La mayoría recuerda a este esposo joven preguntando por ella, hasta que una tarde un vecino que pasaba por un terreno baldío cercano a su casa vio salir desde un montón de basura apilada la mano de alguien que se agitaba. En cuanto la gente escarbó se encontró con una mujer mal herida a punta de machetazos que rápidamente llevaron al hospital. Una vez que se supo de quien se trataba el esposo de la joven desapareció. Al poco tiempo la familia se mudó de domicilio por temor a que el esposo de la joven volviera a buscarla. Verdad o mito, lo interesante es lo que las personas comentan cuando refieren esta historia. Quienes me compartieron este caso, a pesar de lo terrible, encontraron excusas para justificar los actos de este esposo: que si lo engañaban, que si ella no lo atendía, que si era una mala esposa, entre otros.

Lo mismo ocurre con otras historias donde parejas matan a sus esposas y hay otras mujeres involucradas. Por ejemplo, otro vecino de esta localidad fue a la cárcel por asesinar a su esposa. No obstante, los vecinos suelen juzgar el papel de la suegra de esta mujer, porque según se murmura estaba presente mientras todo ocurría y para proteger a su hijo no denunció nada. Cuando esta historia se

relató los comentarios difícilmente juzgaban el papel de quien asesino a la mujer sino el papel de la madre, a la que se responsabilizó por los actos de su hijo y por no haber hecho nada en el momento en que su nuera estaba muriendo.

Cuando una mujer aparece muerta y otras mujeres tienen suficiente intimidad para comentar, simplemente se murmura si era una mujer de la localidad o si, como muchas otras veces, se trata del cuerpo de alguien desconocida que fue arrojado a la parte más alejada del cerro Chiconautla en los límites con el municipio con Tecámac. Este tipo de experiencias son frecuentes sobre todo en los terrenos de la Ampliación Magdalena donde hay pocas personas viviendo y no existe suficiente vigilancia. Por eso a la gente que construye en este nuevo territorio no sólo se preocupa porque le roben algún tipo de artículo que deja en su nuevo domicilio, suele apresurarse cerrar la construcción precisamente porque mientras no haya más habitantes este tipo de hallazgos pueden ocurrir cerca de su casa o incluso dentro.

A esto hay que agregar la desaparición de mujeres que se ha vuelto tema central en todo el municipio de Ecatepec. Hacia 2021 el municipio tiene al menos dos Alerta por Violencia de Género (AVG), no sólo por los acontecimientos violentos, sino como resultado de la presión que distintas organizaciones civiles realizaron a causa del alza de feminicidios en todo Estado de México y en especial en este municipio³⁶. En 2016 en Ciudad Cuauhtémoc hubo incluso una marcha que avanzó hacia el palacio municipal con la finalidad de que se tomaran medidas debido a la muerte de nueve mujeres en el periodo corto de un mes.

Aunque la denuncia de este tipo de actos trae consigo el término feminicidio, este arroja poca luz para adoptar un enfoque de género, ya que las medidas parecen corresponder con la idea de víctimas sorprendidas en el espacio público. Se pierde de vista la relación que las víctimas suelen guardar con sus agresores. Esto causa que entre las mujeres locales haya una predisposición a percibir las calles como lugares hostiles en los que hay que cuidar sobre todo las

³⁶ Véase Observatorio Ciudadano Nacional del Feminicidio en <https://www.observatoriodefemicidiomexico.org/>. Actualmente, se han activado dos AVG en el municipio (en 2015 y 2019) ante la falta de acciones de contención por parte de las autoridades municipales

formas de interacción y tránsito; temiendo siempre la presencia de un agresor despersonalizado.

Esto se acentuó porque particularmente 2016 fue un año en el que se padeció un fenómeno de extorsión generalizado, mismo que los habitantes sufrieron principalmente en el uso del transporte público cada tarde, hasta que los transportistas aceptaron pagar un derecho o renta a los grupos de extorsionadores que los asediaban. Lo mismo ocurrió con los principales dueños de establecimientos comerciales, a quienes se dirigió una estrategia puntal en la que se agredió a sus trabajadores y arrendatarios en caso de contar con locales comerciales en renta. En esos casos se trataba de asesinatos con una bala en la frente, todos ejecutados por un sujeto desconocido. En consecuencia, se agredió a médicos de manera directa, se asesinó y amedrentó a los choferes de las principales rutas de transportes locales y a una mujer ubicada en las casetas de cobro de la ruta.

En ese contexto, las mujeres (muchas trabajadoras que por cuestiones circunstanciales estaban presentes en locales comerciales) fueron ejecutadas en actos que en apariencia eran azarosos. Por supuesto esta situación intimidó a los pobladores que hasta ese momento se negaban a pagar el derecho de piso. De ser así, la muerte de las mujeres sirvió como un símbolo de advertencia, sus cuerpos se convirtieron simplemente en objetos en los cuales escribir, se le negó singularidad e identidad, porque sus rostros no importaban y se les presentó como seres desechables. El tema es que si bien, en esta localidad la violencia contra las mujeres no es algo nuevo, utilizar su asesinato como una estrategia para dominar y subordinar a la población si lo es. A partir de estos acontecimientos el temor al rapto, la ejecución, la violación o la agresión sexual que ya estaba ahí se agudizó.

Por ello, las conversaciones cotidianas sobre este tema del feminicidio no necesariamente advierten sobre relaciones de pareja nocivas, sobre violencia doméstica o sobre acoso en el trabajo o la escuela. Las conversaciones están llenas de consejos para transitar por el espacio abierto a todos. El temor entre las mujeres de esta localidad está fijado en un ente extraño que transita por las calles y que las sigue para intentar hacerles daño. En ese escenario el mejor consuelo

parece ser visualizar siempre una ruta de escape por donde correr en caso de peligro, identificar vecinos o casas donde se podría pedir ayuda; además de ubicar las calles que es mejor no transitar o identificar personas con las que es mejor no interactuar. En consecuencia, el tránsito por algún terreno baldío, por las calles oscuras, el saludo cotidiano que se intercambia con los transeúntes o vecinos en el camino de regreso a casa son oportunidades para tener presentes estos aspectos y limitar más la libertad de las mujeres en el espacio público.

Cuando estas conversaciones se llevan a cabo casi siempre se hace referencia a alguna vecina o conocida que desapareció, que murió de manera violenta o que fue agredida en la calle. Por esa razón, son casi siempre las mujeres de la propia casa las que limitan a otras mujeres de su mismo grupo; las desalientan de participar en actividades abiertas al espacio públicos de su localidad, pues consideran que esto las expone a un gran riesgo.

5.2.2 Miedo e inseguridad en el espacio público

Imagen 6. Niños estudiando catecismo con la hermana María en la Ampliación Magdalena



Fuente: Fotografía tomada en la localidad en abril de 2019.

El temor a ser víctima en la calle produce en algunos hogares una fuerte resistencia a que las mujeres jóvenes transiten libremente sin ser acompañadas. Esto fortalece una dinámica de encierro en la que se refuerza la idea de que la calle y los espacios públicos dentro de la localidad no son para las mujeres. Ello culmina en alentar a las más jóvenes, no sólo a tomar las medidas de precaución necesarias para

llegar a salvo a casa, sino a considerar los espacios públicos únicamente como lugares de tránsito. Así, la calle se convierte en un lugar en el que no hay razón para detenerse a observar el panorama; se transita por ella con el único objetivo de llegar al trabajo, la escuela, o salir a las labores necesarias. Por tal motivo, para las mujeres la apropiación del espacio se limita a una rutina escueta que enmarca sus oportunidades de recreación en espacios limitados de la colonia.

Para muchas madres de familia, este miedo a la desaparición de las más jóvenes funciona también como una manera de control y un recurso para establecer una estrategia de hipervigilancia, que regularmente refuerza cánones de moralidad y control tradicionales. Desde esta perspectiva, enseñan a sus hijas a usar los espacios de la calle llevando a cabo un ejercicio obsesivo de observación (sobre los rostros de los transeúntes, los espacios y las interacciones) con el único objetivo de visualizar potenciales peligros. En este ejercicio se suelen reproducir estereotipos de género negativos como: “caras de drogadictos”, “apariencias de vagos”, “grupos de mafiosos”, “borrachos potencialmente agresivos”, “mujeres de la calle”. Estas visualizaciones en el ejercicio de transitar se acompañan de instrucciones tales como “camina más a la derecha porque ese tiene cara de drogadicto”, “No te acerques mucho a ese carro porque esos parecen mafiosos” “no llegues nunca tarde” “no puedes salir porque ya sabes cómo está todo por aquí”, etc.

De esta forma, la calle se convierte en un lugar donde se materializan los miedos y en un motivo para que las mujeres practiquen el espacio local de una forma retraída, siempre a la defensiva. En contraparte, los espacios interiores de la casa adquieren gran relevancia y se vuelven el principal espacio de recreación subjetiva. Sin embargo, el resultado de trazar esta dicotomía del espacio tan rígida produce generalmente descontentos e intentos de rebeldía entre las hijas adolescentes. Lo cual incrementa a la larga el miedo y la tensión al interior de los hogares, mismo que se complejiza cada vez que alguna compañera de la escuela o vecina desaparece, cosa que no es poco común en esta localidad.

El segundo efecto es que se limitan las posibilidades interacción y por ende de organización entre mujeres más allá de las necesidades inmediatas, pues se

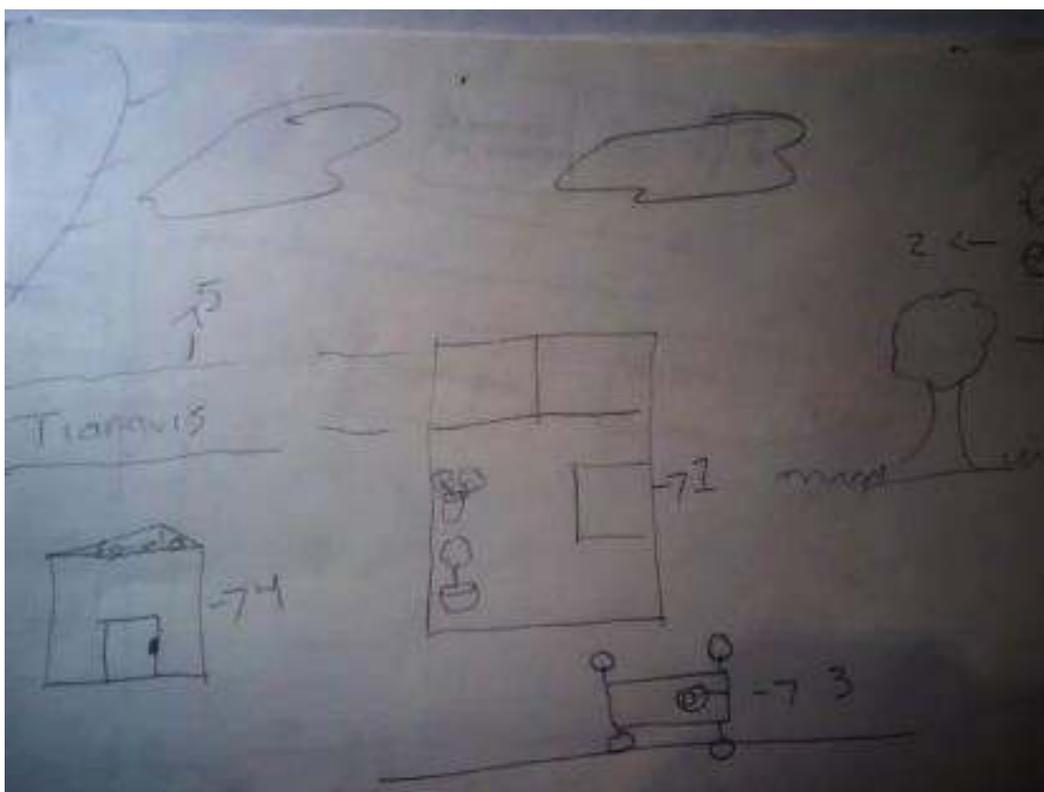
terminan reproduciendo ideas limitantes y principios tradicionales que reproducen la dicotomía privado/femenino, público/masculino (Zúñiga, 2014). Al concebir la calle como un lugar de paso, lleno de obstáculos, los espacios públicos en los que las mujeres pueden socializar de manera segura son lugares que sólo emergen de manera intermitente: los días de mercado, las horas de deporte en lugares específicos, los días festivos como la semana santa, la feria o el día de muertos. Incluso en estas ocasiones se llevan a cabo prácticas precautorias que limitan la capacidad de socialización en estas oportunidades.

En las ocasiones que me tocó salir acompañada por otras mujeres de esta localidad se me recomendó no decir en voz alta el lugar al que nos dirigíamos, caminar siempre juntas y no dejar que los vecinos reconocieran mis rutinas de todos los días, además de siempre llegar antes del anochecer y cuidar siempre que todas las puertas estuvieran cerradas. En esos casos la consigna era siempre informar a dónde se va, en cuánto tiempo se regresa y dar una referencia telefónica cada vez que no nos veíamos. Después de las siete de la noche la principal preocupación era asegurarse de que todas estuvieran en casa, que nadie esté caminando por las calles. Sin embargo, lo más notable para mí fue que la premisa principal para estas mujeres era: “ser una persona identificable es riesgoso, es una manera de exponer a la familia y a los amigos, es mejor siempre pasar desapercibida”. Uno de los principales temores era que si se conocían de manera abierta las referencias de cada persona (por ejemplo cuántas mujeres hay en el hogar, a qué se dedican o que tan lejos van a trabajar) se puede atraer a personas maliciosas que se dedican a la extorsión o al secuestro.

Con mujeres de otro perfil, más que la hipervigilancia pude observar el cuidado escrupuloso de las rutinas. En ese caso el ejercicio de entrevista fue muy productivo pues incluso pudimos dibujar algunos lugares que se visualizaban como espacios de confort y confianza. Por ejemplo, casos como el de Carla, quien se dedica al comercio ambulante. Con ella, si bien se conservan las precauciones sobre el manejo de la información personal, la principal estrategia es mantener una red de puntos y relaciones de confianza alrededor de los cuales establecer la rutina cotidiana o las posibles rutas de escape. De igual forma está el caso d,

Fátima, una habitante de los barrios que se dedica principalmente al cuidado familiar y ocasionalmente a la venta de postres. Ella tenía que caminar gran parte del día por las calles de la colonia, y aunque su principal actividad era ofrecer a los transeúntes sus productos, antes de salir siempre comenzaba a ofrecerlos desde su casa haciendo llamadas telefónicas a posibles compradores. Con esto se aseguraba por lo menos una ruta por la cual andar, cerca de gente de confianza que en caso de peligro podría protegerla. Sus principales clientes venían de la red de catequistas y religiosos que conocía en la iglesia, de los profesores de la primaria a la que asistían sus hijos, de otros comerciantes en vía pública que conocía por medio de la familia o amigos.

Imagen 7. Los espacios de seguridad y confianza de Carla



Fuente: Diagrama elaborado durante entrevista, abril de 2019.

En el caso de Carla, quien se dedicaba a la venta de ajos, la principal estrategia era no salir de las calles del tianguis que se extiende y cruza con el circuito vial principal. Lo primero que ella buscaba era regresar a su casa siempre por la calle más transitada, no sólo por la presencia de los transeúntes y

compradores, sino también por la confianza que mantenía con los comerciantes del tianguis. Esto la hacía sentir segura, pues mantenía relaciones con esta red desde la época en que su mamá también fue vendedora de tianguis. Cuando Carla se ubica en esta situación de confort en el espacio público aparecen la escuela, los jardines, su casa, el auto. Todo situado muy cerca del tianguis, que en su dibujo, más que ser un cúmulo de puestos es una vía de tránsito amplia.

Aunque hay que decir que en su representación gráfica el centro de todo es su casa, misma que simboliza con la figura más grande del diagrama. En su dibujo se conservan los dos árboles que flanquean a la entrada principal y se señala el patio amplio que la rodea y mantiene a los habitantes de su hogar a cierta distancia del resto de los vecinos. Para Carla, los demás elementos del dibujo cobran relevancia con el tianguis, por eso a pesar de que en la geografía física estos espacios no están tan cercanos, se vuelven un conjunto una vez que Carla rememora la sensación de confianza que le generan las tardes de venta.

Esta confianza se debe a que la familia de Carla realiza este tipo de comercio desde la época en que vivían en la delegación Gustavo A. Madero en la Ciudad de México, cuando ella era niña. De hecho la familia encontró esta oportunidad de vivienda a través de los comerciantes que venían a vender en esta localidad cuando apenas comenzaba a fundarse. Fue así como supieron que se podían adquirir un terreno y dejar de rentar en las vecindades del centro. De tal forma que Carla tiene vínculos de confianza muy cercanos con los vendedores de este tianguis, mismo que son más antiguos que el tianguis mismo y que la colonia en la que habita.

A diferencia de los primeros casos de hipervigilancia, para Fátima y Carla, la calle no es un lugar hostil en todo momento, tiene intermitencias según el tipo de actividades que se están realizando. Sin embargo, en ambos casos la seguridad en la calle desaparece una vez que los lugares y las relaciones sociales de resguardo se desvanecen. Entonces, como en el caso del primer grupo de mujeres es preferible mantenerse en el espacio doméstico, ya que consideran que la calle no es un lugar seguro y es mejor evitar salir.

En casi todos los casos donde se pudo llevar a cabo este ejercicio de identificar los lugares que constituyen el entorno más cercano se pudo encontrar al menos tres grupos de lugares. El primero, que engloba la casa y la calle familiar; el segundo, aquel donde se encuentran las principales actividades cotidianas como el tianguis, la escuela y el trabajo; y el tercero, algunos espacios de recreación como la iglesia, el bosque o jardín, la Macroplaza y las canchas de basquetbol; finalmente se hicieron algunos ejercicios proyectivos sobre espacios baldíos en los cuales se esperaba se dedicaran espacios a la naturaleza. Muchas comentaban esto último, a propósito de sus experiencias y memoraciones en el cerro cuando recién llegaron y hacían caminatas de exploración junto a sus madres.

5.3 Conclusiones

Desde los primeros años de ocupación de esta localidad el rol de las mujeres ha sido fundamental para construir las condiciones de habitabilidad que las familias y la comunidad en general necesitaban. No obstante, el reconocimiento de su contribución aún se queda en el nivel de las historias familiares sin llegar a formar parte del relato colectivo. Desde esos primeros años encontramos modelos de organización comunitaria que si bien integraban la participación de las mujeres subordinaban el valor de su trabajo al ámbito de lo doméstico, enfatizando características de unos roles de género que ponderan la maternidad y el cuidado.

Esto no significa que no existieran intentos de introducir nuevos elementos en la participación de mujeres a estas primeras organizaciones. Con historias como la de Cristina podemos ver también cómo estos intentos encontraban un freno en las dinámicas cotidianas que constantemente regresaban a las mujeres a una condición de subordinación, desde la cual para obtener apoyos se les arengaba a tener una actitud pasiva. En el relato de Cristina podemos ver que incluso con su experiencia en los colectivos sindicalistas de costureras sus intentos fueron quedando relegados al nivel personal, sin tener mayor impacto en la escena pública, ni en la organización en la que militó por muchos años.

Por otro lado, con el caso de la Hermana María nos encontramos con otro tipo de estrategia que buscaban extender la participación de las mujeres más allá de los espacios domésticos. En este caso extendiendo el trabajo de cuidado hacia los otros hacia un plano mucho más comunitario. Con el caso de María se puede ver que este tipo de roles tienen un mayor nivel de aceptación entre la población, logrando incluso abrir espacios de convivencia en los que las mujeres se sienten seguras. No obstante, el costo de este tipo de estrategias es que no se cuestiona de manera directa las condiciones subordinación y dominio que viven las mujeres de esta localidad. Incluso, le da más peso a un discurso tradicional que las mantiene sujetas como esposas, madres o hijas.

Mantener estas condiciones de subordinación hace que la violencia de género, que primordialmente impacta a las mujeres, pase desapercibida incluso para ellas mismas. Al adoptar estos discursos tradicionales en los que las mujeres tienen que cuidar su reputación como buenas madres y esposas, se aporta argumentos para culparlas a ellas mismas de las agresiones que sufren. Esto es muy claro toda vez que la muerte de una mujer por violencia doméstica se percibe en la localidad como una vivencia cotidiana normalizada.

En contraste, el feminicidio y la agresión sistemática que los grupos criminales ejercen contra las mujeres en los espacios públicos son percibidos como una realidad abominable, que parece no tener relación con la violencia doméstica. Este fenómeno quizá se relaciona con lo que nos propone Álvarez (2021) en el caso de las guardias comunitarias de Michoacán, donde la violencia contra las mujeres adquiere relevancia una vez que simboliza el hecho de que otros hombres están tomando para sí la capacidad de subordinar a las mujeres y con ello disputan el dominio del territorio. Antes de ello la violencia que las mujeres sufrían de manera cotidiana pasaba desapercibida, incluso en casos de feminicidio. Es posible que en Ciudad Cuauhtémoc ocurra algo similar, ya que el tema de los feminicidios se instaló como una preocupación a partir de los asesinatos de 2016 y ha dejado de lado la discusión sobre esos otros casos que remiten a eventos donde las mujeres son asesinadas por sus parejas o parientes cercanos.

En este contexto el tránsito por los espacios formalmente públicos se vive con la zozobra de encontrarse con el “monstruo” en cualquier momento, una creación abstracta o simbólica que remite a los temores de cada persona en particular. Por ello, en muchos hogares de la localidad se producen estrategias de autoprotección basadas en la hipervigilancia del entorno y del hipercontrol de las mujeres de la familia; un hecho peligroso si se considera que gran parte de la violencia contra las mujeres se da en los espacios domésticos.

En lo que toca al uso del espacio público puede verse que los lugares de encuentro y confianza que señalan las mujeres son espacios que emergen de forma intermitente y están basados principalmente en las rutinas cotidianas. Tienen este carácter de intermitencia porque están abiertos al libre tránsito de todo público sólo de manera temporal; como el tianguis, la hora del ejercicio a cielo abierto en alguna cancha o la costumbre del catecismo en el cerro, son espacios que se desvanecen una vez que su temporalidad rutinaria ha terminado. En contraste, los espacios jurídicamente públicos (como la calle, los jardines, los parques o canchas) están dominados por las dinámicas cotidianas de los jóvenes quienes fomentan una imagen masculina de fuerza y violencia, que frecuentemente está asociada al tema de las bandas. En este sentido se ofrecen pocas garantías para la seguridad de mujeres más allá de las estrategias que ellas mismas pueden implementar.

CONSIDERACIONES FINALES

En otros momentos, cuando se hacía el análisis del desarrollo de asentamientos como Ciudad Cuauhtémoc se consideraba que estos procesos llevarían a lógicas de emancipación. Por ejemplo, se retomaban los argumentos de la escuela francesa de sociología, donde Lefebvre o Topalov consideraban que la vivienda dejaría de ser una mercancía con valor de uso y valor de cambio que tenía como fin la simple reproducción de la fuerza de trabajo, y que comenzaría a reconocerse tanto a la familia como a los procesos de subjetivación de los miembros del hogar. De tal forma que los espacios urbanos que emergieran de estas demandas de vivienda serían el lugar de la innovación y la emancipación de los sectores sociales menos favorecidos (Zamorano, 2007). Sin embargo, el proceso ha sido otro, y sin bien podemos encontrar procesos de subjetivación interesantes, difícilmente se relacionan con dinámicas de emancipación e innovación.

No obstante, en este trabajo hemos retomado como estrategia de análisis parte de la perspectiva de Lefebvre (2013) sobre el espacio urbano, lo cual nos ha llevado a sostener una visión dualista: por un lado, entender al espacio local como producto o realidad objetivada y, por otro, entenderlo como una producción en curso que se modifica, no sólo según los esfuerzos de ordenamiento oficiales, sino también según las prácticas o percepciones de aquellos que habitan el espacio. En este sentido, nuestro análisis del rol de la violencia ha quedado sujeto a esas dos dimensiones: por un lado, al proceso históricos con cual el espacio territorial se fue ocupando (y en su momento ordenado por las disposiciones de estado) y por otro lado, a las experiencias vividas de los habitantes como colonos y a las prácticas cotidianas que estos habitantes realizan sobre el espacio.

Para la década de los ochenta del siglo XX en la ZMCM muchos espacios urbanos se habían desarrollado ya a partir de la invasión y compra de lotes informales. En ese momento estos ejercicios eran leídos como reflejo de la lucha

por el derecho legítimo a la ciudad de los sectores populares (Ramírez, 1986), lectura en la cual un movimiento urbano-populares tuvo gran relevancia. No obstante, a la luz de la consolidación y formalización de estos asentamientos como localidades reconocidas, los movimientos no siempre tuvieron el efecto esperado. Es más, en muchos casos los objetivos de la lucha se diluyeron en un ejercicio de movilización política una vez que se regularizaron las condiciones mínimas de infraestructura en las localidades.

En el caso de Ecatepec, a estos procesos hay que sumar además el desarrollo vertiginoso de la ZMCM, lo cual, implicó una mayor densidad poblacional en algunas localidades centrales. Este fenómeno acelerado en el tiempo obligó a los habitantes menos favorecidos del centro de la ciudad a buscar en otros espacios la oportunidad de conseguir vivienda. Parte de esta población se asentó de manera informal en tierras comunales o ejidales, lo que desde el inicio fracturó las relaciones con los habitantes originales, que desde entonces les verían como invasores. En algunos casos, incluso hoy día en 2021 existe un efecto de segregación social hacia la población que se ubica en este tipo de asentamientos. De tal forma que la desigualdad social se fue convertido en una característica permanente de la vida cotidiana de estas localidades. La evidencia más clara es que a pesar del ordenamiento formal y regularización de los asentamientos, en muchos casos persiste el conflicto cotidiano para acceder a los servicios urbanos como el agua, el drenaje o la luz.

Para localidades como Ciudad Cuauhtémoc, que emergieron a partir de la invasión de colonos sobre zonas no urbanizables, esto significó convertirse en lugares de conflicto y negociación constante (Duahu y Giglia, 2004). Por ello, gran parte de su proceso de desarrollo y consolidación ha estado atravesado por la protesta como principal estrategia de reclamo de los habitantes hacia el estado y sus representantes de gobierno. En ese sentido, la presencia de las instituciones de gobierno quedó dependiendo fuertemente de un estilo de negociación informal con el que suelen beneficiarse los actores que intermedian antes que la población misma: fraccionadores de terrenos no legalizados, representantes de Consejos de Participación Ciudadana con más compromisos partidistas que comunitarios,

líderes de transportistas coludidos con funcionarios, policías federales y municipales con libertades de acción poco cuestionadas, entre otros.

De tal forma que los conflictos aparecieron antes de existir Ciudad Cuauhtémoc. Cuando se decidió fraccionar el conjunto de ejidos agrícolas sobre los que no había certeza jurídica y no se sabía con certeza quiénes serían los legítimos usufructuarios. A pesar de ello, algunos representantes del pueblo original Santo Tomás Chiconautla dispusieron de estas tierras, y siguiendo la forma de apropiación que marcaba la costumbre, comenzaron a vender los lotes fraccionados de manera irregular³⁷. Los nuevos asentamientos serán reconocidos en un primero momento como una “Ampliación” de las colonias que ya estaban asentadas en las periferias de los pueblos tradicionales. Sin embargo, al cabo de unos años esta “Ampliación” se extendió porque muchos pobladores llegaron a comprar terrenos y pronto se convirtió en un conjunto diverso de asentamientos regularizados identificados bajo el nombre Ciudad Cuauhtémoc.

Desde su llegada a este territorio los habitantes han tenido que negociar su presencia desde una condición desventajosa. Uno de los efectos de adquirir la vivienda a través de mecanismos informales fue que tanto las autoridades locales como los habitantes de los pueblos tradicionales vecinos que no estuvieron de acuerdo con la venta de estos terrenos los caracterizaron con atributos negativos que los asociaban con estereotipos sociales tales como limosneros, rateros o delincuentes. Incluso a pesar de que en muchos casos los nuevos pobladores fueron víctimas de un fraude realizado por intermediarios que les vendieron varias veces el mismo lote. En este sentido, la población ya establecida marcó una diferencia de carácter moral con respecto a estos nuevos habitantes. De tal forma que una de las primeras tareas frente a este contexto fue no sólo buscar la regularización de sus predios sino también la legalización de sus propiedades. Sin embargo, a pesar de que hubo organismos estatales creados expresamente para

³⁷ Aquí cabe mencionar que si bien esa irregularidad estaba asociada a los problemas de legalización de la operación esto no significaba que se tratara de un tipo de negociación ilegítimo. Esta práctica, si bien, se vuelve problemática en términos de papeleo y negociación no siempre lo es en términos de posesión de la tierra (siempre que las partes estén conformes). Es parte del mercado subterráneo en el que los sectores sociales menos favorecidos han tenido que negociar vivienda, servicios y bienes en general.

organizar y regularizar estos predios, la tarea no pudo concluirse del todo y los nuevos habitantes tuvieron que recurrir otra vez a una dinámica de intermediarios como una estrategia central para ser reconocidos por las autoridades.

En el primer capítulo de esta tesis hemos observado cómo este proceso se fue gestando al ritmo de la expansión y densificación de la ZMCM. Si bien muchos otros municipios aledaños a la Ciudad de México se fueron urbanizando al mismo tiempo, Ecatepec se caracterizó por su gran capacidad de albergar para los sectores populares expulsados de la ciudad central, recibiendo población incluso hasta finales del siglo XX. Para Ciudad Cuauhtémoc este proceso no sólo implicó dar cobijo a una población expulsada por falta de oportunidades para obtener vivienda, sino también implicó recibir a otras poblaciones vulnerables que lo perdieron todo a causa del sismo de 1985 y de la explosión de ductos de gas en un municipio vecino un año atrás. Por otro lado, dada la construcción del Centro de Readaptación Social que se dio en la década de los noventa, la localidad también se fue moldeando como lugar de paso y refugio para las familias que se convirtieron en visitantes permanente, dada la necesidad de atender a sus miembros recluidos.

Con el paso del tiempo Ciudad Cuauhtémoc se convirtió en un lugar donde se reproduce claramente la desigualdad del espacio social más amplio. Gran parte de este efecto se debe a que, a pesar de su consolidación, los habitantes siguen negociando las mejoras y los servicios de su colonia como si aún se tratara de un asentamiento que inicia. Es evidente que hay mejoras, sin embargo, la forma en que la población se vincula con las instituciones de gobierno aún depende de liderazgos personales; algunos que incluso subsisten desde la época en que los primeros fraccionadores informales y sus corredores intermediaron la relación de los colonos con las autoridades estatales. La subsistencia de estas dinámicas se debe quizá a que en Ciudad Cuauhtémoc la adquisición de vivienda aún pasa por medio de la compra informal, debido a que muchos predios se regularizaron pero sus títulos de propiedad no necesariamente fueron arreglados. Además, la compra de terrenos irregularmente lotificados sobre territorios ejidales o federales sigue siendo una forma popular de adquirir vivienda. A pesar de los retos que establecer

una vivienda por esta vía representa, sigue siendo una opción mucho más barata comprar un terreno a un comunero o a un representante ejidal que recurrir a una constructora, que requiere un enganche muy alto, o acceder a un crédito de interés social que implica encontrar un empleo estable que ofrezca además un mínimo de prestaciones laborales.

Por esta razón, la imagen que adquieren los representantes de Estado para la población aún tiene muchas modalidades: son poco tangibles cuando se trata de resolver temas de servicios básicos porque, fuera del representante vecinal, no es muy claro a que dependencia hay que recurrir; pero también se trata de una presencia fuerte cuando el objetivo es implementar mecanismos punitivos de control que se reflejan en presencias como la policía federal y el ejército. En ese sentido, la administración de gobierno ha encontrado sus equilibrios en una serie de intercambios que se dan entre el interesado y algún intermediario que no es necesariamente un funcionario público, pero que dada su posición y su relación con el mundo de la política municipal, termina siendo quien lleva a cabo el trámite que el interesado solicita.

Muy parecido a lo que nos describe Akhil Gupta (2005) cuando trata de explicar el mundo intricado de trámites que hacen a la lógica de la burocracia hindú. Igual que en el caso de Ciudad Cuauhtémoc nos encontramos con una serie de personajes que filtran la presencia del estado y que a su vez se benefician de manera particular con este ejercicio de intermediar, ya que es la manera más directa de acceder a un servicio. Por esta razón es frecuente que quien solicita un servicio regularmente asume que debe dejar algún beneficio a este personaje que en ese momento está fungiendo como representante del estado. En Ciudad Cuauhtémoc este ejercicio es clásico cuando se solicita, por ejemplo, a los representantes del Consejo de Participación Ciudadana cosas tan simples como una constancia de domicilio. Hay un discurso entre los representantes que suena como un otorgamiento de favores más que como un ejercicio de funciones o la representación de un interés común.

Esto hace que habitar una localidad como Ciudad Cuauhtémoc sea un ejercicio con pocas garantías, pues cuando emerge la necesidad de un bien o

servicio público, hay que alinearse con algún grupo o buscar apoyo directo de líderes o políticos locales. Luego, si es necesario, hay que recurrir a una organización más grande que le haga eco a las demandas, por lo menos de manera temporal, para que llegue a las instancias administrativas necesarias. Finalmente hay que buscar contactos dentro de las instancias de gobierno para que ayuden a facilitar el trámite. Cuando esta cadena de eslabones de demanda no es atendida suele traducirse en reuniones, solicitudes, plantones o protestas; ratificando con ello la imagen de personas conflictivas que aun expresan algunos habitantes de los pueblos tradicionales de Chiconautla.

De tal forma que el conflicto y la confrontación de la protesta son herramientas necesarias y de uso constante, así como la cercanía con actores y grupos políticos. Y no sólo eso, este mecanismo descrito mantiene vigente un tipo de violencia estructural que se reproduce de manera sistemática, ya que para seguir operando las agrupaciones políticas necesitan que la población en general se mantenga en relaciones de sujeción con ellas, para lo que es muy útil que las condiciones de necesidad básica nunca se terminen de resolver. Por esta razón, la transformación de las organizaciones de colonos que en un principio operó en organizaciones políticas dentro de la localidad ha tenido un rol fundamental para la consecución de la vida cotidiana que se conoce actualmente. De ahí que tramitar un servicio o bien público en Ciudad Cuauhtémoc siempre tiene un costo alto y deja siempre la sensación de estar recibiendo un favor.

Por otro lado, desde un punto de vista subjetivo hemos observado cómo las distintas experiencias de arribo a la localidad nos muestran algunos itinerarios marcados por el estigma o por el shock de la pérdida, de tal forma que es común que los habitantes realicen un ejercicio importante de reconstrucción de identidades personales una vez que se instalan en la localidad. No obstante, aquellas disposiciones culturales que fomentaron la exclusión y segregación que ellos mismos padecieron en sus experiencias anteriores suelen instalarse también en la vida cotidiana de Ciudad Cuauhtémoc. De esta forma, con el paso del tiempo no sólo nos encontramos elementos materiales como las viviendas que desarrollan fachadas para encerrar a sus habitantes por motivos de seguridad o

con el desarrollo de fronteras entre conjuntos de casas que buscan encerrarse como zonas habitacionales, sino que también nos encontramos con prácticas que reproducen ciertos distanciamientos sociales.

En ese sentido, además de esta violencia estructural, tenemos una dimensión simbólica de la violencia que se afianza una vez que el estigma de lo delincencial se establece en la vida de las personas. Podemos ver cómo estos señalamientos se convierten en un principio de orden, un marco de referencia para la interacción cotidiana, muy al estilo de lo que Goffman (2019[1963]) sugiere cuando nos dice que el estigma también puede producir grupos que se socializan en los límites de lo que la sociedad establece como normal. Es decir, asumir que en esta localidad vive gente de un tipo y tratar de distinguirse a toda costa de ellos.

A este fenómeno son especialmente susceptibles los jóvenes que aún conservan las viejas dinámicas de las esquinas; que aún las usan como lugares de encuentro o como miradores desde los que se refugian los que no poseen redes familiares sólidas. Si bien en estos espacios se establecen las amistades y los vínculos necesarios para la sobrevivencia también son el pretexto para señalarlos como parte del mundo de lo criminal que existe en Ciudad Cuauhtémoc: “delincuentes”, “chavos narco” o “vagos”. Como efecto, muchos de ellos tienden a desarrollar una forma de autopercepción que los segrega y los lleva a reconocerse como posibles portadores de este estigma. Por ello no es extraño que para algunos vecinos sea fácil relacionarlos con “los renteros” o “la extorsión”, aunque en el fondo ellos quizá sólo sean espectadores.

Contribuye a ello no sólo la apariencia de algunos jóvenes sino también la apropiación que hacen de su propia imagen. En ese contexto las expresiones del “gangsta rap” son una de las múltiples formas de apropiarse y experimentar de manera distinta este señalamiento. Para algunos jóvenes el “gangsta rap” es una oportunidad de transformar a Ciudad Cuauhtémoc, al cerro Chiconautla; éste deja de ser una periferia y se convierte en el centro de una dinámica que domina toda la zona metropolitana. Entonces el estigma deja de ser motivo de vergüenza y se convierte en motivo de orgullo y ostento de poder.

Sin embargo, la posibilidad del estigma no se experimenta igual para todos los jóvenes. Muchos otros se encuentran en la disyuntiva de la que nos hablan los casos de Mario y Héctor en el capítulo 4. Misma que los obliga a tomar decisiones sobre la forma en que se integran a sus grupos de edad o la forma en que interactuaran con el resto de la comunidad. En casos como el de Héctor es una lógica que le obliga a anular parte de su identidad personal como joven de la localidad. Esto tiene efectos importantísimos porque amenaza a la subjetividad de los jóvenes, los hace pasar por la percepción del tiempo muerto, tiempo del desgano, llevándolos a sentirse atrapados y ajenos a su propio lugar de origen.

Es así como en esta localidad, la violencia simbólica que implica reconocerse como alguien fuera o dentro del mundo de lo delincencial funciona como principio de orden, enmarca los pasos para la convivencia cotidiana. Igual, esta referencia al delincuente no sólo afecta a los jóvenes, también puede señalar a cualquier otra persona, aquellos que efectivamente están cometiendo delitos, pero también a otro tipo de habitantes que simplemente están en la vida cotidiana, pero que dada la fuerza del correlato deciden segregarse del resto de la población. Efecto que se magnifica si consideramos la presencia de instituciones como el penal de Chiconautla o prácticas como los recorridos cotidianos que efectúan las fuerzas de operaciones mixtas (que incluyen tanto a la policía federal como al ejército).

En este último caso nos encontramos también con un ejercicio en el que, tal como supone Benjamin (1991), se refleja la violencia de Estado. Por un lado, porque con estos recorridos el Estado hace ostento de su uso legítimo de la violencia, pero por otro, porque al utilizar el recurso del patrullaje armado como una práctica (Katz, 2007) que en principio puede parecer banal (ya que no tiene mayor efecto en los grupos delincuenciales que si operan en esta localidad) crea las condiciones para justificar un estado de excepción en un lugar donde más que reconocer derechos a sus habitantes ha mantenido un modelo de gobernabilidad³⁸

³⁸ Mientras que la soberanía tiene refleja el poder que el Estado ejerce de manera directa sobre la población asentada en un territorio con el fin de establecer un orden determinado, en

basado en tratos informales protagonizados por actores que, sin ser representantes de gobierno, median la relación entre las instancias de gobierno y la población. Estamos frente a una violencia de estado que no sólo estigmatiza personas sino que también afecta la dinámica de estos lugares. En ese sentido produce un “efecto de lugar” como el que señala Bourdieu (1999); estigmatiza a una localidad completa, los convierte en un blanco de combate a la vez que los abandona al no reconocerles derechos, al no fomentar el desarrollo de condiciones para que los habitantes trasciendan este estado de necesidad y precariedad.

Otro efecto del estigma como principio de orden se presenta cuando nos encontramos con ejercicios de borramientos o negación del otro, que se expresan en prácticas tan sencillas como negar la vista o el saludo a vecinos próximos; en la necesidad de mantener poco disponible la propia presencia en los espacios sociales de acceso público. Este ejercicio constante de evadir las interacciones con personas estigmatizadas que tienen etiquetas como la de vago, chavo narco, extorsionador, mujeres de cabaret, entre otros. En este contexto, transitar o utilizar los espacios formalmente públicos se convierte en una experiencia fragmentada, un ejercicio que ensombrece la imagen propia y la del otro a fin de mantener una estrategia de resguardo. De tal forma que la experiencia urbana fomenta un anonimato que se aleja mucho de ser un ejercicio liberador, en el que la heterogeneidad de los actores no es una zona de resguardo, sino todo lo contrario, es un efecto que añade tensión a las relaciones interpersonales cotidianas.

Sumado a todo lo anterior hay que reconocer que el tema de lo criminal no es algo nuevo. Está instalado en esta localidad prácticamente desde su fundación, es una de las características por las que más se reconoce a Ciudad Cuauhtémoc incluso dentro del mismo Ecatepec. El aumento vertiginoso en el número de muertes por homicidio que se dio durante el periodo que va de 2007 a 2011, ha sido sólo un momento coyuntural con el que se han exacerbado estas

contraste, la gubernamentalidad se refiere a la gestión de personas y recursos que puede llevarse de forma multivalente (véase Pereyra, 2012).

condiciones. Aunque existe una gran diversidad de teorías que podrían ofrecer una explicación sobre este tema, es evidente que se trata de un fenómeno en el que la dispersión de dinámicas delincuenciales (debidas al inicio de la guerra contra el narcotráfico que se dio durante el sexenio de Felipe Calderón) encontró tierra fértil en Ciudad Cuauhtémoc. No por la existencia previa de grupos delincuenciales, sino por la facilidad con que la población se organiza alrededor de estas dinámicas.

Tal como observa Maldonado (2013) en otros casos donde la dispersión de la violencia también es evidente, la irrupción de nuevos actores produce dinámicas de negociación que las personas locales buscarán a partir de marcos culturales ya conocidos. Una vez que las nuevas dinámicas se hayan asentado, difícilmente se recurrirá a las instancias de justicia, porque eso significaría buscar la confrontación en un contexto en el que hay una movilización de la furia y la rabia como primer recurso de negociación. Un ejemplo claro es la situación de los transportistas en Ciudad Cuauhtémoc, quienes antes de estos fenómenos negociaban ya con otros actores delincuenciales pero que finalmente, después de muchas confrontaciones, han terminado por aceptar un sistema de pagos con estos nuevos sujetos dominantes.

Por otro lado, dada la incapacidad del Estado para proveer el servicio básico de seguridad pública, es muy probable que la población se vea orillada a aceptar el dominio del más fuerte con la finalidad de mantener condiciones de vida cotidiana más o menos estables. Entonces, el habitante de a pie tiene que aguantar tanto a las fuerzas punitivas del Estado como a los representantes de las nuevas dinámicas delincuenciales que, paradójicamente, igual que antes, utilizan recursos como los retenes, la irrupciones en propiedad privada y los pagos discrecionales.

Por supuesto esto pone a trabajar a los marcos interpretativos con los que los habitantes dan lectura a las situaciones de violencia en el espacio público. Cuando declaran que “ya no sabes en quién confiar” están expresando la incapacidad que padecen en ese momento para leer la situación con los parámetros conocidos. Situación que se complejiza si añadimos que hay que

reformular los parámetros del estigma con los que se leía a los viejos habitantes de esta localidad. Por tanto, es comprensible que en el discurso muchos habitantes traten de establecer puentes entre la nueva situación de extorsión y las viejas prácticas de venta de droga que existían en la localidad.

Es en este sentido que esta localidad se presenta como una especie de “espacio liminal” donde todo tipo de transgresión es posible; desde el abandono de costales de basura en mitad de cualquier calle hasta el abandono de cuerpos humanos de personas locales o externas. Tal como sostenía Turner (citado por Melgar, 2001), es un lugar de transición donde ciertas prácticas que asemejan al ritual pueden hacer que lo ilegal y lo legítimo se emparejen rápidamente a partir de prácticas que siguen la lógica de la extorsión, que según los contextos será leída como mordida, apoyo, pago, renta. De ahí la importancia que tiene para los habitantes identificar frente a qué tipo de personaje están (qué tipo de “perro” es, que tan fuerte muerde), cuál es la lógica desde la que tendrán que interactuar, qué tipo de guiños deberían aprender a leer para mantenerse a salvo, pero sobre todo que tipo de prácticas les permitirán volver a establecer un orden y continuar negociando la continuidad de la vida diaria.

Para autores como Guerrero (2011) y Mazzitelli (2017) esta forma en la que se ha dispersado la violencia puede llegar a tener una dinámica parecida a la de las mafias clásicas, que no sólo se dedican al narcotráfico sino a una diversidad de actividades que incluyen el secuestro y la extorsión, pero que además han infiltrado a las instancias de gobierno. El tema es que en casos como Ecatepec el problema es tan agudo que se terminan reproduciendo estigmas, que más que dinámicas señalan lugares específicos, o se hacen reduccionismos bajo el supuesto de un sujeto patológico. Lo que tampoco significa que estas dinámicas locales son evidencias de órdenes traslapados que se superponen a las normas del derecho de una sociedad central, porque no se trata sociedades aisladas que eligen sin influencia los principios desde los que negociaran y organizarán sus necesidades. Se trata, en todo caso, de sectores completos de la sociedad ubicados en espacios específicos de la ciudad que han sido integrados de manera desigual, vinculados a las instancias de gobierno a partir de negociaciones

clientelares que desde el principio les niegan de manera sistemática el acceso a derechos mínimos de bienestar.

Como bien observa Azaola (2009), también ocurre que el problema social de la desigualdad se traslada a un problema jurídico-legal que termina materializándose en una política de lo criminal. En Ciudad Cuauhtémoc dicha política no sólo tiene como eje el castigo penitenciario, sino que prevé la existencia del delincuente potencial ahí donde se encuentra también el problema de la exclusión y la pobreza. De tal forma que los mecanismos de prisión preventiva y las medidas punitivas también propagan lo que se supone contienen; que en Ciudad Cuauhtémoc tiene efectos importantes en la familia y en las dinámicas de sus calles.

El último tema que abordamos en esta tesis es el de las mujeres y los efectos que tiene la violencia cotidiana sobre sus formas de apropiación del espacio. Desde los primeros años nos encontramos con modelos de organización comunitaria que si bien integraban su participación subordinaban el valor de su trabajo al ámbito de lo doméstico, enfatizando roles de género que ponderan la maternidad y el cuidado. En ese caso negociar su presencia en los espacios públicos se convirtió en un ejercicio que está mediado por todos estos discursos tradicionales en los que las mujeres tienen que cuidar su reputación; ser buenas madres, esposas e hijas.

No obstante, esta serie de imágenes culturales estereotipadas tampoco les permite movilidad, y contrario a lo que ocurre con los jóvenes varones este discurso las obliga al encierro y a la hipervigilancia. Por lo que suele responsabilizárseles cuando sufren algún tipo de agresión. Si bien, el feminicidio y la agresión sistemática que los grupos criminales ejercen contra las mujeres en los espacios públicos son percibidos como realidades abominables, la violencia doméstica pasa desapercibida porque se le considera como parte de las vivencias cotidianas de la vida privada. En contraste el tránsito por los espacios formalmente públicos se vive con la zozobra de encontrarse con el “monstruo” en cualquier momento. Por lo que en muchos hogares se producen estrategias de autoprotección basadas en la hipervigilancia del entorno y del hipercontrol de las

mujeres por otros miembros de la familia. Situación que parece contradictoria si consideramos que gran parte de la violencia que se ejerce contra ellas se da en los espacios domésticos.

Para apropiarse del espacio público las mujeres de esta localidad tienden a extender su función de servicio y cuidado más allá del espacio doméstico, hacia el espacio comunitario. Con estas estrategias algunas mujeres han logrado incluso abrir espacios de convivencia en los que otras mujeres se sienten seguras. No obstante, este tipo de estrategias no cuestionan las condiciones subordinación y dominio que viven las cotidianidad, incluso, le da más peso al discurso tradicional que las mantiene sujetas.

BIBLIOGRAFÍA

- Akhil, G. (2005), "Narratives of corruption. Anthropological and fictional account of the Indian state", en *Ethnography*, Vol. 6, núm. 1, pp. 8-34.
- Althusser, L. (1988). "Acerca de la ideología", en Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Álvarez, E. (1997), *La influencia del transporte público de pasajeros en el crecimiento del área urbana de Ecatepec: Zona de los Chiconautlas*, México: Tesina UAM-Azcapotzalco. Disponible en http://zaloamati.azc.uam.mx/bitstream/handle/11191/618/influencia_del_transporte_publico.pdf?sequence=1&isAllowed=y (último acceso: 20 de febrero de 2021).
- Álvarez, I., (2021), "Más que hombres armados. Revisitar el movimiento de autodefensas de Michoacán", en *Estudios Sociológicos XXXIX*: 115, pp. 7-36.
- Anderson, E., (2002), "The Ideologically Driven Critique" en *American Journal of Sociology*, vol. 107 Núm. 6, (Mayo), pp. 1533-50
- Arteaga, N. (2006). *Pobres y delincuentes. Estudio de sociología y genealogía*. México, Miguel Ángel Porrúa, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Arteaga, N. (2010), "Consolidación de los archipiélagos de seguridad en América Latina" en *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad* Vol. XVII No. 49, Septiembre / Diciembre.
- Arteaga, N., & Arzuaga, J. (2017). *Sociologías de la violencia. Estructuras, sujetos, interacciones y acción simbólica*. México: Flacso.
- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del peronismo*. Buenos Aires: Manantial SRL.
- _____, (2009), "Pacientes del Estado". Un reporte etnográfico sobre la espera de la gente pobre, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales. Disponible en: [http:](http://)

//sites.google.com/site/javierauyero/javierauyero (último acceso: 1 de diciembre de 2021)

Auyero, J., & Benzecry, C. (2016), "La lógica práctica del dominio clientelista", *Revista Mexicana de Ciencias Política y Sociales*, Nueva Época, Año LXI, núm. 226, enero-abril, 221-246.

Ayuntamiento Constitucional de Ecatepec de Morelos, (2013) *Cuaderno estadístico no. 1*, enero-abril, Estado de México, Ayuntamiento Constitucional, Sistema Municipal de Información Estadística y Geográfica.

_____, Plan de Desarrollo Municipal 2013-2015. 2013 a. <http://www.ecatepec.gob.mx/Plan%20de%20Desarrollo%20Municipal%20de%20Ecatepec%20de%20Morelos%202013%20-%202015.pdf> (último acceso: noviembre 01, 2013).

H. Ayuntamiento Constitucional de Ecatepec de Morelos. (2013). Plan de Desarrollo Urbano 2015. Recuperado el 01 de mayo de 2019.

Azaola, E., (2012), "La violencia de hoy, las violencias de siempre" en *Desacatos*, nº 40, pp. 13-32.

Azpúrua, F. (2005). "La escuela de Chicago. Sus aportes para la investigación en ciencias sociales" en *Sapiens. Revista Universitaria de Investigación*, Vol. 6, núm.2, pp.25-35.

Azuela, A. (1997), "Evolución de las políticas de regularización" en Antonio Azuela y Francois Tomas, *Acceso de los pobres al suelo Urbano*, México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 221-231.

Bachelard, G. (1957) "Casa y Universo" en *Poéticas del espacio: Casa y universo*, México, Fondo de Cultura Económica

Bassols, M., & Espinosa, M. (2011). "Construcción social del espacio urbano: Ecatepec y Nezahualcóyotl. Dos gigantes del Oriente", en *Polis*, vol. 7, No. 2, 181-212.

Bayón, M. (2012). "El "lugar" de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la Ciudad de México" en *Revista Mexicana de Sociología*, 74(1), 133-166.

- Becerra Romero, A. T. (2018), "Investigación documental sobre la narcocultura como objeto de estudio en México" en *Revista Culturales*, 6, e349. Disponible en: <https://doi.org/10.22234/recu.20180601.e349>
- Benjamin, W. (1972) "Sobre algunos temas en Baudelaire" en Benjamin, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones 2*, Madrid, Taurus
- _____, (1991), "Para una crítica de la violencia" en W. Benjamin, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos* (págs. 23-58). España: Taurus.
- Bourdieu, P. (1999). "Efectos del Lugar", en: Bourdieu, P. *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. pp. 119-125.
- _____, (2000), *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama
- Bourgois, P., (2010), *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. 1era edición. Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina
- Briceño, R. (2007), "Violencia Urbana en América Latina: Un modelo sociológico de explicación" en *Espacio Abierto*, vol. 16, núm. 3, julio-septiembre, 2007, pp. 541-574 Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12231607>
- Burt, R. (1992). *Structural Holes: The Social Structure of Competition*. Cambridge: Harvard University Press.
- Butler, J. (2006). "Vida precaria", en Butler J., *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia* Buenos Aires, Argentina: Paidós, pp. 163-187.
- Cajas, J. (2009), *Los desviados, cartografía urbana y criminalización de la vida cotidiana*, México, Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Calderón, P., (2009), "Teoría de conflictos de Johan Galtung" en *Revista de Paz y Conflictos*, núm. 2, 2009, pp. 60-81 Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=205016389005>
- Combes, H. (2011). ¿Dónde estamos con el estudio del clientelismo? *Desacatos* No. 36, pp. 13-32.
- Contreras J. y Cruz, S., (1997) "Ecatepec, entre lo rural y lo urbano" en René Coulomb y Emilio Duhau (coord.), *Dinámica urbana y procesos socio-*

políticos, Ciudad de México, Observatorio urbano de la Ciudad de México pp.33-53

Cornelius, W., (1980), *Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política*, México, Fondo de Cultura Económica.

Cruz, M. (2000). "Periferia y suelo urbano en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México". *Sociológica*, Vol. 15, núm. 42, pp. 59-90.

Dammert, L., Salazar, F., Montt, C., & González, P. (2010). *Crimen e Inseguridad. Indicadores para las Américas*. Santiago de Chile, FLACSO-Chile/Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

De Barbieri, T. (2004), "Más de tres décadas de los estudios de género en América Latina", en *Revista Mexicana de Sociología*, año 66, número especial, México, DF, pp. 197-214.

De Certeau, M. (1996), "Tercera parte: Prácticas de espacio" en De Certeau, M *La invención de lo cotidiano*, Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México.

Duarte C. y García-Horta, (2016), "Igualdad, equidad de género y feminismo, una mirada histórica a la conquista de los derechos de las mujeres" en *Revista CS*, no. 18, pp. 107-158.

Duhau, E., & Giglia, A. (2004). "Conflictos por el espacio y orden urbano" en *Estudios Demográficos y Urbanos*, No. 56, mayo-agosto, 257-288.

_____, (2008). *Las reglas de desorden*. México: XXI.

Eagleton, T. y. (2003). "Doxa y vida cotidiana. Una entrevista", en Slavoj Žižek (comp.), *Ideología: un mapa de la cuestión*, pp. 295-308.

Elias, N. y Scotson, J., (2016) [1965], *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*, México, Fondo de Cultura Económica.

Escalante, F., (2015), "¿Qué significa "combatir el delito"?" en Fernando Escalante, *El crimen como realidad y representación*, México, El Colegio de México, pp. 113-150.

Espinosa, M. (2008), "Procesos y actores en la conformación del suelo urbano en el ex lago de Texcoco" en *Economía, Sociedad y Territorio*, Vol. VIII, núm. 27, mayo-agosto, pp. 1-17.

_____, (2010). Ecatepec y Nezahualcóyotl de suelos salitrosos a ciudades de progreso. Estado de México: Secretaría de Educación del Estado de México.

Fernández, E., (2016), "Instalan más bases mixtas en Ecatepec" en *El Universal*, octubre 17, 2016: <https://www.eluniversal.com.mx/articulo/metropoli/edomex/2016/10/17/instalan-mas-bases-mixtas-en-ecatepec>.

Ferrandiz, F. (2004). "Una mirada antropológica sobre las violencias" en *Alteridades*, vol.14, número 27, pp. 159-174.

Flores, A. (2014). *Formas de capital social en contextos de violencia y delincuencia. Un estudio de caso: Ciudad Cuauhtémoc en Ecatepec de Morelos*. México: Tesis de Maestría, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Foot Whyte, W. (1971), *La sociedad de las esquinas*, México, Editorial Diana.

Gal, S., (2002), "A semiotics of the public/private distinction" en *A Journal of Feminist Cultural Studies*, Vol. 13, Issue 1.

Galtung, J. (2016), "La violencia: cultural, estructural y directa", en *-Cuadernos de estrategia*, N°. 183, pp. 147-168.

Gamba, S. (2008), "¿Qué es la perspectiva de género y los estudios de género?", en *Mujeres en Red. El periódico feminista*. Marzo. Disponible en <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article1395> (último acceso: 10 de diciembre de 2020).

Guerrero, E. (2011). "Violencia y Mafias" en *Revista Nexos*: <http://www.nexos.com.mx/?cat=3161>,

Goffman, E. (2019) [1963], *Estigma, la identidad deteriorada*, México, Amorrortu editores.

Granovetter, M. (1973), "The strength of weak ties" en *American Journal of Sociology*, vol. 78 (6) p. 1360-1380.

- Héller, A. (1980), *Teoría de los sentimientos*, Barcelona, Editorial Fontamara.
- Huamán, E. (2010). “La regularización territorial en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (1970-2002): Un instrumento desvinculado de la política de ordenamiento territorial” en *Scripta Nova*, vol. 14, pp.1-17.
- Huerta, C., (2013), “Se instalará nueva base militar en Ecatepec: Pablo Bedolla López”, en *La crónica*, octubre 29, Disponible en: <http://www.cronica.com.mx/notas/2013/793235.html>.
- Katz, C. (2007) “Banal Terrorism. Spatial Fetishism and everyday insecurity”, en Derek Gregory y Allan Pred (edit.) *Violent Geographies: Fear, Terror, and Political Violence*, Publisher: Routledge, pp.349-361.
- Kruijt, D. (2004). “Exclusión social y violencia urbana en América Latina” en *Foro Internacional*, 44, No. 4(178), 746-764.
- Lefebvre, H. (2013 [1974]), *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros, S.L.
- Legorreta, J., & Sil, M. (1985). “El PRI y el sector urbano popular de la CNOP”, en *Estudios Políticos*, año XLVI, núm. 54, pp. 64-72.
- Lewis, Oscar (1961), *Antropología de la pobreza Cinco familias*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Lindón, A. (1999), *De las tramas de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El valle de Chalco*, México, El Colegio de México.
- Lima, G. (1990), *Familia popular: sus prácticas y la conformación de una cultura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, tesis de licenciatura en antropología social. Santo domingo. Disponible en: <http://tesiuami.izt.uam.mx/uam/aspuam/test.php?Division=&Grado=&Tematica=&asesor=&Titulacion=LICENCIATURA%20EN%20ANTROPOLOGIA&Titulo1=&Titulo2=&Autores=&PY=&pag=16> (último acceso: 20 de febrero de 2021).
- Lomnitz, L. (2016 [1975]), *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI.
- López, D. (1997). *Características de las tierras ejidales de Ecatepec, así como de los campesinos de los ejidos de Sto. Tomas y Sta. María Chiconautla*

en el marco del proceso de urbanización del Municipio. México: Tesis de Sociología Urbana, UAM Azcapotzalco.

López, J. (1998), *El perfil estatal de la representación vecinal: el caso de los H. Consejeros de Participación ciudadana en Ecatepec*, México: Tesina UAM-Azcapotzalco

Low, S. (1999), "introduction", en *Theorizing the city: The New Urban Anthropology Reader*. New Jersey, Rutgers University Press.

_____, (2009). "Towards an anthropological theory of space and place" en *Semiótica*, núm. 175, pp. 21-37.

Maffitt, K. (2014), "Nueva Política Social, viejo contrato social: Políticas de vivienda y protesta urbana en la periferia de la Ciudad de México, 1960s-1980s", en *Historia*, vol. 1, pp. 113-132.

Maldonado, S. (2003), "Poder regional en el Estado de México: Entre grandes hombres y pequeños caciques", en *Relaciones*, No. 96, vol. XXIV, pp. 81-123,

_____, (2013), "Geografías de la violencia en México" en *Boletim Gaúcho de Geografia*, 40: 13-33

Martínez, F., (1999), "Terminaron 6 años de huelga en Sosa Texcoco" en La Jornada, publicado 12 de diciembre de 1999. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/1999/12/12/termina.html>

Massolo, a. [coord.], (1992), *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*, El Colegio de México, México.

Melgar, R., (2001), "El universo simbólico del ritual en el pensamiento de Víctor Turner" en *Investigaciones Sociales*, año V, número 7, pp. 7-21

Méndez, R. (1997), *Tenencia de la tierra y urbanización en la colonia popular Ciudad Cuauhtémoc, Ecatepec, Estado de México. Estudio de Caso*. México: Tesina UAM-Azcapotzalco.

Mendoza, N. (2017 [2008]), *Conversaciones en el desierto, cultura y narcotráfico de droga, México*, CIDE, serie investigación e ideas.

- Merton, R. (2013 [1949]), "Estructura Social y Anomia" en *Teoría y estructuras sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 209-239
- Moreno-Sánchez, E. (2015). "Lo urbano en la región oriente del Estado de México" en *Quivera*, vol. 17, núm. 2, pp. 73-107.
- Nettel, A. (2003), "La violencia según Hannah Arendt" en *Revista Alegatos*, no. 53, enero-abril, pp. 5-12.
- Núñez, M., (2018) "Mi vivienda y mi familia. La elección residencial como reproducción de la violencia simbólica en el municipio de Nezahualcóyotl", en *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos*, N^o. 10, pp. 156-181. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6702386>
- Olivera, P., (1989) "Proceso de urbanización en Ecatepec, el Estado como agente promotor", ponencia presentada en el Tercer Encuentro de Geógrafos de América Latina", disponible en <http://observatoriogeograficoamericalatina.org.mx/egal3/Geografiasocioeconomica/Geografiaurbana/06.pdf>
- Ortega, L. (2018), *Transitar en la inseguridad urbana. Saberes, prácticas y experiencias de movilidad cotidiana en el sur del Ecatepec de Morelos*, Edo. Méx. Tesis de doctorado en antropología, CIESAS, versión borrador.,
- Organización Mundial de la Salud, (2002), *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Recuperado de: https://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/world_report/en/summary_es.pdf (último acceso: 24 de marzo de 2021).
- Paladino, M. (2014), "¿A Quién Representan Los Intermediarios? Reflexiones Sobre El Campo Clientelar y Sus Efectos Sobre Representantes y Representados", en Diana Guillén y Alejandro Monsiváis (edit.), *La representación política de cara al futuro: Desafíos para la participación e inclusión democráticas en México*, Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Pereyra, G., (2012), "México, violencia criminal y guerra contra el narcotráfico", en *Revista Mexicana de Sociología* 74, número 3, pp. 429-460.

- Rabotnikof, N. (2003) "Introducción: pensar lo público desde la ciudad" en Patricia Ramírez Kuri, (Ed.), *Espacio público y reconstrucción de ciudadanía*, FLACSO-Miguel Ángel Porrúa, México, pp.479.
- _____, (1993) "Lo público y sus problemas: notas para su reconsideración" en *Revista Internacional de Filosofía Política*, Núm. 2, pp. 75-98.
- Ramírez, J. (1986). "Organizaciones populares y lucha política". *Cuadernos políticos*, No. 45, 38-55.
- Ramos, et. Al. (2016), "Crimen organizado y violencia contra las mujeres: discurso oficial y percepción ciudadana" en *Revista Mexicana de Sociología* 78, núm. 4 (octubre-diciembre, 2016): 655-684
- Rao, U. (2013), "Tolerated encroachment: Resettlement Policies and the negotiation of the licit/illicit divide in an Indian Metropolis" en *Cultural Anthropology*, vol. 28, issue 4, pp. 760-779.
- Reguillo, R. (2008). "Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea" en *Alteridades*, 18(36), pp. 63-74.
- Romero, V. (2015), "Hasta que los beneficios se nos acaben: Cotidianidad, territorialización y violencia en la cárcel de Ecatepec" en Gabriel Tenenbaum y Nilia Viscardi (coord.), *Juventudes y violencia en América Latina*, Montevideo, Universidad de la República de Uruguay, pp.51-67
- Ruiz, E. (2017), *Obra Negra. México*: Fondo Editorial Tierra Adentro 568.
- Salazar, C. (1999). "Jornada diaria en el hogar: dimensiones del trabajo doméstico y ámbitos territoriales donde se desenvuelve" en *Espacio y vida cotidiana en la Ciudad de México*, México, D.F.: El Colegio de México, pp. 135-162.
- Scheper-Hughes, N. (1997), *La muerte sin llanto: violencia y vida cotidiana en Brasil*, Barcelona, Ariel.
- Schröter, B., (2010), "Clientelismo político: ¿existe el fantasma y cómo se viste?", en *Revista Mexicana de Sociología*, 72, núm. 1 (enero-marzo, 2010), pp. 141-175.
- Schteingart, M. (2010). "División social del espacio y segregación en la Ciudad de México. Continuidad y cambios en las últimas décadas", en G. Garza,

& M. Schteingart, Desarrollo urbano y regional, México: El Colegio de México, pp. 345-348.

Secretaría de Seguridad y Protección Ciudadana, (2019), "Anexo del convenio específico de adhesión para el otorgamiento de recursos de FORTASEG" en Gobierno de Ecatepec de Morelos. MARZO 15, 2019. Disponible en: https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/461195/Ecatepec_de_Morelos.pdf (último acceso: marzo 11, 2020).

Sevilla, A. (1992), "Autoconstrucción y vida cotidiana", en Alejandra Massolo, *Mujeres y ciudades: participación social, vivienda y vida cotidiana*, México, El Colegio de México.

Simmel, G. (2011), *Sociología: Estudios sobre las formas de socialización. México*: Fondo de Cultura Económica.

Solís, F. (2014), "Inauguran nuevo centro de control y Confianza en Ecatepec" en *A fondo Estado de México*, disponible en: <https://afondoedomex.com/zona-oriental/inauguran-nuevo-centro-de-control-y-confianza-en-ecatepec/>. (Última consulta 4 de agosto de 2021)

Tejera, H. (2014) "Las paradojas de la democracia en la Ciudad de México: Redes políticas y elecciones" en *Las paradojas de la democracia en México: participación política, sociedad civil y gobernabilidad*, UAM-Iztapalapa, pp. 55-82.

Tijoux M., Facuse M. y Urrutia M., (2013), "El Hip Hop: ¿Arte popular de lo cotidiano o resistencia táctica a la marginación?", en *Polis Revista Latinoamericana*, Núm.33. Disponible en: <http://journals.openedition.org/polis/8604>

Tilly, C. (2006). "Guerra y construcción del estado como crimen organizado" en *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, Núm. 5 Noviembre, pp. 1-26.

Toledo, R. (2017), "Autoconstrucción y auto-poiesis: las casas expresivas" en *Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénicas*, Volumen 12 - Número 2, Julio – Diciembre, pp. 59–97

Tomas, F., (1996), "Acerca de un nuevo modelo de regularización de los asentamientos irregulares en la Ciudad de México" en Antonio Azuela y

François Tomas (coord.), *El acceso de los pobres al suelo urbano, México*, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos.

Tosoni, M. (2007). "Notas sobre el clientelismo político en la Ciudad de México", en *Perfiles Latinoamericanos*, vol. 14, núm. 29, pp. 47-69.

_____, (2011), "Efectos del Barrio La Gloria. Experiencias del lugar y estrategias simbólicas de los sectores populares en el Gran Mendoza" en *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 34, diciembre, 2011, pp. 29-50.

Tuan, Y-F. (2001), *Space and place: The perspective of experience*. Minnesota, MN: University of Minnesota Press.

Valenzuela, J., (2012), "Narcocultura, violencia y ciencias socioantropológicas" en *Desacatos*, núm. 38, enero-abril, pp. 95-102

Vanderschueren, F., et.al. (2009). *Guía para la prevención local. Hacia políticas de cohesión social y seguridad ciudadana*. Santiago de Chile: Programa de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos y Universidad de Alberto Hurtado.

Vázquez, G. (2015). *El sistema de economía global y sus impactos en la reestructuración socioeconómica y territorial: El caso del municipio de Ecatepec*. Ciudad de México: UAM-I (Tesis).

Vega, A. (2018), "Gobierno deja sin fondos programas para rescatar a jóvenes en riesgo de cometer delitos. Recuperado el 16 de abril de 2020, de Animal Político: <https://www.animalpolitico.com/2018/03/gobierno-deja-sin-fondos-programas-rescatar-jovenes-riesgo-cometer-delitos/>

Vélez-Ibáñez, C., (1983). *La política de lucha y resistencia: Procesos y cambios culturales en el México central urbano, 1969-1974*. 2 ed. México: Fondo de Cultura Económica.

Vilas M., Carlos (2001), "(In) justicia por mano propia: linchamientos en el México contemporáneo" en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 63, No. 1, pp. 131-160.

Wacquant, L. (2007). "La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada" en *Ciencias Sociais Unisinos*, Vol. 43, núm. 3, septiembre-diciembre, 193-199.

Walby, S. (2012), "Violence and society: Introduction to an emerging field of sociology". *Current Sociology*, vol. 61, núm. 2, pp. 95-111.

Zamorano, C. (2007), "Vivienda y familia en medios urbanos. ¿Un contenedor y su contenido?", en *Sociológica*, año 22, número 65, septiembre-diciembre de 2007, pp. 159-187

Zúñiga, M., (2014), "Las mujeres en los espacios públicos: entre la violencia y la búsqueda de libertad" en *Región y sociedad*, Número especial 4, pp. 77-100.